

LA MUJER *del millonario*

ROMANCES DE ESCÁNDALO II

ANA GARCÍA

SINOPSIS

Leer el apellido Kendrick en cualquier diario o escucharlo en la televisión, traía consigo una connotación de poder y escándalo para la prensa, sin embargo, para Tess McAdams significó el escalón que necesitaba para abrirse paso en un mundo de grandes depredadores como lo es la industria editorial. Y la fortuna le sonrió cuando el propio Cord le hizo una oferta de trabajo, la cual la ingenua Tess no pudo rechazar.

Al laborar como asistente personal de Cord Kendrick, se intensificó la devastadora atracción sexual que al primer instante surgió entre ambos, obligando a la chica a replantearse si realmente valía la pena poner en riesgo la meta que se había establecido en su carrera profesional al permitirse envolver en el magnetismo y la burbuja de sensualidad, dosis de drama y escándalos familiares, llegando a la conclusión que ser parte del mundo de Cord Kendrick, era una mínima tarifa la que debía pagar.

Sin embargo, la vida de Cord no es absolutamente parecida a la fachada de perfecta sensatez que el millonario senador muestra al exterior y poco a poco la coraza de sosiego, perfección y tener todo bajo control, se irá resquebrajando, sacando secretos que se han mantenido guardados durante años y que pondrán en riesgo la historia de amor entre él y Tess. Pero todo ello son obstáculos que la pareja deberá sortear y demostrarle al mundo que están hechos el uno para el otro y nadie los separará

PREFACIO

Al llegar al Sydenham Health Center, donde Brandi informó que habían llevado a Violett, Tess sentía su corazón oprimido en el pecho de pura angustia. Cord aparcó en un área retirada de la entrada y de inmediato, ella deseó bajar e ir corriendo hasta el lugar. Se quitó el cinturón de seguridad y sin darle la oportunidad de abrirle la puerta, bajó del vehículo y echó a correr como demente hasta la entrada. Empujó a quienes se interpusieron en su camino, abriéndose paso directo al largo mostrador de recepción, donde una mujer leyendo la revista People, se hallaba sentada detrás, ajena a quienes esperaban en el corredor, tan tranquila y despreocupada que, cuando Tess llegó y apoyando las manos en la superficie de madera, alzó la mirada unos segundos, estudiándola.

—Necesito saber de Violett McAdams.

—Yo no puedo darle ninguna información, señorita. —Dejó la revista encima del mostrador, inclinándose al frente—. Tiene que consultarlo con el médico que la atiende.

—¿Quién es su médico?

—El doctor Berry, pero se encuentra con otro paciente, así que, le recomiendo espere.

Fue al pasillo de espera y divisó a Brandi, y no dudó en ir hasta ella.

—Oh, gracias al cielo has llegado. —Fue su aliviado saludo, abrazándola.

—¿Cómo está Violett? —Quiso saber, rompiendo el apretón—. ¿Dónde se encuentra?

—Ha logrado estabilizarla y le dieron puntos —informó dedicándole una pequeña sonrisa para infundirle calma y Tess sintió que decía la verdad—. Pero necesita de una trasfusión sanguínea.

—¿Qué? —Su voz se quebró y Brandi tuvo que conducirla a una de las sillas de plástico pegadas a la pared—. ¿Y por qué no la han hecho?

Brandi frunció los labios, pensativa. Colocó su enorme bolso en la silla continua y tomó las manos de Tess entre las suyas.

—Perdió sangre, tal y como ya te había informado, sin embargo, todos los que estamos aquí: tu madre, hermano, yo e incluso los padres de la niñera se han mostrado voluntarios para ser donadores de la niña, mas ninguno de nosotros hemos resultado compatibles con su tipo de sangre y se necesita urgente para que no se produzcan consecuencias graves. —Brandi hablaba con presteza a pesar de los nervios—. Su médico se ha movilizado en buscar donadores que tengan su mismo tipo de sangre. —Sacudió la cabeza, observando por encima de su cabeza al hombre que se acercaba hacia ellas—. No creo que a Devon le agrade tener aquí a Kendrick.

—Es lo que menos me preocupa —murmuró, pasándose las manos entre los cabellos—. ¿Dónde están mamá y Devon? ¿Y Farrah supo de lo sucedido?

Brandi frunció los labios, sacudiendo la cabeza.

—Josephine está con la niña, no nos hemos podido comunicar con Farrah porque tiene el móvil apagado o algo por el estilo y Devon ha ido a la cafetería —dijo, estirando las piernas—. Me estaba poniendo de nervios con su insistencia en quedarse cada segundo cuidando de Violett y lo envíe a comprar unas galletas. —Se encogió de hombros y le sonrió a Cord, quien acababa de llegar—. Hola.

Cord se detuvo delante de ellas, lanzando una estudiosa mirada a su alrededor.

—Hola —respondió él. Sentándose junto a Tess—. ¿Cómo está la niña?

—Necesita de una trasfusión sanguínea —musitó Tess, nerviosa.

—¿No la han realizado? —le preguntó a Brandi y al verla negar con la cabeza, dejó escapar un resoplido—. ¿Por qué?

—Por su tipo de sangre —informó la menuda chica—. No hay en el banco de sangre, el médico nos ha informado que es muy difícil de encontrar y solo el 1% de la población a nivel mundial es quien la presenta.

—Nadie de la familia ha sido compatible con ella —musitó con tristeza Tess— y no tiene caso que yo me presente voluntaria si Devon y yo somos O positivo y él ha sido descartado como donante de Violett.

—Tal vez yo pueda ser de ayuda —se ofreció Cord.

Brandi frunció los labios, estudiándolo con minucioso esmero.

—No creo, ¿cuál es su tipo de sangre, senador?

—Es AB —informó—. Soy donante universal para las personas que poseen tipos de sangre raros.

—No está de más intentar —asintió Brandi.

—Pero, ¿qué tal si tampoco resulta compatible? —Quiso saber Tess, intentando que la desesperación no aflorara a la superficie—. ¿Qué sucedería?

—Si no lo intentamos, es posible que no sepamos y tal vez sea contraproducente para la salud de la pequeña—explicó Cord con calma.

Brandi los estudió en silencio, poniendo a trabajar su cabecita llena de imaginación y

deduciendo lo obvio al comprender su comportamiento. Sin embargo, no mencionó nada.

—Voy a buscar a Devon —anunció, poniéndose de pie y cargando con su enorme bolso —. ¿Han desayunado?

—Estamos bien. Gracias, Brandi —dijo Tess.

—En realidad, ¿podrías traernos cafés? Por favor —pidió Cord.

—Vale, ya vuelvo —anunció la joven, echando a andar.

Cord apoyó una mano en el muslo de Tess, atrayendo su atención al verla quedarse mirando absorta la dirección por donde desapareció Brandi.

—¿No te preocupa que los demás sepan que me follas? —le soltó Tess con acritud. No era su intención ponerse pesada con él, pero ir al hospital la ponía de mal humor—. El lunes quizás ya todo el mundo lo sepa en todo el Estado. Estamos en un sitio público y las personas no dejan de mirarte.

Cord se inclinó al frente, juntando las manos y observándola de lado.

—Tess, me da igual la opinión de los demás. Es mi vida y quiero estar contigo —expuso muy serio. Tess deseaba que eso la hiciera sentir bien, pero ocurrió lo contrario: fue peor—. Eres tú quien se nota afectada con esto, con nuestra relación.

Ella cerró los ojos, sintiendo un pinchazo de dolor en el pecho porque en efecto, Cord tenía razón.

—No quiero hablar de eso, Cord —susurró—. No ahora, por favor.

Cord hizo una mueca de desagrado, girando el rostro en otra dirección para evitar que ella se diera cuenta de la manera en la que lo afectaba aquello. Tess era incapaz de pensar en alguien más que no fuera Violett, ansiaba verla.

Hacía que aquellos instantes sentada en la incómoda silla, se remontaran a su espera de hacía cinco años, mientras se encontraba hecha un mar de nervios mientras Farrah traía al mundo a su pequeña y frágil hija. Ver ir y venir a las enfermeras, los pacientes, ofrecían esos recuerdos de angustia y desesperación.

—Será mejor que vaya a pedir información para hacer la donación de sangre antes de que pase más tiempo —murmuró Cord—. Regreso enseguida.

Tess asintió en silencio y aunque le reconfortaba tenerlo consigo, no dijo nada. Lo dejó ir. Una vez a solas, cerró los ojos en un intento por evadir la realidad. Sintió que apenas transcurrieron unos minutos tras la partida de Cord cuando escuchó unos pasos acercarse a ella.

Abrió los ojos y encontró a Devon en compañía de Brandi, ir en su dirección. De inmediato se incorporó ante cualquier confrontación que pudiera existir entre ambos, a fin de cuentas, ya la esperaba.

—No puedo creer que hayas tenido la desvergüenza de presentarte con ese hijo de perra aquí —le recriminó Devon en cuanto lo tuvo enfrente—. Joder, Tess, ¿cómo pudiste descuidar a Violett por largarte a revolcar con don Millones?

—Devon, por favor. No armes un escándalo —lo advirtió Brandi—. Nadie es culpable de nada, ya lo hemos hablado y has accedido a mantenerte tranquilo. —Le entregó uno de los vasos térmicos que cargaba a Tess—. ¿Lo recuerdas?

Él puso los ojos en blanco, fastidiado por tener que mantenerse a raya.

—Lo recuerdo, pero es una completa idiota por pensar que ese infeliz va a tener algo más que sexo con ella —escupió con rabia—. Ya ocurrió una vez en esta familia, con Farrah y la sensata Tess repite la historia. —Le lanzó una mirada afilada—. Ni creas que vas a arrastrar contigo a mi sobrina. No voy a permitir que ése imbécil pase tiempo con ella, ¿has entendido, Tess?

—¿Por qué lo detestas tanto, Devon? —exigió saber Brandi—. Apenas le has visto.

—Tengo mis motivos, linda —respondió de mala gana y a duras penas conteniendo la furia. Su expresión se descompuso más al ver acercarse a Cord por el pasillo y agregó—: Ya te dije Tess, que no se le acerque a mi sobrina.

***

El médico que atendía a Violett, el doctor Berry, apareció por el pasillo, Tess lo sabía porque se leía en su tarjeta de identidad. Era un hombre demasiado joven, quizás recién graduado en medicina; pelirrojo, alto y delgado. Poseía esa chispa agradable hacia el trato con los demás, quizás por esa razón la joven experimentó alivio al verlo, a leguas se notaba su paciencia y agrado con los niños. Él no reparó en ellos porque caminaba enfrascado leyendo un informe. Cord fue quien se levantó y lo llamó.

—¿Doctor Berry? —El médico se frenó de golpe, estudiando a Cord con sus grandes ojos verdes y reconociéndolo de inmediato.

—Dígame, ¿en qué puedo ayudarle, senador Kendrick? —Su voz era tan baja y calmada que infundía tranquilidad.

—Ella es la señorita McAdams —presentó, ofreciéndole la mano. El doctor les dedicó una amplia sonrisa tras estrecharle la mano a Cord—. Tía de Violett McAdams.

—Oh, sí. Su abuela no se ha apartado de ella durante toda la noche —comentó —. No son necesarios los relevos ya que la pequeña ha sido dada de alta, tras la trasfusión sanguínea que, por fortuna, senador Kendrick, resultó compatible con su tipo sanguíneo. Es muy rara la famosa “sangre dorada”, pues generalmente un pequeñísimo porcentaje de la población mundial presenta ese tipo y solo es común que pueda donarse entre familiares, por esa razón quienes poseen la sangre de oro son alentadas a donar pues es muy difícil encontrar otros que sean compatibles. —Hizo una pausa, regalándoles una pequeña sonrisa—. Para la medicina, es un tipo de sangre muy preciado pues quienes son poseedores de este tipo pueden ser donadores universales, porque la Rhnull, en sus glóbulos rojos no tienen ninguno de los cuarenta y cinco antígenos Rh. Sin embargo, también es un problema para quienes la tienen porque como ya he mencionado, es muy rara.

Tess experimentó un súbito dolor en el pecho ante las palabras mencionadas por el médico, sería casi imposible que su sobrina recibiera una trasfusión y ese detalle, ponía en riesgo su vida.

—Yo soy donante universal. —La voz de Cord, fuerte y clara, la hizo pegar un respingo tras estar sumida durante unos instantes en su pesimismo—. Mi tipo de sangre es Rhnull, por tanto, no existe problema alguno.

Ella lo miró fijo, grabándose en su memoria el semblante serenos de ese hermoso hombre que, a pesar de no tener trato con su familia estaba dispuesto a hacer sacrificios.

—Es una excelente noticia, senador Kendrick —corroboró el doctor—. Puede acercarse a pedir información para…

—Ya lo hice —lo interrumpió Cord, dedicándole una sonrisa que no alcanzó a iluminar sus ojos azules.

—Oh, de ser así, acompáñeme. Por favor.

Tess respiró, aliviada, llevándose una mano al pecho, ignorando que, de entre tantas personas que habitaban Manhattan, Cord Kendrick tuviera el mismo tipo sanguíneo que su pequeña sobrina. En ese momento nada más importaba que, saber que Violett iba a mejorar y muy pronto estaría de regreso en casa. Conocer ese importantísimo detalle, le causaba profunda nostalgia mezclada con felicidad. Eterno

—¿Qué ocurre? —preguntó Cord, mirándola fijo al notar el cambio de ánimo antes de seguir al joven médico. Ella negó con la cabeza—. Tess, te pido que me digas qué sucede.

—Cord, estás haciendo tanto por mi familia que no sé de qué manera vayan a reaccionar cuando se enteren que has dado sangre a la niña para que su salud mejore y francamente, no me

apetece discutir con ninguno de ellos por esa acción —dijo con pesar.

Las grandes y cálidas manos del hombre, envolvieron su rostro, manteniendo el contacto visual y pese a experimentar que en su estómago habitaba una colonia de mariposas revoloteando sin cesar, mantuvo sus ojos fijos en los suyos. Ese gesto significaba demasiado para Tess porque jamás creyó que él fuera a permanecer a su lado todo ese tiempo ni mucho menos que fuese a ser quien donara sangre. Pensó que tras la llamada que había recibido con anterioridad, se iría y la dejaría sola, y aunque hubiera entendido eso, le habría hecho sentir mal, una parte de ella lo hubiera detestado por egoísta, pero la otra no dejaba de restregarle que la egoísta era ella misma.

—No lo harás porque yo estaré ahí. —Sonrió Cord, infundiéndole ánimos.

Ese guiño le infundió valor, la llenó de esperanza y le devolvía la fuerza. Quería a ese hombre en su vida. Necesitaba a Cord Kendrick en su vida, no había duda alguna.

Tomó su rostro entre las manos y se puso de puntillas, ignorando su corazón a punto de salírsele por la boca tras lo que iba a confesarle. Sus labios temblaron al abrirlos, sus ojos se perdieron en el profundo mar azul y era muy consciente que las palabras que iba a pronunciar, le cambiarían la vida para bien o para mal. Ya no había vuelta atrás o si no, se ahogaría con ellas.

—Te quiero, Cord Kendrick.

Él suspiró y amplió más esa sonrisa que la derretía por dentro, acarició sus mejillas con los pulgares e inclinó su cabeza, apoyando su frente contra la suya.

—También te quiero, Tess McAdams —confesó, besando sus labios con una dulzura que a la mujer le llegó hasta el alma.

CAPÍTULO 1

Tess ayudó a preparar a Violett para llevarla a casa. La niña lucía adormilada por el medicamento y era mejor, así Tess no tenía que darle explicaciones del por qué no pudo estar con ella durante las horas más críticas que tuvo que pasar a su corta edad. Ambas estaban solas en la habitación con Brandi, quien insistió en ayudarle para no hacerlo sola, Josephine y Devon habían salido a almorzar, y Cord marchado de emergencia.

—Desconocía que estuvieran juntos —comentó de repente Brandi. Se hallaba hojeando el grueso libro de cuentos de Violett con la niña apoyada contra su pecho, dormitando—, me refiero a ti y Kendrick, ¿sabes lo que significará cuando se entere Summer? Querrá su entrevista sin más contratiempos.

Tess se encogió de hombros en un intento por restarle importancia a un tema tan delicado como mantener una relación con Cord, ya que trabajaba con él, era su jefe y también su novio. La joven intuía que todo sería bastante caótico, de por sí, todo a su lado se volvía una montaña rusa. Y apenas estaban escalando la cuesta.

—Recién comenzamos, quizás no dure mucho —respondió con ligereza, ordenándose estar preparada más adelante, para el momento preciso de dejar a un lado sus románticas fantasías con él y poner los pies en la tierra—. Respecto a la audiencia que le prometí a Summer, no lo haré. Puede irse olvidando de ella y despedirme porque no la haré.

—Lo dudo y mejor dejemos ese tema a un lado. —Brandi sonrió, feliz y luego resopló al recordar algo desagradable—. Devon lo odia y no tengo ni idea de por qué. —Sacudió la cabeza desilusionada ante la actitud del hombre—. Intentaré sonsacarle información.

Tess la observó en silencio, decidiendo que era momento para contarle la realidad de la aversión del chico con quien salía hacia todos los millonarios del mundo. Ella sabía que no era personal con Cord, pero Devon odiaba a todos los tipos ricos.

—A Devon le desagrada Cord por el mero hecho de ser mi jefe —le explicó y Brandi arrugó la nariz sin comprender qué significaba—, teme que se repita la historia de Farrah.

—¿Qué ocurrió con exactitud? —Se acomodó mejor en la cama a pesar de sostener a Violett entre sus brazos ya dormida y el grueso volumen de cuentos sobre los muslos.

—Ella se involucró con su jefe, o al menos eso creímos cuando nos lo dijo, jamás nos contó nada más al respecto. —Se pasó una mano por la frente—. Farrah siempre ha mantenido su vida en secreto, al menos ésa delicada parte de ella. No nos contó nada, hasta que descubrimos que sería madre y ya te imaginarás la reacción de Devon. Él piensa que voy a embarazarme de Cord y que me abandonará a mi suerte, en resumidas cuentas.

Brandi guardó silencio durante unos segundos, al final suspiró y arrugó los labios.

—Sería muy poco hombre, Tess, pero ten cuidado donde te has metido —le recomendó, preocupada—. Por favor. Te lo pido porque te quiero.

Tess la observó durante un largo minuto, advirtiendo en los chispeantes ojos castaños la genuina inquietud que expresaba hacia ella. Le dedicó una agradecida sonrisa.

—Gracias, Brandi. Lo tendré en cuenta —asintió.

No le apetecía intranquilizarse por escándalos de esa poderosa familia, necesitaba hacerlos a un lado y ser el pilar que Cord necesitaba para salir de aquello sin mayores consecuencias. Tampoco le interesaba centrarse en los problemas que consigo debía cargar a partir de esos momentos, ya más a futuro lo haría.

***

Tras haber dado el alta del hospital a Violett y que todo hubiese resultado favorecedor para su mejoría, Devon llevó a la pequeña consigo a su hogar, ignorando las peticiones de Tess para que la dejase consigo y ser ella quien la cuidara durante su convalecencia, alegando que, de no haber sido porque Tess la había descuidado, ella jamás hubiera tenido que haber pasado por tanto terror a su corta edad. Así que, sin poder hacer nada al respecto, Tess le dio la razón a su hermano y no discutió al respecto.

El resto del fin de semana Tess se la pasó de arriba abajo aseando como posesa el apartamento, mantenido la mente ocupada en que cada rincón oliese a lavanda y cada azulejo brillara como diamante recién lustrado. Limpiar su hogar era la mejor manera de desahogarse, escuchando la música de *Kings of Leon* a todo volumen en un intento por tapar su dolor. Dejó su pequeña morada reluciente y aromatizado una vez anochecido.

Se dejó caer en el sofá muerta de cansancio y apagó el estéreo, quedando el lugar en completo silencio salvo por los ruidos exteriores. Estuvo tentada en llamar a Cord y pedirle que le recomendara alguno de los abogados que conocía, pero se abstuvo porque intuía que debían ser costosos. Además, ni siquiera su propia hermana estaba interesada en cuidar de su hija, ya que desde el accidente de Violett, Farrah no se había hecho presente.

¿Qué podía hacer para tener consigo a su sobrina? Pedirle ayuda a Cord era la única opción viable, él se manejaba entre gentes poderosas y disponía de los mejores juristas del país, el único inconveniente era: ¿cómo le pagaba?

***

Estaba resuelta en acudir con Cord, aunque no tuviera ni un centavo con qué pagarle, así

que, el lunes nada más llegar a su puesto, no dudó ni un segundo, inhaló profundo y cuadró los hombros atrás antes de abrir la puerta, ya que Cord solía llegar antes que los demás empleados. No perdería el valor justo cuando más confiada se sentía.

Él se encontraba concentrado, leyendo en la salita de espera, así que, Tess aprovechó de esos segundos sin que se diera cuenta de su presencia para contemplarlo: lucía agobiado y seguramente había tenido alguna confrontación con su padre tal como la vez anterior o de lo contrario, su semblante fuera otro. Tess no podía imaginar lo que debía sentir distanciarse de su familia por ser mejor, vivir enemistados a consecuencia de una absurda competencia. Cord continuaba sin darse cuenta de su presencia en el momento que arrojó la oscura carpeta sobre la mesa y gruñó, molesto. Echó la cabeza hacia atrás y cubrió su rostro con ambas manos.

Con cuidado, la joven cerró la puerta a sus espaldas y permaneciendo de pie en el umbral sin quitar su atención de él. Añoraba poder acercarse y abrazarlo, sentirlo, amarlo: lo que sentía por Cord era mucho más intenso que lo que por nadie había experimentado. Le aterraba amarlo.

Se acercó a él, fuerte y decida, ignorando los latidos desbocados de su corazón a punto de salírsele por la boca y llamó la atención del hombre por el repiqueteo de las zapatillas avanzando sobre los relucientes pisos de mármol. Abrió los ojos, fijándolos en los suyos, en su rostro sereno y recorriendo su cuerpo, encendiéndole la piel con ese gesto.

—Necesito un abogado para pelear la custodia de Violett —le soltó una vez que volvió a mirarla a los ojos. Cord se inclinó al frente, extendió una de esas grandes manos en una muda invitación—. Estoy dispuesta a hacer lo que sea.

Tess agarró su mano y permaneció delante de él sin que abriera la boca, solo la contemplaba, la escrutaba en completo silencio. Aún en silencio, Cord se levantó del asiento, soltó su mano y la colocó en su cintura, atrayéndola a su sólido cuerpo, sintiendo el delicioso calor que emanaba de él. Su otra mano le recorrió la espalda colocándola en la parte baja y empujándola más a su cuerpo, sintiendo la dureza que se revelaba entre sus ingles y provocando que su cuerpo reaccionara de inmediato, escapando de sus labios un suave suspiro a la vez que echaba la cabeza hacia atrás, fijando sus ojos en los oscuros topacios.

—¿Lo que sea? —le susurró al oído, depositando un reguero de besos hasta el lóbulo de la oreja—. ¿Segura, Tess? ¿Harías lo que fuera por tu sobrina?

Las grandes manos recorrían el femenino cuerpo, excitándola sobremanera. Cerró los ojos al sentir que se apartaba y envolvía sus senos, masajeándolos por encima del fino vestido. Tess tuvo que morderse los labios para no gemir y mantener la mente clara.

—Cord, voy a pagarte —murmuró. Él le bajó el cierre del vestido y comenzó a

desnudarla sin prisas, tomándose su tiempo. Su cuerpo temblaba como hoja antes de caer de su rama, anhelando sus caricias, sus besos. A él.

—Tess, mis asesores son muy costosos —señaló tras dejarla en ropa interior—, no podrías pagarlos ni empeñando tu hogar.

Ella abrió los ojos y le frunció el ceño, recelosa. Él contemplaba fascinado el sexi conjunto de lencería de encaje oscura que la joven adquirió para ese tipo de negociaciones.

—Estás dispuesta a hacer lo que sea, ¿no, Tess? —Se dejó caer en el sofá, mientras ella permanecía delante de él, expuesta con su ropa interior. Asintió en silencio y por su rostro, una lenta y sensual sonrisa se extendió. Parecía más relajado—. Yo sé de qué manera puedes pagarme.

La agarró de las nalgas, atrayéndola una vez más a él, inclinándose sobre su vientre y depositando un reguero de besos húmedos que descendieron hasta el borde de las bragas. Sin preámbulos, introdujo ambos pulgares a los lados y las arrancó de un tirón. Tess jadeó con fuerza al ver lo que acababa de hacerle a sus bragas, pero Cord ignoró su desconcierto y la sorprendió al llevar su mano directo a su zona íntima, masajeándola sin prisas.

—¿Cómo? —gimió. Tuvo que agarrarse de sus hombros cuando dio unos cuantos toquecitos al clítoris que la hicieron ver estrellitas.

El hombre se tomó su tiempo en responder, concentrado en su labor, toda su palma acariciaba su sexo, presionando con suavidad y aumentando el ritmo de sus caricias. Su otra mano la sujetaba por la cintura mientras ella sentía que se le doblaban las rodillas y en cualquier momento se derrumbaría encima de él. Abrió los ojos y se soltó sin perder el ritmo impuesto para desabrocharse el pantalón, sacárselo con los zapatos y liberar su grandiosa erección, la cual recorrió con su mano un par de veces, provocándole un orgasmo inmediato a la joven al ver esa erótica escena delante de sus narices.

—Cásate conmigo.

Tess abrió los ojos como platos ante su inesperada proposición. Sin embargo, él volvió a agarrar sus caderas y la acercó a su regazo, arqueó las cejas en una muda invitación al ver la turbación pintada en el rostro de la joven. No sabía qué responder.

—¿Por qué?

Cord la acercó más a él, colocándola a horcajadas sobre su regazo. Guió su duro miembro a la humedad de su interior y penetró muy lento. Tess dejó escapar el aire con un largo suspiro y apretó las manos en sus hombros, clavándole las uñas. Sus ojos se mantenían fijos en su rostro,

atentos a las expresiones que la atravesaban conforme era recibido. Llevó sus manos hasta su espalda, recorriendo con sus dedos la piel desnuda, erizándola con sus caricias y desabrochando el sujetador para liberarle los pechos.

—Estamos enamorados, ¿no? —Le dio un fugaz beso en los labios y sus manos se encargaron de darles atención a sus adoloridos pezones ansiosos por su boca—. De esa manera podría ayudarte a adoptar a la niña.

—Es muy pronto para pensar en casarnos —comentó, aunque a una parte de ella le causaba felicidad. Le emocionaba que Cord quisiera casarse—. Suena ridículo, apenas comenzamos a intentarlo, ni siquiera es nada formal. —Hizo ademán de retirarse, mas Cord la obligó a permanecer encima—. Tu familia creerá que te volviste loco.

Cord puso los ojos en blanco y resopló, fastidiado por mencionarlos.

—Tess, no quiero un matrimonio como el de mis padres. —La sujetó de las caderas y comenzó a moverse muy lento en su interior. Ella se aferró a sus hombros, abriendo la boca para soltar el aire poco a poco, realizando la misma acción con sus caderas—. Lo suyo fue un matrimonio arreglado, sin amor. —La besó fuerte, rabioso y ella gimió contra su boca al aumentar el ritmo de sus embestidas—. No quiero perder el tiempo cuando vamos a conocernos mejor una vez que seas mi esposa.

Ella sacudió la cabeza energéticamente, incapaz de hablar porque no conseguía articular palabra alguna. Subió y bajó encima de él, fuerte y rápido, ignorando la propuesta mientras lo escuchaba jadear con gravedad, sus respiraciones llenando la habitación. Las manos de Tess viajaron a los botones de su camisa, abriendo uno por uno, y exponiendo la suave piel del perfecto torso musculoso salpicado de oscuro y fino vello.

Se inclinó hacia él, pasándole los labios por la cálida piel, por los duros músculos. Una de las manos masculinas la agarró de los cabellos con fuerza, atrayéndola hacia su rostro y le dio un voraz beso, jugueteando con su lengua, acallando sus gritos tras empujarla sobre el sofá y cubriendo su cuerpo con el suyo. Tess arqueó la espalda, deseando sentirlo completamente dentro, llenándola. Cord empujó con fuerza, hundiéndose por completo en su interior y gruñendo contra su oído.

—Cásate conmigo —repitió con voz grave, depositando un beso en su mejilla y aumentando el ritmo de sus embestidas.

La joven cerró los ojos con fuerza y apretó los dientes al sentir que estaba a punto de explotar bajo sus manos. Se abrazó a él, temblando al sentir la deliciosa liberación de su cuerpo y gritó su nombre, sintiendo las piernas de gelatina entrelazadas con las suyas. Cord la aferró con

fuerza de las caderas, clavándole los dedos en la piel y resoplando al desplomarse sobre su cuerpo cuando alcanzó su propio orgasmo.

Tess abrió los ojos y pestañeó, intentando acoplarse de nuevo a la luz que bañaba la estancia, escuchando su corazón latiendo en los oídos y la respiración de Cord acompasarse a la suya. Él apoyó su frente en la suya con los ojos cerrados, lucía tan relajado, tan calmado que le producía calma. Se incorporó sobre sus codos para no aplastarla con su propio peso.

—Te quiero, Cord —susurró. Tomó su rostro entre las manos y depositó un tímido beso en sus labios entreabiertos.

—Lo sé. —Abrió los ojos, fijándolos en los suyos durante una eternidad. Le apartó a Tess con una mano los cabellos que se adhirieron a la frente húmeda, dándole un dulce beso—. También te quiero, Tess. —Sonrió con un deje de tristeza, acariciándole la nariz—. Se siente jodidamente bien quererte.

Ella sonrió a su vez, acariciándole las rasposas mejillas y dándose cuenta que no sería nada malo aceptar su proposición. La ayudaría a tener a Violett y sería la esposa de Cord. Estaba enamorada de él, le encantaba su manera de follar y se sentía muy bien estando con él. No encontraba ningún motivo para negarse a su petición, a fin de cuentas, más adelante podrían conocerse mejor.

—Sí —dijo, besándolo una vez más—. Acepto casarme contigo, Cord Kendrick.

Como respuesta, él agarró su rostro con una mano y le plantó un largo, intenso y romántico beso que la derritió por completo. Era únicamente suya, le pertenecía a él porque estaba enamorada y lo necesitaba en su vida.

***

Jojo Lemar por fin veía su carrera brillar por el escándalo que Cord Kendrick acababa de alentarla a ella y a los demás medios de comunicación que estaban al pendiente, pero lo que ninguno de ellos contaba era con su suerte. Y es que, Ophelia Prescott la apoyaba, lo cual todavía no le cuadraba del todo, aunque tal vez sí, a fin de cuentas, Cord Kendrick había roto su compromiso a causa de su amante. Y como guinda en el pastel, Jojo había conseguido infiltrarse en la empresa por aquellos días cuando el senador se veía tan ocupado con sus propios asuntos amorosos y no prestaba mucha atención a quienes llegaban como pasantes.

Por fortuna, Kendrick jamás la había visto, no la conocía, por ende, no tenía ni la menor idea de quién era Jojo Lemar. No, había entrado con la falsa identidad de Michelle Usher, aliándose con Lexie Parker quien tenía odio genuino hacia toda la estirpe Kendrick.

Michelle era una mujer dedicada a su labor, se quedaba mucho después de que todos se hubieran ido y al igual que el resto de los empleados de Kendrick, ella admiraba al senador. Por supuesto que Michelle era entregada a su trabajo y buscaba siempre llevarse bien con sus colegas, quienes no parecían tener la mínima idea de lo que sucedida en la oficina de su jefe con su asistente personal: Tess McAdams.

Y en lo que a ella respectaba, tenía material de primicia: el vídeo que había grabado con el móvil de Lexie cuando Kendrick y su amante se encontraban en el piso de receso dándose una prolongada sesión de besos.

No pensó que fuera tener suerte cuando estuvo escondida durante varios minutos, poniendo en riesgo la integridad de “Michelle” y haciéndola quedar como una irresponsable, pero había oído discutir a Tess con alguien por teléfono e intuía que se trataba de algún novio y cuando vio llegar a Cord Kendrick al mismo piso que su amante, Jojo no se lo pensó dos veces y sacó su móvil, grabando la escena que se desarrollaba delante de sus narices.

Hizo varias copias del vídeo y una le envió a Ophelia Prescott el mismo día, sin embargo, la abogada le ordenó que no actuara, que no lo divulgara porque ella tenía otros planes mejores. Por ende, Jojo estaba aburrida de esperar, pero tenía que hacerlo pues el plazo que Ophelia le había pedido eran dos semanas y si en ese lapso ella no le daba ninguna noticia, Jojo podría actuar como deseara y su abogada seguiría cubriendo sus espaldas.

***

Cord observó en completo silencio al enorme tipo que llegó con Ophelia a la sala de juntas y otra menuda chica castaña, y no pudo evitar hacer una mueca de desagrado a los recién llegados. Ya habían pasado varios días desde que Tess aceptó casarse con él y en esos momentos se veía en la obligación de mantener una pequeña reunión con Ophelia y el jurista que llevaría el caso de la custodia de Violett o, mejor dicho, con todo el bufete Prescott & Sons. Tras la confirmación de Tess de ser su esposa, Cord tuvo que reunirse casi de inmediato con el representante de su abuelo, por ende, con Ophelia, quien ya estaba enterada de su futuro matrimonio y no dudaba que fuera a meter las narices donde no le iba.

—¿Tenías que traer contigo a tu hermano, Ophelia?

Ella ignoró el sarcasmo en su voz, ocupó su lugar a su derecha e indicó a Andrew, su mellizo, sentarse enfrente de ella mientras que la otra chica lo hizo al lado de él. No estaba de buen humor, es decir, recién se daba cuenta que Cord se casaba a menos de dos meses de haber roto su compromiso y para no variar, con su amante.

—Cord, conoces que Andrew se ha especializado en el Derecho Civil, yo soy abogada

penal. —Colocó su enorme bolso negro sobre la mesa y empezó a sacar papeles—. Yo llevo el caso de tu padre y Andrew se encargará de llevar el de tu novia. —Le lanzó una sonrisa fingida. Maldito infeliz—. ¡Que todo quede en familia! Oh, también nos acompaña nuestra querida Willow.

La atención de Cord recayó en la joven sentada al lado de Andrew, quien le dedicó una educada sonrisa al darse cuenta de ello pese al rubor que tiñó sus mejillas.

—Señor Kendrick, soy Willow Collins, hija de William Collins, abogado de su difunto abuelo.

—No sabía que Collins tuviera alguna hija que hubiera elegido seguir sus pasos.

La joven lo contempló con sus grandes ojos verdes, ruborizándose.

—En efecto, señor Kendrick.

—Willow está aquí para redactar tu contrato prematrimonial —intervino Ophelia, con simpleza—. Quizás hagas esto por la herencia de tu abuelo, pero como amiga de la familia, es mi obligación velar por tus intereses y que la mujercita no se pase de lista.

—Entonces, ¿has convencido a alguien para cobrar la herencia de Charles? —preguntó Andrew, haciendo una mueca burlona hacia su hermana—. Ten cuidado o si no, querrá quedarse con la mitad de todo y a ti te dejará en la calle, Kendrick.

Cord se restregó el rostro con las manos, frustrado y molesto con Ophelia por sacar a colación el tema de la herencia, en especial delante del fastidioso de Andrew.

—No considero necesario ningún contrato prematrimonial.

—Debes asegurar la fortuna Kendrick —insistió ella—. No lo hagas por ti sino por tu familia. Cord, ella es capaz de dejarlos en la calle si le pega la gana ya una vez cobrada la herencia, además, sabe que te casas por lo mismo, ¿no? ¿Para cobrar la herencia de tu abuelo y que tu padre no vea ni un céntimo? ¿Está de acuerdo en ayudarte a cobrarla? —Ophelia interpretó su silencio de la mejor manera—. ¿No sabe nada, Cord?

Ah, caray, pensó Ophelia contenta. Ese detalle la ponía feliz, incluso. Saber que él mantenía a la mujer fuera de todo problema con la familia confirmaba sus sospechas; él estaba estúpidamente enamorado y no deseaba que su prometida saliera lastimada, pero no todo podía tenerse en la vida. Si Tess iba a formar parte de los Kendrick, tenía que darse cuenta dónde se metía y que nada la tomara por sorpresa.

—Ella lo único que quiere es tener a su sobrina —respondió Cord de mala gana, sintiendo que era sometido a un maldito interrogatorio.

Ophelia sacudió la cabeza, sonriendo, burlona. En definitiva, disfrutaría su caída.

—No puedo creer que seas tan canalla Cord Kendrick. —Ophelia arregló el montón de papeles sobre el escritorio—. En definitiva, lo eres. Y cuando la dulce Tess se entere que la has engañado, va a mandarte al infierno Cord. —Sacudió la cabeza—. Juegas muy bien querido, pero tu propio juego puede volverse en tu contra. Has definido tus reglas y ella puede romperlas en tu cara, y ser la triunfadora, en cambio tú, un infeliz perdedor.

—No debería importarte si gano o pierdo.

—Y no me interesa, aunque no siempre el sexo mantiene apaciguada a una mujer.

—No es sólo sexo. —Se vio en la necesidad de defenderse.

—¿Más que sexo para Cord Kendrick? —se burló ella, colocando sus manos encima de la gruesa carpeta y clavando sus fríos ojos en los de Cord—. Eso sí es nuevo de escuchar. —Se inclinó hacia él, colocando su mano en la barbilla y mostrándose interesada—. ¿Estás enamorado? —Lo vio desviar la mirada y apretar los puños con fuerza—. Maldito infeliz. Estás enamorado de esa mujercita.

—¿Y si lo estoy qué? —la increpó, empujando la silla atrás y levantándose—. ¿Tiene algo de malo que me haya enamorado de otra mujer y no de ti, Ophelia? —plantó las manos encima de la superficie lisa de cristal.

Ella arqueó las cejas, mostrando una actitud tranquila, indiferente a su conversación.

—Para ti, no. No existe nada malo que por fin demuestres que no solo sabes follar y trabajar —comentó con su natural calma, sin alterarse—, pero no para ella y lo sabes, querido. Para ella es bastante malo, ya que va a pensar que la engañaste.

—No le he mentido.

—¿No? ¿Te parece poco utilizarla para cobrar la herencia de Charles? Y no te atrevas a negarlo porque es cierto —señaló y vio que él era incapaz de contradecirlo porque tenía razón—. Estás manipulando a Tess para tu propio beneficio, le has propuesto matrimonio para cumplir con la cláusula estipulada y la ingenua no conoce nada de tus planes maquiavélicos. —Puso los ojos en blanco, obviando la razón—. Eres tan pragmático —se quejó—, en fin, no tenemos mucho tiempo Andrew y yo para quedarnos a conversar, y debo buscar a tu novia para presentarle a su abogado.

Cord observó a Andrew, dedicarle una forzada sonrisa a su hermana y los dos se pusieron de pie, mas Willow permaneció sentada en su lugar, luciendo acalorada e incómoda tras presenciar su discusión, todo lo contrario, al rubio a quien le hacía gracia la situación.

—Buen día —comentó Andrew con un deje de aburrimiento, siguiendo a Ophelia.

Por su parte, Cord se limitó a permanecer de pie, apretando los dedos sobre el cristal a duras penas conteniendo la rabia. Ophelia tenía razón y la conocía tan bien que no confiaba nada en que fuera Andrew quien llevara el caso de la sobrina de Tess. No se fiaba de ninguno de los dos, además, Andrew era de esos tipos que se ganaban muy fácil al cliente con sus palabras de aliento, fingiendo ser el comprensivo amigo de ellos y con Tess era sencillo sentirse cómodo.

—¿Señor Kendrick? —Willow llamó su atención. Él la miró, frunciendo el ceño—. ¿Quiere que me retire o prefiere que empecemos a redactar el documento?

Cord no tenía cabeza para pensar en esos temas, su conciencia se veía bastante afectada por hacer aquello, planificar un contrato que desconocía cuánto debía permanecer casado sin que Tess se enterase de nada en lo absoluto. No podría dejarla ir así de fácil, pero si ella se daba cuenta que le propuso matrimonio para cobrar la herencia de su abuelo que, por estar enamorado, sin duda alguna lo odiaría. Iba a detestarlo porque tal y como predijo Ophelia, se sentirá utilizada, pero, ¿acaso no lo había hecho?

—Puedes retirarte —indicó—. Me pondré en contacto contigo en un par de días.

Willow se puso de pie, recogiendo su bolso y le lanzó una larga mirada para luego sacudir la cabeza y sonreír a medias. Cord no estaba de humor para descifrar tales gestos de alguien a quien apenas había visto durante unos minutos.

—Que pase buen día, señor Kendrick.

Cord asintió en silencio y una vez que la vio marchar, volvió a dejarse caer en la silla con pesadez, pasándose los dedos entre los cabellos y maldiciendo su postura. La situación se le había salido de las manos, los impulsos lograron dominar su parte racional. Iba a hablarle a Tess acerca del testamento, contarle de la cláusula existente y convencerla en aceptar un matrimonio de conveniencia donde ambos saldrían beneficiados.

Unos suaves golpecitos a la puerta lo obligaron a romper su ensimismamiento y le frunció el ceño en el momento que se abrió, y la delgada y elegante figura de Rosemarie Kendrick apareció y abrió por completo la puerta, revelando la amplia habitación con solo una larga mesa de grueso cristal ahumado, alrededor diez sillones de cuero negro y un pequeño gabinete al fondo con su cafetera encima. Permaneció en el umbral, observando a su hijo en completo silencio con sus grandes ojos azules. Al instante él se levantó del asiento para ir a su encuentro.

Rosemarie irrumpió con su porte refinado, su elegante andar y su mirada calculadora y furiosa a la vez, reparando en su hijo. Cuando ella no se encontraba cerca de su padre, se volvía

distinta, su comportamiento y todo lo relacionado con la mujer sumisa que vivía un matrimonio de apariencia feliz al lado de su ejemplar marido, desparecía y tomaba control la mujer que debería ser en casa, con su marido.

—Seguro has de preguntarte a qué se debe mi visita, ¿no, Cord? —Fue el saludo de ella, dejando el oscuro bolso de Chanel sobre la mesa.

Cord se acercó a abrazarla, pero Rosemarie ofreció su mejilla y unas palmaditas en los hombros de su hijo, además de una distante sonrisa en el momento que se apartó.

—Supongo, ¿cómo te has enterado, mamá?

—Una madre tarde o temprano se da cuenta de los andares de sus hijos —respondió. Cord le jaló una silla para que tomara asiento, pues presentía que no era una corta visita — y me he dado cuenta de los tuyos, cielo. Si no fuera por Ophelia y Cartier, continuaría ignorante a los planes de mi propio hijo. —Él se sentó a su lado, mostrando su más relajado semblante—. ¿Cuándo pensabas contárnoslo, Cord?

Cord observó a su madre, sintiendo que la irritación y frustración afloraban a la superficie. Si no fuera por Ophelia, quien era incapaz de mantener cerrada la boca cuando se juntaba con Cartier, no tendría que soportar tener dicha conversación con Rosemarie.

—Cuando fuera oficial, mamá.

—¿Oficial? —repitió llena de incredulidad—. ¿Te refieres al momento de presentar a la chica como tu esposa? —cuestionó, disgustada ante las precipitadas decisiones que su hijo tomaba sin tenerla en cuenta a ella.

Frustrado, Cord se pasó ambas manos entre los cabellos, rogando en silencio que ella finalizara la conversación de una vez. No estaba en condiciones de sostener semejante charla con su madre por el mero hecho de sentirse más una basura que un ser humano.

—No.

Rosemarie se llevó ambas manos a las sienes, masajeándolas con ligereza.

—¿Quién es ella? —Quiso saber y Cord se limitó a mantenerse en silencio—. No será la chica, la empleada con quien mantenías relacione sexuales y te pedí rotundamente que pusieras un alto, ¿cierto, Cord? —Su tono era escandalizado.

Él suspiró con pesadez. No tenía sentido ocultar la identidad de quien sería su esposa.

—Su nombre es Tess y sí, mamá. Es ella.

Rosemarie arqueó las cejas, recelosa y sin ocultar su desconsuelo, pues esa familia la

enviaría directo a la tumba a tan poco tiempo de la partida de su suegro. Querían matarla, no había ninguna duda. No podía creer que ese hijo suyo, el más inteligente de los tres se hubiera vuelto un grandísimo idiota y estuviera echando todo a la basura por una zorra.

—Te pedí que no repitieras la historia, Cord. —Sus grandes ojos azules mostraban la decepción causada por culpa suya—. Que pusieras un alto a la locura de acostarte con tu empleada tal y como Cullan lo hizo en el pasado y que en la actualidad está pagando por sus consecuencias. —Se restregó la frente y musitó—: Señor, va a darme una apoplejía.

Cord intentó estrechar su mano entre las suyas para asegurarle que todo estaría bien, que Tess era la mujer de su vida y que no estaba cometiendo ningún error casándose con ella. Rosemarie le puso un alto y una vez más, y él tuvo que cerrar sus manos en puños.

—Mi padre se acostaba con ellas, mamá —se defendió—. Yo voy a casarme con Tess. —Miró a su madre a los ojos e inspiró hondo. Jamás se había abierto en esos asuntos con ella ni cuando era adolescente, pero debía hacerlo—. Porque estoy enamorado.

Tal revelación no impresionaba a Rosemarie, porque en casa, todo el mundo comentaba del cambio en Cord, su hijo estaba enamorado, pero de la mujer equivocada.

No alteró en lo absoluto la expresión en su rostro pese al estrés que le estaba provocando todo eso, pestañeó y se aclaró la garganta, guardando la compostura. Era una mujer que no perdía los estribos, que se manejaba con la cabeza y no con el corazón o de lo contrario, ese matrimonio suyo ya se hubiera terminado hacía bastantes años: tenía que ser astuta como un zorro.

—Cord, tu padre también se enamoró de una de sus tantas amantes —confesó sin que ello la afectara. Apretó los labios en una fina línea y sacudió la cabeza, rememorando el incómodo pasado—. Pensaba dejarme por una chica veinte años menor que él e incluso, tiempo después me enteré que tuvieron una hija fruto de su ilícito amorío. —Se encogió de hombros sin sentirse afectada—. Desde luego tu padre lo niega, pero qué se puede esperar de él si es incapaz de afrontar sus culpas.

—¿Tiene una hija? —repitió Cord, escéptico.

Rosemarie había mantenido oculto aquél vergonzoso secreto de su marido a sus hijos, no deseaba que ellos, cuando fueron más jóvenes hicieran preguntas sin cesar y pidieran conocer a su media hermana, en esos tiempos que eran adultos y gozaban de sus propios medios para buscar a la niña, podían hacerlo sin molestarla en las decisiones que tomaban. Además, Cullan ya le había agotado toda la poca paciencia que le quedaba y bueno, su hijo mayor estaba por tener en sus manos toda la fortuna de los Kendrick y le convenía tenerlo en su contra de ninguna

manera. Tenía que ser muy taimada, más que nunca y ponerse del lado de Cord o al menos, en parte porque ni, aunque estuviera muriendo apoyaría su matrimonio.

—No debería causarte sorpresa —respondió, reprendiéndolo—. Tu padre tiene una hija fuera del matrimonio. Contraté un inspector privado y éste averiguó todo de la chica —explicó ella casi aburrida por tener que ponerlo al margen de la hija secreta de Cullan—. La niña tiene unos cinco años y la madre de la chica la adoptó porque parece ser que la amante de Cullan carece de instinto maternal para hacerse cargo de su propio error, se ha responsabilizado lo mínimo para que pueda jactarse de llamarse madre —resopló, molesta—. Es todo lo que conseguí.

Cord sintió que la sangre huía de su rostro, los detalles relatados por Rosemarie sonaban parecidos a la historia de Tess y su hermana, sin embargo, sería exagerada la coincidencia. Demasiada información para poderla ocultar de ella.

—Esa chica, ¿dónde vive su familia?

Rosemarie hizo una mueca de desagrado y estudió sus manos: la perfecta manicura francesa, los anillos que la adornaban, las pulseras de oro y piedras preciosas.

—¿Cuál es tu interés, Cord? —Exigió conocer, desinteresada al formular la pregunta—. Harás lo que tu padre jamás ha hecho, ¿ampararlas? —Negó con la cabeza—. Él se sacudió la responsabilidad, no veo por qué quieres tú ayudar.

—Mamá, mi padre tiene una hija fuera del matrimonio —señaló él para desagrado de la mujer—, es lógico que desee conocerla.

El escalofrío que le recorría la espina dorsal lo contradecía, no quería tratar a la hija de Cullan ni tampoco reafirmar su absurda teoría.

—No, no lo es, supongo que si no te digo dónde viven harás lo mismo que hiciste con tu empleada cuando te pedí que la dejarás. —Empujó la silla atrás, poniéndose de pie—. Viven en East Harlem, creo que es conocido como El Barrio. —Le lanzó una mirada reprobatoria al ver que todavía permanecía en su asiento, incapaz de moverse. A dónde habían ido a parar los modales de su hijo—. Esta noche quiero que lleves a la chica a cenar. Tu familia merece conocerla, Cord.

Cord alzó la mirada hacia ella y asintió, ausente. Se incorporó y la ayudó a echarse su bolso al hombro. Sus actos eran mecánicos, los realizaba sin pensar, solo se movía conforme tenía que hacerlo. Su estómago se quejó por el malestar que se instaló en él.

—Lo haré, mamá —prometió, acompañándola a la puerta.

Rosemarie se detuvo en el umbral, tomó el rostro de su hijo entre sus manos, fijando sus ojos en los suyos y lo acercó a ella para besarlo en la frente.

—Te ves pálido, Cord —notó, escrutando su rostro en silencio—. ¿Te sientes bien?

Cord besó sus manos, tomándolas entre las suyas y asintió en silencio a la vez que le regalaba su mejor sonrisa.

—Estoy bien, madre —mintió.

—No me decepciones, hijo.

—Mamá…

—No me falles como lo ha hecho tu padre, Cord —lo calló, acariciándole las mejillas y ofreciendo un intento de sonrisa—. Elegiste a la chica por ti mismo cuando yo ansiaba verte feliz con Ophelia y de esa manera mantener el legado de Charles a salvo de un despilfarrador como tu padre. —Sacudió la cabeza—. No vayas a frustrarme, Cord.

—Sabes que eso es imposible —Quiso darle un abrazo, pero ella retrocedió y negó—. Mamá he elegido a Tess y por favor, respeta mi decisión.

—Supongo que no debo preocuparme por nada pues es un matrimonio de conveniencia, ¿verdad, cielo? —Le arregló la corbata y quitó una pelusita invisible de su traje—. Terminará pronto.

Cord mantuvo la expresión tranquila para no alterarla.

—Sí, madre. Terminará pronto—repitió sin ninguna convicción.

CAPÍTULO 2

—Cord, cariño. Es una grata sorpresa. —Madeline lo recibió con un gran abrazo en cuanto llegó a su lado.

Él envolvió a la mujer entre sus brazos, enterrando el rostro en su fragante cabello cano y sintiéndose confortado por su dulzura. Ella era la única persona que conocía lo peor y mejor de sí mismo, no era necesario hacer preguntas por su parte para darse cuenta lo mal que la estaba pasando. Cord se limitó a mantenerla estrechada, deseando controlarse antes de retomar el rumbo. Sin embargo, ese día no conseguía hacerlo. No podía encontrar al Cord despreocupado, adicto al trabajo, petulante y exigente. No lo hallaba, en su lugar había vuelto el muchacho inmaduro y perdido en un caótico mundo.

—Cariño, ¿qué ocurre? —Quiso saber tras minutos de largo silencio—, ¿estás bien?

Mi padre es probablemente el padre de la sobrina de Tess, pensó, pues esa era la única respuesta que se le ocurría darle.

—Necesitaba verte, abuela —susurró contra sus cabellos, sin aflojar el agarre.

—Mi vida. —El ligero tono que utilizó Madeline indicó que le causaba gracia, pero ni eso logró mejorar su estado de ánimo—. Te adoro, pero vas a malacostumbrarme, corazón.

—Te echo de menos —insistió. Echó un vistazo a su alrededor, al inmenso jardín en completa soledad, tan pacífico y fragante—. Solo e eso, abuela.

—A ver. —La mujer colocó las manos sobre sus hombros y con gentileza lo empujó para mirarlo—. A ti te pasa algo, ¿qué es, Cord?

Su atención viajó por todos los alrededores del vergel, recorriendo el verde pasto, las preciosas flores, la redonda piscina, cualquier sitio para evitar la vigilancia interrogante de la sabia mujer que no quitaba su atención de él.

—Tenías razón —admitió, clavando sus ojos en los suyos—. Estoy enamorado.

Una amplia sonrisa se extendió por todo el rostro de la mujer, llevándose las manos al pecho y soltando un largo suspiro.

—Es maravilloso, Cord.

Él hizo una mueca y Madeline soltó una ligera risa.

—No, no lo es —refutó. Se llevó una mano al cabello, mesándolo—. Es aterrador.

Ella le palmeó las mejillas con cariño, sin perder esa amable sonrisa del rostro.

—El amor es sumamente increíble, Cord y recuerdo una frase que leí de Oscar Wilde. —Cerró los ojos, dejándose llevar en sus recuerdos—: *"El misterio del amor es más profundo que el misterio de la muerte"*.

—Un gran enigma, abuela —reconoció él.

Madeline lo agarró del brazo y lo guio bajo la fresca sombra de los sauces, llevándolo al cobijo de un banco.

—¿Pero, Cord? Sé que existe un gran pero en todo esto. —Él la ayudó a sentar.

—Le he pedido matrimonio. —Ocupó asiento a su lado, en la humedad del pasto, a su lado y apoyó la cabeza en sus rodillas igual a como lo hacía en su niñez.

Madeline le pasó los dedos entre los dorados cabellos, acariciando con meticulosa calma, produciendo que su mente se relajara y divagara sin rumbo fijo.

—Pero ella no conoce del testamento y la cláusula del abuelo —confesó.

La mujer suspiró con resignación.

—¿Por qué no le has contado?

—Porque no lo creí necesario y elegí omitir ese detalle. —Se enderezó para mirarla a los ojos—. Ella no aceptaría un matrimonio de conveniencia porque me ha dicho que me quiere. Tal vez si ignoro yo mismo todo el embrollo, jamás se dé cuenta.

Madeline le lanzó una mirada de advertencia.

—¿Que jamás se dé cuenta de la existencia de un testamento y una cláusula que exige que contraigas matrimonio antes de los cuarenta? —Sacudió la cabeza en rotunda negativa—. Si fuera yo la chica, por muy enamorada que estuviese, tendría que abandonarte, cielo y no sabrías de mí nunca más. La traición a la confianza es un pecado difícil de perdonar, Cord, estás burlando los sentimientos que ella tiene hacia ti, cielo.

Y ese era el mayor temor de Cord, que Tess se alejase de su vida y no volviera a saber nada de ella por sus estúpidos caprichos. Inclinó la cabeza, avergonzado por su mezquino comportamiento.

—Me gustaría que la presentes —comentó Madeline con dulzura.

—También quiero que la conozcas, abuela.

—Genial, entonces, tráela uno de estos días antes de la boda —pidió. Lo cogió de las mejillas—. Te adoro, Cord. —Se inclinó para besarlo en la frente—. Por esa razón quiero darte un sencillo obsequio.

Cord entrecerró los ojos porque no estaba seguro qué iba a hacer la mujer, sin embargo, la observó sacarse su anillo de compromiso, el cual tenía un zafiro incrustado y alrededor del aro de oro blanco, diminutos diamantes. Tomó su mano y se lo colocó sobre la palma. Él permaneció admirando la hermosa joya por algunos segundos, regalo de su abuelo cuando se comprometieron hacía tantos años.

—No entiendo, es tu anillo de compromiso.

Madeline le cerró la mano en puño, sonriendo, feliz.

—Ahora es para que tú se lo des a ella, Cord. —Acarició su barbilla con cariño, sin perder el alegre brillo en sus ojos azules—. Tu abuelo me lo dio a mí y yo te lo doy a ti para que se lo pongas a ella como símbolo oficial de su compromiso. Le pertenece a tu futura esposa y madre de tus hijos.

Emocionado y asustado a la vez, recayó en la cuenta de que el anillo le pertenecía a Tess, su prometida. La mujer que había aceptado casarse con él sin tener en cuenta la verdad, ignorante a sus mentiras. Tan transparente y dulce, tan perfecta y hermosa. Le estaba mintiendo acerca del verdadero motivo para hacerla su esposa y ella no se había dado cuenta, aún. Cuando lo hiciera, Cord rogaba al cielo que lo perdonase y no fuera a odiarlo.

***

No es oficial mi compromiso con Cord, se dijo Tess mientras se cepillaba el largo cabello castaño delante del espejo del tocador con parsimonia. Todavía no lo hacían oficial, es decir, no lo sabían sus familias y tampoco llevaba ningún anillo en el anular, así que, no estaban comprometidos. Sin embargo, le había contado a Arianna, pero se arrepintió porque su mejor amiga la había hecho dudar respecto a si era una decisión certera o si él sentía lo mismo o porqué de tan precipitada proposición.

Colocó a un lado el cepillo y fijó la mirada en la chica de grandes y brillantes ojos verdes cuya mueca comenzaba a hincharle los labios gracias a que no dejaba de mordérselos por el montón. Se había puesto muy guapa para esa noche ya que tenía un compromiso con la familia de su novio, mas estaba nerviosa y asustada en lugar de verse despreocupada.

Habían transcurrido varios días desde que aceptó casarse con Cord, en los cuales fueron muy precavidos en el corporativo para no levantar escándalos, ni sospechas, la única enterada de lo suyo era Jess. Nadie más. Tess tenía que admitir que su noviazgo se dio demasiado rápido, pero estaban enamorados y el tiempo era lo de menos, ¿no?

Asúmelo, Tess, la reprendió el subconsciente, *estabas tan desesperada por contratar un buen abogado que te has vendido a Cord Kendrick ante el mejor postor*.

Admitía que, el abogado que Ophelia le presentó era el mejor en su campo, hizo algunas investigaciones acerca de él y Andrew Prescott era igual que su hermana: de los mejores de Manhattan. Él mismo le aseguró que pronto tendría la total custodia de Violett y esperaba que así fuera. Ella necesitaba que la niña legalmente fuera de la persona que la crió, no su madre ni su hermano ni muchos menos de la irresponsable Farrah, sino ella misma.

Se puso de pie yendo directo a la cama, donde esperaba el vestido que usaría esa noche en la cena con los Kendrick; era sencillo de manga larga por debajo de la rodilla, escote en V y un poco flojo del cuerpo, pero el color era preciso: vino. Se sentó en el borde para calzarse los *stilettos* negros y luego meterse el vestido por la cabeza, luchando con el cierre del costado derecho. La cena era a las ocho de la noche y Cord había quedado en pasar quince minutos antes, así que, echó un vistazo al reloj para cerciorarse que estaba a tiempo de retocarse el maquillaje y rociarse perfume, cuando llamaron a la puerta. Sus ojos se encontraron con su reflejo en el espejo y vio que éste lucía como cervatillo asustado.

Tomó una gran bocanada de aire, agarrando el ligero abrigo negro y abandonando la habitación con calma directo a la puerta de la entrada, sin mostrarse nerviosa ante el sencillo hecho que esa noche conocería a la familia de Cord, específicamente, a la madre. Ensayó su mejor y despreocupado gesto antes de abrir.

—Hola, Tess.

La mujer se quedó en estado de shock al descubrir delante a Andrew Prescott, mostrando su amplia sonrisa que, desde el primer instante, la repelió. No es que el tipo fuera desagradable, pero tenía algo que no le inspiraba confianza total.

—Señor Prescott, ¿qué hace aquí?

—No hemos podido hablar mucho de la familia de Violett y quise pasar por tu casa para descubrir más detalles. —Sus ojos la recorrieron de arriba abajo con descaro, sin ocultar su interés en las curvas de la joven—. Llámame Andrew, por favor.

Andrew era más ancho de espaldas que Cord, pero no tanto como Devon, llevaba el rubio cabello demasiado corto y exhibía una cuidada barba. Sus ojos avellana, se fijaron en los suyos. Y una vez más, la cínica expresión salió a relucir.

—Vale, justo en estos momentos no tengo tiempo. Voy a salir.

Andrew se pasó una mano por el rostro acariciando su barba.

—Tess, como tu abogado, sería recomendable que evitarás tener citas y así comprobar que eres una mujer centrada en velar por el bienestar de su sobrina.

—No estoy teniendo citas —señaló, molesta—. Cenaré con la familia de mi novio.

Él arrugó la frente y cruzó sus brazos sobre el pecho.

—¿Ah, ¿sí? ¿Quién es el afortunado, Tess?

Sin darle tiempo de responder, la grave y contenida voz de Cord, llegó hasta ellos:

—Yo, Prescott.

Andrew giró sobre sus talones para ver llegar a Cord Kendrick justo detrás de él, a continuación, se volvió una vez más hacia Tess sin ocultar su sorpresa por acabar de descubrir que era Cord, el exprometido de su hermana, el novio de su clienta.

—¿Es verdad, Tess? —Su tono sonó acusador—. ¿Sales con Kendrick?

La joven pestañeó, desorientada por la desconfianza implícita detrás de su pregunta.

—Sí.

—¿Hay algún problema en ello, Andrew? —Quiso conocer Cord, conteniendo el deje de mal humor en su voz.

El aludido sacudió la cabeza y dejó escapar una risa sin el menor humor.

—Ya, con razón Ophelia está que se la lleva el diablo —comentó, burlón—. Sin ofender Tess, pareces lista además de guapa. —Le guiñó el ojo para mayor disgusto de Cord quien apretó las mandíbulas—. ¿Cómo te has dejado convencer por las demoníacas propuestas de Kendrick?

Ella pestañeó, sorprendida porque Andrew fuera capaz de mencionar tales palabra sin importarle poner de mal humor a Cord.

—Te aconsejo que te retires, Andrew. —La voz de Cord era baja, conteniendo a duras penas el mal humor provocado por el inesperado visitante—. Ahora.

El rubio se encogió de hombros, burlándose en silencio por la reinante tensión.

—Nos vemos mañana, Tess. —Sonrió, malicioso. Giró sobre sus talones y pasó junto a Cord, arqueando las cejas—. Que tengan una agradable cena, chicos.

Una vez que Andrew se retiró y se quedaron solos, Cord entró al apartamento como tromba, sin mirarla siquiera, ya no se diga detenerse y besarla. Decepcionada por su falta de aprecio hacia su persona por las horas que pasó poniéndose guapa para esa noche en especial, Tess cerró la puerta y se giró directo a él. Cord se había instalado en el centro de la estancia, con los brazos en jarras y sin dejar de fruncir el ceño. Ella reparó en lo guapísimo que lucía con el traje de pantalón beige, camisa azul cielo y saco oscuro, sin corbata.

—¿Puedes explicar qué demonios hacía Andrew Prescott aquí? —soltó, molesto.

—Quería hablar de Violett —respondió sin acercarse, manteniendo sus distancias a pesar de los deseos que la asaltaban por ir directo a él, echarle los brazos al cuello y fundirse en uno de sus arrebatadores besos.

Cord puso los ojos en blanco, fastidiado.

—¿Y no podía esperar a una hora más adecuada? —prosiguió con su mal humor—. ¿Por qué conoce dónde vives?

—Porque es mi abogado y…

—¿Y desde cuándo los abogados hacen visitas a domicilio a sus clientes? —Cruzó sus brazos sobre el pecho.

—Desde que se trata del hermano de tu exnovia, la cual obviamente puede entrar y salir cuantas veces le plazca a tu casa —soltó ella sin pensarlo y dejando que el mal humor que había estado conteniendo, aflorase a la superficie.

Quizás Andrew no fuera agradable al exceso, pero le estaba ayudando con el caso de Violett y para Tess era fundamental llevarse bien con el hombre. No era su problema si se trataba del hermano de Ophelia o si antaño iban a ser familia con Cord, prefería no conocer mucho de esos aspectos de su vida porque no quería involucrarse, no quería que le afectara enterarse del pasado compartido.

Cord la miró a la cara, sacudió la cabeza en un intento por esfumar su mal humor y luego restregó su rostro con una mano. Ella no tenía la culpa de que Andrew resultara un imbécil de tamaña magnitud, sin embargo, no toleraba que nadie viera a su chica con deseos de desnudarla. Estaba celoso, no podía culparlo de ello.

—Te ves hermosa, Tess. —Fue la inesperada contestación que recibió por su parte.

Ella contempló sus grandes ojos azules, leyendo en ellos la sinceridad con que lo decía y al instante sintió que un gran peso se esfumaba de sus hombros una vez que percibió a Cord relajarse y la tensión en el ambiente poco a poco despareció, haciendo que se sintiera de verdad hermosa y deseada.

Avanzó directo a él y Cord permaneció en su mismo sitio, con los brazos a ambos lados del cuerpo, dedicándole una sonrisa de medio lado e infundiéndole ánimos de no echarse atrás y continuar yendo directo a él. La joven tomó su rostro entre las manos, acariciando las rasposas mejillas con barba de varios días que se había dejado, sin romper el contacto visual, perdiéndose en la profundidad de su intensa mirada. Él le rodeó la cintura con sus grandes manos,

manteniéndola muy cerca de su cálido cuerpo y provocando en su corazón la agradable taquicardia que solo con él experimentaba.

—Muero de celos —admitió él en un susurro. Apoyó su frente contra la suya.

Tess le dio un beso en la barbilla que lo hizo suspirar, emocionado por ese momento.

—¿Por qué?

—Porque detesto que otro hombre te mire con deseos de arrancarte la ropa.

Ella soltó una despreocupada risa.

—Eres el único que tiene el permiso de hacerlo, Kendrick.

—Lo sé, pero eso no evita que otro quiera hacerlo. —Guió sus manos a la parte baja de su espalda y le propinó un buen apretón a su trasero—. Y justo ahora, quiero arrancarte ese maldito vestido y follarte la noche entera. —Los dedos de ella se enredaron en los suaves cabellos dorados, atrayéndolo más a sí—. No puedo cancelar la cena con mis padres.

—Lo sé —susurró Tess de mala gana, pasándole la lengua por su labio inferior—. Podemos retrasarnos un poco, ¿no?

Cord hacía fricción en sus costados, provocando que el cuerpo de la joven reaccionara de inmediato a su toque y sus labios emitieran un suave gemido. Él soltó una ligera risa mientras llevaba una de sus manos al costado de ella y bajaba el cierre, rozando con sus dedos la piel cuya caricia la encendió al instante.

—Mi madre va a ponerse furiosa con los dos —admitió, quitándole la prenda y dejándola en ropa interior. Cord se desabrochó los botones de la camisa y se la quitó junto con el saco, dejando al descubierto su torso musculoso—. Odia la impuntualidad.

—También hizo locuras con tu padre —comentó ella, conduciéndolo al sofá. Sin embargo, él se frenó y todo deseo experimentado, desapareció. La detuvo—. ¿Cord?

El aludido sacudió la cabeza y se separó de ella para recoger sus ropas.

—Lo siento, Tess no podemos llegar tarde. —Le entregó el vestido sin mirarla y comenzó a ponerse sus ropas, alejándose y dándole la espalda.

Tess tomó una enorme bocanada de aire, vistiéndose e ignorando la decepción sufrida. Él había puesto un freno por el mero hecho de mencionar a sus padres y no había que ser un genio para darse cuenta que había dado en la diana.

—¿Hay algo que deba saber de tus progenitores? —preguntó, frustrada.

Él se encogió de hombros y continuó sin mirarla.

—Nada en especial.

Tess puso los ojos en blanco y se acercó, haciendo que se diera la vuelta y la mirase.

—¿Nada en especial? Son tus padres, Cord. Voy a conocerlos y no sé nada al respecto.

Él estaba demasiado tenso para poder manejar la situación sin alterarse.

—Tess, no sé qué quieres saber.

—¡Todo! ¡Quiero saber todo de tu familia, de ti! —exclamó a punto de perder la paciencia—. O de lo contrario, no habrá boda. —Se llevó las manos a la cabeza—. No importa si deba empeñar mi casa para pagar el abogado y tener la custodia de Violett. Además, nuestro compromiso ni siquiera es oficial.

—Nuestro compromiso se ha hecho oficial desde que te propuse ser mi esposa —apuntó, molesto—. Eres mi prometida, la futura señora Kendrick.

—No sé nada de ti, Cord Kendrick —insistió, escrutando su rostro que se había convertido en máscara—. Ni tú de mí. Somos dos extraños quienes disfrutan del buen sexo, pero eso es todo. —Empezó a sentirse cansada por mantener una conversación que no deberían tener en ese preciso instante—. Un matrimonio no se basa puramente en mantener relaciones sexuales, necesita de más...

Cord se apartó de ella, restregándose la cara con ambas manos, molesto.

—¿De más? —repitió disgustado—. ¿Qué? ¿Confianza? ¿Fidelidad? ¿Amor? ¿Respeto? —Llegó hasta la puerta, desorientado—. Lo siento, Tess, pero mis padres no son el ejemplo de un matrimonio perfecto porque ahí no existe nada de eso. Son en apariencia felices ante los demás. —Sacudió la cabeza—. Fingen delante de las personas, son actores muy antiguos interpretando su mejor papel, pero, ¿qué crees? No existen, son ficticios. Son dos personas infelices y sus hijos también lo son porque acarrean consigo sus propios problemas. —Tomó una gran bocanada de aire, rehuyendo su mirada—. Se trata de un matrimonio arreglado. Nunca han estado enamorados. No han hecho locuras. Viven bajo el mismo techo, pero no se soportan, no se toleran. Se detestan.

Tess cayó en la cuenta de lo roto que estaba Cord, de que en esos momentos salía a la superficie el niño lastimado por sus padres y se le veía en su rostro, en sus hermosos ojos azules que luchaban para no parecer tristes, para mostrarse lo más centrado que le fuera posible en su presente, sin embargo, su tristeza resultaba casi táctil. Ella misma podía sentir en carne propia la desgracia de ese hombre por haber crecido en una familia rota, aparentemente perfectos, pero

fracturada.

—¿Qué hay del matrimonio de tus abuelos? —preguntó, llamando su atención. La intensa mirada azul del hombre se centró en su rostro—. La otra noche, al hablar de tu abuelo lo hacías con orgullo, respeto y amor. —Se le acercó y entrelazó sus dedos con los suyos—. Háblame de ellos, por favor.

Él envolvió su cintura con las manos y apoyó la frente en la suya, cerrando los ojos.

—Se amaban —susurró. Le dedicó un intento de sonrisa—. Fueron un matrimonio ejemplar. Mi abuelo jamás engañó a la abuela, en cambio mi padre. —Se encogió de hombros—. Qué decir de él.

Tess le echó los brazos al cuello, pasando los dedos entre sus cabellos.

—Tu padre y tú no se llevan bien, ¿por qué? —prosiguió, acariciando su nuca.

—Desde que recuerdo, hemos competido en todo y aún más porque pasé a tomar posesión total del corporativo antes de que falleciera el abuelo. —Sacudió la cabeza—. Él se opuso a la idea del abuelo, pero papá jamás ha hecho nada bien en su vida: arrasa todo lo que toca y hubiera sido la total ruina de los Kendrick si hubiese caído a sus manos.

La mujer le dio un pequeño beso en la comisura de los labios y Cord sonrió ante lo maravilloso que se sentía el simple hecho de tenerla, amarla y necesitarla.

—Has sabido cómo llevarlo tú solo, Cord —señaló con dulzura, sintiendo como el amor que sentía por él aumentaba—. Lo haces bien. Tu padre debe sentirse orgulloso de ti.

Él abrió los ojos y en ellos vio una vez más reflejada la intensa tristeza que se le clavaba en lo más profundo del alma.

—No lo está —admitió con pesar—. Él nunca se ha sentido fatuo de mí. —Se enderezó, pero Tess no se alejó ni un centímetro—. He hecho todo por demostrar que soy exitoso, que todo esto lo he logrado por mi propia capacidad y no por ser un niño rico que todo lo ha conseguido fácil, sin embargo, es inútil: él siempre hace lo que sea para echarme en cara que, si no hubiera sido por el abuelo, yo no sería nadie. —Se encogió y fue ahí que ella sintió que poco a poco Cord se rompía en sus manos. Sus ojos se empañaron por las lágrimas que contenía y susurró con la voz quebrada—: Él me odia, Tess.

Cerró los ojos y gruesas lágrimas se derramaron por sus mejillas. Tess no soportaba verlo llorar, la partía el alma percibirlo tan mal porque se trataba de un hombre fuerte exitoso, millonario, sin preocupaciones de ningún tipo e incluso cínico, mas estaba tan roto por el desprecio de su progenitor, lo cual, era el sentimiento más fuerte y doloroso que lo doblegaba.

Ella misma estaba deshecha ante su propio dolor, impotente.

Lo abrazó con todas sus fuerzas y él no la soltó, la estrechó tan fuerte contra él que dolía. Sin embargo, deseaba hacer que Cord sintiera que estaba orgullosa de él por el gran hombre de negocios en quien se había convertido sin importar que el tipo que le había dado la vida lo despreciara. Besó su rostro, enjugó sus lágrimas con los labios, pero resultaba imposible que Cord se recompusiera sino al contrario, se derrumbó. Enterró su rostro en su cuello, bañándole la piel con las lágrimas y sacudiendo su cuerpo en ése silencioso llanto.

—Cord, tranquilo —susurró, acariciándole la espalda para reconfortarlo—. Todo está bien, ¿vale? Estoy contigo y tú eres un hombre asombroso, exitoso y muy inteligente. —Las manos de él se convirtieron en puños en su espalda—. Eres extraordinario y estoy muy enamorada de ti porque eres tan difícil, testarudo, egocéntrico. —Soltó una risita y besó su mejilla—. Un niño pequeño en el cuerpo de adulto. —Hizo una pausa, buscando más—. Oh, también eres un grandísimo imbécil cuando te lo propones.

Él rió: un sonido ronca y sofocada contra el cuello de la joven.

—Cord, eres un hombre que no necesita la aprobación de su padre. —Sostuvo su rostro para mirarlo fijo a los ojos, pero él rehuyó su mirada, mas, lo obligó con cariño—. Tú no necesitas de él. —Rozó su barbilla con los labios—. Él necesitará de ti un día y va a darse cuenta del gran error que cometió por ser tan idiota contigo. Eres su hijo, pero no debes mendigar su amor.

Para gran sorpresa de ella, Cord tomó su rostro entre las manos y plantó un violento beso, arrancándole un gemido ante la sorpresa que le causaba dada la brutalidad del gesto, haciéndola retroceder un paso.

—Te necesito, Tess —murmuró con ferocidad contra sus labios—. Te necesito en mi vida —insistió—: Tú eres la única persona que quiero tener. A nadie más, ¿me oyes?

—Y estoy aquí, Cord. —Tocó sus labios con las yemas de los dedos y lo inclinó hacia sí —. Me tienes aquí, contigo. —Lo besó con fuerza y él correspondió al beso—. Te amo.

Una vez más la estrechó con fuerza contra su cuerpo sin separar sus labios de los suyos, incapaz de dejar de saborear la dulzura de esa mujer.

—No lo merezco, Tess —confesó con voz grave.

—Pero me tienes aquí, Cord. —Le dedicó una amplia sonrisa—. Soy tuya.

Él se apartó unos centímetros para mirarla a los ojos, deleitándose con la transparencia que vislumbraba en ellos y le provocaban emociones que antes había tenido dormidas.

—Yo soy irrevocablemente tuyo, McAdams —confesó. Le acarició los cabellos—. Te amo demasiado y no quiero perderte. —Se alejó de ella y Tess lo vio buscar en el interior de su saco—. No ahora que te he encontrado para compartir mis días.

Cord sacó una pequeña cajita cuadrada de terciopelo oscuro y se arrodilló delante de ella, la abrió y descubrió una hermosa sortija de oro blanco con una piedra azul incrustada en el centro y alrededor de ésta, diminutos brillantes.

—Te juro que no sé cómo jodidos se hace esto —admitió, mirándola a los ojos. Tess sentía que las rodillas le flaquearon—. ¿Quieres casarte conmigo, Tess McAdams?

Oh, Santa Virgen, pensó ella a punto de caer hasta el suelo, desmayada. Se sentía a punto de sufrir una arritmia cardíaca de la rapidez y fuerza con la que palpitaba su corazón. Iba a llorar y era preocupante porque no era sensiblera, sin embargo, al mirar a ese hombre que ni en un millón de años creyó dentro de sus posibilidades que sería acreedora a tener su amor, postrado ante ella y pidiéndole matrimonio, su lado más cursi salió a flote.

—Sí —respondió en un susurro, sin pensárselo dos veces—. ¡Sí, sí, sí! ¡Si quiero casarme contigo, Cord Kendrick!

La mano del hombre cogió la suya y sacó la preciosa joya de su cajita, deslizando el aro en el anular. Lucía asombrosamente elegante en su mano. Perfecta.

Cord se incorporó y ella aprovechó la oportunidad para echarle los brazos al cuello, enredándole los dedos entre sus suaves cabellos dorados e inclinándolo más hacia sí, para poder capturar sus labios en un apasionado beso. Las grandes manos de él se apoyaron en la parte baja de su espalda, estrechándola contra su cuerpo y sintiendo el deseo que lo delataba.

—¿Sabes? —susurró, depositando a lo largo de su cuello sendos besos—. Olvidemos de una puta vez la cena con mis padres. No iremos.

Ella sonrió, sintiendo un gran alivio ya que esa noche no los conocería, al menos no cuando él aún no se recomponía por completo.

—¿Ah, ¿no?

Cord guió una de sus manos al costado del cierre del vestido para bajarlo mientras la otra seguía estrechándola contra él.

—No. —Volvió a rozarle los labios—. Quiero hacer el amor contigo toda la noche, futura señora Kendrick.

CAPÍTULO 3

Era domingo por la mañana y tras haber cancelado la noche anterior la cena con sus padres por quedarse a hacer el amor tal como había aseguró él, se quedaron dormidos frente a frente en la misma almohada, sin embargo, Tess se había despertado hacía rato y contemplaba el pacífico semblante de Cord mientras yacía tan ajeno a los problemas.

Sus yemas trazaron con suavidad el contorno de sus rojos labios, la asimetría de la nariz, el espesor de las oscuras cejas, las largas pestañas que casi rozaban los pómulos y la fuerte barbilla: ése era el Cord que más ternura le provocaba a su corazón, el hombre relajado e ignorante del mundo que lo rodeaba, que lo asfixiaba. Tess desearía que se deshiciera de esa pesada carga que sostenía sobre sus hombros y fuera tan feliz como lo era ella. Se incorporó, acercando su rostro al suyo y depositando un suave beso en sus labios entreabiertos cuyo roce lo hizo sonreír, luego descendió por su barbilla, su cuello. Cord soltó una ligera risa una vez que ella se sentó encima de él y sus besos recorrieron su perfecto y duro torso, bajando por él aún más hasta llegar a su miembro erecto.

Le lanzó una rápida mirada a Cord quien aún dormía o fingía estarlo debido a que exhibía una sonrisilla que adornaba su rostro y sin perder tiempo, lo rozó en la punta. Tess se humedeció los labios porque los sentía tan resecos en ese momento que lo tenía completamente vulnerable ante ella. Y sin premura, lo cogió con una mano, pasando la lengua por todo su grosor, en ese instante Cord soltó un grave gemido y salió de la inconsciencia del sueño. Ella volvió a elevar sus ojos hacia él y para su orgullo, lo descubrió contemplándola admirado.

—Tess…

La aludida le dedicó una sonrisa traviesa y lo ignoró por completo, llevándoselo a la boca y junto con su mano, empezó a acariciarlo y masajearlo con suavidad. Cord gruñó de manera gutural y la agarró de los cabellos, guiando el ritmo para mayor disfrute suyo. Tess fijó los ojos en su rostro, concentrado en lo que le hacía, los párpados cerrados y la boca abierta, dejando escapar el aire que contenía. Los femeninos labios y lengua, besaban y lamían la grandeza de su duro miembro. Sus dedos se enredaron en los largos cabellos castaños, empujándola más profundo en él, tensándose los glúteos bajo sus manos.

—Tess. —Ella oyó la advertencia en su voz—. Voy a…

Cord no pudo terminar la frase, la empujó contra el colchón y se colocó encima, penetrando el cálido y dulce interior con un ronco gruñido. La mujer gimió con fuerza, arqueando la espalda para recibirlo mejor, sentirlo más profundamente dentro. Sus manos se aferraron a su espalda, arañándole la piel conforme embestía con mayor fuerza y rapidez, entre

gemidos y jadeos, llevándolos a un delicioso orgasmo matutino.

—Ha sido el mejor despertador de mi jodida vida, nena porque me ayuda a mejorar mi humor —dijo sin separarse de ella, todavía en su interior y besándola en los labios.

Tess soltó una risotada y mordisqueó sus labios, feliz porque él lo fuera.

—Buenos días, señor Kendrick.

Cord le apartó los húmedos cabellos del rostro, escrutando los grandes y verdes ojos durante unos segundos, fascinado por descubrir el brillo que mostraban. Ella notó un cambio en él, más dulce, más tranquilo. Su calma era tangible, contagiosa.

—Buenos días, señora Kendrick.

Tess le acarició las mejillas, sonriendo tan feliz por lo bien que se escuchaba ser llamada de esa forma: señora Kendrick.

—Me gusta —admitió, sintiendo las molestas mariposas en el estómago revoloteando. Depositó un rápido beso en su incipiente barba—. Suena bien.

Sus labios acariciaron los suyos, tiernos y cálidos, besándola casi de manera imperceptible, manteniéndolo estrechado contra su cuerpo con los brazos y piernas, ansiando permanecer unida a él por mucho tiempo.

—Suena perfecto —reconoció Cord, saliendo del cálido interior femenino tras la calma del momento—. Y quiero hacerlo ya.

Tess se incorporó sobre los codos al ver abandonar a Cord la calidez del lecho e ir directo al armario. Le frunció el ceño porque no lo entendía. Un momento se mostraba tan aquietado y al otro parecía bólido.

—¿Qué, Cord?

Cord fue al armario y desde allí respondió:

—Casarnos. —Salió con un cambio de ropa en sus manos y desde los pies de la cama y mostrado su perfecta desnudez agregó—: Hagámoslo hoy mismo.

¿Bromeaba? ¿Casarse ya? ¿Tan pronto? Los ojos de Tess se abrieron como platos y de sus labios no salió ningún sonido inteligente, salvo el ligero aire que escapó de ellos.

—¿Hoy mismo? —repitió. Sacudió la cabeza, negándose a asimilar semejante idea. No iba a hacerse ilusiones al respecto—. Cord es domingo.

Él cruzó sus brazos sobre el pecho, observándola desde los pies del lecho en todo su

metro noventa.

—¿Y? Quiero casarme contigo sin importar qué día de la semana sea, Tess. —Le ofreció una mano para salir del revoltijo de cobijas y reunirse con él—. Vamos a hacerlo.

La joven pestañeó, confundida y emocionada a la vez.

—Es una locura.

—Cometamos locuras. —La besó lleno de ansías y emoción—. Hagámoslo hoy. Será íntimo y civil, Tess.

¡No!, gritó la parte racional de la joven, la práctica y negada a cometer locuras durante años, sin embargo, la irracional, aquella que amaba a Cord con locura, la alentó a hacerlo: enlazarse con él pese a la rapidez con que se había dado todo. lo descabellado que sonaba y los riegos que conllevaba.

—Con una condición —señaló ella, poniendo a trabajar su cerebro embotado por las sorpresas de tan temprana hora del día. Él pestañeó, pero asintió—. Mantengámoslo en secreto por un tiempo.

—Tess… —empezó a quejarse.

Ella colocó sus manos contra su amplio pecho, poniéndose de puntillas hasta tocar con sus labios su barbilla.

—Por favor, Cord —insistió—. Será pequeño.

Casarse con él a una velocidad ridícula en la historia de los compromisos, daría pie a habladurías que perjudicarán su imagen. Tess no lo hacía por ella sino por él, Cord ya tenía bastante con los problemas que Cullan le había dado como para agregar otro más a la lista.

—¿Cuánto? —insistió poco convencido.

—Un mes —respondió. Resultaba un tiempo justo y razonable para soltarles la bomba a sus familias—. Sí, un mes, Cord.

Él escrutó su rostro en completo silencio. No estaba de acuerdo, deseaba que todo aquél que no tenía fe en su relación se tragara sus palabras y viera la perfecta sincronía que hacían juntos. Sin embargo, lo que pedía Tess era lo mínimo que podía hacer por ella. Además, en un mes cumplía cuarenta años y presentía que en esa fecha estallaría la bomba.

—¿Un mes? —repitió, pensativo—. En un mes cumplo años, Tess.

Ella desconocía que su cumpleaños fuera en diciembre y la fecha le parecía perfecta para contarles la verdad a todos. Sería una especie de regalo navideño.

—Entonces, el día de tu cumpleaños revelaremos la noticia —señaló, contenta—. Di que sí, Cord.

Cord le dio un fugaz beso en la nariz y suspiró, resignado.

—Muy bien. —cedió—. A partir de hoy vendrás a vivir conmigo —indicó—. Me parece muy justo, esperamos un mes para dar la noticia de nuestro matrimonio, pero tú vienes aquí conmigo porque no pienso tolerar que mi hermosa esposa duerma en otra cama que no sea la de su marido quien querrá hacerle todas las noches el amor.

Tess no encontraba las palabras para responder, la emoción que la embargaba era inmensa, casi un sueño del cual no quería despertar jamás. Le echó los brazos al cuello, se puso de puntillas y antes de besarlo con todo el amor y la felicidad que le había dado, susurro:

—Sí, mi amor. Viviré contigo de ahora en adelante y nunca me iré.

***

Cord dejó a Tess en su apartamento porque él tenía que arreglar todo lo relacionado con su boda y quedó en recogerla a las cinco de la tarde. Todavía no se creía que apenas la noche anterior le hubiese dado el bello anillo de compromiso que lucía en el anular y que ese día contraerían matrimonio. Le pidió que aceptara una de sus tarjetas de crédito para comprar un lindo vestido para la ocasión y ceder ante un gesto tan insignificante como permitirle pagar sus cosas de su propio dinero, la hacía sentir que estaba vendiéndose a Cord.

¿Acaso no lo estás haciendo?, le echó en cara su conciencia.

—Pareces convencida —comentó Arianna, caminado a su lado por la acera de la Quinta Avenida en busca de alguna tienda que les inspirase a buscar un vestido para el evento— y es preocupante.

Tess la había llamado para que le brindara ayuda, sin embargo, se negaba a escucharla, prestarle atención o de lo contrario, se pondría más nerviosa de lo que estaba y no podía permitírselo.

—Estoy enamorada de Cord —informó, deteniéndose delante de una de las tiendas del diseñador Christian Dior. Era la primera que lograba llamar su atención y no tenía tiempo de sobra—. Lo amo y él a mí.

—¿Te lo ha dicho?

—Muchas veces y confío en él.

—¿Él confía en ti?

Tess se detuvo en la entrada de la tienda de altos escaparates que exhibían los hermosos diseños en existencia; los maniquíes iluminados por focos led colocados en el techo, recreando la apariencia del oro a su alrededor. Afuera, las paredes eran de ladrillos en tonalidades beige y doradas con las grandes letras en oro empotradas en éstas de *Dior*. Cord confiaba en ella, se lo había asegurado muchas veces, pero, ¿realmente confiaba en ella? ¿Por qué dudaba ese día, un día que debía ser mágico?

—Sí.

Su respuesta no fue la que ansiaba darle, sonó escueta, carecía de fuerza e incluso ella misma no se la creía. Sin embargo, funcionó para que Arianna pusiera fin a su interrogatorio una vez que entraron al elegante negocio.

—Ese hombre sabe usar el dinero que posee —dijo Arianna, ayudándole a buscar un vestido blanco—. Se casarán en día domingo y todos descansan este día de la semana, pero puede darse el lujo de pagarse un juez que vaya a su casa y asista la ceremonia civil. Vaya.

Tess desconocía dónde se llevaría a cabo el evento, Cord se estaba haciendo encargo de todo y hasta ese momento ella seguía sin tener noticias de su futuro marido.

—Arianna, quiero que por favor seas mi testigo.

La aludida resopló, sacudiendo la cabeza y descartando varios vestidos.

—Lo sé, cielo y ahí me tendrás, pero hubiera querido ser dama de honor.

¿Qué decirle? Nunca soñó con tener una boda, supuso que jamás lo haría y un día domingo se convertiré en la esposa de Cord Kendrick.

Después de unos minutos de búsqueda, Arianna por fin encontró un simple pero precioso vestido blanco, ajustado al tallo; falda ligeramente amplia por arriba de las rodillas y manga de tres cuartos con redondeado escote: sencillo y elegante. Además del calzado y accesorios, hizo que lo cargaran a la tarjeta de Cord sin sentir el menor remordimiento. Luego de salir de Dior, visitaron una de las tiendas de *Victoria's Secret* y comprar lencería provocativa para sus noches venideras al lado de Cord.

Volvieron al apartamento de Tess cargadas con sus compras y de inmediato, Arianna la hizo meterse a dar una ducha caliente con sales aromáticas, para poder hacer algo con ella ya que, según su amiga, era su día especial. La joven obedeció y se dio una rápida ducha enjabonándose con gel aromático porque el tiempo se les había caído encima y ya era tarde. Mientras sus cabellos se secaban, Arianna se metió a la ducha y la dejó sola unos minutos.

Tess aprovechó para llamar a Cord.

—Hola, señora Kendrick —respondió él de inmediato—. ¿Cómo vas?

—Fui de compras con Arianna —le contó, yendo a su habitación. El vestido yacía sobre la cama, exhibiendo la simple belleza de su diseño—. He elegido mi vestido de novia.

Cord soltó una risa ronca, baja y sensual, provocando en Tess que todo su ser se recobrara con ese sonido.

—Ya quiero verlo. —Hizo una brevísima pausa—. ¿Fácil o difícil de quitarse?

—Fácil.

—Buena chica.

Tess apoyó la espalda contra la pared, observando su dormitorio porque esa sería la última vez que estuviera ahí y le provocaba nostalgia.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Cord al notar su silencio.

—Sí —confesó, soltando el aire—. ¿Tú no lo estás?

—Más que nunca, lo juro. Sin embargo, ansío el momento.

—También yo —reconoció ella, llevándose una mano al pecho—. Te amo, Cord.

Al otro lado de la línea se escuchó un profundo suspiro.

—También te amo, Tess —asintió—. Debo dejarte porque todavía faltan algunos detalles por mejorar y tengo que pasar por ti.

—Cord, ¿qué estás haciendo? —Quiso saber ella, frunciendo el ceño.

—Es una sorpresa, mi amor.

***

Ambas estuvieron listas cuando Cord llegó al apartamento, luciendo guapísimo con un traje oscuro hecho a medida y camisa blanca, sin corbata.

—Te ves hermosa, Tess —reconoció, observándola con fascinación. Fue directo a mitad del salón y envolvió su rostro entre las manos—. Eres la más jodidamente perfecto que he encontrado en mi vida y eres mía. Juro que no te merezco, pero soy un maldito egoísta y no soporto dejarte ir. Quiero que seas mi esposa, mi amiga, mi amante. —Apoyó su frente contra la suya, fijando los dulces ojos azules en los de ella—. Te amo y eres la mujer de mi vida. La única con la que quiero estar.

—Soy completamente tuya, Cord —declaró. Besó sus labios llena de emoción por encontrarse con él—. Tú eres el hombre de mi vida y nunca me iré de ella.

Cord la estrechó entre sus brazos, deseando perderse en ella.

—A ver, chicos. —Arianna los obligó a separar—. Primero a firmar papeles y luego a follar, ¿vale? No me he pasado buen rato arreglando a Cenicienta para que el príncipe mancille mi trabajo.

Cord río y Tess se unió a sus despreocupadas risas ese día tan especial para ambos.

—Andando, entonces —asintió él.

***

Cord las llevó directo a su condominio, donde esperaban un hombre ya mayor, arreglando el papeleo en la lujosa mesa central de la sala que lanzaba sus vistas a la ciudad de Manhattan, y una agradable señora que nada más verlos llegar, no dudó en salir a recibirlos. Cord dejó a su prometida unos minutos con su abuela para reunirse con el juez.

—Por fin ha llegado el día de conocerte, Tess. —Madeline la estrechó entre sus delgados brazos, envolviendo a la joven en su costoso perfume y Tess correspondió el abrazo un tanto torpe—. Eres una chica hermosa e increíble por haber logrado que Cord se haya enamorado, cielo. —Sostuvo sus mejillas entre sus manos, clavando los límpidos ojos en los suyos—. Cuida mucho de Cord. Él te necesita a su lado, Tess, ahora más que nunca debido al sinfín de diferencias entre su padre y él, además de todos los escándalos por los que atraviesa la familia.

Tess sonrió y le lanzó una rápida mirada al aludido quien no dejaba de ojear en su dirección pese a mantener una interesante charla con el juez. Tess volvió su atención a Madeline: sus ojos azules eran tan sinceros y transparentes que depositó de inmediato su confianza en ella. No había que ser un genio para darse cuenta que ella era su abuela, la única pariente que parecía ser bienvenida en la vida de su nieto y con la que compartía sus secretos más profundos, por ejemplo, ese día que se llevaría a cabo su boda civil.

—Él es increíble. —Le confió Tess—. Maravilloso, señora y le prometo que cuidaré de él. Me dedicaré a Cord en cuerpo y alma.

—Mi nieto necesita una mujer fuerte a su lado y tú das la talla, Tess. Me alegro mucho. —Acarició sus mejillas, sonriente—. Bienvenida a la familia Kendrick, hija.

Las palabras sonaban tan bien, que Tess ya empezaba a creerse como un miembro más de esa poderosa familia. Le dedicó su más amplia y agradecida sonrisa a la vez que Cord se reunía con ellas una vez finalizada su audiencia con el juez. Tomó a su prometida por la cintura y la estrechó fuerte contra su cuerpo, depositando un casto beso entre los fragantes cabellos e inspirando emocionado.

—Te presento oficialmente a la mujer de mi vida, abuela —comentó, orgulloso sin aflojar su agarre—. Tess McAdams. Tess, ella es Madeline Kendrick, mi amada abuela.

—Ya hemos tenido la oportunidad de intercambiar algunas palabras tu prometida y yo, cariño. —Madeline le hizo un cariño a su nieto y dio una palmadita, eufórica—. Pero, bueno, chicos, yo amo las bodas así que, empecemos.

Se dirigieron hasta el enorme salón de estar, donde el juez y Arianna los esperaban. Quizás no fuera lo que Tess tenía en mente, es decir, firmaría el acta matrimonial en el piso de Cord, con dos testigos presentes y el juez. No había flores, tampoco ningún detalle romántico en el asunto e incluso ella misma sentía que lo que estaba por firmar era una transacción de poderes y no su matrimonio.

Resultaba ridículo como se sentía ahí, con su mejor amiga por testigo, la abuela de Cord, el amistoso juez que debió haber cobrado una fortuna para tener listo en tan breve período el papeleo, el hombre que amaba estrechando su cintura con una mano para no dejarla ni un segundo, pero se sentía vacía. No se concebía como una novia soñada sino una mujer que se estaba vendiendo a un guapo millonario.

Tras plasmar las firmas de todos los involucrados en el escrito, el juez finalizó diciendo que podían besarse y en ese punto, lo único que lograba hacerla sentir mejor y no como un acuerdo, fueron los labios de Cord acariciar los suyos con todo el amor que se profesaban el uno por el otro. Sus manos acariciaron su cintura y la atrajo contra su cuerpo, apretándose a la joven y susurrándole al oído mientras los presentes expresaban sus felicitaciones y bendiciones:

—Ya quiero hacerle el amor toda la noche a mi esposa.

***

¿Boda secreta?

Todo parece indicar que efectivamente, nuestro senador tiene planes de casarse en secreto con su amante. Varios testigos han visto a la joven en compañía de una amiga este domingo yendo de tienda en tienda hasta salir de Dior después de varios minutos, cargando bolsas y felices tras haber encontrado el vestido de novia.

Uno de los informadores que notaron a la joven elegir su vestido, nos confió que se trataba de una prenda muy sencilla, nada extravagante como Rosemarie o Cartier acostumbran llevar, lo que nos orilla a nuestra siguiente pregunta: ¿qué tanto sabe la familia Kendrick con respecto a la boda del senador? ¿Acaso apoyan una idea tan descabellada como la de casarse con una extraña a quien hasta hace poco supimos de su existencia? ¿Dónde queda Ophelia Prescott en la ecuación? ¿Acaso es solamente un mero capricho del senador Kendrick por estar

en contra de su linaje cuando todo el mundo conoce de la mala relación existente entre él y Cullan?

Cullan Kendrick es otro punto y aparte en la historia, pues de igual manera se le ha visto al millonario recorrer en semanas anteriores las calles de la Fabulosa Las Vegas en compañía de una joven que bien podría ser su hija y a quienes se les ha avistado muy románticos, lo cual no acostumbra verse en público con Rosemarie.

Cualquier noticia que surja de último momento les estaremos avisando sin demora desde The Royal Chronicles, quienes tenemos tantas incógnitas al respecto de esta escandalosa relación. Se despide enviándoles mucho amor tal como la pareja profesa, su amiga Jojo Lemar.

Cullan leyó la nota periodística en el famoso blog de Internet que la mayoría de los neoyorquinos seguían como si la autora de tal fuera una eminencia desde la comodidad de su estudio, admirando la lejanía del río Hudson esa preciosa y fría noche. Ya comenzaba a llegar el clima que a él lo enamoraba: el frío. Se trataba de su época del año favorita, cuando la Navidad se acercaba y con ello, el día más especial para toda la familia; el cumpleaños de su primogénito.

Furioso, arrojó el grueso vaso de coñac que sostenía en su mano contra la pared, rompiéndose estruendosamente. Aquel hijo de perra de Cord estaba colmándole la paciencia y Cullan era un vaso de agua que iba llenándose gota por gota y que en esos precisos momentos, ya se derramaba. Ése imbécil planeaba casarse con una zorra que lo único que pretendía era quedarse con su dinero. Pues bien, si su hijo planeaba burlarse de toda la familia, que empezara a hacerlo, a fin de cuentas, ya verían quien reía mejor al último y ese no sería el senador de Manhattan.

Alguien llamó a la puerta con suavidad, pero no deseaba tener a nadie en su estudio o de lo contrario iba a despotricar contra todos y nadie quería tenerlo furioso porque se trataba de un estado de ánimo que ni él mismo era capaz de manejar, perdía el control sobre su persona. Sin embargo, descubrió que no se trataba de ninguno de sus imbéciles hijos sino la bella Ophelia.

—¿Puedo pasar? —preguntó, entreabriendo la puerta y asomando la cabeza. Cullan le hizo un gesto con la mano para que entrara. Ella irrumpió en el espacioso sitio y soltó un suave suspiro—. ¿Cómo estás? ¿Ya has leído el artículo que acaba de subirse a Internet?

—Sí, y te juro que Cord me las va a pagar.

Ophelia hizo una mueca de desagrado porque detestaba ver enfrentarse a padre e hijo.

—Cullan, por favor, todo el mundo sabía que Cord iba a casarse antes de su cumpleaños,

quizás no lo hizo conmigo, pero si lo ha hecho con alguien más.

Cullan se pasó los dedos entre los despeinados y grisáceos cabellos y asintió, pensativo.

—El vídeo ese, ¿lo conservas?

Ophelia arqueó las cejas y asintió en silencio.

—Sí.

El hombre extendió una mano hacia ella, pidiéndoselo en silencio. La mujer dio un paso en su dirección y depositó su móvil sobre la palma abierta. Se cruzó de brazos.

—¿Tienes los contactos de todo el corporativo? —Quiso conocer el hombre.

Ophelia se pensó unos instantes la respuesta porque todavía no comprendía qué pretendía hacer Cullan al respecto y al notar su calma, experimentó una oleada de desazón.

—En mi correo —asintió ella.

Cullan volvió a entregárselo, sonriendo.

—Envíalo a todo el mundo.

La mujer pestañeó varias veces, confundida ante la petición.

—Cullan…

—Has lo que te estoy pidiendo, Ophelia —demandó con dureza.

Ella solo trataba de ganar tiempo para destruir a su exprometido porque muy en el fondo todavía lo quería y guardaba gratos recuerdos a su lado. Sin embargo, leer el artículo y darse cuenta que Cord ya la había superado desde hacía tiempo, le provocaba rabia, porque no podía comprender cómo el hombre con quien había compartido los mejores años de su vida fuera capaz de reemplazarla con tanta rapidez, además ella no creía en la frase acerca de que una persona podía hacerte sentir más en dos semanas que durante años con alguien más no pudiste.

Por ese motivo se había aliado con Cullan a espaldas de toda la familia, quienes se mantenían completamente ignorantes a sus intenciones y cumpliría lo que él pedía. Por ende, envió el vídeo que Jojo Lemar le pasó días atrás, a todos los miembros del corporativo.

—Listo —anunció Ophelia, guardándose el móvil—. ¿Y ahora qué?

Cullan dejó escapar un largo suspiro, complacido con esa mujer y preguntándose por qué ninguno de sus niños había salido como ella: tan inteligente, tan lista, tan bella. No, quizás ni Cord, ni Casper, ni Cartier eran tan astutos como Ophelia, pero aún conservaba la esperanza en otro de sus retoños y esa era nada más y nada menos, su pequeñita.

—Esperar hasta mañana —indicó, reclinándose en el respaldo del sillón—. Por el momento, ve a casa e intenta descansar.

Ophelia confiaba en las predicciones de Cullan, en que todo les saliera de maravilla, así que, dedicándole una educada sonrisa, giró sobre sus talones y salió del estudio, dejando a Cullan retomando su atención en las vistas del Hudson y preparándose para el precioso día que pintaba el día de mañana.

Ophelia iba de salida del condominio de los Kendrick, cuando recibió un mensaje de Jojo Lemar:

***Jojo*:**

Hace unos días, la boda de Cord Kendrick y Tess McAdams se llevó a cabo, ¿qué planeas hacer?

***Ophelia*:**

Esperaremos por el momento para ver qué ocurre mañana. Acabo de publicar el vídeo. Te mantendré informada al respecto para que de inmediato hagas público el altercado.

***Jojo*:**

Vale. Xoxo

Inhalando profundo la fragante brisa nocturna, Ophelia abandonó el lugar y decidió ir a uno de los bares de la ciudad y brindar por la suerte que empezaba a favorecerla, a fin de cuentas, era una mujer sagaz, triunfadora y por supuesto, no toleraba que nadie le viera la cara de idiota y Cord Kendrick había creído que podría librearse tan fácil de ella. Sin embargo, ya vería el senador lo equivocado que estaba pues nadie jugaba con ella y vivía feliz el resto de sus días.

CAPÍTULO 4

Para Tess aún resultaba confuso asimilar que se hubiera casado con Cord cuando llevaban tan poco el tiempo juntos. Todavía no conocía a sus ascendientes, en especial a su madre y su intuición le decía que el día que se dieran las presentaciones, no resultaría grato, mucho menos al enterarse que se habían casado en secreto. Era ridículo, pero era un temible acontecimiento que tarde o temprano tendría que darse e imploraba para que se desarrollase de manera civilizada.

Aparcó el vehículo en el sitio de costumbre y echó un último vistazo a su reflejo en el retrovisor para comprobar que lucía impecable. Observó con el ceño fruncido la precisa piedra azul central del aro blanco, junto con la sencilla argolla matrimonial y por quinto día consecutivo, los guardó en el bolso. Aún le parecía pronto para responder interrogantes de sus compañeros de trabajo, no era prudente para Cord ni para ella dar a conocer su relación todavía y mucho menos tras los escándalos en los cuales se había visto afectada su familia con la demanda impuesta hacia su padre.

Ambos habían llegado a un acuerdo de revelar el secreto en diciembre, a pesar que ella ya había mudado sus pertenencias a su condominio y aún continuaba sin acostumbrarse a entrar y salir a diario del lujoso edificio.

Resopló frustrada porque el día era uno de esos fríos y nublados días que, por lo general, afectaban su estado de ánimo. Agarró su bolso del asiento del copiloto y abrió la puerta para enfrentarse al exterior. Cuando salió y estaba poniendo los seguros a la camioneta, alguien salió de la nada y la agarró de los cabellos, estampando con brutalidad su frente en el capó y haciendo que perdiera el equilibrio. Millares de puntitos oscuros danzaron a su alrededor y un líquido cálido descendió por la frente mientras se deslizaba hasta el suelo y quedándose de rodillas.

—Es una pequeña advertencia de lo que te espera si no te alejas de la familia Kendrick, perra —amenazó una carrasposa voz.

Ya que el golpe en la frente no fue suficiente para la persona que acababa de agredirla, sin piedad la empujó en la acera. Tess cayó sobre su estómago y su pendenciero aprovechó para huir. La joven no alcanzó a ver nada, salvo la negrura que la abrazó instantes después.

***

Una mano rozaba sus mejillas, Tess lo supo conforme luchaba con la oscuridad a la que había ido a dar tras el funesto episodio protagonizado afuera del edificio. No recordaba nada de lo ocurrido salvo que de repente sintió un duro golpe y luego todo se volvió oscuridad. Tenía un terrible dolor de cabeza cuando sus ojos se abrieron poco a poco y descubrió al dueño de la

caricia.

—¿Qué…? —Ella trató de levantarse, pero Cord le impidió hacerlo—. ¿Qué pasó?

Las yemas de los dedos de Cord borraban el rastro de unas solitarias lágrimas que escaparon de los ojos de la joven sin tener conciencia de ello. El semblante de él parecía preocupado para fingir que nada ocurría.

—¿Cord? —Trató de sentarse, pero él volvió a impedírselo, por tanto, reclamó—. ¿Qué ha ocurrido?

El hombre tragó saliva con fuerza y sacudió la cabeza, deseando eliminar las escenas de hacía rato. Acababa de llegar al trabajo y descubrió a su mujer desvanecida y herida en la acera del edificio sin nadie que pudiera auxiliarla.

—Te encontré inconsciente fuera del edifico y herida. —Le acarició la frente y su mano tembló—. Debería hacer yo la misma pregunta, Tess.

La joven pestañeó, confundida. No tenía idea de nada.

—No lo sé —admitió, avergonzada—. No puedo recordar con exactitud.

—¿Intentaron robarte?

—No, ¿qué pueden robarme a mí? —Por el semblante descompuesto de Cord, la mujer se dio cuenta que había hecho la peor broma—. No, alguien ha pasado y me ha…estampado la frente contra mi propio vehículo, creo —murmuró.

Cord se pasó ambas manos entre los dorados cabellos, murmurado una sarta de improperios. Estaba furioso y asustado al mismo tiempo porque temía que las amenazas de Cullan empezaran a volverse reales.

—Llamaré a la policía.

—No es necesario, Cord. —Se incorporó pese a las vueltas que dio la habitación—. Quizás sí quisieron asaltarme, pero solo me han sacado un susto. —Le dedicó una pequeña sonrisa conciliadora—. No ha sido nada grave.

La grande mano masculina le apartó algunos mechones de la frente con delicadeza.

—Tu frente luce ahora una bandita de *Garfield*.

—¿El gordo gato naranja? —inquirió, frunciendo los labios. Cord asintió—. ¿No había de *Barbie*?

Cord sacudió la cabeza, experimentando que el miedo y la desesperación iban

desvaneciéndose al escucharla hablar.

—¿No te gusta *Garfield*? —Dejó su mano en su mejilla, transmitiendo su calidez. Ella negó en silencio y él le dedicó una sonrisa relajada—. ¿Por qué?

—Porque es muy grosero con el pobre *Odie*. —La intensa mirada del hombre se clavó en sus labios y tuvo que pasarse la lengua para humedecerlos porque de repente los sintió resecos—. Además, flojo. —Su pulgar le rozó el labio inferior—. Come demasiado.

Los cálidos y suaves labios de Cord se posaron sobre los suyos, pero ni siquiera fue un beso real cuando se aparta de ella sino la confirmación de que se hallaba entera.

—A mí sí me gusta ese gordo y flojo gato naranja, señora Kendrick.

Cord se puso de pie, acercándose a la mesita central donde reposaba una jarra de grueso cristal junto a un vaso a juego. Sirvió un poco de agua y se lo tendió.

—¿Por qué llorabas? —Quiso saber, escrutando su rostro con sus bellos ojos azules.

Sacudió la cabeza, sintiéndose ridícula. Se llevó el vaso a los labios en un intento por retrasar la respuesta, ya que él permanecía atento, inclinado hacia adelante sin perder detalle de sus movimientos o expresiones. Y por muchos deseos que tuviera por ocultarle una bobera, no podía hacerlo.

—Soñé con mi hermana —confesó Tess en un susurro.

—¿Quieres contarme? —Apoyó la mano sobre su muslo, dándole un ligero apretón.

Tess volvió a beber agua y dejó escapar un pesado suspiro.

—Cuando supimos del embarazo de Farrah, Devon la corrió de casa, despotricó contra ella y le dio la espalda. —Mientras hablaba, sintió que todo el cuerpo le temblaba, así que, Cord le quitó el vaso y lo dejó en el suelo—. Ha sido una de las peores noches de mi vida. Él jamás perdonó que ella cometiera un error, pero Violett ha sido el más bello error que cualquiera pudo haber efectuado.

—¿Era muy joven tu hermana?

—Tenía diecinueve años —murmuró—, sabía cuidarse y por ello no comprendo qué sucedió. —Se pasó una mano por la frente, mas la punzada le recordó la herida sufrida hacía rato —. Su jefe la embarazó…

Cord guardó silencio, pensativo y Tess sintió que se alejaba millas de ahí. Se puso de pie y caminó hasta al gigantesco ventanal, dándole la espalda y metiéndose las manos a los bolsillos delanteros del pantalón.

—Él le prometió que dejaría a su familia por ella —susurró él. No estaba preguntando, sino que lo decía porque ya se conocía la frase.

Tess se levantó del asiento pese a la molestia en la cabeza, dirigió sus pasos hacia él. Las vistas de la ciudad eran increíbles, dando la sensación de encontraras tan cerca de las nubes grises que cubrían el cielo y pudieran rozarse con las yemas de los dedos. Una vocecita en su interior le dijo que el caso de su hermana le recordaba a Cord las promesas que debió hacerles su propio padre a sus empleadas o las amenazas que había lanzado para que ellas accedieran a sus caprichos.

—Debió ser un maldito cerdo —masculló él, furioso.

Ella podía ver su reflejo en los cristales y descubrió la desilusión que lo embargaba por dentro, cerró los ojos y bajó la cabeza, tocando su pecho con el mentón. Sin dudarlo, rodeó su espalda con sus brazos, uniendo sus manos a la altura de su pecho y apoyó la mejilla sobre él. Cord envolvió sus manos con una de las suyas, suspirando.

—Y mi hermana una completa crédula —respondió—. Ella no debió involucrarse con un hombre casado.

—Tess, tú jamás has convivido con un tipo así —informó. Le acarició los dedos con el pulgar—. No conoces las artimañas que pueden emplear para atraer chicas ingenuas o hambrientas de lujos y riqueza. —Hizo una pausa—. Lamento si mis palabras son hirientes, pero así es la realidad: ellas creen que un tipo casado y con hijos las elegirá, haciendo a un lado su familia. Eso no pasa.

—¿Lo dices por tu padre?

Sin mencionar palabra alguna, él se zafó de su agarre y se giró en redondo para mirarla a la cara. Sus grandes y bellos ojos azules escrutaron su rostro en completo silencio, situación que la llenó de un momentáneo pánico porque no comprendía con exactitud los cambios sus humor. Quizás acababa de cometer un error sacando a colación el tema de Cullan.

—Lo digo por mi padre —susurró, dolido.

Tess no quería que retrocediera y regresar al mismo punto en el cual no le agradaba hablar de su familia, no podía permitirse retroceder pues sería demoledor para los dos.

—Cord, tu padre no le hizo nada a mi hermana porque no la conoce, ¿vale? —Sostuvo sus mejillas entre las manos, obligándolo a mirarla a los ojos y mantener fija la vista en ellos—. No quiero que te sientas culpable por los errores que haya cometido él, por favor.

—Júrame que no me dejarás nunca, Tess —rogó. Sus ojos se oscurecieron ante la fuerza

de su petición—. Pase lo que pase, no vas a irte o de lo contrario, enloqueceré.

Sin meditar sus propias palabras ni mucho menos las suyas, la joven asintió energéticamente con la cabeza. Se puso de puntillas y lo besó con la misma intensidad que sentía ante su propio pánico de perderlo.

—Lo juro, Cord.

Él la estrechó tan fuerte contra su pecho que dolía, pero no importaba porque lo único que podía desear en esos momentos era estar muy cerca de él y no desapartarse nunca.

—Te amo.

Ella lo abrazó, prometiéndole que nunca iba a irse de su lado porque lo amaba demasiado y dejarlo a él, sería abandonarse a sí misma.

***

Cord le insistió a Tess que se tomara el día libre, sin embargo, la joven declinó su oferta y se puso a trabajar en los pendientes que tenía en su escritorio. Sentía que la cabeza iba a estallarle en cualquier momento pese a las aspirinas que había ingerido y aprovechando la hora del almuerzo bajó para comer. Jess y Tate se quedaron sorprendidos nada más verla aparecer una hora después de lo ocurrido y luciendo a *Garfield* en la frente.

—¿Y eso? —Tate apuntó su frente con la barra proteica que sostenía.

Por mero instinto, Tess se llevó una mano a la frente y tocó el sitio afectado, sintiendo que una gran bola había surgido como si fuera el nacimiento de un nuevo volcán. Se encogió de hombros con despreocupación, acercándose a la máquina de café.

—Tuve un pequeño incidente con la puerta de mi camioneta y este ha sido el resultado. —Señaló su chichón cubierto por la bandita.

—¡Ay, Tess! —exclamó Jess, corriendo hacia ella para echarle un vistazo. La llevó al sofá y se acomodó a su lado, arrugando la frente—. ¿Quién te ha puesto eso?

—Un buen samaritano —intentó bromear.

—Te has dado tremendo golpe.

Tate se sentó junto a ella, arrugando los labios al examinar el chichón.

—Deberías ser más cuidadosa —le recriminó Lexie, de pie delante de la joven.

—Fue un accidente —respondió, fastidiada por su estúpida actitud—, ¿nunca has sufrido accidentes?

Lexie le puso los ojos en blanco, burlona.

—Obviamente, pero no tan drásticos al grado de ser llevada en brazos por mi jefe —soltó con acritud, fingiendo interés en sus uñas.

Jess soltó una baja exclamación de sorpresa. Y Tess se petrificó en su lugar.

—¿Cómo lo sabes?

—Venga, Tess, todo el mundo ha visto al imbécil de Kendrick cargar contigo con el semblante transformado en genuina preocupación y ser él personalmente quien cuidara de la dulce empleada herida. —Hizo un mohín, socarrona y molesta—. Al parecer, ha sido su obra caritativa del siglo.

Tess no podía negarlo, así que, se limitó a mirarla a los ojos.

—Y no solo eso —prosiguió, cruzándose de brazos—. Existe un vídeo de ustedes.

La joven sintió que la sangre huía de su rostro.

—¿Qué vídeo?

Tate tosió para aclararse la garganta, él sabía a qué vídeo hacía referencia Lexie. Y no era solamente él quien conocía la existencia de dicho vídeo sino todo el edificio.

—Verás, Tess —empezó—, a la mayoría de quienes laboramos en el corporativo, nos llegó hace unos días un vídeo un poco… candente en el cual se muestran tú y el jefe en una situación comprometedora. —Se encogió de hombros—. Me sorprende que todos los días que lleva circulando, el mismo Kendrick no haya pegado el grito en el cielo.

Oh, Dios, pensó Tess apartando a Jess y levantando su trasero del sofá para encarar a Tate. Éste colocó sus manos por delante, en una especie de escudo protector y retrocedió cuando ella se acercó más.

—¿Qué vídeo? —exigió. Él parecía incómodo—. Tate, tengo que verlo.

—Tess…

Fue Lexie quien sacó su móvil y lo colocó delante de sus narices para enseñarle el famoso vídeo. Y lo vio, sí señor, lo vio. Se trataba de la escena fuera del elevador en donde estuvieron a punto de tener sexo y si no hubiera sido un ruido que los alertó que algo andaba acechando, habrían terminado follando ahí mismo.

—Blanca palomita, se descubrió tu amorío con el jefe.

***

—¿Quién demonios grabó el puto vídeo?

Cord estaba que se lo llevaba el mismísimo demonio y deseaba estrangular con sus propias manos a la persona que había grabada aquello, divulgándolo por todo el corporativo desde hacía días y apenas llegando a él. ¿Por qué apenas se iba enterando de los chismes que circulaban a su alrededor? Tal vez si él no hubiera estado tan ensimismado en su burbuja de felicidad, no estuviera lidiando con todo aquello, sino que tendría una agradable tarde con su mujer, sin embargo, ahí estaba él, gritándole a todo el mundo desde hacía diez minutos en busca del gracioso que los había grabado a él y a Tess a punto de follar.

Estaba furioso y le importaba un bledo perder la compostura delante de sus abogados, jefe de seguridad y Recursos Humanos, además de sus empleados. Estaba empeñado en dar con el responsable de la estúpida broma así tuviera que correr a todo el jodido edificio.

Tess se encontraba en una esquina acompañada por Jess y Tate, sintiéndose ridícula y avergonzada cuando las miradas de quienes recibieron dicho vídeo fueron dirigidas a ella con desprecio.

—Repito: ¿quién jodidos hizo su estúpido chiste y ha difundido material que puede perjudicar a terceros? No me refiero a mí ni a la señorita McAdams —señaló. Tess pegó un respingo al escuchar su nombre—. Me refiero a todos ustedes.

Varios presentes se removieron incómodos en sus sitios, murmurando palabras ininteligibles al darse cuenta que su jefe no daría tregua.

—¿Tienen una jodida idea de la cantidad de personas afuera que quisieran ocupar sus puestos de trabajo? —Apoyó las manos sobre la superficie de grueso cristal de la larga mesa, recorriendo con sus ojos a los asistentes—. Montones, y ustedes tienen la desvergüenza de desperdiciar una oportunidad tan valiosa en idioteces. —Se enderezó, alisándose la corbata—. Entonces, ¿nadie afronta sus culpas? Porque, de no ser así, me veré en la obligación de descontarles la mitad de su quincena a todo el mundo y —advirtió al notar el descontento de los trabajadores—, mis abogados y Recursos Humanos están muy al tanto de mi decisión, ¿comprenden? En dado caso que quieran ir de quejicas.

Un molesto murmullo se alzó por toda la habitación, hasta el rincón de Tess llegaron algunas comentarios del tipo: *"imbécil hijo de puta"* o *"¿quién se ha creído para hacernos esto?"* e incluso *"si yo fuera la zorra que se tira de seguro no me descontaría ni un céntimo"*. Ella no dudaba que Cord alcanzara a oírlas por su manera de apretar los labios con fuerza en una fina línea.

—Aparte de los clamores, ¿nadie se hará responsable de su burla? —De nuevo barrió la

habitación con la mirada y esperó en silencio—. De acuerdo, todos aguarden su considerable descuento de la quincena por si pensaba salir de fiesta a Los Hamptons o qué sé yo. —Sonrió, mordaz—. Pueden retirarse.

Sin embargo, nadie movió un músculo y Cord se notaba muy relajado, en comparación de los demás en la sala.

—He dado una orden, ¿también van a pasarla por encima de mí?

—Usted no puede reducirnos el sueldo —opinó alguien.

Cord arqueó las cejas, interrogante y se giró hacia Ophelia.

—¿A quién le pertenece el corporativo, señorita Prescott?

La mujer dedicó una sonrisa fría, distante a todo el mundo.

—A Cord Kendrick.

—¿Puedo hacer lo que me pegue la jodida gana?

—En efecto.

—Entonces, ¿si quiero despedir a todos en el edificio puedo hacerlo?

—Así es —hizo una pausa—, los empleados serán liquidados por el tiempo que han laborado en Kendrick Corp., y de inmediato se abrirán solicitudes a nuevos y responsables interesados.

Cord lucía feliz por verlos encogerse de miedo ante las educadas amenazas.

—Yo les he puesto en sobre aviso. —Cruzó sus brazos sobre el amplio pecho—. Desde el primer día les leí las normas de una buena convivencia y ustedes decidieron pasar por encima de mi autoridad, ¿acaso pensaron que no iba a enterarme? También a mí me llegó el vídeo y el señor Hayes, mi jefe de seguridad, es experto decodificando algoritmos para localizar la ubicación del móvil cuyo dueño tuvo la genial idea de filmarlo.

Tess observó al hombretón agarrar el móvil de Cord y comenzar a pasar el dedo por la pantalla táctil, al menos era lo que ella supuso que hacía ya que no logró ver mucho desde su rincón. Desearía escabullirse sin ser notada, salir de ahí y refugiarse en uno de los cubículos del baño. Las miradas de reproche y coraje que le lanzaban varios de los empleados, la redujeron poco a poco, era como si a ella la estuvieran culpando por esa reunión. La culpaban que su jefe les descontara la mitad de la quincena, pero no entendían que a ella también se la reducirían.

Mientras fingía ignorar al mundo entero, incluido Cord, la alegre melodía de un móvil sonando demasiado cerca de ellos llamó su atención. Reconoció la tonada *Thunder* de *Imagine*

Dragons y sus ojos viajaron sin dudarlo hasta el rostro impasible de Lexie. La joven intentaba que nadie más lo oyera, que no se dieran cuenta, apretando sus manos con fuerza. Al darse cuenta de la atención de Tess fija en ella, palideció y sacudió la cabeza.

La habitación poco a poco fue quedándose en silencio y en un acto estúpido y compasivo por su parte, Tess le arrebató el móvil de las manos. Al momento que ella se giró hacia Tess, tuvo toda la atención de los concurrencias, incluida la del propio Cord. Los furiosos ojos azules se encontraron con los suyos y ella no supo qué hacer ni cómo reaccionar, salvo quedarse estática. Permaneció en su sitio mientras el maldito aparato sonaba con insistencia en su mano y no dejaban de mirarla. El jefe de seguridad le entregó el móvil a Cord, sin embargo, éste lo depositó sobre la mesa mientras su rostro se tornaba rojo de ira.

—Salgan todos, ahora —comunicó entre dientes, apretando los puños sobre la mesa. Tess se giró para salir y esconderse del mundo, sin embargo, él la frenó—. Tess, tú no.

Ella omitió quejarse mientras el resto pasaba a su lado murmurando y lanzándole miradas fulminantes.

—También ustedes, Ophelia. —La rabia de Cord era tangible y apenas contenida cuando se dirigió a su equipo de abogados, jefe de seguridad y Recursos Humanos.

En silencio, el pequeño grupo abandonó la inmensa habitación y a Tess le sorprendió que Ophelia no hubiera replicado nada como acostumbraba hacer, lo que empeoraba los nervios de la joven. Una vez que todos salieron y se quedaron solos, rogó en silencio por mantener la compostura. Cord sacudió la cabeza, furioso, no podía creer que tras haber despotricado contra todo el mundo, Tess hubiera estado detrás de ese circo y la mujer que amaba hubiera resultado ser una falsa.

—¿Te das cuenta cómo me haces quedar delante de todo el corporativo? —Salió detrás de la mesa, acercándose a ella, peligroso y furioso. Tess permaneció en su lugar, obligándole a sus piernas mantenerse firmes—. Como un grandísimo imbécil. Sí, porque he lanzado amenazas a diestra y siniestra a los demás cuando eres tú la única culpable y yo te creía inocente —señaló —. Estuve amenazando como el grandísimo hijo de perra que soy porque mi mujer se vería afectada en un escándalo siendo que ella misma fue la principal responsable.

Tess le rehuyó la mirada, no soportaba mirarlo a los ojos y descubrir la rabia en ellos dirigida hacia ella cuando no había hecho nada malo, no había cometido ninguna falta. Observó la punta de sus botas sin tacón color arena, las irregulares líneas en los pisos, apretando con fuerza los puños a ambos lados del cuerpo y sintiéndose pequeña, frágil e indefensa en esos precisos instantes que toda su cólera iba dirigida a ella.

—Mírame, Tess —insistió él con un deje de impaciencia en la voz. Y ella se vio obligada a obedecer, verlo a los ojos, sentir el peso de su ira sobre ella tan tangible, tan dolorosa—. ¿Cómo demonios lo hiciste? ¿Por qué? ¿Qué jodidos sacas de beneficio al pedirle que alguien nos grave con tu propio móvil y después difundirlo como la gripe?

Una vez más Tess bajó la mirada al suelo porque todo era demasiado para soportar. No lo merecía, no había hecho nada malo salvo amarlo y ayudar a alguien de tener que pasar por aquel infierno al cual era sometida por su propio marido. Le dolía ser incapaz de defenderse, acusar a la verdadera culpable porque para él, Tess era la peor basura.

—Mírame —repitió impaciente. Ella ya no pudo hacerlo. Se negaba a volver a comprobar su odio en ella. Cord la agarró de la barbilla, deteniéndola ahí—. Cuando recibas una orden por parte de tu superior, acata la maldita orden —señaló, apretándole las mandíbulas con demasiada fuerza. Ella hizo una mueca de dolor—. ¿Qué ganaste enviando el material a demás personas? ¿Quién te pagó?

—No entiendo —musitó. Pestañeó fuerte, espantando las lágrimas que pugnaban por brotar a raudales.

Cord maldijo entre dientes, esa mujer era una fantástica actriz. Su padre lo había advertido y no creyó en la palabra de Cullan, sin embargo, no se equivocó con Tess. Fingía perfectamente. Quizás también aparentó amarlo. Dios, iba a enloquecer.

—¿Qué conseguiste con el puto vídeo? ¿Quién te pidió que lo hicieras?

—Yo…

—¡Cállate! —La soltó y Tess percibió su cuerpo entero temblar como hoja—. Confíe en ti, maldita seas. —Comenzó a caminar de arriba debajo por la habitación, abriendo y apretando los puños—. Te confesé mi amor. Me casé contigo. —Se pasó los dedos entre los cabellos con desesperación—. Y es así como me demuestras que no vale la pena ninguna de las palabras que has mencionado todo el tiempo. Tus palabras no son válidas, ni tus acciones. Eres una maldita mentirosa.

—No, yo…

—¡Sí! ¡Tú sí! —gritó, acercándose de nuevo a ella. Tess retrocedió—. ¿Querías fama? La tienes. ¿Querías meterme en un lío justo como mi padre se ha visto envuelto? Lo conseguiste. ¿Querías que confiara en ti para luego jugar conmigo? Lo hiciste. —Lanzó una risa sin ningún humor—. Eres tan lista, mucho más inteligente que yo, Tess, pero ni creas que esto acaba aquí, ¿entiendes?

No, desde luego que ella no entendía nada. Deseaba ser capaz de defenderse, pero él no la dejaba, cada vez que trataba de hablar, él la limitaba. Le adjuntaba una culpa que no merecía y por idiota se la había echado encima.

—Cord, escúchame —rogó.

—¡No! —rugió, golpeando la mesa con el puño—. No voy a creer nada de ti. —Inspiró hondo y soltó las inesperadas palabras—: Estás despedida.

Los grandes ojos verdes de la joven se abrieron de par en par ante la sorpresa. Su mente se negaba a asimilar la noticia y sus rodillas estaban a punto de ceder.

—Cord, no me has prestado atención. —Trató de razonar con él, en vano—. No has oído nada de lo que tengo por decirte. Por favor...

—No voy a hacerlo —declaró, sin mirarla—. Márchate.

Tess comprendió que no tenía sentido degradarse y arrastrarse ante él. No se humillaría, prefería retirarse con la frente en alto y el orgullo intacto, aunque su corazón se rompiera en fragmentos. Se guardó el móvil que no le pertenecía en el bolsillo del pantalón y se dio la vuelta, mordiéndose los labios con demasiada fuerza rumbo a la puerta.

Sin girarse, para ver si él la miraba, abrió y salió.

¿Dónde quedaba la confianza que tenía en ella? ¿A dónde había ido su amor? ¿Dónde había quedado el marido que le hacía el amor por las noches y susurraba palabras cariñosas? Cord acababa de demostrar que no confiaba en ella o de lo contrario, a pesar de su rabia la habría escuchado y no lo hizo. Prefirió echarla sin darle una oportunidad. Le interesó más su propia imagen que las explicaciones de la mujer que decía amar.

Recogió sus pertenencias, limpiando veloz su escritorio antes de que él saliera y volviera a correrla. Derramó un par de lágrimas que estuvo conteniendo, pero no les dio importancia alguna. Tenía que darse prisa, aunque le doliera el pecho cada vez que recordaba la escena con Cord, su mente seguía diciendo que él no creía en ella. Y donde no existía la confianza, nada se podía hacer. Debía irse y no solo del corporativo sino del lado de Cord.

Basta, Tess, no es el fin del mundo, intentó darse ánimos. Guardó todo en una pequeña caja de cartón que Tate le llevó y comprobó una última vez que no se le olvidara nada, así que, agarró su bolso y con la espalda bien recta, la barbilla alzada y los hombros echados atrás, avanzó directo al elevador. Estaba a punto de llamarlo, pero se detuvo y las puertas se abrieron de par en par, mostrando a su ocupante.

Andrew Prescott salió de él y miró a la joven con la interrogante pintada en el rostro.

—¿Qué ocurrió? —Señaló la caja con la barbilla—. ¿Todo está bien?

Ella se encogió de hombros, tratando de ser valiente, fuerte, al explicarle lo ocurrido.

—Cord me despidió —murmuró.

—¿Hubo algún percance? ¿Algo que desagradase a Kendrick? —Sus yemas tocaron la frente de Tess sin darle tiempo para retroceder—. ¿Qué te pasó en la frente?

—Oh, eso. —Fingió despreocupación y se apartó de su toque—. Tuve un pequeño incidente con la puerta de mi vehículo y me descalabré yo misma.

Andrew le dedicó una sonrisa de medio lado. Le quitó la caja de las manos y le indicó meterse al elevador cuando volvió a llamarlo.

—Venga, Tess. Te invito a comer y así me cuentas más.

Ella arrugó la frente una vez dentro del ascensor, cruzando sus brazos sobre el pecho mientras descendían en silencio.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Andrew.

Tess lo miró, dándose cuenta de su atención fija en ella, los claros ojos tan atentos a su rostro que le provocaron sentirse incómoda.

—¿Respecto a qué, señor Prescott?

—Tess, ya te he dicho que me llames Andrew. —Le recordó con suavidad—. Además, mis clientes también son mis amigos. Me fastidian las formalidades, en comparación con Ophelia y respondiendo a tu pregunta, relacionado a tu despido.

Las puertas dobles se abrieron de par en par y salieron al recibidor, con personas yendo y viniendo sin prestarles atención. Era tan diferente a hacía un rato, cuando recibía las miradas molestas de todo el corporativo mientras Cord despotricaba.

—No lo sé —admitió.

—Tess, eres una mujer excepcional —reconoció—. Capaz de conseguir lo que quiera, tú no puedes unirte a la fila de desempleados del país. —La empujó afuera—. Yo necesito de una asistente personal con urgencia porque la mía va a dejarme por baja de maternidad y estoy buscando y la paga es excelente. Tienes mi tarjeta, así que, no dudes en llamarme.

Tess asintió en silencio meditando su propuesta, en realidad, no había mucho que pensar, acababa de ser despedida e intuía que su labor en Break!, de igual manera ya había concluido, estaba desempleada y ese hombre le ofrecía trabajo.

—Lo acepto, Andrew —dijo muy segura de sí misma, aunque detestaba abandonar el corporativo. Él le sonrió, triunfante—. Acepto trabajar con usted.

***

Escandaloso vídeo del senador Kendrick

Así es mis queridos lectores, una fuente confidencial me ha pasado el famoso vídeo donde se le muestra a nuestro querido Cord Kendrick en una situación bastante comprometedora con la "mujer misteriosa" y es que, ya ha dejado de ser todo un misterio para nosotros.

Su nombre el Tess McAdams, empleada en Kendrick Corp. y la mujer que ha conquistado el corazón de nuestro querido senador al grado de haber contraído matrimonio el pasado domingo en su condominio en el Kent, a quien varios de nuestros seguidores se han referido a ella como la Cenicienta de la Gran Manzana debido a su romance de cuento de hadas. Cabe mencionar que ella no pertenece a ninguna de las familias más importantes de Estados Unidos, no lleva ningún título nobiliario, es tan mortal como todos nosotros y quizás, es lo que más nos ha llamado la atención.

Manhattan es la ciudad cosmopolita donde las mejores historias de amor nacen y salen a la luz. Un lugar donde los cuentos de hadas todavía existen en una versión moderna. Y nosotros seguiremos al pie de la letra la historia de Cord y Tess en la ciudad que ha visto nacer su historia y salir a la luz. Se despide JoJo Lemar de The Royal Chronicles, deseándoles que también encuentren a su Príncipe Azul.

***

Tess comenzaba a laborar el siguiente lunes en el bufete de abogados Prescott & Sons como asistente personal de Andrew.

Llegó a su apartamento con la cabeza a punto de estallar y el único deseo en mente era meterse a la cama y dormir. Por nada del mundo pensaba ir al Kent, no cuando Cord le había dejado bien claro su falta de confianza en ella, aunque tuviera sus ropas allá. Sus pasos la llevaron directo al sillón, dejó la caja con sus pertenencias encima de la mesita central y arrojó el bolso a un lado del sillón, echándose con pesadez y cubriéndose el rostro con un brazo. Deseaba llorar, tenía unas incontrolables ganas de llorar ante la gran injusticia vivida: había sido despedida sin oportunidad para explicar el malentendido y no bastándole eso, se atrevió a sacar que era un error haber confiado en ella, haberse enamorado de ella y haberse casado con ella.

¿Cómo fue capaz de dudar de mí? ¿Dónde ha quedado la confianza que dijo tenerme?, se preguntó, sintiendo que el grueso nudo formado en su garganta le impedía llevar aire con

normalidad a los pulmones.

Lo peor de todo era que, ni siquiera sabía cómo estaban Cord y ella. ¿Terminaron? ¿Seguían juntos? ¿Iban a divorciarse? Aunque, echarle en cara que se había burlado de él y el error que había cometido confiando en ella, sonaba parecido a romper. Sin embargo, no iba a rogarle a un hombre intolerante e incapaz de confiar en su propia esposa.

***

Más sobre el escándalo del Senador y su Cenicienta

Mi fuente confidencial, me ha escrito para contarme lo sucedido el día de hoy en el corporativo Kendrick y tal parece que, el vídeo en el que el senador Cord Kendrick y la señorita Tess McAdams se han visto involucrados, ha circulado por todo el corporativo, llegando a oídos del senador y cómo no, dando inmediatamente con el culpable.

¿Quién fue? Se han de estar preguntando ustedes, pues nada más y nada menos que la misma implicada, así es, parece que, en el amorío del senador, al final fueron descubiertas las verdaderas intenciones de su amante y es que Tess McAdams, es empleada en la editorial Break! y según mi fuente, la joven entró a trabajar en el corporativo Kendrick, prometiendo una exclusiva del mismo senador y para ello tenía que seducirlo, ¿dónde está esa exclusiva? Desconocemos. Lo que si conocemos es que, ambos se han casado sin que sus respectivas familias estén enteradas, detalle que sin duda alguna detonará la bomba.

En fin, nuestros románticos corazones quisieron creer que chicas normales como nosotras podían llegar a conquistar a un millonario y sí, pasó, pero a base de mentiras por parte de Tess McAdams una zorra arribista. Se despide de ustedes Jojo Lemar, deseando que encuentren a su Príncipe Azul en la bella Manhattan.

CAPÍTULO 5

Una semana después…

Cord sabía que era un sueño, estaba seguro, pero lo sentía tan real para engañar su mente, pues Tess iba directo a él, envuelta en su halo de magia e ingenuidad que lo atraparon en el principio, desde el momento que la vio en el corporativo: los verdes ojos llenos de ternura y vivacidad que se iluminaban y se les hacían arruguitas en las comisuras cuando sonreía, y cuya luz infundió en Cord el valor para sentirse invencible.

Ambos pasaron momentos cruciales, sus vidas se vieron envueltas en una constante serie de idas y venidas, y Cord se sentía muy afectado porque Tess estuviera enfadada con él por sus estupideces, por los errores que no dejaba de cometer, sin embargo, lo hacía porque no sabía qué hacer con exactitud, cómo reaccionar cuando con ella la vida misma se le complicaba y todo le resultaba más difícil, riesgoso. Aunque es esos momentos parecía que Tess había dejado de estar furiosa por haber desconfiado de ella.

Cord dirigió los pasos sin demora directo a donde ella se hallaba de pie y la alcanzó, enmarcando su rostro con las manos, acercándolo al suyo para ver más de cerca la perfección de la cual ella era dueña y aspirando su floral aroma, inundando sus fosas nasales de su embriagador olor. Sin embargo, cuando iba a besarla, Tess le apartó el rostro y su sonrisa se esfumó, lanzándole una mirada llena de desprecio, rabia y dolor.

Lo empujó con fuerza, mas él no deseaba que lo alejara, la necesitaba para mantenerse cuerdo, para seguir vivo. Trató de alcanzarla, correr tras ella, llamarla a gritos, pero no cambió de opinión, sino que continuó alejándose, esfumándose en la nada y dejando a Cord destrozado por ser incapaz de retener a su lado, por haberle fallado y lastimado. Quizás era mejor que Tess no estuviera a su lado o de lo contrario, podría destruirla. Y era lo suficientemente egoísta que no soportaba la idea de que ella estuviera lejos.

Un par de insistentes golpes en la puerta de su hogar, lo hicieron pegar un brinco y abrir los ojos de golpe, encontrando el salón de estar en completa calma y total oscuridad.

—Cord, soy Cartier. Abre la puerta.

Cord maldijo, pasándose los dedos entre los dorados y lisos cabellos e intentando despabilarse antes de tomar la decisión de levantarse y abrir. A su lado tenía una botella de whisky vacía y otra a medias, varias latas de cerveza también vacías y otras tantas todavía llenas.

Quizás era buena idea limpiar su desorden si no quería que su hermana fuera con el chisme a su madre, pero era su casa y hacía lo que le diera la jodida gana, así que, apoyó los codos sobre el asiento del sillón y se levantó del suelo a duras penas, trastabillando. Todo le daba

vueltas y nada se mantenía fijo. Hacía siglos no se emborrachaba como lo estaba y se sentía hecho una mierda. Arrastró los pies directo a la puerta y apoyando una mano en la pared del lado, abrió para recibir a su pequeña hermana en compañía de Ophelia.

—Dios, Cord. Pareces vagabundo —señaló Cartier, frunciendo su nariz debido al olor a alcohol que impregnaba el lugar—. Y huele asqueroso.

Cord cerró la puerta una vez que ambas rubias enfilaron directo al salón de estar, quedándose él unos segundos apoyado contra la pared porque no podía andar. Ellas por su parte, aprovecharon para encender luces a su paso, iluminando de a poco la estancia, por ende, el desorden que había. Él por su parte estaba muy, muy borracho.

—¿A qué han venido?

Con desgana, Cord observó a su hermana correr al cuarto de baño y luego regresar con un bote de aromatizante ambiental, rociándolo a su alrededor junto con el vaso que él tenía para enjuagarse la boca cuando se cepillaba los dietes. Ophelia por su parte, se sentó recta lo más alejada de las botellas alcohólicas.

—Llevas una larga semana así, Cord, querido —apuntó sin mucho interés, casi aburrida por el estado en que él se hallaba—. Te estás autodestruyendo por una estupidez.

Cord maldijo para sus adentros, pasándose una mano por la barba de varios días.

—No me estoy haciendo nada.

—¿No? —cuestionó burlona—. Has faltado al trabajo durante muchos días, bebes a lo estúpido y encima de todo, tienes un aspecto tan descuidado que pareces uno de esos vagabundos que nos topamos por la calle y a quienes te encanta ayudar, en lugar de tener al aspecto del senador de Nueva York.

Cartier se acercó a su hermano, tendiéndole el vaso y un par de pastillas para que las tragase y pudiera recomponerse.

—Tómatelas, te harán sentir mejor, créeme, una vez que pase tu resaca —le informó con convincente firmeza—. Son un anticipo cuando todo pase y la mañana siguiente pinte radiante y hermosa.

Si tragarse unas aspirinas les hacía cerrar la boca a aquél par, lo haría, así que, le arrebató el par de pastillas y el vaso para echárselas a la boca y dar un trago de agua. Ambas mujeres llegaron comportándose como si fueran hermanas de la caridad. Cord bufó, peinándose los cabellos con los dedos, los cuales habían crecido más de lo que le gustaba dejarlos, pero lo cierto era que, le importa poco su aspecto porque no le daba tiempo de ir a la peluquería cuando no le

apetecía mirarse al espejo.

—Estoy bien.

—No, no lo estás y nos tienes preocupados a todo el mundo Cord —señaló Cartier, acomodándose al lado de Ophelia—, incluso papá piensa que algo anda mal contigo y por eso hemos venido, porque es extraño que te alejes tanto del corporativo, que de la noche a la mañana todo deje de importarte. No está bien, Cord.

—Eso está bien —insistió él con un deje de impaciencia—. Estoy cansado.

—¿Y por eso te has vuelto alcohólico? —se burló Ophelia—. Lo siento, Cord, pero no es excusa alguna para estar bebiendo.

—No soy ningún alcohólico.

—Una vez lo fuiste y también fuiste drogadicto —le echó en cara con dureza Ophelia—. ¿Por qué no volver a serlo?

—Porque no me interesa serlo, ¿vale? —respondió molesto. Llevó sus pasos con torpeza hasta el sillón, se dejó caer con pesadez y cerró los ojos para que la luz del lugar dejara de hacerle daño—. Deberían irse.

—Lo que debería hacer es prepararte un café cargado —respondió Cartier con desaprobación—. Ya vuelvo.

Cord la oyó ponerse de pie y encaminarse directo al comedor, donde dudaba que hubiera algo más que café, cervezas y alcohol. Lo cierto era que, no había tenido días buenos, la estaba pasando pésimo y una vez más optó por refugiarse en lo más sencillo para borrar el dolor: el alcohol.

—Estás así por ella. Por Tess —afirmó Ophelia de pronto. Ella ni siquiera preguntó, se limitó a darlo por hecho—. No deberías, Cord. Ella no vale la pena para que tú estés haciendo de tu vida un infierno, no puedes volverte a refugiar en el alcohol o las drogas para aliviar el dolor. Eres un adulto, un hombre con muchas responsabilidades sobre sus hombros como para hacerlas a un lado.

—No quiero aliviarlo, quiero que desaparezca —murmuró, ignorándola.

Estaba jodido y sentía la lengua floja para ponerse a hablar con esa mujer, confesarse con ella lo que con nadie había hecho.

—¿Por qué? ¿Qué hay de malo en todo esto, Cord?

Cord suspiró con pesadez, negando con la cabeza en silencio.

—He sido un imbécil con Tess, la eché del corporativo y ahora ella no da señales de vida —admitió—. Ha desaparecido de la faz de la tierra, la he buscado, la he llamado y simplemente ella no está ya.

Ophelia se levantó de su asiento, dirigiéndose a donde él se encontraba. Se sentó a su lado con cuidado y luego apoyó una mano en su muslo, dándole un firme apretón.

—¿Qué ocurrió? —Quiso saber, interesada.

—Una tontería —musitó—. Malinterpreté una acción y me enfadé tanto que le grité palabras hirientes y luego la despedí.

Durante unos segundos, Ophelia guardó silencio, pensativa en lo que él mencionaba con culpabilidad.

—Quisiera ayudarte.

Cómico porque ella o Cartier eran las menos indicadas para auxiliarlo a solucionar los problemas entre él y Tess.

—No puedes hacerlo. —Resopló él con pesadez, abriendo los ojos y parpadeando debido a la hiriente luz que invadía el salón.

Giró el rostro en su dirección, encontrándola demasiado cerca, tan cerca que sus alientos se mezclaban. Ophelia le dedicó una reconfortante sonrisa, estirando una mano hacia él y colocándola en su mejilla cubierta por la poblada barba que llevaba sin afeitarse.

—Estoy preocupada, Cord porque todavía me importas demasiado —admitió, apretando los labios en una fina línea—. No tolero la idea de verte así, destruido por una mujer que no vale la pena, que es impredecible y te ha dado motivos de desconfianza. Tú necesitas de alguien fuerte a tu lado, alguien que no se atreva a traicionar tu confianza ni lastimarte. —Las yemas de sus dedos recorrieron su rostro por completo, deteniéndose en los rojos labios entreabiertos en busca de palabras inteligentes para replicar, pero que se negaban a salir—. Cord, todavía tenemos tiempo de retomar lo nuestro, olvidando lo que ha pasado, nuestros errores. Todo.

Los grandes ojos azules del hombre se clavaron en los suyos, buscando algo dentro de ellos que lo hicieran creer en su palabra, sin embargo, Cord la conocía tan bien que sabía por qué pedía eso, a dónde pretendía llegar con su petición.

—Jamás nos hemos amado, Ophelia —respondió, encogiéndose de hombros—. Nunca fuimos felices el uno al lado del otro, inclusive, llegue a sentirme en la obligación de fingir que éramos buena pareja.

La confesión de parte de ese maldito borracho, hizo echar levemente la cabeza hacia atrás

a la mujer, recomponiéndose de inmediato para que él no se diera cuenta del golpe que sus palabras surtieron en ella.

—¡Yo si te amé! —exclamó en un murmullo para que sus palabras no llegaran a oídos de Cartier—. Yo no fingí jamás sentimientos por ti, los míos eran sinceros. Yo te amaba, incluso ahora que tú estás desecho por una mujer que ni siquiera conoces como debería conocerse una pareja, sigo queriéndote. —Tomó su rostro entre sus manos sin apartar su mirada de la suya, clavándola con desesperación—. Nunca he pretendido olvidarte, tampoco ha sido mi intención porque no soporto la idea de verte con nadie más, que sea tu corazón frío e incapaz de sentir más que el beneficio de un buen negocio, sentimientos por otra mujer. Sé que jamás me has querido, no necesito que lo digas, lo sentía desde que estuvimos juntos; la distancia que marcabas entre ambos, pero eso no fue suficiente para renunciar a ti porque aún creía que había más por delante entre nosotros.

Cord pestañeó un par de veces, sacudiendo la cabeza.

—No.

Los pasos de Cartier acercándose de nuevo donde ambos se encontraban, indicaron que no había hallado nada de su agrado en la despensa.

—Saldré a la tienda porque he buscado comida y tu refrigerador está vacío. —Le comunicó reprobatoria a su hermano—. ¿De qué vives? Da igual, haré la compra para que ingieras algo más que no sea puro alcohol. Ya vuelvo.

Cord y Ophelia esperaron que ella saliera del apartamento para retomar su discusión ya que ninguno de los dos sabría cómo ponerse a darle explicaciones.

—¡Sí! —insistió Ophelia, apretándole las mejillas una vez que estuvieron a solas—. Sí, sí, sí, Cord. Yo soy la mujer que puede hacerte feliz, ¿entiendes? Yo. No Tess, no nadie. Ninguna otra puede hacerte feliz porque conmigo todo siempre han sido sencillo.

—Por eso, Ophelia, porque no me gusta que todo sea sencillo y con Tess…

—Ella ha demostrado no valer la pena tu vida. No te merece, no debes amarla —prosiguió la mujer con insistencia. Cord trataba de comprenderla mas sentía la cabeza demasiado embotada para asimilar sus palabras—. Cord, todavía estamos a tiempo de volver, olvidemos nuestro pasado y sigamos adelante, juntos.

Él intentó zafarle el rostro porque todo daba vueltas, se sentía demasiado borracho para retener las información, para discutir con ella y defender a Tess, entonces, repentinamente los labios de ella se posaron en los suyos con fuerza, sorprendiéndolo en el acto y sin tener idea de

cómo reaccionar. No debía devolver el beso porque no se trataba de Tess, no debía besarla o de lo contrario, lo malinterpretaría y todo se complicaría más, pero Ophelia lo conocía lo suficiente para saber cómo hacer que se interesara en ella y Cord le devolvió el gesto con las mismas ansias, la misma hambre y la misma voracidad.

Ella le echó los brazos al cuello, apretándose a su cuerpo y manteniéndose tan cerca de él que la fricción que realizó contra el masculino cuerpo despertó en él el deseo de deshacerse de las ganas de refugiarse en otros brazos, estar con otra mujer que lo ayudara a aliviar su pena, una mujer totalmente opuesta a quien se llevó consigo su corazón.

Ophelia lo empujó de espaldas contra los cojines del sofá y su cabeza dio vueltas, la visión se le empañó por momentos y cerró los ojos en un vano intento por aclarar la mente. Cord sintió su blando cuerpo contra el suyo, subir por su torso y llegar una vez más hasta sus labios, capturando el labio inferior entre sus dientes y tirando ligeramente de él.

No debería estar haciendo esto, pensó Cord, guiando las manos hasta su rostro con la finalidad de aparatarla de él.

—Retomemos lo nuestro, querido —susurró Ophelia, llevando sus manos hasta el borde de la camiseta y subiéndosela hasta la cabeza. Con la ayuda de él, logró quitársela—. Funcionábamos bien tú y yo.

Ophelia recorrió con sus labios el perfecto torso esculpido, lamiendo cada milímetro de su piel y provocando que la reacción del cuerpo masculino fuera inminente, al instante Cord sintió el dolor que dominó su pene, deseando ser liberado, fundirse en ella y de esa manera saciar sus deseos de dejar de sentirse jodido por lo que hizo. Ophelia descendió una vez más por su cuerpo, hasta la cinturilla del pantalón, deteniéndose unos segundos para masajear su miembro doliente con sus manos y su boca. Cord dejó escapar un gutural gruñido y ella aprovechó su respuesta para bajarle de una buena vez el pantalón junto con los bóxers, liberando su erección.

—Te he echado de menos, Cord —musitó—, lástima que no tengamos mucho tiempo para disfrutar de tu perfecto cuerpo desnudo solo para mí como siempre ha debido ser.

Como respuesta él gruñó e intentó abrir los ojos, pero todo le resultaba inestable, borroso, imposible mantener la mirada fija en Ophelia. La escuchó deshacerse de su vestido y la prenda caer al suelo. Tomó sus manos, guiándolas hasta la firmeza de su trasero sin ninguna barrera entre ellos. Se inclinó de nuevo sobre su cuerpo y llegó a su boca cuyos besos depositó en sus labios entreabiertos.

¿Acaso estaba tan borracho que no podía mantenerse siquiera con los ojos abiertos? Su embriaguez no era el único impedimento para darle la vuelta, ponerla de espaldas y follarla, no,

había más: su conciencia. Ésa minúscula parte suya que hasta hacía poco no tenía idea de su existencia y que se negaba a hacer algo que más adelante traería consecuencias, porque las traería.

Los labios de Ophelia continuaron trazando un reguero de besos por todo su torso, descendiendo muy cerca de su pene cuyos pequeños besos no se hicieron esperar en él. La cabeza entorpecida de Cord demandaba parar de una puta vez, pero su cuerpo era otro punto muy distinto en eso, solicitaba la atención de ella, de su boca, de su cuerpo.

Se llevó un brazo al rostro, cerrando los ojos con fuerza y luchando por aclarar sus pensamientos, dejar de sentirse que iba hacia la deriva, mas Ophelia, con sus labios cálidos que recorrían su cuerpo entero le provocaba poner todo en blanco, dejar de pensar y limitarse a sentir la excitación del momento. Cord gimió, guiando sus manos a los largos cabellos rubios, apretándola ahí, pero ella se zafó de su agarre y se incorporó, poniendo sus manos contra el amplio pecho masculino.

—Ya verás lo rápido que se arreglaran las cosas —prometió la mujer—. Todo se solucionará, querido.

Sin embargo, a la mente de Cord acudió la imagen de otra mujer cuyos ojos irradiaban luz, paz en los momentos de incertidumbre. Su voz era dulce y melodiosa, su cuerpo suave y fragante; un cuerpo que sus manos y labios, memorizaron.

—Tess —pronunció su nombre con voz ronca, deseándola a ella, a nadie más.

Durante una fracción de segundo, Ophelia se quedó de piedra debido a que él acababa de confundirla con la maldita mujer que tantos problemas le había acarreado, sin embargo, no le montaría una escena de drama con su equivocación, sino que aprovecharía de su error para no desmentirlo y si deseaba confundirla con Tess, vale, podía hacer que cooperara más durante aquellos momentos.

—Soy yo, cariño —mintió. Depositó un beso en la rasposa mejilla—. Tu Tess.

Cord entreabrió los ojos, pero la mujer que tenía encima de él lucía facciones borrosas; todo era impreciso e irreal. Intentó enfocarla mejor, cogiendo sus mejillas entre sus manos y buscando los grandes ojos verdes que siempre lo contemplaban como si él valiera la pena, pero no logró hacerlo. No podía encontrarla pese a sus intentos de buscarla.

—Tess —volvió a llamarla.

Cerró los ojos sin que los labios dejaran de recorren su cuerpo con sus besos cálidos y sus firmes caricias, haciéndolo suspirar y llevarlo a la deriva, dejando que ella fuera quien tomara el

control tal y como deberían ser las cosas entre ellos. Cuando volvió a abrirlos, temiendo que se tratara de un sueño, descubrió a Tess inclinada sobre su rostro y sonriéndole con esa sonrisa que lo paralizaba y derretía el alma, antes de volver a besarlo y llevarlo muy lejos de todo con sus besos y caricias cargadas de ternura y sensualidad tal y como ella irradió desde siempre.

CAPÍTULO 6

Un mes después…

Para Tess un mes transcurrido, le resultó largo, eterno e interminable desde que comenzó a trabajar en Prescott & Sons como asistente personal de Andrew Prescott, cuyos primeros días Greece, la mujer a quien reemplazaba y quien se retiró para cuidar de su bebé, la estuvo asesorando en todo. No era difícil, incluso lo sentía aburrido porque muchas veces Andrew se la pasaba encerrado en su despacho leyendo montones de documentos y Tess se quedaba afuera, en su escritorio sin mucho por hacer, esperando llamadas u ordenando papeleo. Y cuando no había trabajo que la mantuviera ocupada, su cabeza giraba en torno a lo sucedido con Cord hacía ya tantas semanas atrás.

Frustrada, restregó su rostro con ambas manos, evitando por todos los medios posibles pensarlo, resultaba demasiado doloroso recordar una vez más todo lo que fueron incapaces de arreglar. Desde su última conversación telefónica, Cord no volvió a llamarla y una parte de ella se lo agradecía con toda el alma, sin embargo, la otra moría por escuchar el sonido de su voz. Tenía que admitir que también estaba escondiéndose de él, había cambiado de número telefónico y por el momento no vivía en su apartamento, sino con Arianna. Tuvo que tomar esas medidas porque no estaba preparada para enfrentarse a él, porque todavía sentía demasiado por Cord.

Ya, ya, Tess, se reprendió por tener fantasías absurdas. Debía concentrarse en hacer sus tareas en el bufete, siendo la chica responsable que mantenía en orden la ajetreada vida de Andrew Prescott.

—¿McAdams? —al escuchar el llamado de su jefe, asomando la cabeza desde su oficina a unos pasos de su escritorio, Tess pegó un brinco.

De inmediato se levantó de su asiento y fue directo a Andrew con cuaderno y boli en mano ya que la joven desconocía si quería dictarle o que le buscara algún contacto telefónico.

—¿Dígame, señor Prescott?

Andrew sonrió, mostrando la perfecta dentadura blanca de miles de dólares que le sorteó al odontólogo y sacudió la cabeza.

—Te invito a almorzar —ofreció para sorpresa de ella quien se quedó mirándolo.

Tess sintió como poco a poco su amable gesto se esfumaba para dar paso a una mueca de total desagrado nada más oírlo pronunciar las palabras. Trató de ocultar el tic que sentía asomar a su rostro porque, en definitiva, le desagradaba la propuesta. No quería que Andrew Prescott se hiciera una idea errónea con ella, pero al tipo no parecía importarle nada de lo que los diarios y

revistas hacían mención de ella y el senador de Nueva York durante aquellas últimas semanas. No es que Tess pusiera atención a las habladurías, aunque le estaba costando un esfuerzo sobrehumano no sentirse afectada por ellas.

Andrew se le quedó mirando, ladeando la cabeza sin perder su absurda sonrisa de suficiencia del rostro, gesto que a la mayoría mujeres quienes laboraban en el bufete tenía fascinadas, en espera de una respuesta inmediata. Y aquella sonrisa de millón de dólares hacía recordar a Tess que ya había perdido la cuenta de las veces que varias mujeres mencionaron la fortuna de ser su asistente personal e ir a donde él fuera como su perro faldero porque, en perspectiva de todas ellas, Andrew Prescott era el hombre más irresistible de todo Manhattan, aunque para Tess no lo fuera, para ella había otro hombre con quien su actual jefe no competía.

—Se lo agradezco, no puedo —respondió la joven en el tono de profesionalismo que se veía obligada a utilizar con él para poner límites.

Andrew entrecerró los ojos, cruzando los brazos sobre su amplio pecho y mordiéndose el labio inferior, pensativo.

—¿Por qué? —Quiso saber—. ¿No me digas que tiene qué ver con Kendrick?

Ante la mención del aludido, Tess desvió la mirada.

—En realidad, tiene más qué ver conmigo —replicó, disgustada.

Andrew no se tragaba el cuento, él al igual que su melliza y toda la ciudad de Manhattan estaban muy al tanto de la historia de amor contemporánea entre el senador del Estado de Nueva York y la Cenicienta de El Barrio. Se pasó una mano por la incipiente barba y soltó una risa ligera, del tipo que una no lograba descifrar si era sincera, divertida o se estaban burlando de ti en tus narices.

—Tess, estoy invitándote a almorzar no a follar, ¿vale? —señaló con crudeza y al ver la expresión de desasosiego que le puso la joven, soltó una carcajada—. Mira, eres hermosa, pero si te soy sincero, en estos momentos no me interesa tener problemas con tu novio. —Resopló—. Digamos que, él ya tiene suficiente con las dificultades familiares como para sumarle el hecho de tratar de quitarle a su novia.

—No es mi novio —le soltó ella con amargura.

Es mi esposo, quiso decirle, mas se mordió la lengua para no meter la pata y delatarse. Llevaban un largo mes sin saber nada el uno del otro y durante esos días Tess había esperado que Cord hiciera algo de lo que solía hacer sin reparar en los demás, sin pensar en las consecuencias que acarreasen consigo sus actos, por ejemplo, preparar su divorcio. A la joven no le

sorprendería que lo hiciera, que, en cualquier momento, Ophelia se presentara en su espacio de trabajo y le dejara un sobre color manila como los que Andrew tenía por apilos en cajas y le explicara que se trataban de los papeles de divorcio.

—De acuerdo, entonces, no hay ningún problema si almorzamos juntos —prosiguió, despreocupado. Reparó en la expresión de desacuerdo que ella le puso y suspiró—. Tess, mi antigua asistente personal y yo teníamos una buena relación laboral, aclaro antes que esa cabecita tuya se haga otra idea equivocada y es lo que me interesa tener contigo. —Sus verdes ojos se fijaron en los suyos sin un atisbo de humor, hablando en serio—. Además, no olvidemos que eres mi clienta y últimamente no hemos hablado mucho del caso de Violett.

Había estado inmersa en su nuevo empleo, aprendiendo, absorta en cómo le gustaba el café a Andrew para que él no le hiciera desperdiciar tan valioso líquido, que ni siquiera habían podido sacar el tema a colación de la custodia de su sobrina.

—¿No debería quedarme pendiente de sus citas? —cuestionó—. Me refiero a si alguien llama o se presenta aquí, buscándolo.

Andrew negó en silencio, metiendo las manos en los bolsillos delanteros del pantalón en un desenfadado gesto.

—Un buen abogado sabe manejar a sus asiduos. —Se encogió de hombros, sonriente—. Anda, mujer, que si no como en los próximos minutos, es posible que pierda mi buen humor y te corra.

Y Tess no podía darse el lujo de perder su empleo, ni convertirse en una paria para Andrew, además, no había ingerido alimentos antes de irse a trabajar por salir de casa a prisa, moría de hambre y no hacía nada malo si almorzaban juntos, aunque su conciencia opinara todo lo contrario.

—De acuerdo, pero voy a pagar mi almuerzo.

—Ay, Tess. Tienes un sentido del humor de lo más cómico.

Con aquella simple oración le arrojó recuerdos de otro tiempo y de otro hombre cuyos intensos ojos azules se oscurecían de acuerdo a su estado de ánimo. Era muy pronto para olvidarse de Cord, demasiado pronto para que echarlo de menos dejara de doler. Había transcurrido un mes, no podía hacer milagros en unas cuantas semanas por olvidarse de él.

—Sí, me lo han dicho antes —admitió, poniéndose de pie y agarrando sus pertenencias —. Puedo asegurarle que se equivoca. No soy graciosa, en absoluto.

Andrew se pasó una mano por la barbilla, pensativo.

—Déjame a mí juzgarlo, ¿vale? —respondió—. Anda, mi hermana debe estar esperándome.

¿Su hermana? Ah, no. Definitivamente no pienso salir a almorzar con él y mucho menos teniendo a Ophelia presente, pensó, frunciendo los labios. Suficiente había tenido el poco trato que se dedicaron la una a la otra como para tener que sentarse en la misma mesa y lidiar con sus miradas de suficiencia o su actitud altanera. Tess no toleraba a una persona como Ophelia pese a estar trabajando con su mellizo. Punto.

Andrew asintió, comprensivo. Ni para su familia ni para él era noticia nueva enterarse que su hermana había sido relegada a segundo plano por el novio que, durante años esperó que le propusiera matrimonio y la llevara al altar, y más tarde la abandonara por elegir a una mujer tan opuesta a Ophelia, que estar ahí con Tess y comprobar lo equivocada que estaba su hermana por cómo se había refirido a ella. Comprendía que esa chica mostrara reticencia de ir a almorzar con él, en especial si Ophelia estaría presente.

—Tess, los conflictos que tengas con Ophelia son de poca importancia —informó—. Te aseguro que a ella ni le importan. Suele ser así con todo el mundo, pero bueno, ella estuvo prometida con Kendrick y enterarse que tienes un romance con el mencionado y dejó de interesarle, a cualquiera pone de malas.

Tess no respondió, aunque le daba la razón por mucho.

—Prefiero declinar por esta ocasión la oferta, no quisiera incomodar a su hermana con mi presencia y arruinarle su almuerzo —insistió ella.

Andrew puso los brazos en jarras, manteniendo una actitud relajada, pero no pensaba tolerar que alguien rechazara su ofrecimiento.

—Te reitero que así podremos hablar mejor de tu sobrina. En un lugar más informal que la oficina y disfrutando de la buena comida y un buen vino —insistió, sonriente—. Andando.

Tess, no tiene nada malo en almorzar con él. Ha declarado que no siente el menor interés por ti y así puedes aprovechar para hablar mejor de Violett sin interrupciones, se dijo a sí misma en un intento sobrehumano por convencerse de no sentir culpa alguna por aceptar su propuesta.

Tomó una enorme bocanada de aire y asintió en silencio. Andrew le dedicó su sonrisa triunfal, indicándole pasar delante de él, directo a los elevadores.

—¿Sabes, Tess? —comentó una vez fuera de la oficina, llamando el ascensor mientras esperaban juntos—. Si fuera Kendrick, aprovecharía mi oportunidad contigo para casarnos y

cobrar la herencia de Charles, a fin de cuentas, el hombre estipuló que para que la herencia pase a manos del nieto y no de su propio hijo, Cord debía casarse antes de cumplir los cuarenta años.

Tess lo estudió, preguntándose a qué se refería y queriendo conocer más detalles referente a la noticia que acababa de soltarle, sin embargo, el elevador llegó en ese preciso momento y un par de personas salieron de éste, poniendo final a la charla con su abogado. Andrew la empujó con suavidad al darse cuenta que la joven se quedaba plantada en su sitio, intrigada y temerosa por lo que acababa de enterarse.

¿Cobrar la herencia de su abuelo casándose con ella? Se suponía que Cord se había casado porque la amaba no porque existiera otro interés de por medio.

***

Tess aún tenía sus pensamientos centrados en el comentario de su jefe, mal intencionado o no, le hacía darle vueltas al asunto, es decir, ¿Cord había sido capaz de casarse con ella con la finalidad de cobrar la herencia de Charles Kendrick para quitársela de las manos a su propio padre? Entonces, si lo hizo, ¿mintió? ¿Fingió haberse enamorado y utilizó el sexo para nublar su capacidad de razonamiento? Tan solo imaginarse que fuera así, Tess sentía su corazón encogerse de pena y dolor, y su estómago se negaba a procesar la bilis que le subía al pensar en tales cuestiones.

Cord no podría resultar ser tan hijo de puta tal y como Ophelia lo había dejado entrever indirectamente montones de veces, Cord no podía ser tan canalla como su padre. Ella se negaba siquiera a dudar de él, no era posible hacerlo, sin embargo, lo hacía, ¿por qué se casó con ella de forma tan precipitada? ¿Por qué le propuso matrimonio cuando lo único que los unía era el sexo? Ni siquiera se conocían en realidad, él no confiaba en ella y se lo había dejado en claro el día que la echó de su trabajo y de su vida.

El transcurso que hicieron en el taxi pasó sin que lo sintiera, tampoco era participe de las charlas despreocupadas de su jefe, sus pensamientos y todos sus sentidos estaban muy lejos de ahí, puestos en la incógnita que no la dejaba en paz.

—Hemos llegado —anunció Andrew una vez que el vehículo se detuvo en la elegante entrada con toldo rojo y enormes helechos afuera del restaurante.

Tess apenas le prestó atención al restaurante Tommy Bahama, uno de los sitios más reconocidos en la Gran Manzana y en todo Nueva York, para escapar de la rutina del trabajo y pasar un rato agradable. Estaban cerca de las fechas decembrinas y las primeras nevadas cubrieron los suelos ligeramente de color blanco, lucía sus bonitos adornos navideños en las ventanas y las hojas de los grandes helechos estaban salpicadas por blanca nieve. Tess se vio en

la obligación de espantar el desasosiego que la dominaba y se negaba abandonarla.

Andrew salió del taxi amarillo y corrió a abrirle la puerta ante el ceño fruncido que Tess le dedicó, le desagradaban las atenciones que él tenía sobre ella. La hacía sentir incómoda y como si en cualquier momento sus verdaderas intenciones fuesen a salir a la luz. Quizás estaba siendo bastante paranoica.

—¿Qué te parece? —preguntó Andrew una vez que pagó al conductor y se plantaron en la acera, siendo recibidos por el frío viento de mediados de noviembre—. Agradable, ¿no?

Tess jamás había estado ahí, cabía resaltar que ella no comía en restaurantes por el mero hecho que muchos de ellos no permitían niños y eran muy costosos, además de que su hermano era dueño de uno en El Barrio. Se limitó a estudiar la entrada de brillantes ventanales con bordes dorados, sin embargo, un detalle al final de la calle llamó su atención: un Aston Martin plateado. Tess sintió su corazón latir desbocado al reparar a quién pertenecía ese vehículo tan soberbio, mas se recordó que existían miles de automóviles idénticos al suyo, por ende, era imposible toparse con Cord.

Para Andrew el cambio de actitud en su acompañante no pasó desapercibido, así que de inmediato reparó en la atención de la joven fija en el lujoso coche aparcado y soltó un pesado suspiro debido porque sabía quién se encontraba también allí.

—Al parecer, mi hermana no pierde el tiempo.

Tess le lanzó un vistazo sin entender del todo a qué se refería con exactitud.

—El cumpleaños de Kendrick es en unas semanas y la cláusula de Charles vence una vez cumplidos sus cuarenta años como ya he mencionado —explicó sin advertir la cara de desconcierto que ella mantenía mientras el hombre hablaba—. Ophelia, al igual que el resto de los abogados de los Kendrick, están al margen de la situación y mi hermanita no va a perder la oportunidad de convertirse en una Kendrick justo cuando el tiempo ya está en contra de Cord.

Tess se petrificó, era incapaz de hablar o moverse, sintiendo el aire helado envolverla en su férreo abrazo. Su mente se negaba a procesar la información recaudada por Andrew y su corazón más terco, se rehusaba a admitir que había sido usada por Cord.

—Eres una gran chica, Tess y me alegra ver que Kendrick no te empleó para beneficiarse él mismo, usándote para salvar la herencia de Charles —prosiguió él—. Creí que se casarían, ya sabes, más que nada fue por ese detalle que nos hemos conocido, obviamente también para ayudarte con lo de tu sobrina, pero sobre todo para ayudarte con tu divorcio en dado caso de haberse casado. —Se encogió de hombros—. Detalle que salió sobrando.

Tess advirtió que alguien la empujaba con el hombro al pasar a su lado, pero estaba demasiado embotada para sentir que estuvo a punto de tropezar. Andrew alcanzó a sostenerla del brazo, ayudándole a mantener el equilibrio y evitar que se fuera de bruces delante de él.

—No —susurró la joven.

En realidad, no estaba segura de por qué había dicho aquello ni su significado. No sabía con exactitud por qué respondía que no. No, ¿a qué? ¿A no haberse casado con Cord cuando en realidad lo hizo? O no a qué. Desconocía sus palabras. Estaba tan confundida.

Andrew no la soltó en ningún momento, ni siquiera cuando atravesaron las dobles puertas de cristal tan brillante como las luces navideñas que resplandecían por doquier: en cada tienda, en cada esquina, en cada árbol de la ciudad. La guió a través de mesas llenas de tipos trajeados que se habían tomado un momento para escapar un rato de su trabajo o turistas que decidieron hacer una pausa a su tour por la Gran Manzana.

Tess se permitió llevar sin oponer resistencia, llevando sus pasos directo a una mesa cercana a la barra del bar donde se encontraban Willow Collins, una de las abogadas defensoras del bufete, Ophelia Prescott y Cord.

El estómago de la mujer se encogió de pena y dolor al descubrirlo a él tan lejano y hermoso; tan perfecto mentiroso. Hacía un eterno mes que no sabía absolutamente nada de él, sin embargo, nada más verlo absorto en la conversación que mantenía con Willow, le provocó unas irremediables ganas de huir, alejarse tanto como le fuera posible y volver a poner distancia de por medio entre ambos. Pero sería el acto más cobarde hasta el momento que hubiera hecho y no era correcto huir más cuando lo tenía a unos metros de distancia.

Habían transcurrido cuatro largas semanas y su pulso seguía disparándose a mil, expectante e impaciente por llegar a su lado, deseando volver a estar tan cerca de él, muriendo por escuchar el grave sonido de su voz, aspirar el delicioso olor que emanaba su sólido cuerpo, añorando pasar sus dedos entre los sedosos cabellos dorados más largos que la última vez que se vieron.

Sin embargo, había un detalle que hizo a la joven plantearse bien las cuestiones, en realidad, se trataban de un par de interrogantes: ¿le mintió? ¿La utilizó para cobrar la herencia de su abuelo? ¿Fue un objeto más para aquél guapo millonario? Existían tantas incógnitas inundando su cabeza que ya le dolía y ninguna respuesta obtenía. Quizás la única persona que pudiera aclararle todo lo que le interesaba conocer, era Andrew Prescott, pero ese no era el mejor momento para interrogarlo.

Una mesa los separaba a Tess y Cord, solo una mesa se interponía entre ellos y su

corazón parecía querer salírsele por la boca si la abría. Su estómago se contrajo ante los nervios anticipados del momento en el cual sus ojos se tropezaron con los grandes ojos de enigmático e intenso color azul.

—Hola, chicos —saludó alegre Andrew, deteniéndose ante de la mesa—. Lamentamos el retraso.

De inmediato, tres pares de ojos se fijaron en los recién llegados, las mujeres no parecieron impresionadas por verlos aparecer juntos, sin embargo, el guapísimo hombre de intensos ojos azules y espesa barba castaña con tonalidades de gris prematuro, lució al principio desconcertado y más adelante, ése desconcierto dio paso a una rabia tangible y apenas contenida. Cord se levantó de su asiento con demasiado ímpetu, ignorando las miradas de todos los presentes y yendo directo a Tess, quien lo único que podía ver en él era lo hermoso y amenazante que lucía en aquellos momentos.

Da media vuelta y corre, le recomendó su subconsciente mientras permanecía de pie, esperando tenerlo delante de ella, dominando su espacio con su imponente presencia.

—Tess. —Cord pronunció su nombre con su profunda y dulce voz.

Volvía a estar cerca de ella y luchaba con la rabia que lo dominaba al verla llegar en compañía de aquel tipo, sin embargo, la joven logró detectar un deje de alivio y desesperación en su tono. Tess apretó los puños con fuerza a ambos lados de su cuerpo, en ese instante que lo tenía delante, tan cerca, podía ver los cambios físicos que había sufrido su semblante: lucía pálido y agotado, debajo de los grandes y hermosos ojos azules se dibujaban unas horrendas marcas violáceas producidas por las noches que pasaba en vela, echándola de menos y lamentando su comportamiento de mierda que había demostrado.

Tess deseó echarle los brazos al cuello, estrecharlo contra ella con todas sus fuerzas y aferrarse al agarre todo el tiempo que fuera necesario para borrar el dolor que surcaba su mirada, sin embargo, apretó con todas sus fuerzas los puños e ignoró las ridículas ganas de protegerlo del mundo al recordarse que Cord no confiaba en ella y que jamás lo hizo. Cord había fingido hacerlo para mantenerla tranquila, para que Tess no fuera a exigir más de lo que él era capaza de darle. Le mintió y una minúscula parte de ella creía haber sido usada y gracias a esa duda sembrada, frenó sus impulsos.

—Cord —saludó sin emoción, aunque su nombre siguiera doliendo—. ¿Cómo estás?

Tess podía comportarse como una mujer adulta, ignorando sus sentimientos hacía ese hombre pese a su desbocado corazón latiendo contra su pecho. Cord elevó las cejas, escéptico ante la pregunta y el tono que ella acababa de emplear para dirigirse a él, su propio marido. Negó

en completo silencio, pasándose una mano por la espesa barba.

—¿Cómo estoy? —repitió, burlón—. ¿Me preguntas por cómo estoy? ¿De verdad, Tess?

—Cord…

—¿Cómo jodidos quieres que esté si te he buscado, te he llamado y tú desapareciste de la faz de la tierra? —inquirió, inclinándose al frente e intentando tocarla. Ella retrocedió y ese gesto fue para Cord demasiado doloroso—. Te echo de menos. Te necesito. Te amo.

No le importaba ser el centro de atención de los presentes, no le importaba aparecer en los medios de comunicación, no le importaba nada solo el hecho de que ella pudiera escucharlo, que Tess se diera cuenta de cuánto la necesitaba. Durante un largo mes la había extrañado como jamás imaginó que pudiera sentir, la había buscado, pero ella no daba señales de su paradero y en ese momento, verla llegar en compañía de Prescott, lo encolerizaba.

Tess cerró los ojos unos segundos, manteniendo sus emociones bien guardadas.

—Cord, no es ni el momento ni el lugar para hablarlo —recomendó, volviendo a abrir los ojos y mirándolo fijo.

—¿Qué haces con Prescott, Tess? —inquirió, lanzándole una acusadora mirada.

Su acusación hizo sentir a Tess como si lo hubiera traicionado por haber llegado con Andrew cuando él acudió a la lugar con su exprometida y otra mujer. Como si hubiera sido requerido, Andrew quien hasta el momento se había mantenido callado al lado de Tess y siendo testigo de la conversación entre ambos, decidió tomar su turno para hablar sin darle a la joven oportunidad de interceder antes.

—Viene conmigo, la he invitado a almorzar —explicó, desinteresado y casi aburrido.

—¿Por qué? —insistió Cord, molesto.

—Porque es mi empleada, Kendrick y quise traerla a almorzar. —Se encogió con despreocupación de hombros—. ¿Tienes algún problema al respecto?

—Sí —rugió Cord, furioso.

Andrew no se sentía nada afectado, le divertía la situación a la que estaba exponiéndose y mostrando a Cord Kendrick delante de tantos presentes.

—Venga, Kendrick, es mi empleada, no pretendo follar con ella por muy guapa que esté. —Guardó silencio a propósito para agregar en tono de burla—: Al contrario que otros.

Las palabras sirvieron para terminar con la paciencia de Cord quien, de forma inesperada, se abalanzó sobre Andrew, agarrándolo del cuello de la camisa y acercando su rostro al suyo.

Ophelia y Willow se pusieron de pie al instante, corriendo directamente a ellos mientras que Tess, no sabía de qué manera actuar. La joven se limitó a quedarse parada, contemplando la escena desarrollada a su alrededor.

Cord empujó a Andrew por el pasillo abierto de toda persona para permitirles el paso, llevándolo a mitad del lugar. Andrew se dejó guiar sin oponer resistencia, sabiendo que tarde o temprano aquella escena saldría en la prensa, agregándole una nueva mancha a la impoluta carrera del senador Kendrick.

—Tú le pones una de tus asquerosas manos encima y te juro que no respondo, Prescott —amenazó, furioso. Algunos presentes lucían alarmados ante la bárbara escena desarrollada en torno a ellos. Cord ignoró los repentinos flashes que alguien apuntó a su persona y los móviles, grabándolos—. Quedas advertido.

Andrew echó la cabeza hacia atrás, dedicándole una burlona sonrisa por haber sacado a Cord de sus casillas, llamando la atención de todo el mundo y de los paparazzi en especial.

—Kendrick, no deberías ponerte furioso —recomendó, manteniendo la tranquilidad—. Tess es mi empleada, pero qué es de ti —lo picó—. Nada.

Cord le propinó un último empujón para después soltarlo, haciéndolo trastabillar. Se dio la vuelta y echó a andar en dirección de Tess quien continuaba observándolo boquiabierta y sin mencionar palabra alguna, la sujetó con fuerza de la muñeca cuando ella se zafó en el momento que quiso agarrarla de la mano y la arrastró consigo directo a la salida.

—Es mi esposa, Prescott —declaró, mordaz.

La confesión hizo quedar a Tess en shock, el mismo Cord estuvo de acuerdo en que nada se sabría de su boda hasta que fuera su cumpleaños, fecha que ella desconocía cuándo era, por tanto, le resultaba incomprensible que un arranque de rabia por su parte hubiese roto su imposición.

Pese a su resistencia, la joven fue guiada afuera, donde Cord la llevó.

CAPÍTULO 7

Tess era consciente que, si se negaba a ir con él, serían el centro de atención y de igual manera a si armaba un escándalo, así que, al final cedió, siguiéndole el paso casi corriendo. Cord en ningún momento la soltó u aflojó el agarre, ni siquiera cuando estuvieron junto a su auto y le abrió la puerta para entrar. Tess se detuvo ante la puerta abierta, cruzándose de brazos y mirándolo a la cara. No se marcharía con él.

—Cord, no iré a ningún lado contigo —replicó—. Debo volver con mi jefe.

—No —declaró, molesto. A continuación, suavizó el tono—. Entra al auto, por favor.

—No, Cord. Ya te dije, debo volver a mi trabajo.

Furioso, cerró la puerta con demasiada fuerza.

—Tess, llevo un infernal mes sin ti, a punto de volverme loco —declaró. Cogió su rostro entre las manos, rompiendo la distancia que los separaba de una larga zancada—. Te necesito, mi amor. —Apoyó su frente contra la suya—. Perdóname, por ser un imbécil y haber desconfiado de ti.

—Cord, no lo hagas. Por favor.

Su cuerpo fuerte y cálido se pegó al suyo, despertando una vez más la añoranza por sentirlo contra ella, dentro de ella.

—Por favor, Tess. —Sus labios cálidos rozaron su mejilla, su aliento se mezcló con el suyo y ella tuvo que apretar los puños con demasiada fuerza hasta provocarse daño en la piel—. Vuelve conmigo.

—No, Cord —respondió, infundada de valor—. No puedo estar con alguien que no confía en mí. —Le apartó el rostro, mirándolo a los ojos—. Cord, tú no crees en mí y me duele demasiado porque se supone que toda relación debe estar sustentada como base en la confianza y la nuestra no lo está.

—Fue un error —insistió él—. Era el momento menos indicado para escucharte.

—¿El momento menos indicado para escucharme? —repitió llena de incredulidad, negando con la cabeza—. Debo irme, Cord.

—Tess…

—Ni siquiera me diste oportunidad para defenderme, exponer el modo en el que se dio la situación —replicó, molesta—. Tú quisiste creer lo que viste. —Cord desvió la mirada—. ¿Lo ves? Te es más sencillo sacar tus propias conjeturas a escuchar a los demás. Fuiste claro en el

momento que me echaste en cara lo equivocado que estabas por haber confiado en mí, por haberte enamorado de mí. —inhaló hondo—. No entiendo por qué me confundes y no puedo estar así.

Cord la miró directo a mis ojos, escrutando algo que todavía no asomaba afuera.

—¿Qué quieres decir con que no puedes estar así? —murmuró.

Tess negó en silencio, rogando al cielo escapar de ahí, de él. Era bastante la intensidad a la que estaba siendo sometida por Cord, demasiado de todo una vez que volvía estar cerca de ese hombre. Deberían ser capaces de hablar como adultos, en lugar de hacerse reclamaciones como niños.

—¡Tess! —Andrew salió del restaurante, llamándola.

Cord maldijo entre dientes. La mantuvo aferrada por la muñeca.

—No vayas —pidió.

Ella sacudió la cabeza, desesperada por ser liberada de o si no, temía acceder a sus suplicas y no estaba preparada para dejar lo ocurrido atrás tan sencillo.

—Debo irme—informó, clavando sus ojos en los suyos, los cuales mostraban la batalla interna que peleaba por retenerla—. Adiós, Cord.

Tess se zafó de su agarre y echó a andar hacia su jefe, ordenándole a sus pies mantener un paso firme sin echar a correr, deseando continuar serena durante unas horas más. Las emociones que la invadían eran demasiadas, por un lado, quería quedarse con él, a su lado y por el otro, escapar lo más lejos que le fuera posible.

—Tess, eres mi esposa. —La voz de Cord sonó dura, conteniendo su rabia. Ella no se giró por temor a comprobar lo que su tono transmitía—. Pasaré a recogerte a tu empleo para ir juntos a casa.

Tess ignoró la emoción de su corazón al oírle decir aquello, no se haría falsas ilusiones. No podía aferrarse a la idea de estar con alguien que no confiaba en ella, que le guardaba secretos y utilizaba el sexo para fácilmente despistarla. La llenaba de angustia ceder ante Cord de una manera tan ridícula y más aún, cuando tenía la sospecha acerca de si había sido usada para su propio beneficio y poder cobrar la herencia de su abuelo. De ser verdad lo que Andrew contaba, odiaría a Cord, aunque lo amase profundamente.

Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, Tess avanzó a donde Andrew esperaba con los cruzados brazos sobre el pecho, sacudiendo la cabeza y desaprobando el haberlo dejado plantado en el restaurante por ir con Cord o por haberle mentido respecto a su matrimonio

secreto. La joven se sentía una mala mentirosa pues había sido descubierta con descaro en el momento que Cord anunció a los cuatro vientos que estaban casados. No deseaba imaginar la serie de preguntas que le esperaban por parte de Andrew Prescott.

—Dijiste que no se casaron. —Le echó en cara en cuanto llegó a su lado, acusándola—. Mentiste, McAdams.

Su comentario la hizo sentir como niña reprendida por su mayor, bajó la cabeza y suspiró con pesadez.

—Lo siento.

Andrew se pasó una mano entre sus cortos cabellos rubios y resopló, fastidiado.

—Entonces, también sabías del testamento y la cláusula, ¿no?

—No —susurró, avergonzada—. No estaba enterada de nada.

—¿Y no te afecta? —cuestionó—. ¿Saberte usada por él?

Tess no respondió, se limitó a mirar la calle transitada a aquellas horas del día bajo el nublado cielo de Manhattan, ignorando el dolor que le producía el comentario del hombre que, en efecto, había usada por quién dijo quererla.

—Se nos ha pasado el rato, Tess y debemos volver al trabajo —anunció Andrew, tras lanzar un pesado suspiro—. Vamos.

Ella asintió en silencio, esperando a su lado la llegada de algún taxi que los llevara lejos de ahí, pero su curiosidad era grande y sintió la imperiosa necesidad de mirar hacia el final de la calle, donde se encontraba estacionado el vehículo de Cord. Él seguía ahí de pie, con una mano apoyada sobre el capó y sin apartar la mirada de ellos.

¿Qué voy a hacer ahora?, pensó pérdida en su mirada, ¿qué se supone que debería hacer cuando sabía que él la había usado para su propio beneficio? Y la mayor incógnita era querer conocer si se había enamorado de ella o fue otra de las bellas mentiras tan disfrazadas de ese hombre. No lo sabía, no estaba segura de nada salvo que lo amaba con toda el alma.

***

—Así que, ¿te has casado? —cuestionó Ophelia.

Cord tuvo que regresar al restaurante porque cuando salió con Tess no se percaté que había dejado olvidados el móvil y la billetera sobre la mesa. Eran tantas sus ansias por largarse al volver a verla sana y salva tras las interminables y horripilantes semanas que pasó sin ella, llevarla lejos de todo el que fuera capaz de alterar su paz y refugiarse en un lugar en el que solo

ellos dos tuvieran conocimiento, que no le importó dejarse olvidadas sus cosas.

—Sí —dijo, guardándose la billetera y echando un vistazo a la pantalla del móvil.

—Vaya, vaya —murmuró Ophelia, con una ensayada sonrisa que demostraba el repudio que le provocaba—, enhorabuena, querido. Cullan debe estar muy orgulloso de su vástago. Ha sabido acatar las órdenes de su abuelo desde la tumba. —Sus dedos de elegante manicura, tamborilearon sobre la mesa—. Lo sabe, ¿no?

Cord bufó, armándose de paciencia para no discutir con ella en un sitio público.

—No, pero adelante, puedes ir a contarle todo —replicó de mal humor—. Tú y Cartier se han quedado sin tema de conversación estos últimos días, deberías hablar primero con ella para que el cotilleo se arme en grande.

Ophelia le lazó una mirada cargada de repulsión y apretó los labios en una fina línea.

—Oh, eres tan absurdo. —Sacudió la cabeza, luego se dirigió a Willow en quien buscaba apoyo—. Querida, ¿tú lo sabías también?

La aludida le lanzó una ojeada de desasosiego cuando la atención de Cord recayó en ella, dando la impresión de querer esconderse en otro sitio que no fuera la vista de Ophelia, ya que Willow había sido quien le ayudó a poner todo el papeleo en orden y quien le dio su palabra de no divulgar lo que estaba haciendo, el fin de semana que le propuso a Tess casarse.

—Sí, he ayudado al señor Kendrick.

—Entonces, ¿también debes haber pensado ya en los papeles para tramitar el divorcio? —Le lanzó una mirada envenenada, fingiendo interés en sus uñas—. Cord, te recomiendo que no pierdas tu sentido práctico y eficiente que tan bien te caracteriza en cuanto Tess descubra la sarta de mentiras a las que la has expuesto porque ella no dudará ni un segundo en exigirlo.

—No pienso divorciarme de mi esposa.

Ophelia ladeó la cabeza en ese reconocido y meticuloso gesto suyo que usaba cuando tenía algo mordaz por replicar y no podía contenerse. Mezcló el espumoso café con su cucharita de plata y le dedicó una sonrisa de suficiencia al hombre que mantenía su imponente presencia delante de su mesa, clavando sus castaños y fríos ojos en los de Cord. No iba a pasar por alto con tanta facilidad que él hubiera decidido casarse con otra mujer y haber roto su compromiso con ella sin ningún remordimiento.

—Tú no, pero quién sabe Tess en el momento de que se entere que su matrimonio es una vil farsa, querido —le echó en cara con suficiencia.

Cord frunció el ceño, disgustado por la obviedad del asunto.

—Ella no tiene por qué enterarse de nada, Ophelia.

—¿No? —se burló la mujer.

—No.

—Ay, Cord, ¿se te olvida que trabaja para mi hermano y es uno de los abogados al tanto de la herencia y la cláusula de Charles? —explicó sin ningún interés—. Que no se te olvide tampoco el rencor que él guarda hacia ti por haber roto conmigo. —Sonrió sin rastro de humor, apoyando los codos sobre la mesa y la barbilla en sus manos—. Todo depende actualmente de Andrew, es un tipo que sabe cómo ganarse a la más dura persona para doblegarla a su antojo y tu mujercita puede caer rendida a sus encantos y detestarte una vez que sepa cómo contarle toda la verdad de su matrimonio, querido, tenlo bien en cuenta.

Cord apretó los puños con fuerza a ambos lados del cuerpo, manteniendo sus azules ojos fijos en los de ella, furioso porque era consciente que tenía toda la razón, no respecto a que Tess fuera a caer en la labia de Prescott, sino que iba a detestarlo por ocultarle la verdadera naturaleza de su casorio, es decir, ¿quién en su sano juicio se apresuraba a contraer matrimonio de la noche a la mañana si no había más de por medio? Y en ese caso, la herencia de su abuelo con la finalidad de no caer en manos de su padre.

—No juegues juegos que no conozcas sus reglas, Cord —le aconsejó Ophelia casi con aburrimiento al verlo consumido por su conciencia—. Podrías perder.

***

Cord se tomó el resto del día libre, no tenía la capacidad suficiente para asistir al trabajo y estar el día entero especulando acerca de cómo fue posible que Tess entrase a trabajar con Prescott.

Fue culpa tuya, Kendrick, le echó en cara su mancillada conciencia. Todo fue culpa suya, él mismo orilló a Tess a trabajar con Andrew Prescott por su mera incompetencia. La echó del corporativo sin escuchar razones, para él fue más sencillo dejarse guiar por la rabia del momento sin reparar en Tess, es sus intentos por defenderse, por explicarle la verdad. Ella era lo más dulce, gentil y perfecto que la vida le dio la oportunidad de conocer y él un completo imbécil por comportarse con ella como el típico idiota que era.

Tess no quería saber de él, estaba molesta y la entendía. Estaba furioso consigo mismo, sin embargo, eran una pareja. Un matrimonio que apenas comenzaba y Cord se negaba a terminar, aunque fuera una unión que existía gracias a su fraude por hacerla acceder. Se negaba a

permitir que Tess saliera de su vida, la necesitaba para vivir, para respirar, para existir.

Se pasó una mano por el rostro, cansado y frustrado a la vez. No había dormido a lo largo de aquellos días, tuvo que recurrir a los narcóticos para poder conciliar el sueño, pero era imposible, ni siquiera eso funcionaba ya. Tess era su mejor droga para sentirse tranquilo. Ella lo hacía sentir vulnerable, era la única mujer que podía hacerle creer que valía la pena cometer locuras, que la felicidad no se basaba solo en el éxito de un corporativo, en ser esclavo del trabajo, en acostarse con mujeres sin sentir nada por ellas. Pero quería protegerla, mantenerla lejos de su familia, de su toxicidad, incluso de sí mismo si de esa manera ella no corría ningún peligro.

No merece contaminarse y tú mismo la has orillado a hacerlo por haberte conocido y haberse involucrado contigo, se dijo, aparcando el auto enfrente de la residencia donde vivía su abuela desde que enviudó. Cada vez que tenía la oportunidad de ir ahí, la paz que transmitía ese lugar en el centro de Manhattan en mitad de un bosquecillo con sus hojas en tonalidades amarillas, naranjas y rojas, era embriagadora.

Salió del coche y avanzó directo a la entrada, ignorando el aire helado de mediados de noviembre que traía consigo sus inclementes nevadas. Entró al confortable sitio cuyos huéspedes eran personas sabias con demasiada experiencia en la vida, llenos de anécdotas e historias fascinantes. En ese sitio se sentía en casa.

La mujer en recepción charlaba con una señora muy animada y al reparar en su presencia, hizo una pausa para prestarle atención al hombre.

—Senador Kendrick, que gusto tenerlo aquí. —Sonrió, educada—. Madeline se encuentra en su dormitorio.

Todas las alertas saltaron en la cabeza de Cord al oírle mencionar que su abuela se encontrara en su habitación, ella no era de las personas que disfrutaran estar encerradas, sino que preferían encontrarse en el jardín o rodearse de personas, pero nunca estar solas.

—¿Se encuentra enferma? —exigió saber, ignorando la dureza del tono que empleó.

Ella apretó los labios en una fina línea y sacudió la cabeza, la otra mujer por su parte, se alejó del mostrador, dejándolos solos.

—Señor Kendrick, su abuela amaneció indispuesta —le explicó con calma—. El médico ya ha venido a verla y recomendó que mínimo por el día de hoy guardara reposo.

Cord asintió, ausente por el mero hecho de imaginar enferma a la mujer que más había amado en la vida, aquella que había sido su amiga y confidente, cuyo apoyo nunca le faltaba.

Murmuró un “gracias” y pasó de largo, caminando con paso rápido por los pasillos que conocía de memoria y lo conducían hasta la alcoba de Madeline.

Inspiró hondo una vez que se detuvo delante de la puerta de madera blanca con el nombre de *Madeline Kendrick* en elegante caligrafía dorada. Debía mantenerse sereno o si no, ella iba a preocuparse por él y Cord no quería causarle inquietudes sin sentido, deseaba que su abuela se encontrase bien, sana.

Llamó con suavidad a la puerta con los nudillos y otra mano sosteniendo el pomo dorado, dispuesto a abrirla si no obtenía respuesta, sin embargo, la sosegada y alegre voz de Madeline, le indicó que podía entrar. Abrió la puerta, descubriendo el amplio recinto cuya enorme cama cubierta por mullidas cobijas en delicados tonos pastel y acolchado cabecero de capitoné, dominaba el centro del lugar; a sus pies, un almohadillado banco con tapizado en imitación de borreguito beige.

Madeline se encontraba sentada en el taburete con un grueso libro reposando sobre sus muslos, tan elegante y perfecta. Al ver aparecer a su nieto favorito, elevó las cejas en una silenciosa interrogante, esbozando una amplia sonrisa.

—Cord, cariño. —Fue su saludo de bienvenida. Colocó a un lado la obra y extendió las manos hacia él—. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Tess? ¿Por qué no viene contigo?

Cord avanzó en su dirección, concibiéndose igual a un niño reprendido mientras la abuela le cuestionaba dónde se encontraba Tess. Se inclinó hacia ella para darle un fuerte abrazo y sentirse entero, pero una parte de él necesitaba más de otra mujer para poder sentirse completo. Precisaba de Tess para sentirse entero y poner en orden su mundo, su vida.

—No ha podido acompañarme —mintió. Besó su frente y así evadir su sabia mirada.

¿Cómo podía ocultarle cosas a una persona que le llevaba una vida de por medio y lo conocía de sobra? Madeline ni siquiera le creyó.

—Siéntate, Cord —recomendó—, y cuéntame la verdad.

Renuente, su nieto ocupó su lugar a su lado, arremangándose las mangas de la camisa y respirando hondo antes de confesarle lo acontecido.

—Ella está disgustada conmigo —admitió. Sus ojos se fijaron en la felpuda alfombra rosa bajo sus pies—. Y en estos momentos no estamos juntos.

—Oh, Cord —murmuró Madeline y en su tono él fue capaz de distinguir la dura censura —. Son recién casados. Es demasiado temprano para comenzar esas tonterías. Deberían estar de luna de miel y haciendo el trabajo para darme bisnietos.

Cord resopló, muy a su pesar le causaba gracia la ligereza que empleaba la mujer para referirse al sexo cuando las personas de su época eran un poco reticentes a hablar del tema tan abiertamente.

—Lo sé, abuela —dijo, restregándose el rostro con ambas manos. Estaba agotado—, pero es culpa mía.

—¿Ya le has confesado la verdad respecto a la herencia?

Como si el hecho de que Tess estuviera molesta con él por haber dudado de ella no fuera suficiente, cuando supiera que le había estado ocultando algo tan delicado y decisivo en su relación como ocultarle el verdadero motivo de su matrimonio, estaría furiosa.

—No —confesó—. No lo he hecho todavía.

Madeline suspiró con pesar debido a las largas que su nieto estaba dando al asunto.

—Entonces, ¿cuándo vas a hacerlo, Cord? —preguntó con dulzura—. ¿Cuándo alguien más se te adelante y empeore todo? —Le dio un par de palmadas en la rodilla—. Cielo, estás dejando pasar un tiempo valioso con tus indecisiones, para empezar, jamás debiste ocultarle nada a la joven sino confiar en ella y no lo has hecho.

—Abuela…

Ella le hizo un gesto con la mano para guardar silencio.

—Cord, las relaciones de hoy en día la mayoría fracasan ante cualquier mínimo detalle, ¿entiendes? Ante cualquier desacuerdo —explicó—. Tu matrimonio es demasiado débil aún, propenso a fragmentarse con el menor detalle y no hay confianza allí. Tú no confías en ella, Cord. No es necesario que lo niegues porque tengo razón: no confías en Tess.

Cord guardó silencio, sintiéndose impotente ante una acusación verdadera. Creyó que sí lo hacía, que confiaba en Tess a fin de cuentas, ella en ningún momento le había dado motivos para dejar de hacerlo. Había cubierto el culo de otra persona porque era demasiado ingenua, demasiado buena y estuvo expuesta a su carácter para desear evitarle un mal rollo a la otra. Ella no lo engañó ni tampoco falló, pero Cord era bastante receloso para poder ver más allá de su buena fe. Tess era esa rara mujer que existía y cuyos valores morales aún guardaba a la perfección y él no pudo ver.

—¿Qué hago, abuela? —susurró con desesperación—. ¿Qué hago para traerla de vuelta?

Madeline sonrió divertida y a la vez feliz por escucharlo y verlo tan turbado. Agarró sus manos entre las suyas, apretándolas con cariño.

—Confianza, Cord—señaló —. La clave está ahí: en la confianza y el respeto, cielo. Has elegido a esa joven como tu esposa porque te enamoraste de ella, pero no basta solo el amor, necesitas día a día practicar esos importantes principios que poco a poco se van perdiendo y orilla al fracaso y rompimiento de los matrimonios. —Se encogió de hombros—. También ten detalles románticos con tu esposa, Cord. Una mujer es incapaz de negarse al intento de reconciliación por parte de su enamorado al verlo aparecer con un ramo de rosas rojas o una cena a la luz de las velas.

Él jamás había hecho nada por el estilo. No era romántico, era un hombre práctico. Tenía que admitir que, con Tess valía la pena hacer esas cursilerías y más para devolverla a su vida, donde la necesitaba.

Le dedicó una sonrisa de comprensión a su abuela respecto a lo que hacía referencia y sostuvo su rostro entre sus manos, depositando un beso en su frente.

—Deséame suerte, abuela.

Madeline sonrió, contenta y acarició las rasposas mejillas de su nieto.

—No la necesitas, cariño. No demorares tanto y ve a reconquistar a tu esposa.

***

Antes de pasar a recoger a Tess tal como le prometió, Cord decidió se debió en una de las floristerías cerca de Prescott & Sons para elegir un ramo que fuera del agrado de ella. En el local, una joven rubia bajita se encontraba rociando con atomizador las preciosas flores que mantenía en botes para que hidratasen sus tallos. Existía gran cantidad de colores y tipos por doquier que no sabía cuál elegir. No era un hombre que regalase flores.

La chica al verlo dejó de humedecer las flores y se acercó a él, con atomizador en mano y una fresca sonrisa en el rostro.

—Bienvenido. ¿Qué desea, señor?

Cord la observó y no supo qué respuesta darle porque su puesto lo tenía absorto, sintiendo la paz y dulzura que las flores transmitían.

—Necesito un ramo.

Ella asintió en silencio, señalando con la mano todo el espacio que abarcaban los cercos donde tenía la gran variedad de plantas.

—¿Algo en especial?

Sí, que haga que Tess vuelva a mi vida, pensó con desesperación.

—Son para mi esposa.

Su rostro se iluminó e inmediatamente indicó las rosas rojas.

—Un detalle romántico por parte de nuestra pareja siempre mantendrá viva la llama del amor, ¿hace mucho que se han casado?

—No, un par de semanas.

—Oh, eso es genial —asintió ella—. Continuar con los detalles del noviazgo.

Pero si ni siquiera tuvimos una relación como tal, pensó él.

—Quiero algo especial, ¿sabe? —admitió—. Justo en estos momentos pasamos por un bache en nuestra relación y no estamos juntos, así que estoy buscando alguna flor que logre minimizar el daño que le he ocasionado.

La muchacha asintió en silencio, comprensiva debido a que muchos tipos como él iban a comprar flores para contentar a sus parejas. Sin embargo, Cord no quería solo satisfacer a Tess, quería que lo perdonara. La observó ir entre sus flores, tomando algunas de ellas y juntándolas todas en un ramo que estratégicamente armó, cortó sus tallos con unas tijeras de jardín que extrajo de su delantal y a continuación, las ató con un listón de seda rojo. Se acercó a Cord con el resultado de su labor y sonrió, exultante al comprobar la expresión de reconocimiento en su cliente por el buen trabajo que acababa de realizar.

—Cada flor tiene su propio significado —le confió ella, entregándole el buqué —. Por ejemplo, he añadido peonias blancas pues simbolizan la timidez de aquellas personas que son muy tímidas para decir te quiero o en este caso lo siento. —Le guiñó un ojo—. Las rosas blancas representan la dulzura, la pureza, el romanticismo, la inocencia y la fidelidad de un joven matrimonio. La rosa roja es el símbolo del amor, de la pasión intensa, del amor ardiente e incluso platónico que jamás debe dejar de haber en toda relación. Y el tulipán, cuyo significado se refiere a la promesa del amor sincero.

Cord contempló sorprendido y sin dejar de mirar las flores que tenía entre sus manos, cuyos acepciones desconocía.

—Bien, señor, espero que con éste bello ramo su esposa logre ver su arrepentimiento y el amor que por ella siente —dijo, feliz sin dejar de sonreír en ningún momento.

—También espero lo mismo —murmuró él.

—Oh, casi lo olvido, pero que tonta soy. —Sacudió la cabeza, haciendo que sus rebeldes rizos rubios danzaran sobre sus hombros—. ¿Desea escribirle alguna nota?

Él se encogió de hombros y puso el destino en manos de la desconocida.

—Sorpréndeme.

La chica corrió al interior de su tienda y llegó con una pequeña libreta, una hoja color rosa, boli y sobre blanco en mano. Llevó a Cord donde había una mesita con una gigantesca sombrilla rosácea, cuyo nombre de la tienda estaba impreso en ella y entonces, le lanzó una mirada en busca de algo.

"Te quiero para volvernos locos de risa, ebrios de nada y pasear sin prisa por las calles, eso sí, tomados de la mano, mejor dicho…del corazón".

Mario Benedetti.

Escribió aquella frase extraída de su libreta de anotaciones, plasmándola en la hoja de color. Se la mostró a Cord para que le echara un vistazo y él le dio el visto bueno. La chica dobló la hoja y la metió en el interior del sobre, sellándola con un sello dorado.

—Espero que sean del agrado de su esposa las flores y la tarjeta.

—Opino lo mismo —asintió él, sacando su billetera para pagarle.

La chica le regaló una sonrisa cuando le entregó el dinero, entrando una vez más a la tienda y regresando a los segundos con su cambio y una pequeña maceta con lo que Cord reconoció eran unas margaritas color azul (hasta para identificar las flores era un asco). Se la entregó junto con su cambio y volvió a lanzarle una de esas acogedoras sonrisas de vendedora que amaba su trabajo.

—Tenga, le obsequio esta macetita para que se la regale a su mujer.

—¿Cuál es su significado? —Quiso saber, desconociendo el porqué de dársela.

Ella lo miró directo a los ojos y con sencillez se encogió de hombros.

—Significa que usted le es fiel a ella.

Cord contempló las flores en completo silencio, sintiendo que una sonrisa se extendía por su rostro y lo hacía sentir orgulloso el detalle que aquella carismática joven había tenido con él, sin lugar a dudas, le era fiel plenamente a Tess.

Regresó al auto con las flores que le había comprado a Tess y las colocó en el asiento del copiloto con demasiado cuidado para no estropearlas. Esperaba que funcionara, arreglar la

situación con ella por haber desconfiado cuando intentó explicarse y no se lo permitió el día que se descubrió su romance. Llevaba un mes a punto de volverse loco, echándola de menos tanto que le resultaba insoportable. Resultaba ridículo sentir aquello que Tess le provocaba, pero así sucedía. Era la primera mujer con quien se sentía en casa, a quien ansiaba ver día con día, despertar a su lado y compartir una vida. Sin ella no había nada bueno a lo cual aferrarse, nada que le inspirase a ser mejor persona. Tess se había convertido en su ancla a la cual mantenerse en tierra, un puerto seguro y su refugio en la tormenta.

Alzó el rostro hacia el radiante cielo azul, cuyas tonalidades ya empezaban a teñirlo de los colores del atardecer. También debía hallar la manera de confesarle lo de la herencia de su abuelo y el verdadero origen de su matrimonio, debía hacerlo para evitar que la mentira se hiciera cada vez más profunda y difícil de arreglar.

Ella tenía que saber la verdad por completo o si no, ni comprando una floristería entera arreglaría la situación y Tess terminaría hartándose de sus mentitas y tal como lo pronosticó Ophelia, pidiéndole el divorcio y abandonándolo definitivamente para no volver a saber nada de ella.

Que el cielo lo ayudara porque no quería perder a Tess.

CAPÍTULO 8

Tess estaba apagando los aparatos que había en su escritorio y recapitulando lo acontecido ese mismo día. Sacudió la cabeza y resopló con fastidio porque nada iba a suceder, no pensaba confiar en la palabra de Cord referente a que iría a recogerla, no lo haría. No pensaba volver con él porque, en definitiva, ese matrimonio no prevalecería. Sería absurdo si se engañaba al respecto: no funcionaban.

Se puso de pie de la silla y estiró todas sus articulaciones.

—¿McAdams? —la llamó Andrew desde su oficina y de mala gana, la joven se dirigió hacia ella—. Necesito hacerte una consulta.

En realidad, a ella no le interesaba conocer sus preguntas, en especial si se veía implicada con aquél deje de desdén que empleaba.

—Adelante.

Andrew ladeó la cabeza, estudiándola desde todos los ángulos y haciéndola sentir incomoda por recibir ese tipo de atención par su parte. Le desagradaba por completo.

—¿Podrías acompañarme esta noche a la cena que mi familia ofrece en el Waldorf Astoria?

Tess tuvo que pestañear varias veces sin dejar de mirarlo como tonta tras escucharle formular dicha pregunta.

—Señor Prescott…

—Andrew —la corrigió, risueño—. Ya te he dicho, Tess, deja las formalidades. Es mucho más cómodo tutearnos que tratarnos como ancianos.

—Andrew —repitió, intentando que el deje de desagrado en su voz no se reflejara—. Lo agradezco, pero no puedo asistir a ningún evento contigo.

El hombre le lanzó una mirada divertida y luego negó en silencio, pasándose el pulgar por el labio inferior, con ése típico gesto con el que ella ya empezaba a familiarizarse gracias a las horas que pasaba con él y eso significaba que estaba pensando en alguna idea descabellada para ponerla en aprietos o lo equivocada que estaba.

—¿Es por Kendrick? —preguntó, burlón. Tess no tenía respuesta—. Venga mujer, no voy a intentar nada contigo, te lo juro. Es una simple cena con viejos conocidos, nada más.

—No…

—Tess, te recuerdo que eres mi asistente personal —recalcó la palabra—, por ende, es tu

obligación asistir conmigo a todo tipo de acontecimientos, estés o no casada con Kendrick, ¿vale? No voy a seducirte, no me acostaré contigo —le echó en cara con irritación—. Si no lo haces me veré en la obligación de despedirte, aunque, dudo que necesites el empleo si eres la mujer de Cord Kendrick.

Tal comentario machista la hizo rechinar los dientes. Aquel hombre no tenía ni la más remota idea de la gran necesidad que tenía por mantener su empleo en esos instantes que su bolsillo había enflacado debido a que tenía que pagarle para que la ayudara con la custodia de Violett, aunque según él, le cobraría la mitad de lo que en realidad cobraba.

Tomó una gran boca de aire, contando no hasta diez sino hasta cinco porque no le alcanzarían los números para frenar las ganas de romperle la nariz.

—¿A qué hora es la cena? —Quiso saber.

—A las ocho, McAdams —respondió, guiñándole un ojo a lo que la joven tuvo que resistir los deseos de ponerle mala cara—. Ponte guapa, yo paso por ti.

—¿Es necesario? —Su tono alarmado no pasó desapercibido para él pues le puso los ojos en blanco—. Quiero decir, podemos vernos en el lugar que será la cena, ¿no?

—No, ya te dije eres mi asistente personal y vamos juntos, nada de llegar cada quien por su lado. —Sonrió con fingida cortesía—. Somos un equipo.

Y dicho aquello, Andrew regresó a su oficina, cerró la puerta y la dejó sola, pensando en un montón de groserías que desearía echarle en cara, mas se abstuvo de pronunciar en voz alta por temor a que no resultaran del agrado de su jefe y la echara sin consideración alguna por sincera. Decidió que no iba a ponerse a darle vueltas al asunto, a fin de cuentas, era una cena, no tenía nada de malo en acompañarlo. No le estaba siendo infiel a un marido que le había mentido desde el principio.

Recordar ese detalle de su relación, la ponía mal, es decir, ¿qué iba a hacer si Andrew estaba en lo cierto y Cord le había engañado para cobrar la herencia de su abuelo casándose con ella? Si Cord había tenido la crueldad de embrollarla para un fin benéfico, habría roto su confianza en él porque jamás había confiado en ella o de lo contrario, desde el principio le habría contado sus planes. Con ese pensamiento en mente, agarró sus pertenencias y tomó el elevador para bajar hasta recepción e irse a descansar.

Apoyó la espalda contra la pared, observando el reflejo de la pálida mujer que le ofrecieron las puertas al cerrarse y cerró los ojos con fuerza, negándose a ponerle atención a las ojeras que surcaban debajo de sus ojos y la hacían parecer cadáver debido a su palidez y falta de sueño. Habían sido días terribles, pese a la buena disposición de Arianna por hacerle ver lo buen

que hizo abandonando a Cord y consiguiendo un nuevo empleo, y su constante recordatorio que sin él estaba mejor. En el fondo estaba muy equivocada. Además, las constantes dudas que la asaltaban a cada rato, canalizando las palabras dichas a la ligera por parte de Andrew referente a Cord y sus mentiras para llevarla ante el juez, no la dejaban en paz y tenía que escuchar la propio Cord decir la verdad, la necesitaba de él no de terceras personas. Pero al mismo tiempo temía enterarse de ella, temía descubrir la verdad o ser envuelta en más mentiras.

***

Se despidió de quienes laboraban en el bufete y salió a la fría tarde del mes de noviembre, abrigándose con el ligero abrigo que optó en usar ese día, resguardándose de las ligeras gotas de lluvia que recién comenzaban a caer. Estaba enfrascada en huir del chubasco, cuando una mano tiró de ella y Tess alzó los ojos, espantada al recordar el altercado de hacía unas semanas, quien acababa de asaltarla sin mencionar palabra alguna era Cord.

Se le quedó mirando horrorizada y obligó a su corazón desbocado a mantenerse sereno por muy tarde que fuera ya.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la joven con la voz estrangulada, debido a la emoción y el impacto que producía en ella su presencia.

Cord arqueó las cejas y frunció el ceño, echando un vistazo a su alrededor en un intento por ganar tiempo para responder a su pregunta.

—Dije que pasaría a recogerte y llevarte a casa, Tess —explicó con la voz tranquila, sin dejar de mirarla con aquellos grandes y hermosos ojos azules que le hacían temblar las rodillas —. Vamos.

—Cord, no iré contigo a ningún lado, ¿entiendes? No lo haré.

Cord se pasó una mano entre los cabellos dorados, despeinándolos y maldiciendo entre dientes. Se inclinó tan cerca de ella que, si continuaba así, iba a oír su loco corazón.

—Lo harás, Tess —insistió, muy serio—. Eres mi esposa y no voy a pasar un día más sin tenerte en casa, conmigo. —Su cuerpo bloqueó el camino de la joven, reduciendo sus posibilidades de huida, invadiéndola por completo—. Te necesito.

Ella se le quedó mirando en silencio, incapaz de realizar cualquier movimiento y dejándose guiar por él. Cord colocó una mano alrededor de su cintura, atrayéndola contra su fuerte y duro cuerpo, cuyo olor invadió sus fosas nasales. Guió su mano a la parte baja de su espalada y se apretó a ella, demostrando que en efecto él la necesitaba. Tess cerró los ojos, mordiéndose los labios con fuerza para no suspirar debido a la necesidad que ella sentía por él.

Era demasiado intenso lo que sentían el uno por el otro, pero de igual manera, no podía suceder, así como así, sin arreglar sus asuntos.

Sacudió la cabeza al sentir que se inclinaba más hacia ella, rozándole con su cálido aliento el rostro, evitando el beso que iba a darle. Sabía que, si permitía que la besara, que la llevara a su cama, habría cometido el mayor error en mucho tiempo. No podía estar con él, no cuando algo muy dentro de ella le decía que la había utilizado.

—No iré contigo a ningún lado, Cord —dijo con dureza, apartándose de él—. Adiós.

Cord no la dejó escapar de su lado, la volvió a coger por los antebrazos, reteniéndola. De ninguna manera permitiría que aquella mujer volviera a escapar de él.

—Si tengo que llevarte a rastras conmigo, lo haré, Tess —declaró sin ningún deje de dulzura en la voz, conteniendo la cólera que experimentaba—. No permitiré que pasemos un día más lejos el uno del otro. Me importa un bledo si para llevarte a casa tengo que meterte a la fuerza en el auto. —Al ver que ella se quedó boquiabierta y sólo era capaz de pestañear y mirarlo con ojos como platos, suavizó el tono—. No me pongas difíciles las cosas, mi amor.

Sobre sus cabezas, las heladas gotas de agua comenzaron a empaparlos conforme se volvían más gruesas que el principio. Tess deseó abofetearse cuando respiró hondo y pasó a su lado de largo, directo al Aston Martin gris, aparcado a unos metros de donde se encontraban. Tuvo a Cord detrás de ella, abriéndole la puerta para permitirle entrar, sin embargo, él colocó una mano contra ella, inclinándose sobre la mujer y depositando un beso en su cuello, suspirando contra su piel. Al instante, el cuerpo de la joven reaccionó con ese roce, con esa caricia y tuvo que apretar los puños con fuerza, metiéndose al interior del vehículo, donde era consciente que no estaría a salvo con él a su lado.

Cord rodeó el frente del auto, abrió la puerta y se colocó detrás del volante, lanzándole una mirada de reojo a la mujer que iba a su lado en total silencio. Suspiró con pesadez debido a lo ardua que ella le estaba poniendo la situación al mantenerse callada cuando la obligó a irse con él. Encendió el motor y sin intentar hacer tema de conversación, se pusieron en marcha, adentrándose en el tráfico de la tarde.

¿Por qué pensó que Cord le pondría fáciles las cosas durante aquellos días? ¿Qué le hizo creer que estaría a salvo de él?, eran las interrogantes que asaltaban la cabeza de Tess. Si durante aquellos días Cord se había mantenido tranquilo, sin buscarla se debía a que no estaba enterado de su trabajo con Andrew Prescott o de lo contrario, desde el primer día él se hubiera apostado afuera del edificio y la habría llevado a su piso como lo estaba haciendo en aquellos momentos, sin importarle si oponía o no resistencia.

Lo que le ocasionaba remordimientos era que Arianna no estaba enterada de nada y si no la mantenía informada, iba a preocuparse. Y no solo eso sino la cena de aquella misma noche en la que tenía que acompañar a Andrew.

Le lanzó una rápida mirada al hombre que conducía a su lado y lo notó más relajado que momentos atrás, incluso Tess podía asegurar que sonreía. Debió haberse puesto más renuente, no haber aceptado subirse a su auto, quizás debió haber armado un escándalo en mitad de la calle, algo así. Sin embargo, resultó más sencillo montarse al vehículo para evitarse una escena innecesaria y regresaba con su marido a su hogar. La idea de encontrarse una vez a solas con él en su condominio, en su habitación, le erizó la piel y violentos golpeteos dominaron sus pulsaciones. Apretó los puños con fuerza alrededor del asa del bolso.

No podía acostarse con Cord porque había dejado de cuidarse en cuanto se separaron. Tener sexo con él sería el mayor error de su vida y ya no podía permitirse cometer más errores con Cord. Era agotador creer ciegamente, confiar con ingenuidad en él cuando resultaba obvio que no era sincero, que ocultaba cosas y aunque dijese amarla, aun así, no era suficiente para fiarse de ella.

Continuaron el trayecto en silencio, haciendo eterno el momento de arribar. Tess echó un vistazo al exterior, a los elegantes edificios de aquella zona, al impresionante Kent. Cuando aparcó delante de la entrada, un valet parking se acercó hasta el auto con un enorme paraguas oscuro que le entregó a Cord, quien bajó y rodeó corriendo el vehículo hasta llegar a la puerta de ella, abrirla y ayudarle a salir a la tempestuosa tarde.

Tess intentó por todos los medios posibles mantenerse alejada de él. Cord notó sus renuencias y la mantuvo pegada a su costado, aferrándola con fuerza de la cintura. Fueron recibidos por el portero, a quien ella le dedicó una veloz mirada ya que prácticamente era arrastrada al interior del edifico. Ambos ignoraron todo lo que se atravesaba por su camino, dirigiéndose hasta uno de los elevadores sin que Cord aflojara en lo absoluto el agarre. Colocó el paraguas en uno de los cestos de mimbre y llamó el ascensor.

La joven aprovechó del interludio para sacar el móvil del bolso y enviarle un whatsapp a Arianna, escribiéndole dónde y con quién estaba, y por ende retrasaría su llegada al apartamento. No deseaba quedarse con Cord, no cuando lo deseaba con todas sus fuerzas y aquellos días lejos de él hicieron mella. El elevador llegó y fue arrastrada al interior del cubículo, alejándose todo lo que le fuera posible de él sin que Cord opusiera resistencia. Necesitaba distancia para ser coherente, para no sentirse vulnerable a su lado, para no caer con demasiada facilidad y rendirse en un suspiro a él, si quería salir intacta.

—Siento que te alejas para castigarme, Tess —murmuró Cord al notar su distancia.

Ella lo observó en silencio durante unos segundos, leyendo el dolor de sus palabras en sus hermosos ojos azules y sacudió la cabeza, negándose a acceder como siempre lo hacía, dejándose convencer por él. Tenía que ser fuerte.

—Te equivocas. No te estoy castigando, Cord —explicó con simpleza—, pero no me has dado muchas opciones al respecto. Me traes en contra de mi voluntad, bajo amenazas.

—No te he intimidado.

—Me has dicho que si no venía contigo por las buenas me traías por las malas —repitió, arqueando las cejas y cruzándose de brazos—. ¿A ti qué te suena eso?

Cord le dedicó un atisbo de sonrisa.

—A un tipo desesperado por recuperar a su mujer.

—No es muy inteligente por su parte, Cord. —Respiró hondo, manteniendo la compostura—. Son medidas inapropiadas teniendo en cuenta los términos de nuestra separación.

El elevador llegó al final, al piso de Cord, abriendo sus puertas y dejándolos salir al exterior. Tess salió casi corriendo, sin darle oportunidad para tocarla.

—¿Los términos de nuestra separación? —redundó él, saliendo detrás e introduciendo el código de seguridad en el panel y abriendo la puerta—. No estamos separados, te lo repito.

—Oh, yo diría que sí lo estamos, Kendrick —soltó molesta, avanzando directo al gigantesco salón de estar donde se apreciaba la lluviosa tarde a través de los inmensos ventanales —. Y he sido idiota viniendo aquí. Me iré a casa.

Cord caminó hasta ella, colocándose enfrente y dominando con su metro noventa, su amplio pecho y toda su imponente presencia, su espacio personal. Tess deseó apartarse de él, largarse lejos. No haber ido porque era un error gigantesco.

—Estás en casa —alzó la voz, furioso. Tomó su rostro entre las manos sin dejar de mirarla a los ojos—. Por Dios, Tess, aquí es donde deberías estar, no sola, no con tu amiga, no trabajando para Prescott. —Apoyó su frente contra la suya, rindiéndose—. Conmigo.

—Cord, no puedes actuar como si nada hubiera pasado —dijo en voz baja—. No puedes llegar y fingir que nada ocurre, que yo he tenido la culpa de todo por haberte dejado cuando tú me echaste. Me corriste del corporativo, me acusaste de mentirosa, de haberte engañado. — Sacudió la cabeza con desgana, haciendo que la soltase. No deseaba recriminarle nada, pero se veía en la necesidad de hacerlo para mantenerse cuerda y lejos de esos demoledores sentimientos —. De verdad, no puedes hacer esto porque no es justo Cord, no me parece nada justo lo que haces.

Cord sacudió la cabeza con vehemencia, desesperado por hacerla entrar en razón.

—No sé qué hacer para solucionar la situación entre nosotros, Tess —admitió con un deje de desesperación en la voz—. Te necesito aquí conmigo, en mi vida. Eres la mujer de mi vida. Estoy profundamente enamorado de ti, me resisto a la idea de perderte, de terminar esto que tenemos por una niñería. —Volvió a sujetar sus mejillas entre sus manos al tiempo que ella trataba de zafarse de su agarre, intentado huir, temiendo ceder—. Perdóname por ser un imbécil, por haber desconfiado de ti, por dejarme envolver por la cólera del momento y cegarme. Te juro que no me alcanzará la vida para pedirte perdón, para demostrarte lo arrepentido que estoy.

—Dime la verdad, Cord —pidió ella—. Solo eso.

—Te estoy diciendo la verdad —murmuró, intentando besarla. Una vez más, la joven le giró el rostro y el beso quedó suspendido en el aire. Cord suspiró con pesadez—. Tess, soy sincero contigo. Créeme, mi amor.

Tess colocó sus manos contra su pecho, en un intento por empujarlo, sin embargo, Cord la rodeó con sus brazos, inmovilizándola ahí, en esa deliciosa prisión que se convirtió en su locura, en su perdición. Cada poro de su piel lo añoraba, deseaba sus caricias con desesperación, sus besos con locura.

—Te amo con toda el alma, Tess —declaró, apoyando su frente contra la suya—. Te necesito tanto que duele necesitarte. —Le dio un beso en la frente—. ¿De qué manera te hago ver la realidad de mis palabras? —insistió, haciéndola sentir a un paso de resignarse ante él, bajar las barreras y entregarse ciega y confiada a ese hombre—. He sido sincero siempre.

Tess negó en silencio, dándose cuenta que no dejaba de mentirle en la cara, echando por tierra sus deseos de creerle. No podía hacerlo.

—No —dijo, conteniendo los impulsos por apartarlo de su lado.

—Sí.

—No, Cord, no eres abierto. —Lo miró directo a los ojos y pareció desconcertado. Él mismo se desarmaba con sus palabras, con sus suplicas ante su sinceridad—. Dime la verdad de nuestro matrimonio.

Al instante, Cord palideció, sus brazos se aflojaron alrededor de la joven y fue como ella pudo alejarse. Poner una gran distancia entre ellos, separación que le permitiera pensar, ser consciente de sus palabras, de sus acciones en ese momento.

—¿Qué quieres decir con eso? —Quiso saber en voz baja, pasándose ambas manos por el rostro, cansado.

—La verdad, Cord —insistió Tess—. Solo pido eso: la verdad de nuestro matrimonio.

Cord sacudió la cabeza, echando un vistazo en todas direcciones, buscando alguna respuesta creíble o la falta de ella. Tess se daba cuenta de lo cansado que se notaba, también ella lo estaba. No se daba cuenta que lo único que ella deseaba era su sinceridad, solucionar las cosas de una vez y seguir adelante.

—¿Qué es lo que sabes, Tess? —preguntó tras su silencio.

A la joven le sorprendió que no lo negara, también le dolía bastante que no lo hiciera, que comenzara a ser franco. Era lo que quería, pero también lo que temía.

—Que me has mentido —dijo en voz baja, casi susurrando—. Es lo que sé, Cord, que me has mentido y si me dices la verdad ahora, no voy a soportarla.

Cord agachó la cabeza perdido en sus meditaciones, en las palabras de ella y los demonios que lo obligaban a ocultarle la verdad que tanto añoraba conocer Tess. Cuando volvió a mirarla, ella se dio cuenta que no había ninguna emoción en sus ojos.

—¿Qué harás si te digo toda la verdad?

—No lo sé, Cord —admitió con dolor.

—Entonces, ¿para qué quieres saberla?

—Porque la necesito —insistió casi con desesperación—, porque necesito que me digas la verdad de una buena vez, Cord.

Él sacudió la cabeza y sin decir ni una palabra, abandonó el salón de estar, perdiéndose por el pasillo que conducía a su habitación y dejando plantada a Tess en mitad de una conversación que definía el curso de su relación; no entendía su comportamiento. Él regresó casi de inmediato, sorprendiéndola al verlo cargar un hermoso ramo de colorida variedad de flores. Se colocó enfrente, lanzándole una larga e intensa mirada y se lo entregó. La joven sintió su corazón latir desbocado contra su pecho, a punto de salírsele de la emoción que sentía con un detalle tan precioso por parte de Cord.

Acababa de regalarle flores. Él, quien no era un hombre romántico según sus palabras, quien se había burlado de Luciano aquella vez que su exnovio le llevó a casa un detalla tan bonito como el regalo de flores. En esos instantes, Cord Kendrick estaba enfrente de ella, entregándole un hermoso ramo.

—Son para ti —indicó al notar que ella se le quedaba viendo con la duda pintada en el rostro—. Las he comprado solo para ti, Tess. Para que puedas perdonar mi estupidez de hace días. Soy consciente que es muy poco un detalle como éste para la afrenta que te hice.

—Cord…

Él rompió la distancia que los separaba de una larga zancada, chocando el ramo que no había soltado, cuyos pétalos se aplastaron contra sus cuerpos, maltratándose.

—Tess, mi amor, necesitamos hablar de todo esto —insistió él, buscando su mirada con persistencia —. No me alcanza la vida para pedirte perdón, para que sepas lo arrepentido que estoy por haberte lastimado, por haber sido ciego cuando intentabas explicarme, por no haberte escuchado. —Las manos de la joven tocaron los tallos de las flores, rozando los masculinos dedos y sintiendo una deliciosa descarga eléctrica recorrerle el cuerpo entero. Él suspiró con ligereza, sonriendo al notar su toque—. Te amo demasiado para tolerar pasar un día más sin ti, mi amor.

Ella lo miró directo a los ojos y una parte suya, como de costumbre era la que se negaba a ser razonable y prefirió guiarse por los sentimientos y el corazón, estaba dispuesta a volver a estar con él, hacer a un lado los deseos por arrancarle la verdad de su matrimonio. La otra, la razonable quedó silenciada ante la azul e intensa mirada que le dedicó, perdiéndose en ese profundo y tempestuoso mar. Y cedió, ignorando los acontecimientos de los últimos días, pues en unas cuantas semanas no podía olvidarse del amor que le tenía por muchas ganas que tuviera de conocer la verdad.

Era consciente que él mentía, que le omitía detalles, sin embargo, su corazón latía con fuerza por él. Estaba arriesgándose a salir lastimada si seguía con Cord, a devastarse incluso. No estaba segura, pero también sabía que, si no arriesgaba, si dejaba pasar su momento, se arrepentiría el resto de sus días e ignorando su lado racional como solía hacerlo cuando tenía a ese hombre delante y echando a la borda los intentos por sacarle toda la verdad, lo agarró del cuello de la camisa y lo acercó a su rostro. Las flores cayeron al suelo, a sus pies una vez que sus labios capturan los suyos y la mujer se rindió ante la brutalidad de sus besos.

Cord la envolvió entre sus brazos, estrechándola tan fuerte contra su cuerpo que le robó el aliento. Tess jadeó contra sus labios y un ronco gruñido brotó de los suyos, introduciendo su lengua en su boca y follándola justo como deseaba que se lo hiciera.

—Te necesito, Tess —murmuró—. Joder, te he echado bastante de menos.

Ella asintió en silencio incapaz de hablar, lo único que podía hacer era sentirlo por todos lados; sus manos la ceñían por la cintura, apretándose a ella y provocando que esa sensible parte de su cuerpo doliera y lo deseara en su interior para aliviar su necesidad. Sin embargo, mientras su cabeza daba vueltas por la intensidad de esas caricias suyas y sus manos ansiaban arrancarle la ropa, una vocecita le gritó que no lo hiciera porque en un arranque de estupidez había dejado de

cuidarse.

Así que, rompiendo el beso de golpe, se apartó de Cord e intentó llevar aire a sus pulmones, mirándolo con desesperación. Él, por su parte, no daba crédito a lo acontecido.

CAPÍTULO 9

Tess pestañeó varias veces en un intento por aclarar los pensamientos y salir de la bruma ante lo que estuvo a punto de hacer, respirando aliviada por poner un freno a sus tonterías. Cord la miró sin dejar de fruncir el ceño, se pasó ambas manos entre los despeinados cabellos y luego resopló lleno de frustración. Seguro aquél era el medio más rápido para Tess de vengarse de él.

—¿Qué ocurre? —Quiso saber, dando un paso hacia ella al verla retroceder.

Tess sacudió la cabeza, cubriéndose la boca con las manos, incluso ella misma quería comprenderse, sin dejar de estudiar el semblante de Cord quien posó sus intensos ojos azules en los suyos.

—No me siento preparada para volver a estar contigo.

Cord le puso los ojos en blanco y negó en silencio.

—Eres mi esposa, Tess.

—¿Y? No por ser tu esposa tengo la obligación a acostarme contigo —refutó, sintiendo que sus manos temblaban.

—En realidad, sí —la contradijo entre dientes, alejándose de su lado.

Tess lo observó ir hasta uno de los sillones, dejándose caer con pesadez y cerrando los ojos. Ella permaneció en el mismo sitio donde estaba, sin saber en realidad qué hacer, intentó dar un paso al frente, pero el reguero de preciosas flores aplastadas la hicieron mirar abajo. Se agachó para recogerlas y se dio cuenta que contenían una tarjeta. Al abrirla, reconoció una de las líneas del escritor y poeta *Mario Benedetti,* escritas en infantil caligrafía:

“Te quiero para volvernos locos de risa, ebrios de nada y pasear sin prisa por las calles, eso sí, tomados de la mano, mejor dicho…del corazón”.

Sonrió emocionada y durante una fracción de segundo deseó correr directo a Cord, echarle los brazos al cuello y acomodarse en su regazo para cubrirlo de besos, sin embargo, se deshizo del sentimentalismo y guardó la tarjeta en el bolsillo trasero de sus pantalones, recogiendo el reguero de pétalos. Le tomó algunos minutos quitar las flores que quedaron despedazadas, separándolas de las que quedaron intactas, descartándolas y yendo a la reluciente cocina para ponerlas en una jarra con agua fresca.

Para su sorpresa, también ahí encontró más flores: una macetita de margaritas azules

cuyo intenso color contrastaba con tanta claridad dentro de la estancia. Las contempló en silencio, fascinada por el color de las flores que se parecían tanto al hermoso color de los ojos de su marido. Sacudió la cabeza y apoyó las manos en la encimera de acero inoxidable, sintiéndose agotada ante la intensidad de las emociones que la embargaron. Todo era tan confuso, tan agotador y lo que más necesitaba era salir de ahí.

Suspiró con pesar, espantando pensamientos tan tristes como añorar el pasado. No podía seguir haciéndolo y sentirse mal por lo que no obtenía, debía ver hacia adelante, luchar por la custodia de su sobrina llevando si era necesario a su propia familia a los tribunales, a fin de cuentas, tenía a uno de los mejores abogados de la ciudad, el cual era su actual jefe, con quien había accedido a acompañar a la cena de aquella noche en el Waldorf.

Espantando su depresión, le echó un vistazo a su reloj de muñeca y comprobó que todavía estaba a tiempo de ponerse guapa para la ocasión. Tenía ropa nueva en el armario de la alcoba de Cord, ropa que él mismo le compró y que era preciosa, pero todavía no había tenido la ocasión de usar, así que, tomó una honda bocanada de aire preparándose para salir de ahí y encontrarse con Cord. Sin embargo, cuando abandonó la cocina y atravesó el largo pasillo que conducía hasta el gigantesco salón de estar, no lo vio por ningún lado. Una parte de ella se sentía aliviada porque no estaba preparada para confrontarlo, pero la otra parte se sentía desilusionada por encontrarse sola.

Se dirigió directo a la habitación de Cord, haciendo un verdadero esfuerzo por mantener la calma una vez que volvía a pisar ese espacio, cuyas noches compartidas con él las pasó entre sus brazos, enamorada e ingenua. Se detuvo delante de la blanca puerta cerrada, mordiéndose las uñas y debatiéndose entre sí era buena idea o no abrirla, total, si él no se encontraba podía irse, tomar un taxi y regresar con Arianna, mas sería mucho tiempo el perdido y no estaría lista para la gala, así que, haciendo a un lado sus ridículos sentimientos, colocó la mano en la perilla y la hizo girar.

Tess creyó haber estado preparada para cualquier cosa menos para la bofetada que recibió por parte del dormitorio impregnado del olor de Cord. Cerró los ojos durante unos segundos, haciendo a un lado las imágenes que acudieron a su mente justo al posar los ojos en la enorme cama que dominaba el centro de la estancia y la pared de espejos de al lado. Sacudió la cabeza, espantando los recuerdos que la obligaron a replantearse las cosas. Era una mujer adulta, independiente y no por las noches que había pasado en allí iban a hacerla desquebrajar respecto a sus decisiones. No se acobardaría en absoluto.

Se dirigió al armario de puertas de espejos y las abrió de golpe, sin miramientos, metiéndose en el interior en busca de su ropa al lado derecho del lugar, la mayoría eran prendas

nuevas y buscó sin mirar a su izquierda, la parte que Cord se quedó. Empezó a descolgar mudas de los ganchos, arrojándolas a cualquier sitio sin ver donde caían, en busca de un vestido lindo o algo que no resultara demasiado llamativo o se presentara a segundas interpretaciones. Nada la convencía, todo era muy al gusto de Cord, él había elegido las ropas, él se las obsequió para vestir a su esposa modelo y Tess no lo sentía suyo.

Estaba frustrada porque no encontraba nada y cada vez que lanzaba miradas a su reloj de pulsera, se daba cuenta que el tiempo se le había ido encima. Entonces, por iluminación divina, dio con un vestido que le cayó como anillo al dedo. Lo cogió y se giró para ver el desorden en el dormitorio, ya tendría tiempo de recogerlo, apenas y alcanzaba para salir de ahí y arreglarse en el apartamento de Arianna.

Procuró que no hubiera moros en la costa cuando salió con el precioso vestido bajo el brazo y en completo silencio. Su corazón latía con tanta fuerza que temía que Cord lo escuchara y la retuviera contra su voluntad, aunque, era Cord y sonaba ilógico ser retenida en contra de su voluntad por él, no dejaba de estar molesta con su marido. Sin hacer el menor ruido, corrió hasta la puerta y la abrió, dando gracias al cielo porque su marido no la hubiera cerrado con llave, saliendo al desértico pasillo. Evitó meterse en el elevador por temor a perder más tiempo o encontrarlo allí y optó por descender las insufribles escaleras desde el último piso. Llegó al lobby donde vio a una pareja mayor descendiendo de un taxi, se lanzó como loca a arrebatárselo a una chica y se proyectó en su interior, indicándole la dirección a seguir al hombre mientras luchaba por llevar aire a sus pulmones sin que el tipo dejara de lanzarle miradas preocupadas a través del espejo retrovisor. Respiró aliviada, alejándose del Kent y sintiéndose a salvo una vez lejos de Cord, pero al mismo tiempo emocionada por la manera en que se había presentado la situación.

***

Tess le echó un vistazo a la imagen que le ofrecía el espejo de cuerpo entero de la habitación de Arianna una vez que terminó de arreglarse para la noche. El cabello lo había recogido en un sencillo moño, exhibiendo el diseño del precioso vestido de satén color borgoña, manga corta y escote de hombros caídos. Se había maquillado muy natural, a excepción de los labios rojos que los hacía resaltar el color del vestido.

Y una vez que hubo terminado con su persona, respiró hondo y asintió, aprobando el aspecto que le lanzó el reflejo del espejo y todo para ser la acompañante de Andrew ya que él había presionado en que debía asistir porque se trataba de una importante cena a donde debía llevar a su asistente personal, como si alguien fuera a fijarse en si anotaba todas sus citas en la jodida agenda. Puso los ojos en blanco porque intuía que se vería ridícula anotando cada nombre de quienes no recordaba para luego ayudarle a no equivocarse en quién era quién. Y encima

usando aquellos altísimos zapatos de diez centímetros que le prestó Arianna para complementar su atuendo glamoroso.

Ensayó una de sus sonrisas profesionales que usaba en el despacho de Andrew cuando su jefe creía que tenía permitido traspasar los límites profesionales establecidos entre ambos, un gesto educado y al mismo tiempo distante. Se roció el cuerpo de su colonia favorita y salió de la habitación, donde su mejor amiga y su novio esperaban su aparición.

Arianna y Tate llevaban saliendo como pareja más de tres semanas y aquello hacía sentir feliz y orgullosa a Tess por su mejor amiga y la excelente elección de ella, Tate era la mejor persona para hacer feliz a Arianna, su complemente perfecto.

—Te ves preciosa, ¿verdad, cielo? —dijo Arianna, tomando a Tate de la mano—, ¿a qué sí? Por cierto, tú y yo tenemos una muy pero muy importante charla acerca de tu demora de esta tarde, Tess —le recordó—. El whatsapp que me enviaste no decía mucho al respecto.

—De acuerdo.

Tate asintió en silencio, un poco sonrojado por tener que admitir que otra mujer aparte de su novia se viera preciosa en su presencia.

—Vas a acaparar las miradas, Tess. —Sonrió.

La joven le dedicó una sonrisa de agradecimiento, inhalando profundo antes de ir por su bolso que había dejado sobre el sillón. Arianna y Tate también asistirían a la cena benéfica que organizaba Prescott & Sons, en realidad, los empleados de Kendrick irían al igual que otras empresas con quienes tenía trato el bufete, lo que significaba que existía una elevada posibilidad de toparse con Cord y su enfado por haberse escapado de su hogar.

Hizo una mueca nada más de imaginar que un encuentro entre ellos tuviera cabida esa noche. No estaba mentalizada para encontrarse con él, no se sentía preparada para verlo, le aterraba hacerlo porque no sabía con exactitud lo que podía llegar a suceder.

—Bien, entonces, andando —los apremió Arianna, empujando a su novio hacia la puerta —. Llegamos tarde, chicos.

Tate abrió la puerta, indicándoles salir del apartamento, ellos llevarían a Tess aunque Andrew hubiera insistido en pasar a recogerla.

—Estoy emocionada porque nunca he puesto un pie en el Waldorf —comentó Arianna, entrando al elevador—. ¿Tú sí, Tate? Debe ser impresionante por dentro, y lo mejor, es uno de los sitios que *Marilyn Monroe, Elizabeth Taylor* e incluso *Britney Spears,* pisaron.

—Sí, he estado antes ahí —respondió el joven con su sosegada voz que infundía calma en

situaciones de estrés—. Es impresionante, elegante y una obra de arte. La experiencia en él es algo que querrás repetir en el futuro.

—Quizás —admitió—, eso lo dictaminará la presencia de los asistentes.

—Arianna es un tanto snob —le confió Tess a Tate, quien sonreía y sacudía la cabeza—. Claro que le gustará repetir la experiencia.

Arianna fingió quitarse una pelusita del bello vestido blanco con mangas de tres cuartos y escote en V que le llegaba por debajo de las rodillas, el cual realzaba el precioso color oliváceo de su piel. Tenía hechizado a su acompañante, Tate no le quitaba los ojos de encima, provocando en Tess una punzada de celos porque también desearía tener la atención de alguien así fija en ella porque se había esmerado bastante en adquirir la imagen sofisticada que estuvo buscando durante mucho tiempo.

—No me he arreglado tanto para no disfrutar de la velada —replicó Arianna— a un sitio tan lujoso no cualquiera tiene acceso y bueno, hay que aprovechar las oportunidades que la vida nos pone en el camino. De vaqueros, camiseta y zapatillas deportivas no fácil entras —señaló—, viéndote como parte de lo más *chic* de Nueva York, halagos sobraran.

El ascensor se detuvo al final del edificio, en el vestíbulo adornado por las luces de la temporada navideña. Ni Tess ni Arianna eran personas con espíritu festivo, jamás decoraban sus respectivos hogares a menos que hubiera una personita que las inspirase a hacerlo.

—Navidad se encuentra próxima —comentó Arianna, caminando junto a Tate, tomados de la mano mientras Tess andaba junto a ella, ignorando el helado aire que soplaba a través de la puerta abierta de entrada y abrazándose a sí misma—. Es una época melancólica, ¿no? Las familias se reúnen una vez al año para pasarla juntos, sin embargo, después de dicha época se olvidan de la misma familia cuando no debería ser así, deberían reunirse todos los días y no uno solo, además, son fechas de mucha mercadotecnia.

—Comprar luces de colores, Santas y renos, adornar toda la casa —enumeró Tate, saliendo del edificio y dirigiéndose a su auto—, he colocado una corona de adviento en mi puerta porque no tengo tiempo para adornar mi apartamento. —Sacudió la cabeza y soltó una risa divertida al recordar una experiencia—. Mamá es de quienes sueñan con hacer un nacimiento que abarque una habitación completa y comprar el árbol más frondoso que haya en exhibición y se estresa si no se ve como ella esperaba que sucediera.

—Nosotras no hicimos nada, pero compraré un muérdago para besarte cada despedida —prometió Arianna, risueña.

Se detuvieron un par de pasos detrás de Tess y la joven caminó sola hasta el auto de Tate

para darles privacidad y no ser estorbo mientras ellos se hacían arrumacos. Apoyó la espalda contra la puerta, cruzándose de brazos y contemplando el despejado cielo nocturno cuyas titilantes estrellas adornaban la bóveda celeste. Hacía bastante frío tras la lluviosa tarde y debió traer un abrigo para cubrirse y no congelarse en el trascurso de la noche, sin embargo, sintió que podía soportar del frío durante unas horas.

Suspiró con pesadez, haciendo una mueca al lanzarles una mirada a sus amigos y verlos besarse debajo del muérdago de la entrada del edificio, ¿había un muérdago colgando? No se había dado cuenta hasta que los vio besarse. En realidad, esa festividad pasaba de largo para ella sin Violett quien amaba la Navidad con locura, Tess por su parte, no podía disfrutarla sin la niña. Desde su salida del hospital, no había podido verla, Devon mantenía restringidas las visitas tanto de Tess como de Farrah a una sola al mes.

Las risas de sus amigos llegaron hasta sus oídos y reaccionó, sonriendo. Detestaba que Arianna se preocupase por ella, su amiga ya había pasado por bastantes situaciones desagradables por ella y se prometió no seguir lamentando lo ocurrido.

—Andando, estamos retrasados y mi jefe odia la impuntualidad —anunció Tess.

Tate les abrió las puertas y esperó que ambas estuvieran dentro para rodear la parte delantera del auto y meterse, detrás del volante. Encendió el motor y de igual manera el aire acondicionado para brindar un poco de calor al interior.

—Esta noche nevará y tú, Tess, vas a congelarte —la reprendió Arianna, girándose hacia ella y reparando que no llevaba nada abrigador.

La joven sacudió la cabeza, abrochándose el cinturón de seguridad y sonriendo.

—Voy a estar bien entre tanta gente —mintió. Arianna le lanzó una mirada que dejaba mucho por desear—. Estaré bien, Arianna.

Arianna no estaba nada convencida al respecto, sin embargo, no era su madre para estarla reprendiendo a cada rato, además, intuía que su amiga tenía otros planes para entrar en calor que no necesitaba de un abrigo sobre sus hombros y tenía un importante apellido que todo el Estado de Nueva York conocía.

—Vale, no pienso dejarte sola ni un segundo, ¿has entendido? Ni tampoco Tate.

—Tampoco yo —coincidió él, poniéndose en marcha—. Ni Brandi, quien, por cierto, asistirá con Devon.

—Puedo tolerarlo —respondió Tess. La hacía feliz saber que ellos dos estaban juntos—, además, mi hermano sabe controlarse cuando está con ella.

—Corrijo: Brandi sabe dominarlo —se burló Arianna y ambos le dieron la razón—. Devon, de ser un infeliz pasa a convertirse en un osito de peluche con solo lanzarle una mirada de advertencia esa mujercita, ¿quién diría que Devon iba a dejarse amonestar por alguien tan pequeña como Brandi?

Arianna estaba en todo lo cierto, quién diría que Devon podía cambiar un poco por alguien. Tess no creía mucho en la frase de "el amor hace cambiar a las personas", hasta que no lo vio por sus propios ojos. Su hermano se había transformado, pero todavía se comportaba como el mismo imbécil con ella.

—Ella vale la pena y tiene los ovarios bien puestos —prosiguió Arianna.

Su comentario hizo soltar una risotada a Tess, sintiéndose más relajada una vez que se encontraron rumbo al Waldorf Astoria, dejando atrás escaparates adornados por guirnaldas, luces navideñas, coronas de adviento, santas con sus renos y trineo, árboles decorados por esferas de colores. Era toda una postal la que pasaban conforme se dirigían a su destino. Tate encendió la radio para hacer el trayecto más agradable conforme recorrían las calles de la ciudad que nunca dormía, con la voz de *James Arthur*, acompañándolos.

***

Recorrieron las calles de Park Avenue, con sus árboles cubiertos por luces blancas y de colores, acercándose al impresionante edificio con más de un siglo de antigüedad y estilo art decó. Además, el Waldorf Astoria era uno de los hoteles más emblemáticos y con más historia de la Gran Manzana. La construcción estaba situada en una manzana entera, que abarcaba Park Avenue, Lexington y las calles 49 y 50, rodeado de otros de los edificios más simbólicos de Nueva York: el Empire State, el edificio Chrysler y la estación Grand Central. Y finalmente, se encontraron delante de ellos al legendario hotel.

Tate aparcó delante del impresionante edificio que tenía 47 pisos y medía 191 metros, su fachada en tonos café y la elegancia de las letras en oro, provocaron en Tess que la piel se le erizara y alzara la mirada para contemplar el lujoso lugar, provocando que le doliese el cuello. Un valet parking acudió de inmediato a su llegada, ayudando a abrir su puerta y saliendo al exterior. La decoración navideña resaltaba aún más el color oro de la fachada.

—Oh, mi Dios —murmuró Arianna, acudiendo a su lado—. Te juro que me siento como Cenicienta cuando acude al castillo real.

—También yo —susurró Tess, incapaz de apartar la mirada del Waldorf.

Tate se acercó a ellas, poco impresionado en el diseño del lugar o en que más invitados elegantes llegaban y se adentraban en el hotel.

—Bien, chicas, andando que se nos hace tarde para escuchar el discurso de bienvenida de los Prescott —las apuró—, además, Tess, eres la asistente personal de Andrew y por tanto no debes retrasarte.

Con renuencia, la joven apartó la mirada de las letras doradas del Waldor para fijarla al frente, en las puertas de cristal que brillaban por la intensidad de las luces. Tate y Arianna avanzaron juntos, mientras ella los seguía. Atravesaron las dobles puertas, siendo recibidos por la agradable calidez del interior y las fragancias aromatizantes de recepción.

Una joven con traje de pantalón y saco oscuros a juego con una corbata roja en contraste con la camisa blanca, se acercó a los recién llegados con una carpeta negra sosteniéndola en sus manos. Pidió sus invitaciones y tras confirmar que sus nombres aparecieran en la lista que llevaba, asintió, indicándoles qué camino tomar para llegar al salón donde se llevaría a cabo la cena de los Prescott. Atravesaron largos pasillos decorados con elegancia, siguiendo la exquisitez de su arquitectura art decó, subiendo las escaleras cubiertas por alfombras negras sin perder detalle alguno del estilo moderno y antiguo que le caracterizaba.

Algunas parejas que llegaron antes caminaban delante, el pequeño grupo los siguió para no perderse. Ellos no prestaban atención a la decoración, iban enfrascados en sus conversaciones y Tess no podía quitarles el ojo de encima a personas tan acostumbradas a desenvolverse en aquellos lugares, codearse con personas poderosas, que ya nada los sorprendía muy en comparación con Arianna y ella, quienes jamás habían puesto un pie ahí. Iban riendo y examinando sus ropas de algún importante diseñador, lo cual hizo a Tess que reparase en un detalle: ella jamás podría sentirse cómoda desenvolviéndose en un mundo tan elitista como ése. No estaría despreocupada ahí, entre gentes preocupadas por su apariencia, por lo último en moda, por el qué dirán sus amistades. Ella jamás hubiera encajado en el mundo de Cord Kendrick.

Todo aquello la hizo evocar a aquel hombre de intensos ojos azules por quien su corazón dolía demasiado. Vivir lejos de él, estar separados por un malentendido que no le dio oportunidad para explicar, era demoledor. Se engañaba a sí misma diciéndose que estaba bien así, que no pasaba nada, a fin de cuentas, él no confiaba en ella, pero no lo sentía bien. Lo extrañaba demasiado para fingir que ya no amaba más a Cord.

Siguieron detrás de las parejas que llevaban por delante, quienes giraron hacia la derecha de donde suaves notas de piano sonaban desde alguno de los elegantes salones del Waldorf y fue así que ante sus ojos tuvieron a un concurrido salón de impresionantes dimensiones y exquisita

decoración: altos ventanales en forma de arco llegaban del suelo al techo, cubiertos por doradas cortinas; del techo colgaban antiguas e impresionantes lámparas de araña, opacando la iluminación de foquitos en el mismo ángulo para darle una iluminación tenue y agradable. Tess contó alrededor de unas catorce mesas redondas con lugares para seis personas, todas ellas vistiendo exquisitos manteles morados y negros con bordes en oro, en medio de ellas, la belleza de las blancas orquídeas junto con diminutas velas, resaltaba entre tanta oscuridad de los mantenles y delicadas copas de cristal a sus alrededor. Al fondo en el centro, la entregada pianista a su melodía, acariciaba las teclas del piano de gran cola.

Localizaron a Brandi en la mesa que ocuparían en compañía de Andrew y Devon. Tess tuvo que rogarle a su jefe ponerlos en su mesa y gracias a todas las deidades, accedió. Hubiera sido una velada insufrible si hubiera puesto a alguien más como compañeros de mesa, en especial cuando no hubiera tenido una armoniosa charla. Los tres contemplaban fascinados la interpretación de la pianista, una mujer hermosa quien había sabido mantener absortos a los presentes con su melodía. Al verlos llegar, Andrew se levantó de su asiento y tiró de una silla para que Tess ocupara su lugar al lado suyo. La joven le dedicó una sonrisa a modo de agradecimiento, aunque lo que deseó hacer fue decir que hubiera podido hacerlo ella misma y evitarle a su jefe tantas “molestias”.

—Ella es *Khatia Buniatishvili* —informó Andrew en voz baja, señalando a la elegante mujer que lucía un sencillo vestido negro de manga corta y espalda al descubierto, sentada al piano y ajena al mundo que la rodeaba—. Un prodigio de su tiempo. Ha accedido participar esta noche en la gala que ofrece el bufete anualmente para contribuir con la asociación benéfica Casa Refugiados.

—Es hermosa. —Brandi se les unió, quitando unos segundos la atención de la mujer de oscuros cabellos ondulados que caían sobre sus hombros—. He leído acerca de ella, es una musa que inspira a muchos de nosotros.

Ya lo creo, pensó Tess observando a la mujer entregada a su pasión mientras interpretaba a *Chopin*. Podía sentirse parte de la magia, dejarse envolver por las notas musicales y ser parte de su trance. Sus ojos se fijaron en ella, en la manera de desenvolverse en el piano, hechizando a los presentes, sin embargo, experimentó el sentimiento de sentirse observada. Se trataba de una sensación extraña, tan poderosa y casi tangible que la hizo removerse en la silla, incómoda. Con disimulo, buscó a la persona que mantenía tanta atención puesta en ella y a varios metros de distancia en aquél inmenso salón, descubrió un par de intensos ojos azules que se mantenían fijos en ella, aumentando la magnitud de su mirada conforme la agitación romántica de la obra se imponía.

Concluida la interpretación de la artista, la sala se llenó de aplausos y felicitaciones hacia ella. Al instante, Tess rompió el contacto visual, sintiendo su corazón latir violento contra el pecho, a punto de salirse debido a la intensa emoción provocada por toparse con Cord tan cerca y lejos de ella en una misma habitación, rodeados de docenas de personas tan ajenas a ellos y descubriendo que moría de amor por ese hermoso hombre.

Lucía guapísimo con el traje gris hecho a medida, la camisa blanca en contraste y la corbata en un tono más oscuro al gris del traje. Tess fingió ponerle atención a la artista, ignorando su errático corazón y la punzada de celos al comprender que él no había asistido solo, sino en compañía de Ophelia Precott.

CAPÍTULO 10

Cord se debatía entre ir directo a la mesa de Tess y exigirle una explicación del por qué lo había abandonado una vez más y para poner hacer la situación más peliaguda, aparecía en el evento al que él mismo había tenido que acudir, en compañía del imbécil de Prescott. Sí, estaba consciente que se trataba de su jefe, sin embargo, no daba motivos para aparecerse con él como si nada hubiera ocurrido horas atrás entre ellos. A duras penas Cord estaba dominándose para no levantarse y darle un puñetazo a Andrew, y borrarle su sonrisa de suficiencia. Ardía de celos y rabia al ver a su esposa disfrutando de la música y del acompañante que tenía a su lado, en uno de los emblemáticos salones del antiguo Waldorf.

Ella no debería estar con Andrew sino con él, metidos en la cama e ignorando lo que ocurría a su alrededor. Durante aquellas últimas horas sin ella, Cord estuvo conteniéndose para no salir a buscarla y devolverla a donde pertenecía: con él. Ella se negaba a entender que no podían estar separados el uno del otro, que era la mujer de su vida y él se negaba a dejarla ir. Desconfiar de ella había sido uno de los mayores errores que cometió en la vida y estaba arrepentido, se lo hizo saber, pero Tess se empeñaba en ignorar todo lo que le dijo. Comprendía que era su manera de castigarlo por lo idiota que se comportó con ella, sin embargo, en su opinión un mes bastaba para castigarlo.

—Te recuerdo que el tipo a quien te debates entre ir a golpearlo o no, se trata de mi mellizo —le susurró Ophelia, reparando en el modo de mirar a su hermano—, te agradecería, que no fueras a causar un espectáculo esta noche de suma importancia.

—Si tu hermano no me da motivos para partirle la cara, no haré ninguna escena, lo aseguro —respondió, desviando la atención de su mujer y dedicándole una sonrisa inocente mientras Ophelia fijaba sus castaños ojos los suyos y sacudía la cabeza.

—Eres un grandísimo infeliz —refunfuñó, disgustada por su actitud.

Año con año, su familia se encargaba de llevar a cabo una cena benéfica para familias de refugiados de diversos países que habían llegado huyendo de las guerras y la devastación de sus naciones. Asistían importantes personalidades del rublo de las finanzas, así mismo estrellas de Hollywood cuyos labores altruistas apoyaban a asociaciones sin fines de lucro para aportar un granito de arena a quienes más lo necesitaban. Y tanto Ophelia como su hermano mellizo no permitirían que ningún maldito escándalo empañara su cena y si tenía que amenazar a Cord Kendrick, lo haría, era consciente que no toda la culpa podía ser del senador sino de la zorra con quien se acostaba y que había ido acompañando a Andrew.

Su familia y los Kendrick ocupaban la misma mesa, pues Ophelia se encargaba de quedar

siempre en la misma mesa, aunque ya no estuvieran juntos y Cord fuera un hombre casado, porque gracias a Jojo Lemar, Ophelia sabía de primera mano que aquella maldita zorra se había casado con él. No iba a amargarse la velada, pensando en aquellos dos, sino que, se deleitaría con las notas musicales que *Khatia Buniatishvili* interpretaba con su inigualable y apasionada manera de entregarse a su trabajo, acaparando la atención de las docenas de invitados y manteniendo un silencio agradable en el salón.

—No culpes a mi hermano si tu mujercita no pierde el tiempo coqueteándole —respondió tras unos segundos.

—Te prohíbo decir nada en contra de ella, ¿vale? —la amenazó entre dientes, llamando la atención de Cartier.

Cartier se inclinó por encima de la mesa, interesada en su discusión.

—¿Qué es lo que cuchichean tanto ustedes dos? —inquirió, entrometida.

—Nada —masculló Cord. Desvió la mirada para dirigirla una vez hacia la mesa donde Tess charlaba animada con Andrew y quién se inclinaba peligrosamente hacia ella.

—¿Nada, Cord? ¿Seguro? —se burló Ophelia, soltando una ligera y forzada risa—. ¿Por qué no le cuentas toda la verdad a tu hermana? Merece saberla, querido.

Los violáceos ojos de Cartier se abrieron a la par, sin disimular la curiosidad que sentía ahora que Ophelia lanzaba la moneda al aire. Se sentía feliz por poner al sincero senador en apuros con su familia, quienes seguían ignorantes antes sus descabellados planes.

—¿A qué verdad se refiere ella, Cord? —exigió saber Cartier.

Él hizo una mueca de desagrado porque no solo Cartier había posado su atención en su persona sino de igual manera Casper, sus padres y Willow, quienes habían estado ajenos, en ese momento estudiaban interesados a Cord.

—¿Qué suceden con ustedes? —preguntó Cullan en medio de aplausos dirigidos a la músico georgiana que se puso de pie y realizó un par de reverencias como agradecimiento al público—. Explíquense de una maldita vez qué murmuran.

—Anda, Cord, cuéntales la verdad que llevas escondiendo —insistió Ophelia.

Cord los ignoró, no podía hacerles caso cuando sus ojos se desviaban a cada instante en dirección de la mujer enfundada en uno de los vestidos que él mismo había elegido para verla usarlo y arrancárselo de un tirón como ansiaba hacer en aquellos momentos. Andrew se puso de pie y tiró de ella, instándola a levantarse de su asiento y acompañarlo al fondo del salón, al lado del piano solitario en medio de un mar de felicitaciones y sonrisas.

—Se ha casado —declaró Ophelia, aburrida.

Cord no prestó atención a las indignantes exclamaciones por parte de su familia al enterarse de la verdad. Se fijó en que Tess se había colocado justo al lado derecho de Andrew, sosteniendo una carpeta contra su pecho y manteniendo la vista al frente, en el mar de rostros, rechazando con deliberación a Cord, quien era incapaz de apartar sus ojos de ella.

—¿Con quién demonios te has casado, Cord? —tronó la encolerizada voz de Cullan.

Él sonrió una vez que Tess tuvo la dignidad de reparar en su presencia; ella por su parte hizo una mueca, sonrojándose visiblemente.

—Con ella —indicó orgulloso Cord. Hizo un gesto con la barbilla y señaló a la joven a quien decidió unir su vida y a quien no volvería a dejar ir.

—¿Estás de broma? —Quiso saber Rosemarie sin apartar la mirada de la fulana que no se apartaba de Andrew, a punto de atragantarse con su propia saliva. Cord notó que el color rehuía su rostro, sacudió la cabeza, pero no apartó su atención de la mujer que su vástago proclamaba como su esposa—. No te creo nada.

Cord dio un sorbo a su copa de vino blanco y resopló con fastidio,

—¿Por qué iba a bromear con un tema tan delicado, madre?

—Porque no puedes haberte casado con tu empleada —insistió, acusadora—. Cord, hijo, ya lo hablamos antes y…

—Me enamoré, te lo dije —la cortó para gran indignación de los demás.

Cullan se limitó a mirar en la dirección de Tess, examinándola absorto y sin dejar de fruncir el ceño. Su concentración parecía la de un lobo a punto de saltar sobre su presa, mediando el terreno donde se encontraba para no perder la oportunidad. A Cord le desagradó bastante la forma de vigilar su padre a Tess porque conocía ese gesto malicioso y no iba a tolerar que tuviera dicho comportamiento para su esposa.

—¿Te enamoraste, hijo? —comentó Cullan, llevándose la copa a los labios—. ¿Te enamoraste de ella? Felicidades, Cord, has sabido elegir a la chica tan bien que no está contigo sino con otro —se burló—. ¿Cuánto le pagaste para fingir un matrimonio contigo mientras se pavonea con su amante? ¿Amor? ¿De verdad eres tan imbécil para caer en las palabras de una cara bonita mientras te la follas? Me sorprende tu alto coeficiente intelectual para dejarte embaucar por una vividora. —Le lanzó una mirada envenenada—. A ella, lo único que le interesa es ir tras la fortuna de los Kendrick y tú eres un idiota que no lo ve.

Permitiéndose dominar por la rabia y sin importarle convertirse en el centro de atención,

Cord se levantó, empujó la silla atrás y se inclinó hacia Cullan.

—No te atrevas a insultar a Tess —lo advirtió. Ophelia se puso de pie y de igual manera Casper y Cartier mientras Rosemarie no daba crédito a la escena que se desarrollaba en su entorno—. No lo hagas papá, porque ella no es ninguna de las mujeres con quienes has engañado a mi madre y quienes, además terminan asestándote la puñalada final. Ella no es como el resto: me ama y yo la amo a ella por increíble que te resulte escucharlo.

Cullan arqueó una de sus espesas cejas oscuras, clavando en el rostro de su vástago sus ojos color violeta con rabia.

—Vamos a ver si el matrimonio o el supuesto amor te dura hasta tu próximo cumpleaños, Cord, cuando caduque la cláusula del testamento de mi padre —señaló. Por su rostro se extendió una sonrisa llena de frialdad, helándole a Cord la sangre en las venas. Lo tiró de las solapas del saco cerca de su rostro, siseándole—: Ahora siéntate y compórtate, muchachito idiota, que nos convertimos en el centro de atención.

Durante una fracción de segundo que para Cord resultó eterna, le sostuvo la mirada a su padre, cansado de sus advertencias, de sus amenazas y prefirió ignorarlo por lo que restase de la noche. Sacudió la cabeza, liberándose de su agarre y eligió abandonar el lugar en medio de las miradas de reproche que su madre y hermanos le lanzaron al darse cuenta de su escapada. No toleraba encontrarse por más tiempo en la misma habitación que Cullan.

Pasó de largo delante de los fotógrafos que lanzaron flashes a su rostro contraído por la furia que lo dominaba tras la discusión con Cullan. Conservar su matrimonio con Tess ya no significaba que lo hiciera por la herencia de su abuelo, quería seguir manteniendo su matrimonio con ella porque la amaba con toda el alma, a su lado se sentía en paz consigo mismo, su vida en calma. Tess lo hacía sentir invencible, le fascinaban los sentimientos que ella despertaba y los cuales antes ni siquiera sabía que existían.

Debía recuperarla fuera como fuera, no podía vivir sin ella, pensó una vez que abandonó el salón y se encontró afuera, junto a uno de los artísticos jarrones de porcelana china que adornaban el pasillo. ¿Por qué no le sorprendía la reacción que tuvo su familia al enterarse de su boda? Esperaba esa escena, pero no las hirientes palabras de su progenitor.

Con las manos metidas en los bolsillos delanteros del pantalón, dirigió sus pasos hacia el confidente estilo barroco en color escarlata, se dejó caer con pesadez y aflojó el nudo de la corbata con una mano mientras con la otra se restregó el rostro, agotado. El salón de banquetes se llenó de aplausos, tratándose del momento en que finalizaba el discurso de Andrew. Cord apoyaba su causa, estaba con él y su familia cuando se trataba de ayudar a los más necesitados,

pero verlo en compañía de Tess lo hacía desear partirle la cara. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, oyendo las voces que le llegaban de uno de los documentales que se exponían en el salón.

El suave caminar de alguien acercándose a donde estaba, lo obligó a abrir los ojos porque estaba casi seguro que se trataban de Ophelia o Cartier quienes habían acudido a convencerlo de regresar, sin embargo, la mujer de cabellos castaños y grandes ojos verdes asemejándose a los de un cervatillo asustado, aproximándose, provocaron que el corazón del hombre latiera tan rápido que era casi imposible contenerlo dentro de su pecho. Se incorporó al ver avanzar a la mujer que lo hacía sentir invencible, intocable, un mejor ser humano.

Tess llegó a su lado en completo silencio, deteniéndose enfrente y él aprovechó para tenderle la mano en una invitación a quedarse a su lado por el resto de la noche y por el resto de la vida. La necesitaba a su lado las veinticuatro horas del día, todos los días del año. La intensidad de sus sentimientos por ella lo doblegaba.

—Te vi salir del salón —señaló con simpleza, sentándose a su lado. Cord aspiró hondo el dulce olor que ella desprendía—. ¿Tan mal discurso te resultó?

Cord entrelazó sus dedos y se quedó contemplando la delicada mano que sostenía, las yemas que hacía semanas no habían tocado su cuerpo como solo ella sabía hacerlo y donde deberían ir la alianza de matrimonio y el anillo de compromiso, que no llevaba puestos.

—Fue horrible —dijo. Le dio un ligero apretón a sus dedos y le lanzó una mirada de complicidad—. Aburrido.

Tess sonrió y sacudió la cabeza. Cord amaba ese gesto, le parecía lo más puro e inocente que necesitaba de ella en los momentos de mayor tempestad.

—Yo le ayudé a redactarlo —admitió, echando la cabeza hacia atrás y clavando sus grandes ojos verdes en los suyos—. Lo hice de prisa.

Durante unos segundos permanecieron en silencio, mirándose a los ojos. Cord experimentó esa paz que ella proyectaba, apreciándose en casa a su lado. Tess era lo mejor que le había pasado en la vida, el tiempo separados era demasiado para él, no lo soportaba. Ella se había convertido en una parte de él, la necesitaba para respirar, para vivir.

—Luces jodidamente hermosa esta noche, señora Kendrick —expresó, inclinándose hacia ella para rozar su mejilla con los labios—. Te amo.

Cord se dio cuenta del impacto que sus palabras tuvieron en Tess, la dificultad que la joven tenía para procesarlas o creerlas, pero eran la verdad. Callárselas por un malentendido

terminaría atragantándoselas, se ahogaría si no se las expresaba a cada momento. Ella tenía que saber que era una parte fundamental en su vida.

Tess desvió la mirada en otra dirección, tragó saliva y suspiró.

—Te amo, Cord —respondió en voz baja, mirándolo de frente. En sus ojos apareció ese brillo especial que él había presenciado cada vez que pronunciaba esas palabras— y debemos arreglar esto si queremos salir adelante.

—Lo sé, mi amor —susurró. Apoyó la frente contra la suya, dejando escapar el aire de sus pulmones con calma—. Voy a contarte toda la verdad. Mereces saberla.

Tess lo sujetó por las mejillas y asintió en silencio, sin soltarlo.

—Así es, Cord, merezco conocerla, pero ahora no. Debo volver adentro para apoyar a mi jefe en su noche caritativa.

Cord le pasó el pulgar por el labio inferior, dándose cuenta de su estremecimiento.

—Deja de huir de mí —imploró. Enmarcó su rostro entre las manos, acercándose más a ella hasta colocarse a milímetros de los rojos y llenos labios que moría por besar a su antojo, sin restricciones—. Te necesito a mi lado, mi amor. En mi vida.

Tess cerró los ojos, entreabriendo los labios tras escuchar aquellas palabras que la emocionaban sobremanera.

—Cord, ¿y si estamos mal? ¿Si nos hemos equivocado? —susurró.

Él depositó un pequeño beso en sus labios, rozando con su lengua el labio superior y escuchándola suspirar ante su caricia.

—Lo hemos hecho bien, Tess —declaró. Volvió a besarla, esa vez procurando que el gesto fuera más que un roce. Los masculinos labios tiraron de los suyos, sintiéndola estremecer entre sus manos—. Tú y yo estamos hechos el uno para el otro, no podemos seguir separados porque nos amamos.

—No quiero seguir lejos de ti, Cord —admitió—. Quiero estar contigo.

Sin raparos y sin importarle el lugar se encontraban, Cord se abalanzó sobre ella, posando sus labios sobre los suyos y comiéndosela con la boca. Los brazos de Tess rodearon su cuello, pegándose a su cuerpo sin que quedara ningún espacio entre ellos, correspondiendo con la misma intensidad a su gesto. La lengua de Cord se abrió paso en su boca, acariciando la suya llena de ansias por dedicarle la misma caricia a otra parte de su cuerpo que moría por probar una vez más.

Estaban afuera del salón donde se llevaba a cabo la cena benéfica de los Prescott, en el

desértico pasillo, sentados en un cómodo confidente y Cord ansiaba hacerle el amor ahí mismo. Se estaba poniendo cada vez más duro conforme la intensidad de sus besos aumentaba de nivel, cuando sus manos viajaron de su rostro hasta los blandos pechos debajo de la fina tela del vestido, moldeándolos a su antojo y de sus labios escapó un suave gemido.

—Me estás matando, nena —murmuró contra sus labios—. No tienes idea de cuánto ansío hacértelo esta noche.

—Quiero que me lo hagas, Cord —respondió. Abrió los ojos y le dedicó una turbia mirada—. Estoy preparada para ti.

CAPÍTULO 11

En algún momento de la bruma que invadía los sentidos de Tess mientras la prolongada e intensa sesión de besos a la que la sometía Cord, fue disipada por la voz de Andrew Prescott hablando por el micrófono desde el impresionante salón de banquetes del Waldorf. La joven reaccionó, rompiendo el gesto con brusquedad para darse cuenta que estaba encima de su regazo y le tenía los brazos echados al cuello con sus dedos aferrados a los dorados cabellos.

Cord abrió los ojos, mostrando un intenso y oscuro azul que la hechizó mientras ella los examinaba. Sus manos la mantenían sujetas, impidiéndole escapar de su lado, aunque era lo menos que deseaba hacer ya que aquello se sentía increíblemente bien: le encantaba besarlo, tocarlo, sentirlo. No quería irse, romper la deliciosa prisión en que la mantenían envuelta sus brazos, pero tenía que recordarse que había asistido a una cena benéfica para ser la mano derecha de su jefe y no estaba haciendo nada de ello. No debería estar ahí con Cord sino adentro.

—Tengo que irme —susurró.

—No. —Cord envolvió su rostro entre sus grandes manos, obligándola a mantener los ojos fijos en los suyos—. No voy a permitir que vuelvas a escaparte de mi lado, Tess.

—Cord, no he venido a pasarla bien aquí —insistió. Las manos de su marido la aferraron más de la cintura, impidiéndole mover—. He venido a trabajar, así que, suéltame que debo ir adentro.

—Lo haré con una condición.

—Cord…

—Lo haremos juntos —declaró. Clavó sus oscuros ojos en los de la joven—. Quiero que todo el mundo vea que eres mía, que estás conmigo y eres mi esposa. —Le dio un dulce beso en los labios—. Señora Kendrick.

Dios, no podía estar hablando enserio, ¿cierto?, pensó ella, llena de incredulidad, al menos no cuando su familia se hallaba adentro y no estaban enterados. Ni siquiera sabía si aprobaban su relación, qué iban a autorizarla, por supuesto que la desaprobaban. Sin embargo, Tess era consciente que Ophelia conocía de su matrimonio y dudaba que no le hubiera contado todo a Cartier, por ende, a la familia entera. Se debatía entre aceptar volver con él adentro, cuando la voz de Andrew la llamó con insistencia.

—McAdams, ¿qué haces acá afuera cuando allá te necesito? —cuestionó, saliendo del salón y deteniéndose a medio camino de donde Cord y ella estaban. Clavó su burlona mirada en Cord y sacudió la cabeza, sin parecer molesto por la ausencia de su asistente—. Mujer, deja de

perder el tiempo con Kendrick, por favor y regresa a trabajar.

Las manos de Cord se convirtieron en puños entorno al blando cuerpo que sostenía, apretando los dedos en la piel y provocándole daño ante la fuerza que imprimía. Tess no esperaba que su jefe saliera o siquiera que anduviera buscándola y la encontrara en un momento comprometedor con Cord. Ver su actitud molesta disfrazada de burla, la hizo sentir bastante embarazosa, ya era demasiado desagradable que él estuviera enterado de su matrimonio a pesar de habérselo negado desde el principio como para que en ese momento comprobase la poca fuerza de voluntad que ella poseía.

—Lo siento —respondió Tess entre dientes. Aprovechó para soltarse de Cord, quien puso toda su atención en el recién llegado.

Andrew lanzó un suspiro melodramático, mofándose de la manera más educada posible, del momento presenciado.

—Deberías ser menos posesivo, Cord. —Sonrió, mordaz—. Las mujeres no son objetos con los que puedes estar jugando a tu antojo, no son ninguna diversión, que cuando te cansas de ellas las dejas tiradas y vas buscando algo nuevo —dijo entre dientes—. Te daré un consejo: soluciona tus problemas de una jodida vez.

Cord se mantuvo impasible, sentado en el sofá y moderando su temperamento, aunque por dentro, deseaba agarrarlo a golpes ante la deliberación con la que trataba a *su* mujer.

—Aléjate de mi esposa.

Andrew le lanzó a Tess una mirada cansina, esperaba aquella reacción por parte de Cord y no era de los tipos que se dejaran amedrentar por las simples amenazas.

—¿Tú esposa, Kendrick? ¿Te refieres a la esposa que a base de mentiras llevaste a creer que su matrimonio significaba algo para ti? ¿Qué ella te importa de verdad? —le echó en cara—. Todo el mundo sabemos que eres capaz de lo que sea para conseguir la herencia de Charles y casándote con la ingenua de Tess, lo has conseguido. Felicidades, has logrado dejar a Cullan pensando que podría quedarse con la cuantiosa fortuna, sin embargo, su vástago es muy inteligente y supo adelantarse.

Tess sintió que su estómago se contraía de pura decepción mientras escuchaba dichas palabras y Cord cambiaba de color, manteniendo los labios apretados con fuerza en una fina línea. De inmediato se puso de pie, dando un par de largas zancadas hacia Andrew, sin negarlo siquiera. La joven se colocó detrás de su jefe debido a que no resistía ver la manera en que Cord se comportaba como un grandísimo imbécil en un lugar tan emblemático y lleno de historia como lo era el Waldorf y que encima de todo, fuera incapaz de negar que Andrew Prescott tenía

razón.

Cord advirtió su movimiento y al instante, le lanzó una mirada de reproche.

Una vez más a lo largo de ese día, la mención de la palabra *herencia* o el significado que su matrimonio había sido consolidado a base de engaños para conseguir la bendita fortuna de su abuelo, le provocó arcadas a Tess. Entre más se daba cuenta de la verdadera situación, más dudas le entraban, pero nadie las aclaraba como debería ser. Andrew lanzaba la moneda al aire, mas era Cord quien se empeñaba en no descubrir qué había salido. La dejaban en la misma situación, con la misma incógnita, aunque, ¿qué había de aclarar? Nada. Debería bastarle el silencio de Cord para darse cuenta que era la única imbécil en todo, la única que no estaba enterada de nada desde el principio e ingenuamente se dejó convencer por un hombre a quien apenas y conocía.

No soportaba la situación, la hacía sentir tan ridícula, tan absurda entre esos dos hombres sin saber qué hacer para librarse, por ende, tomó la decisión de volver adentro, sola, dejando a aquél par que solucionasen sus asuntos, pero a ella la dejaran fuera. Si continuaba escuchando que había sido un peón en su juego de ajedrez, alguien débil y sin el menor valor, enloquecería. No volvió a mirar a Cord por el temor de dejarse convencer de quedarse con él e irse juntos como antes planeaban hacerlo.

¿Qué pensabas, Tess? ¿Qué volviendo a follar con él todo se solucionaría y tu cuento tendría un final feliz como el de las princesas de Disney?, se burló su subconsciente conforme avanzaba entre las mesas, cuyos ocupantes no le quitaban el ojo de encima al verla aparecer en semejante estado de turbación. Parecían pendientes de la confrontación que tuvo o tenía afuera entre dos hombres de su poderoso círculo social, hijos de familias con mayor influencia en el país y poseedores de magnas fortunas. Lo único que ella ansiaba era regresar a casa o en su situación actual, a casa de Arianna, meterse a la cama y dormir para no saber nada más hasta el día siguiente.

Un par de mesas la separaban de la que ocupaba con sus amigos, y estaba casi aliviada de llegar hasta ellos para implorar retirarse, cuando sintió el férreo agarre de una mano entorno a su muñeca que la obligó a frenarse de golpe. Se giró en redondo y descubrió de quién se trataba: Cullan Kendrick la sujetaba con fuerza y no se veía nada contento.

—Señorita, McAdams, ¿cierto? —Sus grandes ojos violáceos escrutaron el rostro de la joven sin ocultar el repudio que sentía. Era chocante volver a hallarse enfrente de él cuando su pasado encuentro no fue grato al descubrirlos a su hijo y a ella *in fraganti*—. ¿O debería llamarte, señora Kendrick?

El agarre se hizo más fuerte, lastimándola. Sus grades ojos mostraban el odio y la rabia

que le provocaba tenerla ahí, a ella, una pieza de ajedrez insignificante y sin ningún valor para molestarse siquiera en dedicarle una mirada. Sin embargo, era un hombre inteligente, mostrándose encantador con quienes transitaban junto a ellos, sonreía y manifestaba que todo marchaba fenomenal. Sin pronunciar palabra, la arrastró hacia uno de los ventanales, cuya privacidad era más que suficiente para ocultarlos de curiosos.

—Ya nos hemos enterado de su matrimonio y me complace volver a ver a la chica que supo engatusar a mi hijo. —Arqueó las cejas—. Eres muy lista, Tess, demasiado para dejar pasar la oportunidad de convertirte en la señora Kendrick, por ende, hacerte con la fortuna de mi familia. —Una burlona y maliciosa sonrisa surcó su rostro—. ¿Qué se siente pequeña vividora?

Ella sacudió la cabeza, intentando liberarse de su agarre, mas Cullan apretó con mayor fuerza, clavando los fríos ojos en los suyos.

—Se siente bien, ¿no? —insistió él, acercándose tanto a su rostro que su aliento alcoholizado le provocó ganas de vomitar—. Cenicienta abandona la casucha donde vivía para pasarse al castillo del Príncipe, ser felices y comer perdices, ¿ah? —Soltó una risotada que la hizo pegar un brinco—. No vives en un cuento de hadas, preciosa, es la cruda realidad y en la vida real, el príncipe tiene más obligaciones que follar con la chica bonita. Cord tiene un emporio que manejar, una familia a quienes serle fiel. —Su mirada la barrió de arriba abajo—. Tú estás interfiriendo, así que, te daré un consejo: aléjate de mi hijo o atente a las consecuencias. —Se encogió de hombros con sencillez—. No voy a permitir que una cazafortunas como tú se quede con la herencia de mi padre que ahora le pertenece a Cord, claro está. —La soltó y a continuación, su mano envolvió el delicado rostro femenino, apretándole las mejillas con fuerza y acercándola más a él—. ¿Te ha quedado claro?

Desesperada y deseando deshacerse de ese hombre de una maldita vez, Tess asintió en silencio, dándole la razón. Cullan por su parte, la soltó y riendo con malicia, se apartó de ella, dejándola sola entre las gruesas cortinas doradas, temblando de pies a cabeza.

¿Qué ha sido eso?, pensó sin ocultar el terror que la dominaba por dentro al cruzarse sus ojos con los de Cord desde la entrada al salón. Desconocía qué tanto había visto o si descubrió a su padre amenazarla.

Vio que Cord intentaba acercarse a ella, pero negó en silencio llena de desesperación, dándole a entender que no quería que lo hiciera, no toleraba tenerlo cerca, por ello, corrió hasta su mesa, proponiéndose no separarse de sus amigos por lo que restara de la noche, aunque la compañía de Andrew resultara de lo más insufrible, dudaba mucho que alguno de ellos deseara abandonar la velada cuando *Michael Bublé* hizo su aparición.

***

Es trabajo. Se trata de mi jefe. No hago nada malo, se repitió montones de veces conforme Andrew la hacía girar con él en medio del espacio abierto para que las parejas disfrutasen del romanticismo y la voz del intérprete, cuyas letras mantenían a los presentes en trance. Tess era fan de *Michael Bublé*, amaba su amplio repertorio de canciones dedicadas al amor, pero con Andrew como compañero de baile, empezaba a detestar su romanticismo y a fantasear con algo más del estilo de Eminem. No sabía en qué había estado pensando para aceptar levantarse de su asiento y bailar con él, en especial, sintiendo la mirada colérica que Cord les lanzaba, ignorando a quienes intentaban mantener una conversación con él.

—Estás a años luz de aquí, McAdams. —Andrew llamó su atención.

Ella pestañeó y centró sus sentidos en la canción que sonaba de la voz del cantante.

—Es un sueño tener a *Michael Bublé* aquí —confesó, encogiéndose de hombros—. Verlo y oírlo en un sitio tan majestuoso como el Waldorf es toda una fantasía.

Andrew sonrió, sacudió la cabeza y exhaló hondo, fascinado con esa mujer que en cuerpo estaba presente, pero en alma, la tenía a años luz.

—¿Por qué? No vives en la miseria, eres una mujer trabajadora y entregada en lo que te propones —señaló él—. No entiendo por qué no puedes permitirte un lujo de vez en cuando.

Ella lo miró a la cara, frunciéndole el ceño al ver que se había esfumado toda la diversión de hacía unos segundos y hablaba enserio.

—No puedo hacerlo, sencillamente —respondió, apartándose de él cuando las manos de Andrew envolvieron su cintura, manteniéndola cerca de su cuerpo. No le agradaba la proximidad entre ambos—. Y no soy de quienes se dan boatos porque sí.

—Ya, tienes un marido que mantiene en un castillo en las nubes, ¿no? Un buen hombre que tiene una mujer abnegada y no quiere que despilfarre su dinero en cosas superfluas como cumplirse un capricho de asistir al concierto de su artista favorito —volvió a burlarse—. McAdams, deja de ver a Kendrick como un santo y mejor abre bien los ojos.

La joven le puso los ojos en blanco, separándose y dispuesta a marcharse cuanto antes porque no toleraba que él se refiriera de la manera en la que lo hacía de Cord.

—No quiero hablar de él —sentenció. Se alejó y dejó a Andrew a mitad de la canción que sonaba, sin poderse creer el desplante que acababa de llevarse—. Eso es todo.

No aquello no era todo, pensó Andrew alcanzándola antes de llegar a su mesa.

—Eso no es todo, Tess. Vi la discusión que tuviste con Cullan —señaló una vez que se encontraban de pie al lado de la mesa—. Soy tu jefe y también abogado, no mientas al respecto. Me di cuenta que él no estaba siendo respetuoso, incluso parecías intimidada. —Hizo una pausa, arqueando las cejas a la vez que buscaba su mirada—. ¿Te ha amenazado?

Como respuesta, Tess desvió la mirada hacia otro lugar que no fueran los verdes e inquisidores ojos de Andrew fijos en los suyos y dispuestos a sacarle la verdad como fuera posible. Ya empezaba a familiarizarse con su método para hacer hablar a la gente, para no engañarlo y entonces, se topó de nuevo con la fija atención de Cord. Parecía decidido a ir hasta ellos en cualquier momento y montar una escena.

—No me ha intimidado —respondió demasiado rápido para sonar convincente.

Andrew resopló, sacudió la cabeza y se llevó una mano a la rubia barba.

—Vale, está bien que quieras mantener una buena armonía entre tú y tu familia política, sin embargo, yo los conozco tan bien. —Se inclinó hacia su rostro, mostrando una sonrisa de suficiencia y diversión ante su retroceso—. Que a mí no me engañas. —Echó un vistazo sobre su hombro para comprobar que Cord iba directo a ellos—. Creo que a alguien le disgusta nuestra charla. Iré con mi hermana y supongo que por el resto de la noche no volveremos a cruzar palabra alguna, así que, te veo mañana, McAdams.

Dicho eso, se alejó chocando el hombro contra Cord quien parecía debatirse entre agarrarlo de las solapas del saco y zarandearlo o dejarlo ir en paz, al final, se acercó a ella y para dejar de llamar la atención, la cogió de la cintura y comenzó a balancearlos conforme la interpretación de *Close your eyes* invadía el recinto.

—¿Tienes idea de lo mucho que me desagrada verte tan cerca de ése imbécil? —le dijo en voz baja, apretándola a su duro cuerpo—. No lo tolero. Muero de celos y rabia viendo que otro tipo flirtea contigo.

—Cord, él no coquetea conmigo tal y como sugieres, es mi jefe. Me ha invitado a bailar para que ninguno de los dos pasemos el resto de la velada como ostras —comentó, apoyando las manos contra su pecho y escrutando sus intensos ojos azules, cuya respiración le robó y aceleró sus pulsaciones.

—Vaya, pues que gesto de lo más considerado por parte de Prescott, pero me doy cuenta que hay más mujeres aquí, solteras por cierto y tú, señora no eres ninguna mujer soltera para que estés en la compañía de otro tipo que no sea tu marido. No quiero que siga siendo tu jefe —masculló, apoyando su frente contra la suya y cerrando los ojos—. Quiero que dejes de trabajar para él, que regreses conmigo donde nada te hace falta, donde yo te necesito día y noche, mi

amor.

Tess sacudió la cabeza, ignorando el martilleo de su corazón contra el pecho.

—Estas portándote de lo más ridículo, Cord Kendrick —señaló en voz baja.

—No soy risible —acusó—, soy un hombre celoso. Eso es lo que soy.

Deja de resistirte, Tess, le dijo su subconsciente una vez que su olor, su calor y todo él, la invadieron por completo por tenerlo tan cerca. Le resultaba tan difícil cuando estaba llena de dudas, de incertidumbre y él las derribaba con un simple gesto.

—Cord…

Tess era consciente que continuar con aquella conversación no los llevaría a nada, así que, rindiéndose, le echó los brazos al cuello y se colocó de puntillas, ignorando la parte racional que le gritaba con potencia no permitirse caer en su trampa cuando le estaba mintiendo, cuando continuaba ocultándole cosas. Toda duda que existía en ella, fue disipada por los dulces y suaves labios rojos que se posaron sobre los suyos, acariciándolos con calma, con gentileza conforme el romanticismo invadía el salón, envolviéndolos en la magia del momento e ignorando todo lo que a su alrededor sucedía. Nada más importaba solo ellos dos.

Sus dedos se aferraron a sus dorados cabellos, acercándolo más, profundizando el beso y provocando que de sus labios brotara un suspiro de felicidad al tiempo que se apretaba más a su cuerpo y sentía contra el vientre la revelación de su deseo.

—Vamos a casa, mi amor —le susurró Cord al oído, mordisqueándole el lóbulo y provocando en todo su ser un ligero estremecimiento—. Muero por hacerte el amor.

CAPÍTULO 12

Desde algún recóndito lugar de la inconciencia, Tess oyó sonar con insistencia su móvil, pero no quería responderlo, no le apetecía abrir los ojos y enfrentarse a un nuevo día lleno de prisas, estrés y locura. Le apetecía pasarse el día entero metida en la cama, descansando como no lo había hecho en mucho tiempo porque estaba muy cómoda, demasiado para resultar cierto.

Tuvo sueños locos, por ejemplo, haber sido amenazada por Cullan Kendrick en una cena benéfica en el hotel más importante del Estado, ¿de verdad había estado en el Waldorf la noche anterior? No lo creía, pero también tuvo otro sueño bastante real, casi tangible y era el de haber vuelto a estar con su marido; volver a probar sus labios, a sentir su cuerpo contra el suyo, perdido en su interior, robándole el aliento, haciéndola vibrar entre sus manos y llevándola directo a la locura. Incluso todavía tenía la sensación de ese sueño: sentirlo a él a su lado, sus piernas entrelazadas con las suyas, su brazo manteniéndola pegada a él, abrazada contra su cuerpo, aspirando su olor.

El móvil no dejaba de sonar, así que, suspirando con pesadez se removió entre las cobijas y estiró la mano para alcanzar el infernal aparato que usaba como despertador y dejaba siempre en la mesita de noche al lado de la cama. Sin embargo, al estirarse sus dedos entraron en contacto con algo duro, sólido y tibio a su lado. Abrió los ojos de golpe, espantando todo resquicio de sueño para enfrentarse con la realidad. Con la cruda realidad.

No estaba en el dormitorio del apartamento de Arianna, sino que se hallaba en el lugar al cual juró no volver: estaba en la cama de Cord con él durmiendo a su lado, manteniéndola abrazada por la cintura y con su pacifico rostro a escasos centímetros del suyo.

¡No, no, no! ¿Qué he hecho?, pensó alarmada sintiendo la desnudez de su cuerpo contra el suyo e incorporándose de golpe sobre los codos. Echó un vistazo a su alrededor con desesperación y descubrió la claridad del día entrando de lleno a través de las cortinas entreabiertas del inmenso ventanal. No era muy temprano sino demasiado tarde.

—¡Oh, Dios! —murmuró alarmada, al darse cuenta que no se trataba del sonido de su despertador sino del de llamada y obviamente, el apartado no estaba en la habitación, sino en el salón de estar donde también quedó su vestido y ropa interior.

Cord se removió, abrazándola más a él, sin embargo, Tess consiguió apartarle las manos con brusquedad del cuerpo, despertándolo.

—¿Qué haces? —murmuró con la voz ronca, restregándose el rostro con una mano.

Ella sacudió la cabeza y salió del lecho, tironeando de la sábana que los cubría para envolver su desnudez. Se quedó unos instantes sentada en el borde, contemplando el perfecto

cuerpo desnudo de Cord y sin poder creerse lo que había hecho cuando su convicción era demasiado firme para no volverse a acostar con él.

—¡Cord, es tardísimo! —chilló, reaccionando y dando tumbos por ahí al salir de la cama, ignorando la perfecta visión que le ofrecía la anatomía de su marido.

Cord se incorporó sobre los codos, estudiándola lleno de diversión.

—¿Y? No importa.

—Oh, a mí sí me importa —respondió. Corrió directo al armario de puertas de espejos donde todavía había ropa suya guardada. Ignoró el reflejo que le lanzaron los espejos casi burlescos y buscó con desesperación—. Me importa porque soy una persona responsable que tiene un trabajo el cual debo mantener si no quiero formar parte de las interminables listas de desempleados del país.

Ni siquiera veía lo que se pondría, buscaba entre prendas llena de desesperación, maldiciéndose por estúpida y a él por haberla convencido. No podía creer que hubiera ocurrido aquello entre ellos, se le antojaba darse de topes contra la pared. No debió ocurrir.

—Te tendría todo el tiempo para mí. —Fue su sencilla y más despreocupada respuesta. Se acercó a ella y se colocó a sus espaldas rodeándola por la cintura con sus fuertes brazos—. Estarías metida en mi cama de donde no te dejaré salir. —Se inclinó hacia ella, depositando un reguero de besos húmedos que la recorrieron desde el cuello hasta la barbilla, apretándose contra ella—. Además, no necesitas trabajar.

—Por supuesto que necesito trabajar —replicó disgustada. Tiró de un vestido gris de manga larga que eligió y a continuación, buscó entre sus cajoncillos ropa interior—. Es tardísimo y mi jefe debe estar preguntándose dónde me he metido porque a él le fastidia la impuntualidad.

—Tu jefe debe saber perfectamente donde estás, Tess: con tu marido. —Aflojó su agarre en cuanto la vio salir del armario—. ¿Por qué te interesa la opinión de Prescott?

Como pudo, se deshizo del abrazo y corrió al cuarto de baño, asegurando la puerta.

—Porque es la persona que me dio trabajo cuando fui echada de mi anterior empleo —respondió. Apoyó la frene contra la pared y se sintió por el momento a salvo—. Estoy agradecida con él, por ende, le debo lealtad.

No obtuvo respuesta alguna a su réplica, así que no podía adivinar qué ocurría afuera del cuarto de baño. Sintiéndose un poco aliviada, procedió a vestirse, ya que de esa manera se sentía más segura que continuar desnuda. Abrió la puerta y descubrió a Cord sentado en el banco acojinado que había a los pies de la cama, apoyando los codos sobre las rodillas con las manos

juntas y usando unos pantalones oscuros, esperándola aparecer en la habitación.

—Tú no le debes lealtad a Prescott —dijo, alzando la mirada hacia ella.

Tess lo notó muy serio, terriblemente serio y eso no estaba bien.

—¿Entonces a quién, Kendrick? —replicó molesta a la vez, cruzándose de brazos.

Con lentitud se puso de pie, avanzando hasta ella sin dejar de mirarla con esos grandes y abrazadores ojos azules, provocando que todo el interior de la joven se bamboleara ante las sensaciones que le producía a su cuerpo una simple mirada suya.

—No quiero discutir contigo, Tess —declaró. Se detuvo justo enfrente de ella, rozándola con su cuerpo—. Es demasiado pronto para altercados absurdos. —Tomó su rostro entre las manos, acariciándole las mejillas con los pulgares—. Mejor vamos a la cama.

—¿No has puesto atención a lo que te he dicho? —Le apartó las manos del rostro, molesta porque no la escuchara—. Voy demasiado tarde al trabajo y si no me largo ahora mismo de aquí, van a despedirme. Cord, no vas a obligarme a quedar utilizando el sexo.

—No quiero obligarte a nada que no quieras. —Depositó un casto beso en sus labios.

—Pero lo haces, intentas convencerme de estar contigo para no ir al trabajo porque sabes que me afectará. —Se pasó una mano entre los alborotados cabellos, intentando sin éxito peinarlos con los dedos. Debía estar hecha un asco, necesitaba lavarse y cepillarse, pero ya lo haría llegando al trabajo—, quieres que suceda. Quieres que Andrew me despida por eso te portas egoísta y excéntrico conmigo, ya que sabes que una falla por mi parte puede acarrearme problemas con el bufete, pero te cuento amigo que, él está dispuesto a escuchar mis explicaciones.

Durante unos segundos, Cord guardó silencio y desvió la mirada, incapaz de mostrarle lo que pensaba, qué era lo que pasaba por su mente. Tess detestaba ese comportamiento, que levantara las barreras ya de por sí altas como para sumarle más y más metros de altura.

—Seré yo quien te lleve al trabajo —declaró entre dientes. Fue directo al armario y dio por finalizada la conversación.

***

Tess decidió esperar a Cord en el salón de estar, recogiendo el desorden de la noche anterior y revisando su móvil. Tenía diez llamadas perdidas, siete pertenecían a Arianna y el resto a su jefe.

Va a despedirme, pensó, apretando el aparato con fuerza en su mano y pensando en

devolverle la llamada. Debía hacerlo, sería cobarde por su parte ignorarlo, a fin de cuentas, tendría que darle la cara respecto a su retraso de dos horas. *Venga, Tess, tú puedes hacerlo,* se infundió valor mientras pulsaba devolverle la llamada y esperar mientras timbraba, con la mirada clavada en el piso y mordiéndose la uña del pulgar, nerviosa.

—McAdams, ¿puedes explicarme dónde demonios te has metido? O, mejor dicho, ¿vas a venir hoy sino para pedir que pongan a otra persona en tu lugar que sea de eficiencia y responsabilidad? —tronó Andrew, furioso al atender su llamada.

—Lo siento —se apresuró a decir, pegando un bote del susto. Balbuceó y se sintió antiética porque no tenía justificación su demora—. He tenido un contratiempo…

—Y esa adversidad se apellida Kendrick —siguió regañándola—. Si no quieres ser echada, te aconsejo que estés en aquí dentro de diez minutos o mejor no te presentes.

Antes de darle siquiera tiempo a Tess de abrir la boca, colgó. El ruido de pasos acercándose, la hizo levantar la vista del suelo y encontrarse con la penetrante mirada de Cord, quien lucía condenadamente sexi vistiendo un oscuro traje hecho a medida y muy serio. De un tirón, ella su puso de pie y avanzó directo a la puerta seguida por él sin dirigirse la palabra. Cord introdujo el código de seguridad para abrirla y permitirle salir, rogando llegar a tiempo al bufete.

Estaba muy preocupada por el ultimátum que Andrew le arrojó, no podía quedarse sin empleo ya que de su salario dependía ahorrar para pagarle a su abogado y jefe, su ayuda con Violett. Estaba volviéndose loca a esas alturas del día y lo peor, la presencia de Cord no la ayudaría en nada si la llevaba. Sintió que su mano se cernía entorno a su muñeca y tiraba hacia él, haciéndola girarse en redondo, acusadora. Cord le indicó con un gesto de cabeza el elevador que acababa de llegar. Resignada, la joven se introdujo dentro, alejándose todo lo que el reducido espacio le permitía estar de su marido.

No se fiaba de sí misma, no confiaba en ella ni en él al momento de estar solos. Pasaron muchas cosas durante las últimas horas entre ellos que se sentía al límite y en ese preciso instante, un destello de cordura brilló a través de la bruma en la que se había sumergido, más bien se trataba de su conciencia, la cual mantuvo silenciada por unas horas, recordándole un minúsculo detalle que casi la hizo desfallecer. Apretó la espalda contra la pared y sintió que estaba a un paso de caer al suelo. Cord por su parte, no perdió detalle en el comportamiento de su esposa y al notar su flaqueza, acudió a su lado, sosteniéndole por los brazos y obligándola a mirarlo a la cara. Clavó en su rostro los grandes y vivaces ojos azules, llenos de preocupación, pero ella no quería exponerle sus inquietudes en voz alta o sino, sería mucho peor.

—Te has puesto pálida. —Le acarició la mejilla con el pulgar—. ¿Te sientes bien?

Ella asintió con la cabeza, sin apartar los ojos del tormentoso mar azul.

—Sí, necesito café para comenzar mi día, eso es todo.

Cord frunció los labios, pensativo sin creerle ni una palabra, ¿cómo le explicaba que había dejado de cuidarse desde hacía semanas y ninguno de los dos tuvo cuidado al momento de tener sexo? Empeoraría todo.

—¿Estás segura? —insistió con un deje de desaprobación—. Tess, debes comer, no quiero que te malpases porque temes que el imbécil de Prescott te eche la bronca.

—Allá comeré —dijo, sintiendo que poco a poco el color volvía a cubrirle las mejillas—. Es normal, no es la primera vez que me ocurre un desequilibrio de azúcar.

Las grandes manos masculinas envolvieron sus mejillas, fijando los intensos ojos en los suyos y acercando su rostro, insuflándole su propio aliento, su cuerpo le transmitía su calidez y dureza, manteniéndose muy cerca de ella, sin dejar ni un milímetro de espacio.

—Me preocupa tu salud, Tess —susurró, apoyando la frente contra la suya y cerrando los ojos—. Para mí no es normal verte a punto de desfallecer. Me asusta saber que algo malo pueda ocurrirte, ¿entiendes? Me volvería loco si algo malo te pasa.

—Nada malo va a pasarme —insistió, venciéndola la genuina preocupación que mostraba por ella. Acarició sus mejillas con los pulgares, se inclinó hacia él y depositó un besito en sus labios. Era difícil no amarlo, resistirse a lo que sentía por él era imposible—. Te adoro, Cord.

***

Una vez que llegó a Prescott & Sons, Tess encontró a Andrew sentado en su silla, esperándola afuera de su oficina con los brazos cruzados sobre el pecho y su cínica actitud en el rostro. Le rogó a Cord no cruzar siquiera la entrada del edificio para no hacer aquello más grande porque si Andrew la reprendía delante de su marido, no iba a parecerle la manera de hablarle de su jefe y ella no quería que se armara un escándalo y ser despedida.

—¿Tienes idea de lo tarde que es, McAdams? —inquirió en voz baja, inclinándose hacia el frente—. Dos horas de retraso, ¿acaso alguien de tu familia murió?

—No.

—Bien porque de ser así, hubiera sido más compasivo contigo. —Se puso de pie y salió detrás del escritorio—. Cuando llegaste aquí fui muy claro al respecto, ¿no? Te dije que desprecio las mentiras, a las personas flojas y odio la impuntualidad. —Asintió en silencio—. Tú me has mentido y has llegado hasta que se te dio la gana al trabajo, haciéndome perder a mí tiempo y dinero, ¿tienes idea de la cantidad de veces que tuve que buscar en tu agenda mis citas

del día de hoy para no confundir a nadie? Demasiado, McAdams y mientras tú estabas no me importa dónde ni con quién, acá, tu trabajo lo dejaste tirado.

—Lo siento.

—¿Lo sientes? —repitió, arqueando las cejas de manera interrogativa y nada contento—. ¿Y tú te piensas que con una disculpa se solucionará todo? Tess, ¿tú piensas que por ser la mujer de Cord Kendrick debo tener preferencia sobre ti?

Ella eligió guardar silencio en lugar ponerse a discutir con él, por supuesto que no quería que tuviera favoritismos, pero le desagradaba que sacara a colación el tema de su matrimonio con Cord para discutir.

Andrew permanecía con la posición que había adoptado desde su arribo, esperando una respuesta por su parte, fastidiado por el largo silencio prolongado.

—¿Por qué necesitas el empleo, McAdams si tienes un marido millonario que puede solventar tus gastos y cumplirte cada capricho que se te antoje? —Quiso saber, imprimiéndole a su voz una nota de aburrimiento.

—Porque Cord y yo hemos estado separados —confesó con reticencia—. Y nunca he dependido de ningún hombre para solucionar mis gastos, además, que Cord sea o no mi marido, es lo de menos. Yo puedo valerme por mí misma, soy responsable y trabajadora.

Andrew puso los ojos en blanco, lanzando un suspiro pesado. Descruzó sus brazos y se pasó una mano entre los rubios cabellos ondulados.

—Dejemos a un lado lo de la responsabilidad porque dejas mucho por desear, Tess —objetó—. No tengo tiempo en buscar otra asistente, así que, sigues manteniendo tu empleo, pero que no se vuelva a repetir tu tardanza o de lo contrario, quedas despedida, ¿vale?

—Sí, señor Prescott.

Andrew asintió en silencio, enfilando directo a su oficina y dejándola sola en su lugar para poder regodearse en su miseria. Ya que todo se había arreglado con su jefe, le quitaba un peso de encima si era despedida, sin embargo, lo que la tenía muy preocupada era no haber tomado precauciones con Cord. Estaba muy preocupada respecto a lo que conllevaba un descuido. Vale, estaba en pleno siglo XXI y existía la píldora del día siguiente. Sus preocupaciones eran en vano teniendo la solución al alcance de la mano, así que, en cuanto fuera su hora del almuerzo iría a la farmacia más cercana.

***

El día entero ni siquiera tuvo tiempo para volver a pensar en lo ocurrido con Cord ni en

nada más que no fuera el trabajo. Andrew se ensañó con ella y el hecho de haber llegado tan tarde al trabajo, redujo su hora del almuerzo a diez minutos sin contar que convocó una reunión con el resto de los abogados del bufete ordenándole ser la encargada de supervisar que todos recibieran el trato que merecían al servírseles sus respectivas tazas de café y galletitas de mantequilla, por ello, no tuvo tiempo de almorzar en sus escasos diez minutos.

—¿Qué tal llevas todo, McAdams? —Quiso saber, saliendo de su oficina y acercándose al escritorio de ella donde acomodaba en cada carpeta los documentos a tratar.

—Fantástico —respondió, fingiendo una sonrisa de despreocupación.

—Me alegro, porque hoy es uno de esos días que las juntas pueden extenderse hasta muy pasada la noche y no tengo que recalcar que todos salimos tarde, ¿cierto?

Tess asintió en silencio, incapaz de poner peros o si no, estaba segura que se encarnizaría todavía más. Andrew por su parte le lanzó una sonrisa cortante y regresó a su oficina, dejando tras de sí el costoso olor de su colonia Calvin Klein. De nuevo a solas, Tess se dejó caer en la silla e inspiró profundo en un intento por deshacerse de la punzada de dolor en la sien. No salió a almorzar y tampoco llevó nada para mitigar el hambre, no le quedaba más remedio que aguantar o robarse una de las galletitas de mantequilla.

Estaba tratando de decidir qué hacer cuando escuchó el sonido de su móvil y fijándose en que Andrew no fuera a salir y la descubriera perdiendo el tiempo en horas de trabajo, lo sacó del bolso para darse cuenta que se trataba de Arianna. Se puso de pie y corrió al final del pasillo, directo al baño.

—¿Dónde demonios te metiste anoche? ¿Acaso no has revisado tu móvil? Te he estado llamando como una loca, preocupada porque te desapareciste y nos dejaste buscándote en el hotel. —Hizo una pausa sin darle oportunidad para contestar—. Quiero suponer que estás con Cord para haberte extraviado sin dejar dicho nada, ¿es así?

Tess se mordió el labio inferior, presa del nerviosismo que le entró y le asintió a su reflejo que no le quitaba el ojo de encima.

—Sí —admitió—, anoche me marché con él.

—¿Y no pudiste avisarme siquiera? ¡Dios! Casi me dio un infarto porque no te encontré y te estuvimos buscando mucho después que todos se hubieron ido.

—Lo lamento, Arianna, pensé llamarte, pero…

—Ya, no lo digas, debiste estar lo bastante ocupada retomando el tiempo perdido sin que tu guapísimo exjefe y actual marido, te follara.

De inmediato la joven sintió acudir todos los rojos a su rostro y no tuvo el valor para desmentir a su amiga. No era el momento más oportuno para tener aquella conversación, tenía mucho trabajo por delante y no debía perder el tiempo. Por el rabillo del ojo vio abrirse la puerta para dar paso a Ophelia Prescott, quien acababa de ingresar al cuarto de baño enfundada en un ajustado vestido negro con mangas de tres cuartos en imitación piel. Avanzó directo al largo espejo empotrado en la pared, dejando su bolso de mano encima del lavabo y extrayendo su cosmetiquera.

—Arianna, estoy hasta el cuello de encargos, de verdad, no puedo hablar contigo ahora —le dijo a su amiga para evitar mantener una charla acerca de la reconciliación con Cord delante de su exprometida—. Lo haremos luego, ¿vale?

—Pero yo si quiero, es lo mínimo que debes hacer al haberme dejado anoche sola y preocupada —insistió ella—. Así que, habla.

Tess sacudió la cabeza, sintiendo que una sonrisa reaparecía en su rostro ante la insistencia de Ariana y su renuencia, aunque a su lado se encontrase Ophelia.

—Lo único que debes saber es que ya no voy a vivir contigo. Hablamos luego.

Alcanzó a colgar antes de que su amiga siguiera insistiendo en conocer todos los pormenores de su apaciguamiento con Cord. La noche anterior había vuelto a estar juntos, pero no estaba segura de lo que significaba con exactitud, ya que no para hablaron acerca de los verdaderos motivos del por qué Cord quiso casarse con ella.

Colocó el móvil a un lado para abrir el grifo y lavarse las manos mientras Ophelia retocaba su perfecto maquillaje.

—No pude evitar escuchar que Cord y tú están juntos —comentó como quien no quiere la cosa—. Felicidades, supongo que le hacía falta *eso*.

—¿Eso? —repitió Tess, arrugando el ceño y mirándola.

—Seguir enfrentado con su padre gracias a ti —respondió, guardando su maquillaje y girándose hacia ella—. Eso, Tess, es lo que menos necesitaba, pero gracias a su matrimonio va a seguir tan mal como antes.

—No es culpa mía si no tienen una buena relación.

—La tenían, claro que la tenían antes de que te metieras en medio —le echó en cara, molesta—. Escucha, gracias a su matrimonio están peor que antes, tú no le convienes a Cord absolutamente nada. Todo el mundo lo sabemos, él más que nadie lo sabe, pero todo sea por contradecir a su padre.

Tess no deseaba escuchar más, por ende, decidió abandonar la habitación antes de decir o hacer algo que no quería, sin embargo, Ophelia la frenó en seco, bloqueándole el camino e impidiéndole salir para continuar acribillándose con su descontento.

—¿Cuándo te darás cuenta que su matrimonio no es verdadero? Él no se casó contigo por amor sino para poder cobrar la herencia de Chrles, para contradecir a Cullan y a su familia entera. Fuiste el objeto al que él se vio tentado en tomar para más adelante desechar —dijo con dureza sin dejar de mirarla a los ojos—. Si Cord no ha mencionado la verdad es porque no tiene los pantalones bien puestos y se ha ablandado por temor a ser catalogado de un infeliz mentiroso, pero te lo digo yo que no tengo pelos en la lengua y tampoco me afecta si te lastimo o no: no te ama. Cord te ha utilizado desde el principio e ingenua de ti caíste hasta lo más profundo con sus mentiras.

Tess no quería creer en sus palabras, mas eran tan ciertas porque todos los puntos apuntaban a que efectivamente, todos tenían razón excepto ella. Tess era la única cándida que no tenía nada claro mientras los demás sabían demasiado. Sin embargo, no le daría la razón para que Ophelia se regodeara de su propia pena.

—¿Sabes qué? Lo dices porque no soportas la idea que él no se haya casado contigo porque lo aburrías, porque era inconcebible pasar más tiempo contigo y por eso decidió romper contigo. —Respiró hondo—. Pero a mí me ama, claro que me ama y nada de lo que tú o cualquiera de la familia diga voy a creerles, no lo haré.

Tess juzgó que la mujer se enfadaría por recalcar lo que ya sabía, por echarle en cara el verdadero hecho de haber roto su responsabilidad tan poco tiempo antes de casarse, pero no lo hizo, Ophelia ni siquiera alteró la expresión.

Agarró su bolso, echándoselo al hombro y acomodándose los rubios cabellos, lanzándole una mirada de lástima a la joven.

—Si él te amara no te mentiría y ocultaría nada, Tess.

CAPÍTULO 13

—Señor, Kendrick, su madre está aquí.

Joder, pensó el aludido restregándose el rostro con ambas manos, aunque tuviera enfrente a Kaden Gaylord, el director de operaciones de Kendrick Corp., y el tipo se diera cuenta de la molestia que le producía tener que recibir a su madre ese día porque conocía de antemano a qué había ido Rosemarie, pero Cord no estaba para reclamos.

Su compañero se dispuso a recoger la carpeta que había encima de la mesa y ponerse de pie, intuyendo que recibiría a Rosemarie y Cord necesitaba un momento a solas.

—Si quieres que terminemos esto más adelante, llámame y subo de inmediato.

—No, quiero finalizar esto de una vez—respondió Cord entre dientes—. Mi madre debe entender que no es la ocasión para recibir visitas. Estoy trabajando y ella no puede aparecerse aquí cada vez que se le presente la oportunidad.

Kaden volvió a tomar asiento, haciendo un gesto de comprensión, sin embargo, la puerta se abrió de golpe y en el umbral apareció la delgada y elegante figura de Rosemarie frunciendo los labios debido a la falta de amor por parte de su hijo haciéndola esperar.

—Hace un minuto que fui anunciada y tú no has dicho nada de recibirme, así que, he decidido venir hasta acá personalmente.

—Me doy cuenta —murmuró su vástago de mala gana, lanzándole una mirada cansina—. Estoy ocupado, mamá. Lo que sea que quieras tratar, podemos hacerlo después.

—Oh, cariño, mamá no quiere esperar para después —respondió con voz dulce, escondiendo debajo de ese tono la verdad de su coraje sin poder seguirse conteniendo—. Será ahora mismo, Cord.

—Mejor lo posponemos, Cord —informó Kaden, poniéndose de pie y haciéndole una reverencia con la cabeza como saludo a la mujer antes de abandonar la oficina.

Cord se levantó de su asiento para estirar sus agarrotados músculos tras haber estado con el director de operaciones discutiendo algunos asuntos que lo tenían un tanto intranquilo respecto a la empresa. Kaden recién le informaba de las constantes visitas de Cullan con su grupo de abogados mientras el propio Cord no estuvo presente durante varios días por la empresa.

—¿Por qué no quieres recibir a tu madre, Cord? —exigió conocer Rosemarie. Se encaminó a la salita de espera, tomando asiento y colocando su bolsa al lado de ella, cruzando sus piernas con elegancia—. ¿Sabes que es una tremenda falta de educación? Soy tu madre, Cord, no cualquier persona a quien te dé la gana recibir o despachar.

Él fue hasta ella para saludarla con un beso en la mejilla, sin que su mal humor saltara a la vista de su progenitora. Rosemarie no estaba muy contenta por un recibiendo tan frío por parte de su hijo y más aún cuando éste no cumplía con sus exigencias. Había ido decidida al corporativo para tener una muy seria conversación con él, es decir, la noche anterior apenas descubrió que su heredero se había casado con una muchacha cualquiera cuando su matrimonio estaba en boga de todos y su familia, la más afectada, apenas lo descubría gracias a Ophelia. Sentía una profunda vergüenza por estar dando habladurías gracias a su hijo.

—Mamá, tengo mucho trabajo el día de hoy, no puedo dar audiencia.

—No soy ninguna visita, soy tu madre —señaló con dureza, fijando sus grandes ojos azules en los de su hijo—. Siempre debes tener tiempo para mí.

—Lo siento —murmuró. Se alejó de ella hasta ir directo a uno de los altos ventanales, permaneciendo de frente a su madre y cruzando los brazos sobre el pecho.

—Pues debes hacerlo, hijo: sentirlo. —Se llevó ambas manos al pecho, lanzándole una mirada de mártir, las que hacía que sus hijos experimentaran remordimientos de conciencia—. Dios, Cord, casi no te reconozco ante lo mucho que has cambiado estas últimas semanas. Te comportas como si nos odiaras a todos.

—Mamá…

—Casarte con esa mujer para llevarnos la contraria, Cord, ¿a tu familia? ¿Por qué? ¿Era necesario llegar a extremos tan drásticos? —siguió diciendo—. Te exigí que la dejaras, que no te convenía, que buscaras a una buena mujer a tu altura, que retomaras la hermosa relación que una vez tuviste con Ophelia…

—Madre, por favor, detente. No quiero hablar de esto ahora.

—Entonces cuándo, Cord —insistió, levantándose—. ¿Cuándo me provoques un infarto con tus tonterías? ¿Cuándo ya no haya más remedio para arreglar la pésima relación que tienes con tu padre? —Se acercó más a su hijo—. Señor, es tu padre, no tu enemigo.

—Él así se comporta —replicó—. Yo no estoy en su contra, es tu propio marido quien se empeña en tratarnos como adversos.

—Te exijo respeto hacia tu padre y hacia nuestra familia, Cord.

—Y yo les exijo respeto hacia mi esposa, madre.

Sus palabras significaron una dura bofetada para Rosemarie, discutir por aquella infeliz mujer a quien su niño consentido defendía a capa y espada, era intolerable y eso le hizo saber a Cord. Dejó escapar un pesado jadeo, mirándole con los ojos abiertos sin poderse creer que le

estuviera llevando la contrario, indignada porque no estuviera cayendo en su chantaje tal y como solía hacerlo.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes, mamá. —Bajó los brazos, colocándolos a ambos lados del cuerpo en actitud de derrota porque sabía que, aunque ganara la discusión con ella, se sentiría como un perdedor—. Ella es mi esposa, la he elegido para compartir mi vida y es una Kendrick.

—No, eso nunca Cord —jadeó—. No puedes haber elegido a una completa desconocida y pretender hacerla pasar por parte de nuestra familia. —Sacudió la cabeza con vehemencia—. Ella no puede usar nuestro apellido. Te lo prohíbo.

Cord se llevó una mano a la nuca con el propósito de mitigar mediante un ligero masaje el dolor que le producía ese maldito altercado.

—Ella es mi familia.

—¡Ella no es tu familia, tu familia somos nosotros! —exclamó llena de indignación.

—Ahí te equivocas, mamá, Tess es mi familia. Es mi hogar. —Se encogió, cansado con todo aquello—. Somos uno solo.

—No puedo creer lo que dices —murmuró llena de repulsión—. Cambiaste una buena mujer por una cazafortunas, ¿a dónde se ha ido tu buen juicio? ¿Qué te ha hecho ella para ponerte en contra de nosotros? Porque definitivamente se trata de esa mujer quien te mete cosas en la cabeza para estar siempre discutiendo con nosotros, para estar en nuestra contra. —Volvió a acercarse a él, sosteniendo su rostro entre las manos al tiempo que le lanzaba una mirada suplicante—. Te lo imploro, hijo. Si aún guardas un poco de respeto o amor hacia esta pobre mujer que te trajo al mundo, déjala. Divórciate de esa mala mujer que te tiene mal con tu propia familia y olvida toda esa locura, cariño.

Cord desvió la mirada de sus azules ojos, apretando los puños con fuerza para no despotricar contra ella. Resultaba inconcebible que Cullan hubiera tenido que enviarla para abogar por él porque sabía que cualquier petición que Rosemarie le hiciera a su hijo, Cord la cumplía, sin embargo, en esa ocasión, Cullan se había equivocado.

—Lo siento, madre. —Tomó sus manos entre las suyas, depositando un cálido beso en ellas mientras Rosemarie aún conservaba la esperanza de que accediera a cumplir los caprichos de Cullan y de paso, los suyos—. No haré nada de lo que me pides.

Rosemarie se apartó de él, fue por su bolso con pasos firme sobre el suelo maquetado. Estaba furiosa.

—Bien, Cord, has lo que te dé la gana —le echó en cara—. He comprendido que perdiste todo respeto por nosotros, pero ten en cuenta, hijo, que hay secretos que tarde o temprano salen a la luz y sabes a lo que me refiero.

Durante una fracción de segundo Cord fue incapaz de percibir a lo que se refería, sin embargo, la comprensión llegó a él, golpeándolo con fuerza.

—No lo hagas.

—Yo les he pedido a las chicas que no dijeran nada que pudiera causar una avalancha de chismes sobre nuestra familia, sin embargo, si hablar es el único remedio que queda, que se sepa de una maldita vez que tú y Ophelia tuvieron sexo el tiempo que estuviste separado de tu mujercita. —Rosemarie vio que el color huía del rostro de su hijo porque al parecer, ese tonto pensaba que ella no tenía idea de nada—. Cord, la familia lo sabe. Tu padre y yo estamos enterados y Cullan ha tenido la inteligencia de no mencionar nada porque sabe que no es conveniente hacerlo. —Exhaló un hondo suspiro—. Conoces a tu padre y sabes que no mantendrá cerrada la boca durante mucho tiempo.

Cord quedó paralizado ante su revelación, dándole la oportunidad a Rosemarie para tomar su rostro entre las manos, clavando sus ojos en los suyos tan limpios de todo mal humor. Le dio un pequeño beso en la mejilla y a continuación, borró la marca de su labial muy sonriente como lo hacía cuando él era un niño y siempre le manchaba la mejilla.

—Cariño, no puedes mantener el secreto por mucho tiempo porque tarde o temprano ella misma se dará cuenta de lo ocurrido —dijo—. Te amo, hijo, pero primero está la familia que cumplir uno de tus antojos.

—No es ningún capricho —susurró.

Rosemarie suspiró, apartándose de su lado y retrocediendo un paso.

—Claro que lo es y es tu problema insistir en lo contrario. —Se acomodó el bolso—. No vayas a acudir a nosotros molesto cuando ella sepa lo ocurrido, Cord porque ya he venido yo a advertírtelo. Sabes que mi matrimonio con tu padre es lo único que debe importarles a ti y a tus hermanos para llevar una convivencia en paz.

Aquella mención lo hizo salir de estupor, apretando los puños con fuerza.

—¿Cómo te pones a hablar de tu matrimonio con mi padre cuando todo el mundo conoce el significado de dicha unión, mamá? —cuestionó, molesto—. No deberías hacerlo.

Rosemarie sacudió la cabeza e hizo una mueca antes de girar sobre sus talones y encaminarse directo a la puerta sin esperar a que su hijo la abriera para ella.

—Que tengas un buen día, Cord —se despidió. Abrió la puerta y salió de la oficina.

Cord maldijo para sus adentros el aprieto en el que su propia madre y su loca familia lo habían metido, siendo sincero consigo mismo, ellos no tenían culpa alguna de su desliz hacía alginas semanas. Nadie lo había forzado a hacer nada que más adelante pudiera arrepentirse, él mismo se hundía poco a poco en un profundo abismo de mentiras del cual por más que intentaba solucionarlo, cada vez excavaba más profundo y por mucho que buscara explicarle la situación a Tess acerca de la verdad de su matrimonio, no podría encontrar el modo de confesarle su infidelidad.

***

Una vez fuera del corporativo, Rosemarie aprovechó para llamar a su marido e informarlo de su infructuosa visita antes de llegar a casa. Cullan era un buen estratega y estaba segura que, cuando llegase con él, ya habría maquinado un buen plan.

—¿Cómo ha resultado todo? —Quiso saber Cullan al atender el teléfono.

Rosemarie hizo un gesto de desagrado, instalada en el interior de la limusina.

—Mal —admitió—. Cord no da su brazo a torcer.

—¿Recurriste al chantaje como acostumbras hacer? Siempre cae.

—Lo hice, pero la maldita mujer lo tiene hechizado o qué sé yo. Ni siquiera le dolió ver a su madre rogarle para dejar a esa sinvergüenza. —Se pasó una mano por la tersa frente—. Lo amenacé con enterar a su mujercita de su infidelidad con Ophelia.

—¿Y qué reacción tuvo tu hijo?

—Ninguna. —Resopló—. Él sigue empeñado en defender su matrimonio y ya me he quedado sin más recursos de momento. Utilicé la mejor carta y todo para nada.

Cullan, al otro lado de la línea, instalado en su biblioteca y sonriendo maliciosamente a su invitada, se llevó el grueso vaso de coñac a los labios, dándole un pequeño sorbo.

—Tranquila, querida. Todavía nos quedan ingenios a nuestro favor, no desesperes y déjamelo a mí. —La tranquilizó—. Tu retoño deseará no haberse puesto en mi contra.

—De acuerdo —asintió Rosemarie, aliviada por conocer que aún existía solución—. Te veo en casa, antes me pasaré por el spa para relajarme un rato. Te amo.

—También yo —respondió antes de colgar y suspirar con pesadez. Delante de él Jojo Lemar se removió incómoda en su asiento—. Lamento la interrupción, señorita Lemar, ¿en qué estábamos? Ah sí, en que usted redactaría un escandaloso artículo respecto al intachable senador

Kendrick y la zorra que en la actualidad es su esposa, ¿cierto?

Jojo fijó su mirada en los violáceos ojos, reprimiendo la repulsión que experimentaba por encontrarse en el mismo sitio que el hombre que le había hecho tanto daño a su familia, aliándose con él para derrocar aquella maldita estirpe. Por supuesto que Jojo no era estúpida y había apelado al dicho que rezaba: *"si no puedes con el enemigo, únetele"*.

Sonrió con educación, sacando su libreta de apuntes y el boli de su bolso para redactar lo que Cullan Kendrick deseaba que se publicara al día siguiente.

***

—Vas a malacostumbrarme, cielo —fue el saludo de Madeline a su nieto al descubrir que lo esperaba instalado en la salita de estar de la residencia.

Cord se levantó y dirigió sus pasos hasta ella en cuanto la vio acercarse en compañía de una joven rubia bajita, con una amplia sonrisa. Se dio cuenta que Madeline continuaba pálida, igual a la última vez que la vio y eso no le gustaba, por lo general, no era de las personas que se enfermasen y le preocupaba que lo hiciera.

—Me siento bien viniendo aquí —admitió. Le dio un abrazo y procuró que no fuera demasiado fuerte para dañarla. La sintió delgada y frágil entre sus brazos—. ¿Cómo sigues?

Madeline se apartó de él, tomó su rostro entre las manos y depositó un sonoro beso en su mejilla.

—Maravillosa de tener a mi nieto favorito —respondió sonriendo. Le dio una palmadita a la joven en el dorso y ella a su vez le devolvió una cálida sonrisa—. ¿Lo ves, Melody? ¿No te dije acaso que tengo un nieto aparte de guapo, inteligente y caballeroso, todo un dulce jovencito preocupado por su anciana abuela?

—No digas eso, abuela —se quejó Cord. Madeline a su vez soltó una ligera risita—. Te adoro y nunca voy a cansarme de venir aquí.

—Usted no es ninguna anciana, Madeline —opinó la chica—. Ya quisiéramos muchos de nosotros tener la oportunidad de llegar a la edad que tiene usted sin mayores dificultades y haber vivido lo que usted ha vivido. —Hizo una pausa, dirigiéndose a Cord —. Por cierto, me parece haberlo visto a usted antes.

—Melody, cielo, Cord es el senador de Nueva York, ¿cómo no vas a reconocerlo si aparece en los medios de comunicación? —presumió Madeline, orgullosa.

—Lo sé —comentó la joven, frunciendo los labios—, por supuesto que estoy enterada de quién es su nieto, Madeline, pero no me refiero a que lo haya mirado en revista o televisión

porque ha sucedido, aludo al hecho de haberlo tratado antes. —Se quedó pensativa unos segundos—. ¡Oh, sí! ¡Ya lo tengo! Fue hace unos días cuando llegó a comprarle flores a su esposa, por cierto, ¿qué tal le parecieron?

Cord permaneció en silencio unos segundos, asimilando que la chica acababa de sacar el tema a colación delante de su abuela, ¿qué responder? Tess no les prestó mucho aprecio a las flores, apenas y las notó para ser exactos y ponerse en ridículo delante de ella y su abuela ya sería incluso demasiado humillante.

—Le gustaron mucho —mintió—. Gracias.

Melody asintió en silencio sin dejar de sonreír, alzando la barbilla en muestra de una actitud vanidosa ante su aporte para que un infeliz marido se reconcilie con su esposa.

—Me alegro, pase por mi tienda cuando tenga en mente algún otro detalle.

—Lo tendré en cuenta. Gracias.

—Muy bien —respondió, a continuación, se inclinó hacia la anciana y depositó un beso en su mejilla tras darle un cálido abrazo—. Madeline, es hora de irme. Mañana vuelvo de visita, ¿vale? Nos vemos.

La aludida sonrió y asintió, haciéndole un cariño a la chica antes de irse. Cord y ella caminaron en silencio a su dormitorio, aferrada del brazo de su nieto, feliz.

—¿Qué pasa, cielo? —le preguntó una vez que se quedaron a solas, tomando su mano entre las suyas y guiándolo al confidente que se encontraba a los pies de su cama—. ¿Todo marcha bien entre tu esposa y tú?

Se sentaron juntos, Cord cuidando que su abuela se pusiera cómoda.

—No precisamente bien, pero ahí vamos —admitió. Se pasó una mano entre los cabellos.

—¿Cómo es eso, Cord?

—No es nada de lo que haya que preocuparse. —Le dio unas palmaditas en el dorso, fingiendo despreocupación—. Todo matrimonio tiene sus altibajos, ¿no?

—No tan pronto, cariño —reconoció ella, lanzándole una mirada de lástima que duró más de lo que le gustaba a Cord que le dedicara atención—. ¿Hay más Cord?

—No, abuela —mintió, sacudiendo la cabeza—. Nada que no pueda solucionarse.

—Cord…

Él se levantó y la besó en la frente antes de que Madeline continuara insistiéndole.

—Te amo, abuela. —Se colocó de rodillas y tomó sus frías manos entre las suyas—. Te prometo que lo solucionaremos y mejor centrémonos en ti, ¿te sientes bien?

—Como quinceañera —respondió, alegre—. Estoy bien, cariño. Ha sido una gripe inofensiva de temporada, nada de qué preocuparse. Ya me vio el médico y dijo que tengo una salud envidiable. He guardado reposo y me siento maravillosa.

Cord suspiró, bajó la mirada al suelo y sacudió la cabeza. Cuando volvió a alzarla y mirarla a los ojos, ella continuaba sonriendo como siempre, despreocupada y feliz.

—Eres un roble, abuela. —Se llevó sus manos a los labios, besándolas—. Espero pronto traer a mi esposa aquí, contigo.

—Dile que venga —pidió—. Quiero ver a Tess y charlar con ella, ¿lo harás?

—Lo haré, abuela. Te lo prometo.

—Ojalá Charles hubiera podido tratarla, ¿sabes? Él soñaba en conocer a la mujer que te hiciera tan feliz como ella lo ha hecho, no como Ophelia —chasqueó la lengua—, ella resulta ser la bruja malvada de todo cuento de hadas —reprobó—, no sé qué viste en ella.

—Éramos afines.

—No la amabas —señaló su abuela, comprensiva— y aun así ibas a casarte con ella. Gracias a Dios no lo hiciste o de lo contrario, te hubieras arrepentido el resto de tu vida.

—Conozco esa versión —murmuró.

—Cord, la historia de tus padres no es el mejor ejemplo a seguir —dijo comprensiva—. Ellos jamás han estado en el mismo barco y dudo mucho que una vez lo hubieran estado.

—¿Por qué se casaron?

Madeline agradeció la interrupción de una de sus amigas con quienes jugaba póker llamar a su puerta entreabierta cuando su nieto formuló una pregunta tan delicada.

—¿Estás lista, cielo? —preguntó la pequeña y morena mujer—. Oh, senador Kendrick, que agradable verlo.

Cord se puso de pie de inmediato, ayudando a su abuela a levantarse.

—Hola —saludó él en voz baja.

—Cielo, ha llegado Tonya para ir a jugar póker, me encantaría quedarme más rato charlando, pero mis amigas ya esperan. —Lo besó en la mejilla—. Te adoro y no te olvides de darle mis saludos a Tess y pedirle que venga, ¿de acuerdo?

Cord le dio un suave abrazo, aspirando hondo su familiar olor.

—Lo haré, abuela. Cuídate mucho.

—Tú también, cielo.

Madeline salió con Tonya, despidiéndose y dejando a Cord en la habitación, estudiando su alrededor y sin tener idea de qué hacer. Caminó directo a la cama, se sentó en el borde y se pasó los dedos entre los lisos cabellos dorados. No tenía ninguna intención de irse pronto, no deseaba salir de aquel sitio tan pacífico y enfrentarse una vez más al mundo real. Desvió su atención hacia la mesita de noche en cuya superficie de madera descansaba una antigua lámpara lacada en colores beige y un grueso libro con gastadas pastas color esmeralda en apariencia de terciopelo.

Para Cord, los libros de su abuela eran sus preferidos siempre y cuando no fueran románticos. De niño le encantaba encerrarse en su estudio y leer durante horas y en aquellos momentos deseaba conocer qué título era el que leía. Lo cogió, sopesándolo en sus manos y buscando el rotulo tanto adelante como atrás, pero estaba en blanco por ambos lados. Lo abrió en una página al azar y se arrepintió porque no se trataba de cualquier obra común y corriente, era el diario de Madeline. Lo cerró de golpe y volvió a dejarlo en su lugar, sin embargo, el pinchazo de curiosidad que experimentó le hizo romper sus reglas de no husmear en la vida de los demás, de no violar la privacidad, pero su abuela tenía una historia interesante, una vida sabia y deseó conocerla más a fondo. Pasó las yemas de sus dedos entre páginas, leyendo sin ninguna emoción las líneas que se remontaban a años atrás, a casi cuarenta años.

Ésta tarde, cuando regresé de casa de Cullan y Rosemarie, con una tremenda jaqueca por la discusión que tuve que presenciar en su joven matrimonio, encontré a Charles esperándome en la biblioteca, parecía avergonzado por algo y su comportamiento me hizo tener sospechas al respecto. Hace algunos días que mi marido lleva comportándose extraño, bebe y casi no duerme, además, ha pasado varios días fuera de casa y eso me preocupa, desconozco si Charles tiene algún problema que no ha querido compartirme al respecto. Estoy segura que Cullan no sabe nada o de lo contrario, la bocazas de su mujer ya me hubiera contado con lujo de detalle, pues Rosemarie no sabe guardar secretos y es la perdición de mi hijo.

Y supongo que no va a ser necesario que me entere por terceras personas porque ya conozco lo que sucede con Charle, lo que ha tenido tanto peso sobre la conciencia de mi conyugue como para hacerlo pasar tan malos momentos últimamente: me ha confesado que tiene una aventura, en realidad, que la tenía porque la mujer con quien mi marido me ha estado

engañando desde hace tiempo, no quiere saber más de él según porque ha encontrado a un hombre que esta con ella sin tener que compartirlo.

Sin embargo, existe un pequeño inconveniente: del adulterio de mi marido con ella ha resultado en un embarazo no deseado.

Cord frunció el ceño, impactado ante la revelación que leía, no sabía que su abuelo le hubiera sido infiel. Al parecer, la promiscuidad la traía en las venas, aunque quizás la traición de su abuelo no fuera tan sorpresiva como esperó, sino el resultado de ella: un hijo. Su abuelo había tenido un hijo con su amante.

Curioso por descubrir más de ese secreto tan bien guardado, Cord ignoró su integridad que le echaba en cara no seguir husmeando en el pasado y continuó pasando páginas llenas por la elegante caligrafía de Madeline. Las siguientes redacciones tenían algunos días de diferencia.

En un desesperado arranque y en búsqueda de alguien que pudiera apoyarme en la situación que me encontraba, terminé confesándole el vergonzoso secreto a mi nuera. Rosemarie jamás me ha parecido una mujer comprensiva y supuse que pondría el grito en el cielo cuando le revelé que Charles tendría un hijo con una extraña para la familia. Sé que me arriesgo en contarle todo esto a Rosemarie, pero es la única persona que encontré para desahogarme mientras bebíamos alcohol.

Me sorprendió su reacción: ni siquiera pareció afectada, no se disgustó. Quizás se deba a que ya está acostumbrada y al trato que le daba Charles ante ella a Cullan al considerarlo un infiel a vivos ojos con su mujer, a fin de cuentas, ella conoce los gustos bajos que Cullan tiene con cuanta mujer le menea las caderas y le lanza una sonrisita cómplice.

En ocasiones siento pena por mi nuera, por quedarse sentada en la sombra de su marido mientras él se revuelca con quien le pegue la gana. He oído noticias sobre un divorcio inminente y estoy de acuerdo en él. Gracias a Dios no han tenido hijos que resulten afectados en todo este lío. Sé que Cullan desea hijos, un heredero que siga sus pasos y lo haga sentir orgulloso de sus triunfos, mas a cinco años de matrimonio con Rosemarie, toda la familia está poniendo en tela de juicio que ese primogénito nazca.

Un escalofrío recorrió la vertebral de Cord tras leer aquellas líneas, sin embargo, ignoró cualquier reacción por su parte y siguió leyendo, ajeno al tiempo que transcurría ahí metido en la

habitación de su abuela e intuyendo que pronto regresaría.

Rosemarie es consciente de los planes de Cullan y la pobre niña no desea divorciarse y estoy casi segura que se debe a que ella no pertenece a ninguno de nuestros círculos sociales, ni mucho menos proviene de poderosas estirpes, no. Mi hijo la conoció de la nada, no fue presentada por ninguna de nuestras amistades ni tampoco posee pedigrí como ridículamente le conocemos acá. Es como cualquier chica común y corriente, pero ella estaba dispuesta a mejorar su posición social al hacerle creer a Cullan en el principio que serían padres, porque cómo no, la primera acción que Cullan cometió con ella fue tener relaciones sexuales sin ningún cuidado.

Su embarazo fue un mero invento para amarrar a mi hijo y no la culpo. Desconozco de qué sitio venga Rosemarie y no me interesa conocerlo pues solo ella sabe el peso de su conciencia. En fin, mi nuera es consciente que si no se embaraza pronto, Cullan la echará a la calle y no creo que a ella le haga emoción regresar de donde vino, por eso pido perdón a mis difuntos padres y sobre todo a mi Señor misericordioso por lo que accedí a hacer.

—¿Señor, Kendrick?

Sobresaltado, Cord se pudo de pie de inmediato, girándose hacia una de las enfermeras de la residencia con una nerviosa sonrisa en el rostro.

—Disculpe, su abuela está en su partido de póker, ¿desea que lo lleve?

—Lo siento, me he entretenido —se disculpó, encaminándose directo a la puerta y deteniéndose ante la pequeña figura que no dejaba de mirarlo con el ceño fruncido—. Por favor, no le diga a mi abuela que me quedé esperándola. No deseo que se sienta culpable por nada, ¿de acuerdo?

En silencio y apartándose de su camino, la mujer asintió.

En ningún momento advirtió lo que él había ocultado dentro de su elegante saco: el diario de Madeline Kendrick.

CAPÍTULO 14

Tess iba a enloquecer ese día porque no había minuto en que Andrew no estuviera jodiéndole la existencia cuando estaba segura de haber hecho todo los encargos bien, a la perfección, sin embargo, según él todavía le hacía falta terminar el papeleo para poderse ir a casa. Tess lo tuvo listo desde temprano y a Andrew no le pareció como lo hizo y la joven estuvo una vez más clavada en su silla, lanzando ojeadas al reloj colgado en la pared para lamentar aún más su mala suerte porque ya era demasiado tarde

La junta de los abogados de Prescott & Sons había terminado hacía rato y todos se marcharon a sus respectivos hogares, exceptuando a Ophelia quien llevaba rato encerrada con su hermano. Tess todavía no podía sacarse de la cabeza sus malintencionadas palabras.

—¿Te pasarás por casa cuando salgas del trabajo, Andrew? —preguntó Ophelia, tras abrirse la puerta de la oficina y saliendo al exterior.

Tess volvió a enfrascarse en su quehacer para no llamar la atención de los hermanos Prescott, en especial de Ophelia.

—No lo sé —admitió Andrew, masajeándose el cuello—. Me quedaré un rato más a terminar los pendientes que me hacen falta.

Ophelia no respondió, era tarde y conociéndolo, se quedaría hasta muy tarde.

—Como quieras, igual le daré tus saludos a nuestros padres —se despidió, besándolo en la mejilla—. Nos vemos y te pido que pienses muy bien en lo que hemos hablado.

—Vale, lo pensaré, princesa. Te lo prometo —asintió él—, ve con cuidado.

Ophelia asintió en silencio, giró sobre sus talones y pasó de largo delante del puesto de Tess sin lanzarle siquiera una mirada.

—McAdams, necesito que vengas a mi oficina —la llamó su jefe y Tess sintió que nada bueno le esperaba tras aquello.

Ella asintió, se levantó y fue de inmediato antes de que Andrew cerrara la puerta. Una vez dentro de la oficina, se dirigió detrás del escritorio y contempló a la joven de pie a mitad de la estancia sin dejar de mirarlo. Estaba abusando al hacerla quedarse más tiempo de su horario de trabajo, sin embargo, le debía dos horas por haber llegado hasta que le dio la jodida gana por quedarse con Kendrick e iba a cobrarse los minutos con creces.

—Dígame, señor Prescott.

—En ese armario hay un montón de papeles desordenados y no me he dado tiempo de

acomodarlos —señaló con una pluma el alto y ancho armario negro que se encontraba al fondo —. Hazme el favor de disponer todo en su lugar.

Tess evitó por todos los medios que su expresión delatara el desasosiego que la dominaba, aquel armario debía ser un caos o de lo contrario él no estuviera pidiéndole algo semejante, pero era muy tarde, nadie quedaba en el edificio salvo los guardias de seguridad.

—¿Ahora?

—Entre más pronto te des prisa mejor, Tess —asintió. Ladeó la cabeza y la observó con detención—. ¿O no crees poder hacerlo? Si es así, déjalo ahí y le pediré a alguien adepto y a ti no te ocasione ningún contratiempo.

Tess moría de hambre y apenas se mantenía en pie, sin embargo, no pensaba andar de quejica con él, era consciente que su jefe estaba cobrándose el tiempo que elle le robó.

—Ya me pongo en marcha —respondió, avanzando directo al estante.

Andrew volvió a su labor, enfrascado en un correo electrónico que debía redactar antes de media noche para el mismo bufete e ignoró a su asistente personal.

Tess inspiró hondo y abrió de golpe ambas puertas. El interior estuvo a punto de hacerla gemir de decepción al contemplar el desorden reinante de papeles apilados sin ningún sentido y montones de carpetas vacías, ¿cómo demonios Andrew pretendía que fuera a ordenar todo en un rato? Era imposible que acabara en una noche su trabajo y estaba segura que Andrew lo sabía y lo disfrutaba en grande.

—¿Cómo quiere que lleve el orden, señor Prescott? —se vio en la obligación de preguntar.

No sabía por dónde empezar ni por dónde terminar y tampoco quería errar en el acomodo.

Andrew alzó la mirada de su ordenador portátil y frunció el ceño, reparando en el infierno que se le presentaba a Tess y durante unos segundos pensó en pedirle que lo dejara por el momento, que ya habría tiempo que se pusiera a acomodarlo, sin embargo, ver la retadora mirada que ella le lanzaba, le hizo replantearse la cuestión. De ninguna manera sería blando con la mujer de Cord Kendrick, no señor, gracias a aquella preciosa chica su hermana estaba comportándose más perra de lo usual con todo el mundo y la culpable en todo el meollo se debía nada más y nada menos que a la mujer de Kendrick.

—En los estantes de arriba hay cajas que contienen carpetas —indicó, señalando con la mano— hay negras, azul rey y tintas. El acomodo que debes darle a los papeles es el que te

indicaré, McAdams: en las negras asegúrate de acomodarlas por año, de descendente a ascendentes; en las azul rey por el orden alfabético de los apellidos de nuestros clientes y en las tintas, aquellas que tienen la leyenda *importante* como marca de agua —le explicó, observando con detenimiento el impasible y pálido rostro de la joven a quien vio asentir en silencio, sin titubeos, pero aun así tuvo que preguntar—: ¿Te ha quedado claro, McAdams?

—Sí, señor Prescott —respondió, tras mentalizarse acerca de no irse a casa temprano.

Andrew le dedicó una distante sonrisa, volviendo a su labor.

Tess buscó una silla para subirse y alcanzar los estantes más altos, tuvo que quitarse las zapatillas para evitarse mayores incidentes que la demoraran más si sufría algún tipo de accidente. La oficina era semejante a la de su marido en el corporativo Kendrick, no tenía muchas sillas para disponer de ellas por lo que con renuencia avanzó descalza hasta el escritorio de su jefe y cogió una de las sillas de cuero blanco que había delante, atrayendo la atención de Andrew quien le frunció el ceño ante la interrupción. Ella lo ignoró y la arrastró, se subió e hizo malabares justo cuando alcanzaba a coger con las yemas de los dedos una de las cajas señaladas.

Andrew cerró el ordenador, frustrado porque no tenía más ideas, estaba cansado y hambriento, además, la preciosa mujer que laboraba para él no dejaba de atraer su atención. Desvió su mirada una vez más hacia Tess subida a la silla y tirando de una de las cajas que contenían las carpetas. Sintió una pizca de remordimiento por comportarse tan patán con ella, pero estaba claro que a la esposa de Cord no le importaba hacerlo perder su tiempo o se limitaría a acatar su horario laboral como llevaba haciéndolo desde el comienzo. No podía quejarse, pues era una empleada eficiente, aunque ese jodido día se le ocurrió llegar tan tarde a su trabajo y a él lo puso en apuros con el resto de los clientes. Jamás le había ocurrido con anterioridad y Tess no podía seguir creyendo que toleraría sus fallas, por ende, estaba demostrándole que él no existía los juegos haciéndola quedarse laborando hasta muy tarde y así poner a prueba su paciencia.

Además, la noche anterior se suponía que era su acompañante y ella lo abandonó por largarse con el imbécil de Kendrick pese a lo ocurrido entre su hermana y él hacía ya varias semanas, dudaba mucho que aquel cínico hubiera puesto a su mujercita al corriente de sus pasos o, en otros términos, de su infidelidad con Ophelia. En definitiva, Cord había encontrado una rara especie de mujer en aquella ciudad, tan ingenua y crédula de sus historias, porque Tess ni siquiera conocía de la herencia de Charles por la cual en la actualidad estaba casada con el senador de Nueva York, mucho menos estaba enterada del adulterio de su fabuloso marido. Creía que ella era inteligente, pero era tan tonta como cualquiera de las mujeres que se enamoraban de Cord Kendrick, incluida la misma Ophelia.

Contempló a Tess realizar malabares con la caja una vez que logró bajarla y sostenerle

debajo de su brazo izquierdo mientras con la mano derecha se aferraba al borde de la silla para mantener el equilibrio, pero él conocía sus muebles y sabía que esas sillas eran un poco resbaladizas, así que, al advertir que la joven pretendía bajar un pie, Andrew se levantó de su asiento y corrió a auxiliarla cuando el mueble resbaló y ella perdió el equilibrio, soltando al instante la caja y dejando escapar de sus labios un asustado jadeo imaginando que caería hacia atrás y se golpearía en la nuca. Por fortuna, un par de fuertes brazos la rodearon por la cintura y alcanzaron a evitarle que terminara lesionada.

—Dios mío —susurró ella.

Andrew la soltó comprobando que no se hubiera accidentado porque por sus exigencias, se había montado a la traicionera silla. Retrocedió un paso con los brazos en jarras, estudiándola intacta. Tess le dedicó una pequeña sonrisa de agradecimiento, apartándose los castaños cabellos del rostro aun sintiendo su corazón a punto de sufrir un paro cardiaco ante el enorme susto que se había llevado por creer lo peor.

—Gracias —le dijo, desviando la mirada hacia el desorden a sus pies—. Ya me pongo a recoger el desastre.

Andrew sacudió la cabeza y alcanzó a cogerla de la muñeca antes de que ella se dispusiera recoger las carpetas desperdigadas por el suelo.

—Déjalo, Tess y mejor vete a descansar —recomendó—. Ya lo harás mañana.

Aliviada, asintió agradecida.

—De acuerdo, señor Prescott. —Sonrió, apartándose de él y viendo que su jefe también dejaba su trabajo a medias—. ¿También se marcha a casa?

—Procuraré hacerlo —respondió, encogiéndose de hombros—. Ya vete, Tess. Tienes un hogar que mantener en orden.

Ella no replicó al respecto cayendo en la cuenta del humor cambiante de Andrew.

—Se lo agradezco. —Volvió a ponerse las zapatillas ante la atenta mirada de él.

Una vez que se calzó, pasó de largo enfrente de Andrew, sin embargo, éste la llamó y la hizo frenarse justo cuando alcanzaba a coger el pomo de la puerta.

—¿Tess?

La aludida se giró hacia su jefe quien la observaba muy atento desde el centro de la habitación con las manos metidas en los bolsillos delanteros del pantalón.

—¿Dígame, señor Prescott?

—Que no vuelva a repetirse tu demora del día de hoy—le recomendó con demasiada seriedad para que ella no se lo tomase en cuenta—, o de lo contrario, la próxima vez ni se te ocurra presentarte en el bufete, ¿estamos claros, McAdams?

Tess asintió muy lento con la cabeza sin apartar sus ojos de los de Andrew.

—Le aseguro que no habrá una próxima vez, señor Prescott.

Andrew sonrió, sacudiendo la cabeza e indicándole que no confiaba en su palabra.

—Descansa, Tess.

Tess asintió, abriendo la puerta y abandonando la oficina de Andrew, aliviada. Le echó un vistazo a su reloj de muñeca y comprobó lo tarde que era. Se apresuró a recoger las pertenencias que dejaba sobre su escritorio para que estuvieran en orden al día siguiente que se le presentaba la titánica tarea de ordenar el armario de la oficina de su jefe.

Recién dejaba todo acomodado cuando el sonido de su móvil dentro del bolso la hizo gruñir con desgana. La cogió y vio que se trataba de Cord y era su tercera llamada. Durante unos segundos pensó en ignorarla, pero no deseaba que cuando llegase a casa tuviera que lidiar con las reclamaciones por parte de su marido por ignorarlo con deliberación.

—¿Hola? —respondió finalmente.

—Tess. —El alivio que identificó en la voz de su marido la hizo sentir culpable por casi rechazarlo—. Mi amor, ¿por qué aún no llegas a casa? ¿Todo está bien?

Tess suspiró, llevándose una mano al pecho llena de emoción tras escuchar su voz un día tan de mierda como el que había tenido.

—La junta con los abogados del bufete se extendió y apenas ha concluido —dijo. Cogió su bolso y se lo echó al hombro—. Lamento no haberte informado, pero apenas he podido coger el móvil. —Se dirigió directo al elevador—. ¿Ya estás en nuestra casa?

Cord, quien acababa de aparcar enfrente del edificio de Prescott & Sons, sonrió tras oírla mencionar esas palabras. Echó la cabeza hacia atrás en el asiento, observando el techo del automóvil y suspirando quedito.

—Me encanta como suenan esas palabras.

Tess se detuvo ante las dobles puertas de acero inoxidable del ascensor, sonriendo sin comprender a qué hacía referencia Cord. Tenía la cabeza demasiado embotada y apenas procesaba cualquier información.

—¿Cuáles palabras, Cord? —Quiso saber, pulsando el botón del elevador.

—Nuestra casa —señaló—. Cuando las mencionas resultan increíbles, nena.

Tess río llena de felicidad, sacudió la cabeza y se introdujo en el interior del cubículo, pulsando el botón que la llevaría directo al lobby. Se pasó una mano entre los castaños cabellos al momento que las paredes de espejos le echaron en cara su desaliñado reflejo e hizo una mueca porque ni siquiera tuvo tiempo de polvearse para encontrarse con Cord.

—También a mí me encantan como suenan, mi amor.

Cord cerró los ojos incapaz de dejar de sonreír ante lo maravillosamente que se sentía volver a escucharla, sabiendo que ella estaba bien y continuaba amándolo. Contar con Tess en su vida lo llenaba de fortaleza para hacerle frente a todo lo malo que les cayera encima.

—Estoy esperándote afuera del edificio —informó él, volviendo a abrir los ojos e incorporándose para lanzar una ojeada a un lado—. ¿Ya vienes para acá?

Tess se mordió los labios, emocionada y feliz ante la perspectiva de no tener que esperar más minutos para poder ver a su marido en casa. Su sonrisa tembló cuando las puertas del ascensor estuvieron a punto de cerrarse y la mano de Andrew la retuvo para introducirse en el interior y bajar con Tess.

—Sí —susurró, ignorando la presencia de su jefe quien no le quitaba el ojo de encima—. Te veo en un rato.

—Estaré esperándote impaciente, amor —dijo Cord, desabrochándose el cinturón de seguridad y abriendo la puerta para esperarla afuera del vehículo—. Te amo.

Avergonzada por tener aquella ligera charla con su marido delante de Andrew, le dio la espalda a su jefe antes de responderle a su marido.

—También de amo.

Andrew a un par de pasos de distancia de la joven y sin que ella advirtiera sus gestos, le puso los ojos en blanco por ser testigo de un omento tan empalagoso. Tuvo que hacerse de los desentendidos cuando Tess se giró de nuevo y clavó sus grandes ojos verdes en él.

—El senador Kendrick está muy enamorado, ¿no?

—Eso es lo que dice —respondió de mala gana, cruzándose de brazos.

—¿Eso es lo que dice? —se burló Andrew—. Se supone que debe sentirlo no solamente decirlo.

—Señor Prescott, si tanto desea averiguar al respecto de los sentimientos de Cord debería usted mismo preguntarle —dijo, molesta—. Yo puedo responder a razón de mis propios

sentimientos.

Andrew arqueó las cejas de manera irónica, sacudió la cabeza y resopló.

—Tú tienes bien claro lo enamorada que éstas de él —señaló—, tú eres una mujer muy trasparente así también como lo eres demasiado ingenua y tu candidez puede jugar en tu contra, Tess, ¿ya has hablado con Cord respecto a la herencia de Charles?

Tess cruzó sus brazos sobre el pecho, apretando los puños con fuerza y desviando la mirada al tiempo que se mordía los labios, nerviosa. La tenía cansada su insistencia con la jodida herencia y empezaba a hartarse ante el extremo interés de Andrew porque ella conociera la verdad, no es que no le interesara saberla, pero si creía que era un tema muy aparte, que solo les correspondía a ella y a Cord hablarlo, no a terceros.

—Cord me hablará de ella cuando decida hacerlo —manifestó de mala gana.

Andrew asintió en silencio, sin dejar de sonreír con cinismo. No se equivocaba, esa mujer era tan ilusa que sus sentimientos hacia Kendrick la cegaban y ensordecían. Patético.

—No hay peor ciego que aquél que no quiere ver, Tess. —Se encogió de hombros—. Allá tú si no presionas para que te revele la verdad, aunque, ya la sabes, ya la conoces porque he sido yo quien te la confesó. —Resopló—. No debería tomarte desprevenida cuando él se digne a confesar su bajeza, si es que lo hace, desde luego.

Tess iba a replicar respecto a donde podía meterse sus revelaciones cuando el elevador llegó a su destino y las puertas se abrieron a la par.

—Que tenga buena noche, señor Prescott —dijo, sin embargo. Salió a prisa y se encaminó directo a la salida sin mirar atrás.

Se despidió del guardia de seguridad apostado en la entrada y nada más ver el vehículo de Cord aparcado y al perfecto dueño afuera de éste, apoyado, con los brazos cruzados sobre el pecho y con una envidiable despreocupación, Tess sintió que su corazón volvía a latir con fuerza. Casi corrió en cuanto lo vio despegarse del auto y acercarse a ella, sonriéndole con aquella increíble sonrisa que le disparaba el pulso a mil. Su marido la recibió a mitad de camino, envolviendo su cintura con los fuertes brazos y alzándola unos centímetros del suelo al tiempo que ella le echaba los brazos al cuello, riendo feliz por tenerlo ahí. Cord la estrechó con todas sus fuerzas, enterrando el rostro en su cuello y aspirando la fragancia de sus cabellos, inundando sus pulmones con su olor.

—No tienes ni idea de lo mucho que te he echado de menos —confesó todavía con su rostro perdido entre las sedosas cerdas—. Ha sido un día tortuoso sin ti, mi amor.

Tess sonrió, depositando un beso en su mejilla.

—También te he extrañado muchísimo, Cord —reconoció cuando él la depositó en el suelo y tomó su rostro entre las manos, acariciándole las mejillas con los pulgares—. Vamos a nuestro hogar.

CAPÍTULO 15

Un misterioso matrimonio

Así es mis queridos lectores de The Royal Chronicles, tal y como lo leen: el matrimonio del senador con Tess McAdams tiene todo el enigma que uno puede imaginarse, ¿por qué el senador más popular de Nueva York se casó con una completa extraña? ¿Por qué apresurarse si no se conocían de nada y de la noche a la mañana están unidos?

Aunque, tengo entendido que dicho casamiento beneficiará al joven senador para sus propósitos y cuáles son esos han de estarse preguntando ustedes, pues resulta que antes de morir el patriarca de los Kendrick estipuló, que su nieto favorito tendría de estar casado antes de los cuarenta años o de lo contrario toda la fortuna recaudada por Charles Kendrick a lo largo de su vida, pasaría a manos de su hijo Cullan y todo el mundo conocemos el modus operandi de Cullan, quien no es ningún derroche de caridad.

La cuestión aquí es: ¿qué opina la propia Tess al respecto? ¿Por qué accedió a enlazarse con Cord Kendrick cuando no tenían ni tres meses de conocerse? Queridos míos, en mi humilde opinión, no le auguro mucho futuro a ese vínculo, en especial porque son dos completos extraños que nada tienen en común.

Ya, quizás muchas se me lanzaran encima alegando que cualquier mujer puede caer enamorada del senador porque es un tipo hermoso, educado y todo un príncipe neoyorkino, pero refuto mis románticas de corazón, sí, objeto y no porque posea tales cualidades una puede embelesarse de la noche a la mañana.

No, una necesita conocer más a fondo a la persona, se requiere de más meses para dar el paso definitivo y contraer nupcias. Quizás estoy sonando como una vieja antigua, pero no deseo que, a futuro, mis lectoras cometan los mismos errores por seguir los pasos de la Cenicienta de El Barrio y recuerden, que debajo de toda apariencia siempre hay dobles intenciones y más adelante no vayan a lamentarse al recordar las palabras de su servidora.

Es ilógico y yo reto a Tess McAdams a contradecirme, ¿te atreves, Tess? Te estoy lanzando un desafío que tú verás si aceptas o no, atrévete a desmentirme. Quizás sea buen sexo lo que Cord te dé, pero el sexo no lo es todo en la relación, además, ¿cómo te tomaste enterarte que tu matrimonio no es digamos legítimo?

Te has casado por el dinero, que vergüenza, chica. Te atreviste a meterte en medio de la relación de Ophelia Prescott y el senador por ser una cazafortunas. Me compadezco de la familia Kendrick por acoger a una mujer como ella, interesada en el dinero, sin embargo, esas son las elecciones del senador.

Con sinceridad, estoy muy decepcionada de esta historia de supuesto amor entre el senador y la Cenicienta de El Barrio. Yo también pensé que todo se había dado por amor y no por una herencia. Lamento si he roto varios corazones, tenía que hacerlo porque también el mío se rompió al descubrir la verdad.

Se despide una muy decepcionada Jojo Lemar de The Royal Chronicles, deseando poder remendar su corazón pronto.

—Bravo, señorita Lemar —la felicitó Cullan tras leer el artículo que saldría al día siguiente—. Debo admitir que es una excelente escritora y el número de sus seguidores aumentará una vez que lean esta obra de arte que acaba de redactar para mí.

Jojo le dedicó una distante sonrisa, arrebatándole la tableta y guardándosela en el bolso. Había tenido que trabajar metida en el estudio de ese tipo con él presente mientras forzaba a su cerebro a sacar algo decente debido al repudio que experimentaba al encontrarse bajo el mismo techo que aquella escoria.

—Hace falta pulirlo mejor, señor Kendrick.

—Nada, así quiero que lo publique el día de mañana —ordenó él, inclinándose al frente sobre el grueso escritorio de madera—. Señorita Lemar, así está perfecto y no deseo leer otras palabras, ¿le ha quedado claro? Si usted me engaña, créame que no querrá verme enfadado porque puedo llegar a convertirme un verdadero dolor en el culo y soy capaz de hacer que su editorial pase por un “accidente”.

Jojo apretó los labios con fuerza en una fina línea, fijando su mirada en esos enigmáticos ojos violeta. Ya lo creía ella capaz de hacer lo que fuera con tal de salir él mismo beneficiado en todo sin importarle nada que les ocurriera a los demás, muestra de ello estaba en las líneas que él aprobaba para manchar más la imagen que empezaba a teñirse del senador del Estado.

—Me queda claro, señor Kendrick —asintió, poniéndose de pie—, le doy mi palabra que el apartado que se publique, aparecerá tal y cual usted acababa de leerlo, sin agregarle o quitarle frases.

—Eso espero, Jojo. —Sonrió, levantándose de su asiento—. Porque de ahora en adelante, usted y yo nos la apañaremos a la perfección para trabajar juntos. Créame, nadie más que yo deseo que el intachable senador deje a esa zorra que hace pasar por su esposa.

Jojo frunció el ceño, ella tenía sus razones para estar en contra de todos los Kendrick, pero él, ¿por qué estaba tan empeñado en lastimar a su propio hijo?

—¿Puedo conocer el por qué tanto rencor hacia su primogénito?

Cullan arqueó las cejas, sacudió la cabeza y soltó una fría carcajada, carente de todo humor. Aquella mujer no tenía pelos en la lengua y atinaba a formular las preguntas que a todo el mundo le encantaría conocer, mas sin atreverse a enfrentarse con su carácter.

—No, Jojo. No puede saber por qué odio tanto a mi propio retoño. —Cogió el grueso vaso de coñac que tenía casi intacto y lo alzó en un mudo brindis hacia la mujer, llevándoselo a los labios y dándole un largo trago—. Pero sí por qué odio a la zorra con quien se ha casado. —Suspiró, lleno de dramatismo—. Porque esa mujer es capaz de darme muchos problemas en el futuro y uno de ellos puede ser un heredero de Cord. —Clavó sus ojos en los de Jojo y ésta sintió que la sangre se le helaba al darse cuenta del intenso sentimiento que lo dominaba hacia su propio vástago—. No quiero estorbos, Jojo y Tess McAdams es capaz de ser un escollo mayor si llega a quedar preñada de mi adorable hijito. Ella no sabe que ha sido utilizada por Cord y cuando lo sepa, adiós molestias.

Jojo tragó saliva con fuerza, asintiendo en silencio y cogiendo sus pertenencias para marcharse cuanto antes. Estar ahí, en la misma habitación que el propio Cullan le provocaba unos incontrolables deseos de salir pitando. Le asqueaba el modo de actuar de ese tipo, sin embargo, tenía que mantener la fachada de cómplice ante él. No debería importarle a quienes planeaba lastimar en su camino a la gloria, pero sí le incitaban ciertos remordimientos enterarse de sus planes para el poder.

—Me alegra poder ser de ayuda, señor Kendrick —atinó a decir, sintiendo que le temblaban las manos cuando cogió su bolso, un gesto que no pasó desapercibido para Cullan quien lo dejó pasar por alto—. Ya es tarde y ha llegado el momento de retirarme.

Cullan asintió el silencio, recordando un detalle que podía cumplir la eficiente chismosa que tenía enfrente.

—Quiero que les haga llegar una copia a ambos involucrados en sus respectivos trabajos, si no es mucha molestia —recomendó él.

—Por supuesto que no lo es —respondió de inmediato—, yo misma me encargaré de que así suceda —prometió—. Que pase buena noche, señor Kendrick.

Cullan volvió a elevar el vaso a modo de silencioso brindis, sonriendo con frialdad para despedir a su nueva colega.

—Por supuesto que así será, Jojo. Téngalo por seguro que así será.

Jojo asintió, giró sobre sus talones y sin que se notasen los deseos que tenía por retirarse,

dirigió sus pasos a la gruesa puerta de madera, abriéndola con cuidado y abandonando la estancia. Una vez que Cullan se quedó solo, avanzó directo a un antiguo tocadiscos para a escuchar a Frank Sinatra, el hombre con quien se identificaba en sus canciones, en especial con aquella cuya mención lo hacía sentir justo como expresaba el rey de la colina, en la cúspide del éxito: *New York, New York*.

Fue hasta al inmenso ventanal con su vaso de coñac en mano y sonriendo ante las panorámicas de la ciudad que nunca dormía, apreciándola desde la cima de su condominio, sintiéndose el número uno, el rey de la colina y notando aquellas tristezas que lo habían estado consumiendo por días, como una a una se esfumaba, pues aquél era su flamante comienzo y que su principal enemigo se cuidara sus espaldas porque no sería misericordioso tal y como no lo habían sido con él.

***

—Vas muy callada —señaló Cord una vez que se pusieron en marcha rumbo a su hogar —. ¿Qué sucede, Tess?

Ella le lanzó una rápida mirada a su marido quien desde el principio no había perdido su preciosa sonrisa del rostro, se removió incómoda en su asiento y suspiró. Ese día apenas había tiempo de respirar ya no se diga de acudir a una farmacia y comprarse la píldora de emergencia, quizás estuviera comportándose como una neurótica en base a que no deseaba un embarazo tan pronto, pero no podía guardarse sus miedos por más tiempo, a fin de cuentas, Cord debía estar enterado de cada novedad que ocurría entre ellos.

—Cuando nos separamos —dijo en voz muy baja, tan baja que Cord apenas pudo escucharla—, deje de cuidarme y anoche que estuvimos juntos no utilizamos protección.

Un sudor helado recorrió el cuerpo de Cord porque debido a las ansias por estar una vez más en el dulce interior de su mujer, no reparó en un minúsculo detalle como aquél. Estaba tan ansioso de fundirse en ella, de volver a sentir ese delicioso abrazo, que se olvidó de todo, excepto de volver a hacerla suya.

Apretó el volante con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos, ¿cómo pudo haber sido tan descuidado? ¿Por qué no le preguntó antes a Tess si no había optado por dejar de usar el método anticonceptivo que desde el comienzo de su relación utilizó? La culpa no solo era de ella sino también suya, así que, no pensaba disgustarse con Tess por nada.

—Podemos detenernos en cualquier farmacia y compraré la píldora del día siguiente — siguió diciendo ella, pendiente de la expresión disgustada que acababa de cruzar por los bellos rasgos de su marido.

El silencio de Cord se extendió hasta uno de los semáforos en rojo, deteniéndose detrás de un Audi blanco cuya pegatina de Simon's Cat le mostraba la parte trasera y en donde apreció en el interior a una familia. En un par de semanas cumpliría cuarenta años, era consciente mientras observaba enfrente de ellos a la pequeña familia que iba adelante y quienes parecían reír por algo que el más pequeño decía, sus deseos de formar su propia familia. Quería hijos. Quería una casa llena de niños corriendo y gritando, felices y despreocupados, creciendo en el seno de una familia unida y cariñosa. Quería tener también un perro y un gato, así como canarios llenando los silencios momentáneos cuando sus hijos estuvieran en la escuela. Quería todo eso con Tess.

—No —fue su rotunda respuesta, girándose de frente a ella quien no dejaba de mirarlo en silencio con esos grandes ojos verdes. Llevó su mano hasta el delicado rostro de su esposa y sonrió, acercándosele para que sus rostros quedaran más junto—. No quiero que vayas a ninguna farmacia, Tess.

Ella inspiró profundo, experimentando un agradable calor instalarse en su vientre.

—Cord…

Cord le plantó un breve pero intenso beso, silenciando sus protestas.

—Quiero un hijo —declaró, dedicándole una pequeña sonrisa y acariciándole el labio inferior con el pulgar— contigo, Tess, con ninguna otra mujer, ¿entiendes? Cumpliré cuarenta años en unas semanas, ya no soy ningún jovencito que puede darse lujos de esperar más tiempo para conocer a sus vástagos.

Tess se mordió los labios con fuerza, emocionada debido a los deseos de Cord por convertirse en padre. Ella jamás se había planteado tener hijos propios, creía que con Violett cubriría el hueco de su maternidad, pero con Cord, con él deseaba convertirse en madre, sentir crecer en su interior la semilla de ese hombre.

—Sí —susurró. Sonrió al ver lo anhelante que lucía él—. Deseo convertirme en la madre de tus hijos, Cord Kendrick.

Emocionado, Cord se lanzó sobre ella, capturando sus labios entre los suyos en un profundo beso que hizo a Tess echarle los brazos al cuello y jadear contra su boca, ambicionando mucho más que aquel beso, mas él tuvo que apartarse de su boca justo cuando alguien detrás de ellos tocó su claxon, apurándolos a ponerse en marcha.

La joven soltó una carcajada cuando Cord maldijo por tener que apartarse de ella, sonriente y volvió a ponerse en marcha, lanzándole de vez en cuando ansiosas miradas por despojarla de toda barrera existente y sentir su cuerpo desnudo contra el suyo.

CAPÍTULO 17

Apenas llegaron al condominio y la puerta se cerró tras ellos, sus instintos actuaron por sí solos, desnudándose para disfrutarse por completo. No tuvieron tiempo de llegar al dormitorio, sino que las grandes manos envolvieron su cintura, girándola en redondo y empujándola contra la pared, aplastándose a ella contra su cuerpo al cubrirla y entrar en su interior, ya preparado para él. Tess gritó sorprendida por la brutalidad del acto, llenando el silencio del lugar con sus gemidos y forzosos jadeos. Echó la cabeza hacia atrás, apoyándola contra el hombro de Cord y fijando su mirada en el techo mientras él salía y entraba en su interior, embistiendo con fuerza, llenándola, enloqueciéndola.

Le echó los brazos al cuello, abrazándolo y sosteniéndose a él mientras sentía sus piernas de gelatina. Cord lo mantenía férreamente agarrada entre sus manos, clavándole los dedos en la delicada piel y resoplando contra su cuello, depositando sendos besos desde la clavícula hasta su barbilla. Sintió una mano de Cord ascender hasta el broche del sujetador, desabrochándolo y deshaciéndose de la última prenda que les impedía sentirse a plenitud. Cogió uno de sus pechos, estrujándole el pezón entre los dedos y lanzándole deliciosas descargas eléctricas por doquier, a continuación hizo lo mismo con el otro, otorgándole igual atención y provocando que un estremecimiento la recorriera de pies a cabeza, jadeando con fuerza y enterrando las uñas en su brazo cuando sintió la otra mano que la mantenía aferrada por la cintura descender hasta su sexo, jugueteando con el clítoris y obligándola a retorcerse contra él, tan excitada que apenas era capaz de mantenerse en pie.

—Cord —gimió, experimentando la arrolladora sensación de estar a punto de desfallecer.

—Dije que me cobraría cada noche que me debes, Tess —susurró contra su oído con la voz ronca, teñida por el deseo— y pienso hacerlo con creces.

La joven sintió que se le doblaban las rodillas y buscaba aire con desesperación conforme las arremetidas de su marido eran cada vez más duras, más salvajes. Cord la cogió de la barbilla, exponiendo el cuello para besarlo con fuerza y envolverla un brazo alrededor de su cintura, estrechándola más fuerte a él y derramándose en su interior con un grave jadeo. Tess lo siguió, echó las manos el frente y las apoyó contra la pared, lloriqueando a punto de perder las fuerzas de no ser por el brazo con el que Cord la sostenía, el cual le impidió caer hasta el suelo.

—Joder —murmuró Cord. Descansó la frente contra la espalda de ella, aspirando aire por la boca en un intento por acompasar su respiración.

—Estoy hambrienta. —Fue el primer sonido comprensible que emitió ella.

Cord la besó en la pringosa piel, abandonando la calidez de su interior y retrocediendo un

paso. La cogió por las caderas, la obligó a girarse hacia él y le apartó los cabellos adheridos a su rostro.

—¿Quieres salir a cenar? —le preguntó, acariciándole la piel con las yemas de los dedos, sonriendo ante lo preciosa que se veía sonrojada.

—Me gustaría quedarme en casa —admitió ella, echándole los brazos al cuello y apretándose a él, al instante, la reacción de Cord fue la deseada—. No me apetece salir y volver a vestirnos.

Él soltó una sonora risotada, inclinándose hacia ella y plantándole un profundo beso.

—¿Qué te apetece? —La besó en la nariz—. Dime qué deseas y yo cocinaré para ti.

—Sorpréndeme, señor Kendrick.

—Vale —respondió, apartándose de ella—. Voy a presumir de mis dotes de chef y terminarás más enamorada de mí.

Tess sonrió, mordiéndose los labios y suspirando, feliz por la despreocupación que Cord mostraba en esos momentos, luciendo más joven y atractivo.

—De acuerdo, presuntuoso —bromeó Tess—, me pondré algo y regreso enseguida.

Cord le dedicó un adorable mohín que la hizo reír con fuerza.

—Prefiero contemplarte desnuda si no te importa —recomendó él, lanzándole una sensual sonrisa que la hizo sacudir la cabeza.

—Me gusta que seas tú quien me arranque la ropa, mi amor, así que, ya vuelvo.

—Tramposa —se quejó Cord cuando la joven emprendió el camino directo al pasillo que conducía hacia su dormitorio.

Una vez dentro del dormitorio, Tess respiró hondo, apoyó la espalda contra la puerta y se llevó una mano al pecho, sonriendo como boba. Miró a su alrededor y por primera vez se dio cuenta que aquella habitación lucía tal y como la última vez que fue consciente de encontrarse ahí, de adueñarse del lugar más íntimo del dueño. Se apartó de la puerta y caminó directo al armario de puertas de espejo, evitando mirarse para no avergonzarse de la imagen que proyectaba.

Eligió un ligero vestido de satén color crema y finísimos tirantes de pedrería cruzado por la espalda sin molestarse en ponerse ropa interior ni calzarse. Estaba a punto de abandonar la alcoba cuando un objeto llamó su atención; un viejo tomo con pastas en color verde esmeralda de textura terciopelo. Frunció el ceño y se acercó a la cama para ver de qué se trataba. No era un

libro cualquiera, ella había llevado diarios cuando era adolescente y ese sin duda se trataba de un antiguo diario, pero, ¿de quién? Dudaba mucho que perteneciera a Cord, así como también dudaba que fuera prudente husmear donde no debía. Resopló, abandonando la idea de averiguar a quién pertenecía y qué hacía en posesión de Cord.

Abandonó el recinto dirigió sus pasos al salón de estar, encontrando el reguero de ropas en el suelo. Ignoró el desorden y avanzó a la cocina de donde provenía el delicioso olor a tocino, gruñendo su estómago con fuerza ante ese día sin comer nada decente. Moría de hambre y el aroma inundando la estancia no hacía más que empeorar su apetito. Irrumpió en la habitación y encontró a Cord cocinando con los pantalones puestos y bastante centrado en su labor. Sonrió, apoyándose en el quicio de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho, contemplando fascinada la sensual imagen de su marido.

Al advertir su presencia en la misma pieza de la casa, Cord echó un vistazo por encima del hombro y le lanzó una arrolladora sonrisa que la le provocó taquicardias a la joven.

—¿Qué cocinarás con tocino? —preguntó. Se acercó y apoyó a su lado, en la repisa de acero inoxidable—. Huele delicioso, señor Kendrick.

Cord sonrió, inflando orgulloso el pecho por la aprobación de su esposa ante un pasatiempo que había abandonado desde que asumió su papel como director ejecutivo del corporativo Kendrick y más tarde el de senador del Estado de Nueva York, prefería comprar comida a los restaurantes que meterse él mismo en la cocina y preparar sus propios alimentos, además, después de salir del trabajo y llegar a un hogar donde el refrigerador estaba vacío, quiso hacer la compra él mismo para evitarle aquellos inconvenientes a su mujer.

—Sándwich al estilo Kendrick, lleva bastante tocino, pavo y queso —informó, dedicándole una amplia sonrisa.

Tess soltó un suave gemido, llevándose una mano al estómago cuando este volvió a gruñir de manera audible.

—¿Necesitas ayuda?

Él negó con la cabeza. Se inclinó hacia ella y le robó un rápido beso, haciéndola reír.

—Yo soy el chef, señora Kendrick —le recordó—, usted siéntese y relájese.

Tess suspiró, besándolo en el hombro y permaneciendo unos segundos con la mejilla apoyada contra su piel, contemplándolo enamorada.

—Te amo.

—Ya te dije que, me amarás más una vez que pruebes mi comida. —Le guiñó el ojo,

agregando de modo socarrón—: No puedo mantenerte enamorada exclusivamente de sexo, mi amor. Necesito también alimentarte.

Tess se río, apartándose de él y dirigiendo sus pasos hasta una de las altas sillas al pie de la reluciente isla. Encontró encima de ella la bolsa de pan y haciéndole caso a su hambriento estómago sustrajo uno a espaldas de Cord quien estaba ocupado con el tocino para que no se quemara. Contempló la ancha espalda de su pareja mientras masticaba su panecillo, recordando la conversación que tenían pendiente y notaba que él huía de ella. Tenía que ser ese el momento adecuado para hablar al respecto o no encontraría otra oportuno para hacerlo y Cord seguiría huyendo todo el tiempo, dándole largas y al final, distrayéndola con sexo como solía hacerlo para evitarse conflictos.

—Andrew me preguntó si ya habías hablado respecto a la verdad de nuestro matrimonio.

Cord saltó hacia atrás a punto de quemarse con el sartén ante la inesperada forma de Tess de abordar una conversación. Apartó el tocino del fuego con un trapo de cocina y se giró en redondo hacia su mujer quien no dejaba de mirarlo mientras comía pan.

—¿Qué jodidos le interesa a ese imbécil los términos de nuestra unión?

Tess se encogió de hombros sin dejarse amedrentar por la mirada acusadora que le lanzó Cord al ser asaltado con tremenda pregunta.

—A él no, pero a mí sí —replicó, terminándose su pan y sacudiéndose las migas de las manos—. Estoy esperando una respuesta, Cord. Ya no permitiré que continúes dándole largas al asunto. —Lo miró directo a los ojos, dándose cuenta del gran esfuerzo que hacía por no usar una de sus estrategias—. Me lo debes, recuérdalo.

Cord se pasó ambas manos por el rostro, restregándoselo y acercándose a la isla de acero inoxidable, poniéndola de barrera entre ellos.

—La verdad es que, te amo —susurró.

Tess desvió la mirada de los grandes e intensos ojos azules, mordiéndose los labios. De ninguna manera caería en sus trampas.

—Cord —lo llamó con dureza—. Por favor, dime la verdad de una maldita vez.

Delante de ella, su marido bajó la cabeza descansando el mentón en el pecho y apretando con fuerza los puños sobre la lisa superficie.

—No quiero que te disgustes conmigo —murmuró como niño regañado—. Dame tu palabra que no te enfadaras tras lo que te diga. —La miró esperanzado—. ¿Me lo prometes?

—No convendré nada porque no estás en condiciones de pedir algo así.

Cord asintió en silencio, apretando los labios con fuerza en una fina línea y soltando un largo suspiro con pesar. Sentía cada músculo en tensión, cada latido de su corazón golpear con fuerza contra su pecho y ya empezaba a arrepentirse por acceder a confesarle la verdad tan sencillo. Sin embargo, por mucho que deseara continuar ocultándole esa realidad a su esposa, tenía que dejar de portarse egoísta y ponerla al margen de los términos sobre los cuales estaba asentado su matrimonio. Estaba asustado.

—Me casé contigo para asegurar la herencia de mi abuelo —confesó tras varios segundos de renuencia y lucha interna consigo mismo—, porque de esa manera podía mantener a mi padre lejos de ella o de lo contrario, si llegaba a caer en sus manos sería la ruina total de los Kendrick —explicó—. Todo lo que Charles Kendrick construyó con esfuerzo caería en las garras de un despilfarrador como lo es mi padre y no iba a permitir que el patrimonio de mi abuelo se fuera a la basura con tanta sencillez. Lamento haber actuado contigo de modo tan egoísta y no espero que comprendas, pero te ruego que me perdones por habértelo ocultado. Quise hacerlo en el principio, ponerle al tanto de lo que significaría que tú aceptaras mi propuesta de matrimonio, sin embargo, me acobardé. Buscaba los momentos oportunos para hacerlo, para hablarte de la cláusula de la herencia y jamás los encontré, y dejé pasar el tiempo mientras todo se complicaba más y más. —Hizo una pausa, observando el silencio sepulcral en que se había sumido Tess, mirándolo.

Tess asintió en silencio, apretando los puños con fuerza por debajo de la isla, sobre sus muslos, enterrándose las uñas en la piel y lastimándose a ella misma con el único fin de mantener fría la cabeza, libre de todo pensamiento irracional que le provocara sentir lastima por Cord. Por fin estaba siendo sincero, contándole al respecto de su matrimonio y ella no iba a dejar que en esos momentos que descubriera su lastima, Cord diera por sentado que estaba a salvo, que ella no estaba molesta con él porque si lo estaba. Estaba bastante furiosa con Cord haberle ocultado un detalle tan importante en su relación.

—Presiento que hay más —murmuró Tess, fijando su mirada desprovista de toda emoción en su rostro—. Sigue, Cord.

Él asintió en silencio.

—Cuando firmaste el acta de matrimonio, en ella iba incluida además que lo nuestro era un matrimonio de conveniencia, el cual una vez que se cumpla la cláusula del testamento establecida en su debido tiempo, podríamos dar por finalizado lo nuestro. No solo certificaste convertirte en mi esposa, sino que renuncias a la tercera parte de mi dinero que te pertenece en dado caso que optes por divorciarte antes de la fecha estipulada. —Tragó saliva con fuerza, sin

perder detalle del estoicismo que mostraba Tess delante de él—. Si consumado el plazo que debemos permanecer casados decides continuar adelante con, no afectará en nada nuestro matrimonio, pero si eliges divorciarte de mí, una tercera parte de todo mi dinero pasará a ser tuya sin mayores conflictos. —Inhaló hondo, sintiendo que las fuerzas lo abandonaban al ver que ella no emitía ningún sonido—. ¿No dirás nada?

Tess lo contempló en su eterno silencio, manteniendo una expresión carente de todo sentimiento. Se sentía dolida, engañada, utilizada. Finalmente, Cord admitía los verdaderos motivos por los cuales se casó con ella a tan poco tiempo de conocerse y pese a haberlos sabido por terceras personas, dolía como el infierno enterarse por los labios de aquél jodido mentiroso que momentos antes estuvo en su cuerpo, haciéndola sentir que podía tocar el cielo con las manos. No estaba furiosa con Cord, de eso no. La traición y el dolor dominaban cualquier otro sentimiento que pudiera mostrarse con mayor intensidad.

Su marido era un maldito traidor.

—¿Qué quieres que diga? —respondió, encogiéndose de hombros—. No tengo palabras para describir el modo que me hace sentir tu confesión, Cord. He sido utilizada para tu propio beneficio y apenas me lo dices, tan tranquilo y pidiendo que no me enfade contigo.

—Lo lamento —se apresuró a decir él.

Tess arqueó las cejas con escepticismo y sacudió la cabeza con rotundidad.

—¿Lo lamentas? ¿De verdad? ¿Por qué? Has salvado el patrimonio de Charles Kendrick casándote con una idiota que no estaba enterada de nada —le reprochó—. No deberías hacerlo Cord, al contrario, siéntete orgulloso de ser tan excelente mentiroso.

—Tess…

—Ya te escuché, Cord —lo calló—, finalmente sé por qué demonios te casaste conmigo. Era absurdo casarse con una persona a quien no conoces de nada tan pronto y mucho menos pregonarle un amor que dudo mucho y sientas. —Inspiró hondo—. No entiendo por qué decidiste mantener en secreto este asunto, por qué mantenerme alejada de conocer la verdad al respecto, porque si me hubieras dicho todo desde el comienzo, si hubieras tenido los pantalones bien puestos para confesarme la verdad, Cord Kendrick, nos hubiéramos ahorrado tantos dolores de cabeza. Ocultándome todo esto, me confirmas que no confías en mí, que jamás lo has hecho y quizás jamás lo harás.

—Tess, por favor. Te imploro que no seas dura conmigo. Te adoro con toda el alma.

—¿Qué no sea dura contigo? —se burló, rechinando los dientes—. Deja de ser tan

hipócrita, Cord. Ponte los putos pantalones bien y deja de fingir lo que no sientes por mí.

Al ver a Cord rodear la isla, Tess se bajó de su silla de un salto, alejándose.

—Tess, por favor —insistió Cord, estirando una mano hacia ella—. Lo siento. Te pido perdón por ser un jodido idiota contigo y ocultarte las cosas, comprendo que estés molesta y está bien, mi amor. Yo también estoy molesto conmigo mismo, pero lo que no toleraré es que dudes de mis sentimientos hacia ti. —Se detuvo a unos pasos de ella, con los brazos caído a ambos lados de su cuerpo y observándola con la derrota pintada—. Te amo. Desde el primer momento que te vi me di cuenta que eras la persona indicada con quien añoraba pasar el resto de mis días.

—Cord, no sigas porque te estás hundiendo tú solo.

—Me sentí irrevocablemente atraído a ti, ¿entiendes? Sucedió el mismo día que sepultaba a mi abuelo, experimenté la intensa necesidad de conocerte, de saber quién eras. Fue el destino o la casualidad lo que te puso en mi camino, pero sucedió porque tú ya estabas destinada para mí. —Volvió a acercarse a ella, haciendo que una vez más Tess retrocediera y terminara impactando su espalda contra la pared—. Eres mi vida. Te necesito a cada instante, ¿no lo ves? Sin ti estoy jodido.

Ella sacudió la cabeza con desesperación al verlo tan cerca de ella, sin poder escapar.

—¿Cuántas personas conocen la verdad de nuestra unión, Cord?

—Mi familia, y mis abogados —dijo, colocando una mano contra la pared, evitando que de esa manera ella pudiera escapar con facilidad—. ¿Qué importancia tiene?

—¡Todos sabían, todos estaban enterados menos yo! —le gritó a la cara, impactando su puño contra el duro pecho que le bloqueaba todo acceso de escapa—. Yo desconocía tu aberrante plan, a mí me tuviste ignorante todo el tiempo, fingiendo que me amabas, que te habías enamorado de mí y follándome para convencerme. Eres un maldito mentiroso.

—No te he mentido, Tess, te he omitido cosas, pero he sido sincero contigo.

—¡Me has mentido! —gritó, dándole manotazos cuando Cord trató de cogerla—. ¡No me toques! Has estado mintiéndome todo el tiempo, en mi cara. Eres un mentiroso, un maldito mentiroso. —Se pasó una temblorosa mano entre los cabellos en un vano intento por mantener la compostura—. Todo el mundo lo supo desde el principio. Todos se burlaron de mí, de la única gran idiota en toda la ecuación porque yo fui la única imbécil que creyó en ti, que confió en ti y tú te burlaste a mis espaldas con tu exprometida, con toda tu maldita familia. —Al ver que él se quedaba en silencio y estático enfrente, Tess aprovechó para empujarlo con fuerza del pecho—. Eres un desgraciado, Cord.

Cord apenas y era consciente de todo lo que sucedía, de las palabras que ella le echaba en cara con tanto odio que creía imposible que Tess lo sintiera por él, cuando lo aventó y pasó a su lado de largo directo a su dormitorio, Cord tardó en reaccionar, la siguió por el largo pasillo y la alcanzó justo cuando ella pretendía cerrar la puerta y encerrarse con seguro.

—Quisiste casarte conmigo porque era la única manera de arrebatarle la herencia a tu padre y sin estar enterada al respecto yo no podría chantajearte al pedirte una parte, ¿cierto? —Quiso saber, furiosa porque no pudiera dejarla tranquila para pensar—. Ophelia conocía todo y estoy segura de que deseaba su parte, pero oh sorpresa, rompiste el compromiso que tenías con ella y te casaste con esta estúpida. Claro que conveniente, Cord: engañarme y contentarme con sexo, ¿no? Que conveniente para ti no tener una mujer que estaría jodiéndote una vez dispusieras de ella a plenitud. Dios mío, eres un maldito cínico y estoy segura que si no hubieran existido personas que sembraron la duda en mí, continuaría en mi ignorancia.

Cord arrugó la nariz, mirándola con desconcierto.

—¿Ya lo sabías?

—¿Acaso tú crees que hubiera sido tan inteligente como para presentir que había un interés mayor a tu supuesto amor? Sí, Cord, hubo quienes me lo dijeron, quienes se burlaron de mi candidez. —Apretó los labios en una fina línea sin dejar de mirarlo—. Fueron más compasivos conmigo pese a sus burlas. Les causé lástima y hablaron primero que tú, el mayor beneficiado. —Se encogió de hombros, yendo a la cama. Se sentó en el borde y desde ahí contempló a su marido de pie a mitad de la habitación—. Me alegra haberte servido para más además del sexo.

—Te equivocas, yo te adoro con el alma y no te estoy engañando cuando lo digo, Tess. —A pasos cortos se acercó hasta donde ella estaba—. Te amo, eres la mujer de mi vida y con quien deseo envejecer.

Ella negó en silencio con vehemencia, sintiéndose muy cansada por tener que reprimir el llanto. Deseaba llorar, gritar, desahogarse, sin embargo, teniéndolo a él en la misma habitación y sin quitarle el ojo de encima con atención, le resultaba imposible.

—Ya no estoy segura de lo que siento por ti —musitó, mirándolo directo a los ojos.

Cord se detuvo enfrente, escrutando su rostro en total silencio, impactado por sus palabras. Tragó saliva con fuerza e ignoró la punzada de dolor instalarse en el pecho. Se arrodilló a sus pies, escrutando su rostro en busca de alguna emoción que delatara que había algo, aparte de vacío en aquellos verdes ojos.

La cogió de las manos pese al intento de Tess por apartárselas y las mantuvo aferradas

entre las suyas.

—Yo estoy muy seguro de lo que siento por ti y tus sentimientos no pueden cambiar de un momento a otro, Tess. Es imposible.

—Así como es inadmisible que tú confíes en mí, ¿no, Cord? —murmuró—. No estoy segura de querer continuar con una persona incapaz de confiar en mí, de mentirme en la cara y fingir sentimientos con tal de mantenerme contenta y comiendo de la palma de su mano.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cuándo vence el contrato prematrimonial?

—El día veinticinco de diciembre —susurró, temiéndose lo peor que pudiera estar pensando ella—. El día de mi cumpleaños.

Tess asintió en silencio, mordiéndose con fuerza el interior de la mejilla.

Cord le había sacado provecho al enamorarla, utilizándola para unirse a ella y poder cobrar la herencia de su abuelo, le había explicado con todo el cinismo del que poseía que, si decidía divorciarse después del plazo, ella podría disponer de una tercera parte de su dinero. Tenía que ser inteligente, pensar por primera vez desde que lo conoció con la cabeza y mandar al demonio sus sentimientos. También ella podría beneficiarse de ese enlace disponiendo de su dinero una vez se divorciarán, porque pensaba divorciarse de Cord una vez que todo concluyera. Él era un tipo millonario y ella necesitaba el dinero que en cierta forma era un pago a sus servicios para costear los gastos del abogado y poder tener consigo a su sobrina.

—Vamos a divorciarnos ultimado el tiempo estipulado —anunció, ignorando el dolor que vio en los ojos de Cord, así como el suyo propio. Alzó la barbilla, orgullosa de ser capaz de manejar esa situación con tanta frialdad—. No antes porque, así como tú te verás beneficiado con este falso matrimonio, yo también quiero sacarle provecho. Vamos a continuar casados unos días más, Cord y te advierto que solo lo seremos en apariencia.

—Tess… —empezó a quejarse cuando la vio ponerse de pie y soltarse de un manotazo —. No puedes pedirme algo así cuando sabes que me es imposible estar lejos de ti, no tocarte, no estar en tu interior.

—Es eso o que vuelva a marcharme de tu casa —amenazó, cruzándose de brazos—. Piénsalo y me lo cuentas mañana. Ahora estoy muy cansada y he perdido todo apetito. —Echó un vistazo a su alrededor—. Me mudaré a la habitación de invitados.

Cord no discutió al respecto, se quedó clavado en su sitio viéndola sacar sus ropas del armario y salir con ellas cargadas en brazos. Se tragó los deseos por correr detrás de ella, meterla

a su cama y hacerle el amor hasta que se le pasara el coraje, pero era consciente que no era el mejor momento para pensar en sexo y Tess seguramente terminaría más furiosa de lo que estaba. Por ello, la dejó hacer lo que fuera necesario para ayudar a que se sintiera menos miserable.

Abandonó la alcoba y regresó a la cocina para recoger todo lo que antes se dispuso a preparar para ella.

Todo el mundo se lo advirtió, le vaticinó que Tess iba a disgustarse con él, pero jamás sugirió que ella hubiera decidido seguir adelante y divorciarse en unas semanas. Apoyó las manos encima de la fría y lisa superficie de acero inoxidable, clavando la mirada en la las azules margaritas que reposaban en ella, luciendo tan solitarias en esa enorme habitación, igual como él mismo se sentía ahí mientras su mujer mudaba sus pertenencias a otro dormitorio donde él no estaría, donde no compartiría su cama ni el calor de su cuerpo.

Se pasó una mano entre los desordenados cabellos, resoplando lleno de frustración porque, no permitiría que esa situación prevaleciera mucho tiempo.

Tess tenía que darse cuenta que no iba a permitirle mantenerse lejos de su lado, de momento iba a respetar por unos cuantos días su decisión de mantenerse lejos de él, quizás era lo necesitaba para pensar mejor y aclarar sus ideas. No la presionaría, pero que ni esperara que la dejara más tiempo del que estaba dispuesto a ceder.

CAPÍTULO 17

Aquella mañana, Tess se levantó muy temprano y preparó el desayuno, el cual consistió en café, *waffles* y fruta picada. Agradeció haber encontrado lo necesario en la cocina de Cord y mantenerse ocupada en lugar de quedarse en cama dándole vueltas a lo acontecido la noche anterior. Apenas fue capaz de pegar ojo en toda la noche, rememorando su discusión y la confesión de Cord. Lloró, no iba a negarlo y fue así como se quedó dormida, pero era otro día e iba a mantenerse fuerte, serena para lidiar con sus emociones, echar al baúl sus sentimientos y actuar con frialdad.

Saldría temprano al trabajo y antes se pasaría por una farmacia para comprar la píldora del día siguiente, todavía no transcurrían veinticuatro horas de haber tenido sexo y ése el tiempo de su máxima eficacia, y estaba a tiempo de evitarse un embarazo cuando su relación se había ido a la mierda. No tenía sentido concebir un hijo si Cord no confiaba en ella, eran un par de extraños que tenían sexo y convivían bajo el mismo techo, sería egoísta por parte de ambos traer un hijo al mundo en aquellas condiciones y más aun sin iban a divorciarse.

Tiró de una de las altas sillas y se sirvió una pequeña porción de fruta al lado de sus *waffles*, bañándolos con sirope de maple y untándoles crema de avellana, acompañándolos con su humeante taza de café bien cargado. Acababa de dar el primer bocado cuando unos pasaos acercándose por el pasillo la hicieron alzar la mirada de su desayuno y descubrir al recién llegado. Cord acababa de irrumpir en la cocina, recién duchado y abrochándose la impoluta camisa blanca. El delicioso olor que desprendía ese hombre, invadió todo el recinto, provocándole un involuntario suspiro que la hizo experimentar el deseo arrollador por lanzarse y aspirar más de cerca el embriagador olor. Sin embargo, se metió otro bocado a la boca y masticó para no decir estupideces.

—Buenos días —saludó él, con aquella ronca y sensual voz que le provocó un delicioso estremecimiento por todo el cuerpo—. ¿Cómo has dormido?

—Muy bien. Gracias —mintió, dando un sorbo a su café—, ¿tú qué tal?

—Mal. Te eché de menos —confesó, estudiándola con cuidado.

—Hum, hice el desayuno, si deseas servirte y también preparé café —informó.

Cord asintió, se dirigió al armario donde guardaba los platos y se sirvió una generosa porción de *waffles*, rociándolos con azúcar glass y coronándolos con fruta. Fue a servirse su taza de café y después colocó su desayuno a una prudente distancia de Tess y se sentó a degustar en su compañía, en sepulcral silencio.

—Gracias por los alimentos —dijo él tras varios minutos de mudez—. Te quedó

delicioso.

Ella se encogió de hombros, levantándose y recogiendo los trastos.

—De nada —respondió. Los llevó al fregadero, disponiéndose a lavarlos.

—Yo lo hago. —Se acomidió Cord, colocándose junto a ella—. Es lo justo, ¿no?

Tess apenas y le dirigió una fría mirada.

—Si tú lo dices —masculló, apartándose—, hazlo. Yo terminaré de arreglarme.

Cord frunció el ceño, echándole un vistazo a su reloj y comprobando que era muy temprano para que se marchara al bufete.

—¿Entras más temprano de lo habitual el día de hoy?

—Sí —respondió, escueta.

—Podemos irnos juntos.

—En realidad, prefiero tomar un taxi —respondió. Se alejó de la cocina y encaminó a su dormitorio para terminar de prepararse.

A los pocos minutos volvió a salir lista, usando una ajustada falda de tubo azul marino a juego con las altas zapatillas de tacón de aguja y una holgada blusa blanca. Cord frunció el ceño porque no le gustaba que fuera tan llamativa para Prescott, apretó los puños reparando en los intensos labios rojos y sintió deseos por pedirle que se cambiara.

—Pasaré a recogerte —informó. Alcanzó a cogerla del brazo cuando pasó de largo.

Tess se zafó de su agarre, intolerante a que la tocara.

—Veré a Arianna y desconozco a qué hora llegue.

—¿Desconoces a qué hora llegarás a casa? —se mofó, pasándose una mano por el rostro —. Tess, empiezas a comportarte como una niña caprichosa.

—Bueno, al menos te comunico mis asuntos y no omito importantes detalles —le echó en cara, acomodándose su bolso al hombro—. Sabes que estaré con mi amiga cuando no debería informarte de nada de lo que haga o deje de hacer. Sería lo justo, ¿no?

—No —respondió con dureza, recibiendo una mirada fulminante por parte de la joven—. He confesado y continúas tratándome como si siguieras ignorante. No deberías darle importancia, conoces la verdad y hay que seguir adelante.

—Y tú te escuchas y te comportas como el jodido infeliz que me mintió con descaro todo el tiempo —señaló, molesta—. No vengas a hacerte de las víctimas conmigo porque ese papel no

te queda para nada, ¿me entiendes? Me mentiste, me usaste a tu antojo y para tus propios beneficios, así que, deja de continuar insultándome con tus actos. Y si a mí me pega la gana estar furiosa contigo, respeta mi maldita actitud y no te metas en ello.

Cord apretó los labios con fuerza en una fina línea, manteniendo la mirada clavada en los furiosos ojos verdes de su esposa. Estaba molesto por tratarlo como si fuera el enemigo, no era normal en ella comportarse de una forma tan aberrante cuando Tess siempre se había mostrado con él como la dulce chica que era y en esos momentos, parecía una completa extraña que de la noche a la mañana parecía que lo odiara.

Se hizo a un lado para dejarla pasar, molesto por tener que dar su brazo a torcer justo cuando lo que más le apetecía era echársela al hombro y meterla en la cama para follarla hasta que se le pasara el coraje con él.

—Te amo —le dijo una vez que Tess llegó hasta la puerta, disponiéndose a salir de ahí cuanto antes. Se detuvo en seco, maldiciéndose por la emoción que le provocaba oírlo—. Y estaré esperándote en nuestro hogar, ¿de acuerdo?

Ella apretó los puños con fuerza, alzando la barbilla en altanera actitud y con la espalda erguida, abrió la puerta, revelándole el desértico pasillo.

—Ten un buen día, Cord —fue su respuesta antes de salir y cerrar con fuerza.

***

Debido que en algunas ocasiones Andrew se retrasaba unos minutos o llegaba con mucho tiempo de anticipación, le dio una copia de la llave de su oficina a Tess para que dejara los pendientes que tuviera listos sobre su escritorio. Y esa mañana debido a los deseos por salir lo más pronto posible del condómino de Cord, llegó una hora antes que todo los demás tras haberse pasado por la farmacia y comprar la pastilla de emergencia. Se puso a recoger el desorden que dejó el día anterior, así como también adelantar el acomodo que Andrew deseaba que se les dieran a los papeles en sus respectivas carpetas.

Agradecía muchísimo aquella descabellada orden de su jefe porque así mantendría ocupada su mente de pensamientos absurdos. La noche anterior mientras lloraba en silencio la traición de Cord, dispuso de todo el tiempo de meditar acerca de su relación y siendo sincera consigo misma, no le veía ningún futuro. Había sido un garrafal error aceptar casarse con Cord, pero estaba tan desesperada por obtener su ayuda para pagar el abogado que pudiera darle la custodia de Violett que, no le importó venderse a él, en pocas palabras.

Era una completa idiota porque mientras Cord tenía otros planes secretos, ella aceptó sin cuestionar al respecto tan ridícula petición y ahí estaba ella, lamentándose por haberse

enamorado tan ciegamente de un tipo que días después de haber roto un compromiso de años con una sofisticada y hermosa mujer, le pedía a ella empezar una relación, porque según sus palabras, se había enamorado de ella.

Maldito mentiroso, se dijo Tess, suspirando con pesar y lanzando un vistazo a su alrededor, el apilo de carpetas.

Andrew arribó a su oficina media hora después que Tess ya tuviera parte de su trabajo avanzado y la encontró arrodillada en el suelo, rodeada de carpetas y papeles. Ella estaba tan ensimismada en su labor que no lo escuchó llegar y Andrew no se atrevió a perturbar su concentración. Cerró con cuidado la puerta y se apoyó contra ella con los brazos cruzados sobre el pecho, contemplando a la mujer de Cord.

Esa mañana, nada más despertar y revisar su correo desde el móvil, se dio cuenta que alguien le había enviado un PDF y ese alguien pertenecía nada más y nada menos a la jodida editorial The Royal Chronicles, la cual lo tenía hasta los cojones con sus chismes de la *socialité* de Nueva York. Pero, por primera vez desde que había visto la luz hacía un par de años y a la cual, su hermana cubría el culo de la dueña y fundadora Jojo Lemar, le hizo sonreír su artículo publicado a tan tempranas horas del día casi como si la cotilla editora no hubiera podido esperar ante el escándalo que levantaría.

Tess se sintió observada desde la entrada, alzó la mirada y descubrió a su jefe examinándola con mucha atención. Se apresuró a levantarse, mas él le indicó que no lo hiciera mediante un gesto con la mano, se acercó hasta ella de un par de zancadas y se detuvo.

—Veo que has madrugado el día de hoy, McAdams —comentó, acuclillándose delante de ella y apreciando su labor—. Nada mejor que ver a mis empleados disfrutar de su trabajo y ver que son eficientes, alabo la eficiencia, Tess.

—Ayer me quedaron algunos pendientes y decidí venirme temprano para poderlos terminar. —Se encogió de hombros—. He aprendido de mi lección, señor Prescott.

Andrew frunció el ceño, agarró una carpeta en cuyo interior descubrió que ella había acomodado los papeles tal y como lo ordenó el día anterior.

—¿Acerca de la puntualidad, McAdams?

—Concerniente a no ser tan imbécil —respondió con dureza, atrayendo la mirada sorprendida de su jefe. Ella se encogió de hombros—. Prefiero aprender en mi trabajo y dejar de ser tan confiada en mi hogar.

Por unos segundos Andrew no comprendió con exactitud a qué se refería, sin embargo,

un rayo de iluminación se abrió paso a través de su mente llena de asuntos por hacer y se dio cuenta a lo que la joven hacía referencia. Colocó la carpeta en el sitio de donde la había tomado, asintiendo en silencio, comprensivo.

—Kendrick ha confesado —atinó.

Tess arrugó los labios, asintiendo con la cabeza y experimentando una vez más la desazón al darse cuenta de lo estúpida que había sido cuando todas las amistades de Cord estaban enteradas de la verdad: su familia lo sabía, su exnovia y Andrew Prescott lo sabían, todos los abogados del corporativo Kendrick estaban enterados al respecto, excepto ella. Lo peor de todo era que aquellos tipos se burlaron de ella, creyéndola la muchachita idiota a quien Cord pudo mentirle a la cara sin remordimientos de conciencia y sin que ella intuyera absolutamente nada.

—Entonces, debes estar enterada de todo, ¿no?

—Todo en base a nuestro matrimonio —admitió de mala gana.

Andrew asintió, pensativo. En definitiva, Cord no era tan imbécil como él pensaba, resultó ser muy inteligente al confesar los verdaderos motivos de su matrimonio, pero seguía sin ser cien por ciento sincero con su esposa, aún hacía falta que el senador Kendrick confesara su infidelidad con su hermana Ophelia.

—Me alegro que tu marido por fin haya sido franco, Tess. —Sonrió—. Porque, parece que hay gente, además de nosotros quienes también conocen los motivos de su unión.

—No entiendo qué quiere decir.

—Me refiero a esto, Tess. —Andrew le tendió el PDF impreso en silencio—. Léelo.

Nada más repasar con sus ojos el título del documento que le tendió Andrew, sintió que hablaba ni más ni menos que de ella y Cord, y pertenecía a The Royal Chronicles, la editorial cuya competencia era visible con Break, la cual pertenecía a Jojo Lemar, archienemiga de Summer y quien jamás entendería cómo conseguía los más recientes escándalos que acontecían en aquella sociedad. Leyó con rapidez las malintencionadas líneas.

—Dios, incluso me he ganado un memorable apodo y alienta a sus lectoras a no ser tan estúpidas como yo, que considerada por su parte.

—Es una mujer que no tiene vida propia, Tess —comentó Andrew con suavidad—, no deberías tomarles importancia a sus escritos, la conozco y suele hacer una tormenta en un vaso de agua.

Tess por el contrario, estaba de acuerdo en sus palabras y le daba toda la razón.

—Incluso me retó —murmuró.

Andrew sacudió la cabeza, le arrebató el documento y rompió antes de que ella siguiera leyéndolo, y que le afectara más de lo que la notaba con aquellas absurdas palabras. La notó pálida y temió que fuera a desvanecerse si seguía ahí, así que, la cogió del brazo y la guio hacia uno de los sillones de la salita de espera, ayudándola a sentarse y haciendo lo mismo a su lado.

—Me ha llamado cazafortunas y he quedado como tal ante el resto de quienes leen sus artículos —murmuró ella, avergonzada.

—Sí, e incluso a Ophelia la hace quedar como una mártir —se burló, disgustado—. Tess, no creas en sus palabras, esa mujer es una arpía que le encanta meterse en la vida de los demás, ¿entiendes? Sus palabras son las mismas que Cullan u Ophelia pudieron haberle facilitado para que ella hiciera mella y todos estamos enterados del sentimiento tanto de Cullan como de mi hermana.

—Las cuales son realistas —insistió la joven, sacudiendo la cabeza.

—Puedes demandarla —la animó—, si tú lo deseas puedes acceder legalmente y…

—No —lo cortó Tess, mirándolo a la cara con el ceño fruncido—. No deseo acusarla, a fin de cuentas, todo lo que dice es cierto. Mi matrimonio se ha estructurado en mentiras, en los deseos de Cord por alejar la herencia de las codiciosas manos de su propio padre, pero no soy ninguna cazafortunas ni tampoco me he metido en su relación con Ophelia, cuando las cosas se dieron entre nosotros, él acababa de romper el compromiso.

—Tess, Cord no estaba enamorado de mi hermana —le confesó como sin nada—, jamás lo estuvo, pero Ophelia es una mujer insistente, castrante y sus deseos eran formar parte de los Kendrick a como diera lugar, ¿entiendes? Todos esos años que estuvieron juntos nadie fuimos testigos del brillo en la mirada de Cord, sino al contrario, lucía tan aburrido como cualquier persona que estuviera en una relación por mero compromiso, porque ya estaban acostumbrados a estar juntos. —Le dedicó una pequeña sonrisa—. No te sientas culpable ante algo de lo cual tú estás exenta ni tampoco permitas que te afecten comentarios por parte de una persona que no vale la pena, ¿vale? Te hice leerlo para que te dieras cuenta de lo que anda divulgándose por doquier y para que no te tome desprevenida.

Ella asintió con la cabeza, poco convencida.

—Gracias —respondió, volviendo a sentirse como la mayor idiota en toda la historia.

Andrew inspiró hondo y se levantó de su asiento.

—Te daré un consejo: ándate con todos los sentidos alertas, Tess y no permitas que tu

amor por Cord continúe cegándote. Ahora eres la esposa del senador, no la amante, sino la esposa, ¿entiendes? Estás en la misma posición que mi hermana y que la misma familia Kendrick así que, por nada del mundo vayas a permitir que cualquiera de ellos quiera pasar por encima de ti porque no podrán hacerlo.

—Lo único que deseo es tener a mi sobrina conmigo, Andrew —musitó—. No me interesa ser la mujer de Cord Kendrick si no puedo tener a Violett conmigo, para mí no tiene significado un apellido tan importante.

—Soy el mejor abogado de la Gran Manzana, Tess —presumió, dedicándole la sonrisa de suficiencia que le acreditaba ganarse a cualquier por difícil que pareciera—. Nunca pierdo y no perderé este caso, así que, ten por seguro que tendrás a tu sobrina en poco tiempo.

Tess agradeció en silencio por la seguridad que mostraba ese hombre y esperaba que no se equivocara que, en efecto, pronto tuviera a Violett.

***

Cord leyó el artículo impreso de The Royal Chronicles e hizo pelota la hoja, arrojándolo a la basura, furioso ante lo que acababa de leer. En ese momento la puerta se abrió e irrumpió Casper en su oficina como exhalación e igualmente mostrándole una copia del artículo. Su hermano parecía tan sorprendido que apenas y daba crédito en el mal humor con que Cord lo miró ante su interrupción.

—¿Ya has leído lo que dice esto? —Agitó el papel en el aire, pasándose una mano por el rostro—. Cord, ¿tienes idea de lo que va a suceder si los demás leen esto? Tendremos a la prensa afuera del edificio en espera de que desmientas lo que alguien ha publicado.

—¿Ahora eres abogado, Casper? —le echó en cara, echando la cabeza hacia atrás en el respaldo de la silla y cerrando los ojos—. No me molesta tener que dar detalles, a fin de cuentas, comienzo a acostumbrarme a que todo el mundo meta sus narices en mi vida y desee estar enterado de lo que acontece en ella a cada momento.

Casper sacudió la cabeza, molesto por la indiferente actitud con la cual se comportaba el heredero de los Kendrick.

—Pero a mí sí me interesa tener que soportar con el enjambre de reporteros que se asentaran afuera del puto edificio queriendo conocer cada jodido detalle del senador Kendrick y la Cenicienta de El Barrio.

—Veo que también eres partidario de Jojo Lemar y lees sus publicaciones.

—Joder, Cord, cómo jodido no voy a leer lo que está dándole la vuelta a la puta ciudad.

—Se restregó el rostro, frustrado porque Cord no mostrara más emociones que su apatía—. Cuando papá lo lea estará tan contento y se mofará de ti, porque te lo advirtió y…

—Papá lo sabe —dijo Cord, observándolo—. ¿No lo leíste bien? Son exactamente las palabras de Cullan. Estoy seguro que no fuiste tú o Cartier ni mamá quienes le facilitaron una información tan valiosa a esa mujer. Fue nuestro padre quien se ha aliado con la redactora.

—¿Insinúas que papá está detrás de toda esta mierda?

Cord se encogió de hombros, restándole importancia. Estaba agotado tras la maldita noche que pasó sin tener a su esposa a su lado, en su cama. Tenía un terrible dolor de cabeza y aquellos chismes que empezaban a regarse por doquier no hacían más que empeorar su día, así que, explicarle a Casper que Cullan estaba detrás de todo, lo veía un esfuerzo inútil.

—Lo conoces, Casper —inquirió, casi aburrido—. Sabes que él no sabe de límites.

En efecto, Casper estaba enterado de que su padre era un tipo sin escrúpulos y no le importaba joder a los demás, pero, ¿por qué a Cord? Su propio hermano estaba en la mira de Cullan y conociendo a ambos, si esa contienda continuaba adelante, su familia sería la más afectada a consecuencia de aquellos dos.

—Hay días que no entiendo en absoluto por qué papá y tú se detestan —señaló Casper, pensativo—. Es casi como si él te odiara.

Cord arqueó las oscuras cejas, sacudió la cabeza y resopló lleno de diversión ante la observación de Casper. Para Cord ya era tema viejo, sabía que Cullan lo repugnaba y al principio lo afectó, mas con el paso del tiempo supo tomarlo como de quien venía el desplante. Cullan lo despreciaba porque era bastante obvio que tenía celos de sus triunfos, de sus victorias, de haber sido el favorito de Charles tras su nacimiento, por ende, haberse convertido en el heredero universal del imperio Kendrick. Ya no le importaba conocer el odio de Cullan, había sobrevivido sin su cariño todos aquellos años y tampoco le importaba escucharle mencionar que no lo enorgullecía ser su padre, porque Cord tampoco estaba contento de ser su hijo.

—Papá me desdeña, Casper —informó de buen humor pese a no sentirlo en absoluto. Divulgarlo era un tema que le resultaba fastidioso—, ¿por qué te sorprende tanto? No es ninguna novedad enterarte que Cullan me odia.

En realidad, para Casper si lo era, se suponía que eran una familia ejemplar, envidiable al resto de los mortales, quizás tal vez ya empezaba a ser el momento de que dejara su ingenuidad de lado y viera bien en qué linaje había nacido, dejando de lado el poder y la fortuna, no eran perfectos.

—¿Por qué? No encuentro el por qué, Cord, eso es todo. Es ilógico que papá te condena si eres su hijo, su primogénito.

—Cullan me odia porque soy mejor que él —admitió, pedante por no haber fracasado tal y como su padre llevaba haciéndolo desde que podía recordar—. Él es un completo fiasco y condena que yo sea mejor que él, que lo haya superado en todo. —Se enderezó, estirando los brazos por encima del escritorio y dedicándole una burlona mueca a su hermano—. Ésa es la obvia razón, Casper. Y si él ha planeado derrocarme, que no espere encontrar a un niñato que no sabe pelear, que ni crea Cullan Kendrick que le facilitaré las cosas porque te aseguro que no tiene idea de a quien le ha declarado la guerra.

CAPÍTULO 18

Una vez finalizado el agotador día laboral, Tess decidió marcharse a casa en lugar de ir con Arianna tal y como planeó hacerlo esa misma mañana. Estaba cansada, le dolía la cabeza y lo que más necesitaba era dormir, así que, cuando llegó al Kent y descubrió que Cord no estaba, experimentó un alivio infinito. Le resultaba muy estresante fingir que no le afectaba la presencia de su marido, estaba dolida con él, pero no se sentía furiosa como debería estarlo y quizás ese era el mayor problema; su falta de carácter concerniente a él.

Se cambió por unos viejos vaqueros y una ligera camiseta de algodón gris con el estampado de una calavera con rosas sobre su cabeza. Cuando estaba estresada o molesta, se ponía a limpiar su apartamento, sin embargo, ese lugar estaba demasiado limpio para quitar mugre de sus superficies. Y no teniendo más opciones disponibles, decidió mantener su cabeza ocupada de cualquier pensamiento irracional, cocinando. No prepararía nada laborioso sino lo que guisaba cuando trabajaba para Devon.

Recordar su antiguo trabajo con su hermano mayor se le antojó tan lejano y tranquilo, con él las únicas exigencias que recibía era el de cocinar delicioso y no ser ninguna floja sin preocuparse en si hería sus sentimientos o le rompía el corazón. No eran muy unidos, pero al menos jamás tuvieron tantos problemas, en contraste con los que saltaron como chispas de pólvora al enterarse Devon para la persona que trabajaba. Estaba segura que la aberración que sentía hacia todos los tipos elegantes, con traje y millonarios, era global y no se remontaba exclusivo a la familia Kendrick, sin embargo, su intuición le decía que solo era hacia los Kendrick, su repudio y nunca estuvo interesada por conocer más, hasta esos momentos cuando los escándalos volvían a rodear a dicha estirpe y a ella de igual manera.

Nunca en su vida imaginó que sería el centro de atención de las personas, que alguien hablaría de ella y la expondría ante toda la ciudad. Le había afectado, por supuesto que fue así como ocurrió y no podría hacer mucho al respecto si continuaba casada con Cord. Y como si hubiera sido invocado por sus pensamientos, escuchó el ruido de la puerta abrirse, así que, ignoró cualquier otro sentimiento que no fuera el de mantenerse cocinando.

Cord se dio cuenta que Tess se encontraba en casa por el delicioso olor de pavo ahumado que invadió su hogar. Sonrió feliz porque le gustaba tenerla en casa, que aquel sitio que por años estuvo vacío por fin pudiera llamarse como tal, pero, tenía que recordarse que su mujer seguía disgustada por haberle omitido la verdad acerca de su matrimonio y por mucho que deseara hacerla cambiar de parecer, no iba a presionarla.

Inhaló hondo, introduciéndose en la cocina y apretando los puños para no ir directo a ella para abrazarla y besarla hasta saciarse.

—Hola —murmuró. Se acercó a la isla y permaneció ahí de pie, observándola.

Tess alzó los ojos para dedicarle una veloz mirada y continuar cortando lechuga, ignorando la agradable sensación de calidez que la recorrió completa al contemplar aquellos intensos ojos azules clavados en su rostro.

—Hola —respondió, ignorando su presencia—. ¿Cómo fue tu día?

Cord cogió uno de los grandes y redondos tomates rojos que Tess tenía lavados en un bol, dándole vueltas en su mano.

—Ahora va bien —musitó, atrayendo su atención—. ¿Qué tal el tuyo?

Tess se encogió de hombros con indiferencia, terminando de seccionar la lechuga. Cogió uno de los pepinos que tenía destinados para la ensalada y procedió a hacerlo rodajas.

—Genial —replicó, sarcástica—, teniendo en cuenta que mi jefe y todo el bufete recibieron un artículo que informaba al mundo entero que nuestro matrimonio es una farsa, ha sido un buen día. Gracias.

—Lo siento.

—¿Por qué? En estos momentos todo Manhattan me conoce como la Cenicienta de El Barrio —se burló, cortando con demasiada fuerza—, al menos me han encontrado un buen apodo y no se limitarán a conocerme como la amante del senador Kendrick.

Cord desvió la mirada de sus furiosos ojos, culpable porque gracias a él estaba en dicha posición. Si no fuera por su falta Tess hubiera tomado de otra manera aquel artículo escrito por una vieja chismosa y redactado por su infeliz padre.

—¿Quieres proceder en contra de la editorial?

—¿Cómo qué? —cuestionó. Soltó el cuchillo y dio por finalizada su labor, al parecer, comenzaba a volverse una pésima costumbre irse con el estómago vacío en esa casa—. Quisiera hacer mucho en contra de ellos, pero no lo haré porque publicaron la verdad. Me doy cuenta que Jojo Lemar sabe más que yo de nuestro matrimonio.

—Es gracias a mi padre —respondió él. Se pasó una mano entre los cabellos, disgustado por la batalla que estaba provocando Cullan con sus tonterías—. A él le debemos que todo el mundo esté enterado de mi canallada, Tess.

La mujer sacudió la cabeza, cruzándose de brazos.

—No, Cord, no culpes a nadie más de tus errores —le reprochó, atrayendo la atención de su marido hacia ella, mirándola a la cara—. Tú mismo me ocultaste la verdad, me mentiste del

por qué te casabas conmigo y Cullan no ha hecho más que sacarlo a relucir. Pudiste haber dicho la verdad y preferiste callarte, ir mintiéndome a cada paso hasta que no pudiste seguir callando porque todo el mundo se puso en tu contra y amenazaba con revelarle toda la maldita veracidad a tu imbécil esposa. No te escudes detrás de los demás, Cord porque esto no tiene nada qué ver con tu padre, sino contigo y tu falta de carácter.

—¿Qué quieres decir con mi falta de voluntad?

Tess apoyó las manos sobre la helada isla de acero inoxidable, encogiéndose de hombros sin dejar de mirarlo a los ojos. Cord le sostuvo la mirada, frunciendo el ceño.

—Me refiero a eso, te falta bravura porque desde que nos conocemos es como si le tuvieras miedo a tu padre. Tu familia te manipula…

—Mi familia no me manipula —la interrumpió, apretando los puños con fuerza—, no te equivoques ahí, Tess.

—No me errando, Cord —respondió, tranquila—. Ella te manipula, resulta bastante obvio darse cuenta que sea lo que sea que ellos pidan, tú acatas sus mandatos y eso fue el detonante para hacerte confesar, para ser sincero conmigo a pesar de que todos ya me lo habían restregado en cara, solo hacías falta tú. Has mencionado sobre la enemestidad que existe entre tu padre y tú, sin embargo, cuando hablas de él, lo haces además de coraje, miedo.

Cord se pasó una mano por el mentón, restregándose furioso.

—Yo no le temo a mi padre.

—¿No? Pues tu comportamiento indica todo lo contrario —insistió ella, mordiéndose los labios con fuerza—. Supongo que él te exigía demasiado cuando eras joven, siempre estar muy por encima de las expectativas puestas en ti, pero eres un hombre adulto, Cord, alguien que no debería continuar demostrándole que puede hacer más de lo que se propuso hacer.

—Tess, deja de hablar de mi familia porque no tienes ni remota idea de cómo son ellos en realidad, ¿vale? Ya hemos hablado un poco de ellos y no es agradable para mí pregonar que tengo pésima relación con mi progenitor.

—¿Lo ves? Ahí está de nuevo ese timbre que empleas cuando te refieres a él y…

—Basta, por favor. No deseo hablar de él ahora.

Tess abrió la boca para continuar departiendo al respecto, sin embargo, la cerró porque sabía que estaba comportándose como una pesada con él cuando Cord no quería abrirse más. Por unos instantes se sintió tentada a confesarle que ella si le temía a Cullan, que su padre le inspiraba miedo y no solo repudio, sino un temor genuino debido a la frialdad, al odio que vio en

sus ojos violeta cuando la amenazó.

—Está bien —asintió con desgana—, no vamos a hablar de tu progenitor ni tampoco de tu familia. No hablaremos de nada si eso te hace sentir mejor.

—Hablemos de nosotros —pidió él, fastidiado—. Nosotros, Tess. No mi familia, no tu familia, sino nosotros.

—Cord, es difícil hablar de nosotros cuando no creo que existamos como tal.

—Por supuesto que sí, eres mi familia. —Rodeó la isla hasta llegar a su lado y colocarse delante de ella, cogiéndola de la cintura y reteniéndola—. Eres mi hogar. Tú, Tess McAdams. Tú eres lo único y más importante para mí, ¿no te das cuenta? —Tomó su rostro entre sus manos, manteniendo su mirada presa de la suya—. Te amo como jamás he amado a nadie. Cuando estoy contigo me siento una mejor persona y cuando no te tengo, siento que muero, que nada tiene sentido, que el mundo pierde su cauce. Te fallé y me arrepiento, y si pudiera volver en el tiempo atrás, te juro que lo haría, sin embargo, no puedo borrar los errores que he cometido, pero si puedo seguir adelante y enmendarme por ti.

—Cord, lo único que te pido para seguir adelante con nuestro matrimonio es sinceridad —musitó, envolviendo sus manos con las suyas—. Te pido que confíes en mí.

Los azules ojos de Cord la miraron con pesar, incluso con dolor ante una petición tan simple, haciéndola ver la tremenda lucha interna con la cual peleaba.

—He confiado en mi familia y me han apuñalado por la espalda —admitió, agachando la mirada, evadiéndola.

—Yo soy tu familia, Cord —insistió ella—. Yo estoy aquí para ti, ¿entiendes? Jamás haría nada en contra tuyo porque te adoro con el alma, pero te pido confianza, algo que es muy sencillo de hacer.

—No para mí —dijo, apartándose de su agarre.

—Entonces, ¿qué sentido tiene continuar juntos si no vas a confiar en mí? —susurró—. Cord, me queda bastante claro que si seguimos juntos tú estarás todo el tiempo recelando de mí, que no vivirás en paz al imaginarme hacer justo lo que tu familia te ha hecho y yo no puedo estar con una persona de quien no tendré su plena confianza. Tú me haces cuestionarme al respecto si es buena idea seguir adelante. —Hizo una pausa, esperando que él actuara de modo impulsivo, que le asegurase que confiaría en ella con tal de no perderla, pero Cord no dijo nada—. Lo mejor es separarnos.

Dicho aquello, Tess se apartó y lo dejó plantado en su sitio, yendo directo a su

dormitorio. Irrumpió en la penumbra y procedió a desnudarse para meterse a la cama. Una vez más volvía a irse con la mente agotada y el estómago vacío. Hizo una mueca porque ese dormitorio no tuviera una ventana desde la cual pudiera contemplar la apacible noche de Manhattan, una ciudad llena de sueños y fantasías que toda buena chica deseaba cumplir, que añoraba conocer a un tipo guapo, millonario y tener una vida de cuento. Durante un tiempo esas ilusiones le pertenecieron porque intuyó que perpetuarían con el tiempo, mas tales sueños se fueron a la basura y solo quedó una honda melancolía.

Sacudió la cabeza, dispuesta a no permitir que de nuevo la tristeza se ensañara con ella y la sumiera en una profunda desolación que solo la agotaría más. Se deshizo del sujetador y metió su camiseta para dormir por la cabeza. Apartó las suaves cobijas y preparó que el sueño acudiera a ella, o eso pretendía hacer si la puerta no se hubiera abierto con estruendo, sorprendiéndola en su sitio.

Se giró en redondo, emocionada y asustada ante la presencia de Cord en el umbral de la puerta, bañado por la luz del pasillo, haciéndolo ver tan peligroso y hermoso a la vez, acelerando su respiración y sus pulsaciones. De un par de largas zancadas, el hombre rompió la distancia que los separaba y sin pronunciar palabra alguna o darle siquiera a ella la oportunidad para alejarse, tomó su rostro entre las manos y lo acercó al suyo, fijando los oscuros ojos azules durante unos segundos y sin más, plantándole un feroz beso en la boca que la consumió completa.

Tess estuvo tentada a apartarlo de su lado, correr y esconderse en el interior del cuarto de baño donde se encerraría con seguro y no saldría hasta que él se hubiera marchado, pero no lo hizo. En lugar de huir de la intensidad de los besos que le daba Cord, terminó apretándose a su cuerpo y echándole los brazos al cuello, aferrándose a él y sintiéndolo por doquier. Las grandes manos masculinas descendieron por sus costados hasta la curvatura de su trasero, instalándose en su redondez y apretándolo con fuerza contra la dura erección que presionaba el vientre de la joven, provocando la deliciosa y dolorosa sensación instalarse en el centro de su ser.

—No volveremos a separarnos, Tess —masculló contra sus labios, luchando por deshacerse de su camisa—, ¿me oyes? No voy a permitir que vuelvas a escapar de mi lado y esconderte Dios sabe dónde para que yo no pueda encontrarte.

Ella le ayudó a quitarse la prenda, sacudiendo la cabeza porque le parecía absurdo desear escapar de su marido y al mismo tiempo añorar hacerle el amor.

—Cord, no podemos seguir adelante con todo esto —insistió ella, gimiendo contra los duros labios que mordisqueaban su barbilla—. Lo mejor es terminar con lo nuestro y cada quien seguir su propio camino.

Como réplica, metió sus manos por debajo de la camiseta envolviendo sus pechos y estrujando sus pezones sin ninguna amabilidad. Aquella salvaje caricia la hizo gemir contra su boca, recibiendo toda una descarga eléctrica por todo su cuerpo y aferrándose con las uñas a sus fuertes brazos. Cord sonrió, fascinado ante la respuesta recibida por parte de su cuerpo, contemplando el sonrosado rostro de la mujer que sostenía entre sus manos.

—De ninguna manera, Tess —contestó. Le alzó la camiseta hasta el cuello, exponiendo los pequeños y turgentes pechos cuyos rozados pezones se habían puesto erectos ante sus caricias —. Eres lo más hermoso y perfecto que he tenido en mi jodida vida, no pienso renunciar a lo que tenemos y tú tampoco. —Se inclinó y tomó un pezón entre sus labios, rozándolo con su lengua y robándole un quedo suspiro—. Eres tan mía como yo soy tuyo —declaró, introduciéndolo en su boca y succionándolo con suavidad.

—Cord —gimió—. Por favor…

Ignorando sus suplicas, la empujó con suavidad contra la cama, cayendo e irguiéndose sobre los codos sin apartar los ojos del bello hombre que tenía delante de ella. Cord se inclinó sobre su cuerpo, aferrándola de las caderas y llevándose el otro pezón a la boca para darle la misma atención que momentos antes le dedicó al otro. Una mano descendió por su cuerpo hasta su vientre, colocándola sobre éste al tiempo que Tess aguantaba la respiración. Sus dedos la recorrieron con calma, lento, trazando un camino con las yemas directo al borde de las bragas, deteniéndose unos instantes para apartar su cabeza de su pecho y alzar la mirada hacia su rostro.

Tess jadeó con fuerza, echando la cabeza hacia atrás y arqueando la espalda cuando introdujo la mano dentro de las bragas y buscó su sexo, atento a las expresiones que cruzaban por su rostro y las cuales eran imposibles de ocultarle. La joven cerró los ojos, aferrándose a las cobijas, mientras los expertos dedos empezaban a jugar con su clítoris, provocando que un delicioso calor se extendiera por todo su cuerpo, consumiéndola con aquellas caricias brindadas a su dolorido botón.

—No puedo vivir sin ti, Tess —señaló con la voz ronca, introduciendo un segundo dedo en su interior, haciéndola arquearse y retorcerse contra él, pidiendo más de la deliciosa tortura—. Y tú tampoco puedes vivir sin mí, mi amor.

Tess abrió los ojos, encontrándose con aquellos oscuros ojos azules fijos en su rostro, contemplándola tan excitado como ella estaba, pero su gesto la catapultó a la deriva, sintiendo como su cuerpo se tensaba conforme sus dedos y la oscura mirada tenía la atención en ella, lanzándola entre pesados gemidos y jadeos a un delicioso orgasmo.

—No —admitió ella, incorporándose sobre los codos, ofreciéndole sus labios.

Cord cubrió su boca con la suya, envolviendo su rostro con una mano mientras que la otra la aferraba con fuerza de la cintura y la empujaba hacia abajo. Tess llevó sus manos a tientas hasta el pantalón, desabrochándolo y quitándoselo junto con los boxérs, Cord se deshizo de los zapatos y ayudó a quedar completamente desnudo e intercambiando posiciones, con Tess a horcajadas encima de él, inclinándose sobre su cuerpo y recorriéndolo con los labios, con sus manos, desde su mandíbula hasta rozarle el pubis y provocando un ronco y fuerte gemido escapar de los masculinos labios.

—¿Me deseas, Cord? —preguntó, colocando su trasero encima de la dureza de su erección.

—Sí, maldita sea —gruñó él, cogiéndola por las caderas—. Quiero follarte —declaró con ferocidad antes de besarla.

Las manos de Cord la cogieron con fuerza de las mejillas, dándole un hambriento beso. Liberó una mano de su rostro, guiándola hasta sus bragas y tirando de ellas hacia abajo, deslizándolas por sus piernas sin interrumpir la voracidad del beso. La joven se encontró desnuda y encima de aquél duro cuerpo, experimentando la dolorosa necesidad de tenerlo en su interior al rozar su sexo con el suyo y arrancarle un profundo jadeo.

—Sin embargo, no confías en mí —comentó, restregándose contra él. Se mordió los labios y estudió el excitado rostro de Cord—. Que irónica situación la que vivimos tú y yo, ¿no? Justo cuando estamos a punto de follar ni siquiera me importa tu falta de confianza.

Él la sujetó con fuerza de las caderas, clavando sus dedos en la delicada piel de la joven para evitar que se apartara de él. La necesitaba, quería fundirse en su interior e ignorar aquella absurda conversación porque no estaba preparado para declarar con rotundidad que no podía confiar en ella como desearía hacerlo. Se incorporó, pasándole un brazo por la espalda y manteniéndola sujeta con fuerza a él. Tess se acomodó sobre su regazo, bajó su mano directo al duro miembro que al rozarla la hacía ver las estrellas, y poco a poco lo llevó a su interior, jadeando con fuerza una vez que lo tuvo totalmente dentro.

—Tienes mi amor —murmuró contra su cuello, empezando a moverse en su interior.

Tess asintió con la cabeza, ocultando el dolor que sus palabras le producían porque, en definitiva, él nunca confiaría en ella. En lugar de insistir en hacerle ver que era la única persona que no le fallaría como el resto, se abrazó a él con fuerza mientras Cord incrementaba el ritmo de sus embistes.

No podían seguir adelante con ese matrimonio. La amaba, sí, pero no confiaba en absoluto en ella y no siempre el amor bastaba. No podía fingir que no le dolía ser una extraña a

quien él podía follarse cuando se le diera la gana porque estaba tan ciega, era tan ingenua que, cada vez que Cord la buscara para tener sexo Tess accedería sin cuestionarle nada al respecto, sin importarle su desconfianza en su propia esposa. No podían continuar más.

***

Hacía tres semanas que Tess había vuelto con Cord y durante todo ese tiempo la joven ideó la manera de preguntarle a Andrew qué tanto estaba enterado él de su matrimonio, desde luego que debía conocer muy a profundidad la famosa cláusula prematrimonial que firmó con ingenuidad cuando se casó con Cord, ajena a los motivos ocultos de su marido por apresurar la cosas. No sabía de qué manera preguntarle a Andrew, además se sentiría muy avergonzada porque solo divulgaría la desconfianza de su marido. Se trataba de una cuestión peliaguda.

—¿McAdams? Necesito que vengas a mi oficina, por favor —llamó Andrew a través del interfono.

Tess dejó todos sus pendientes y pensamientos de lado, se levantó de su silla y salió detrás del escritorio directo a la oficina de su jefe. No estaba para perder el tiempo con tonterías, deseaba demostrarle no solo a ella sino a los demás que era capaz de hacer las cosas por su propio pie y a su jefe debía convencerlo que era alguien más que la mujer de Kendrick.

—¿Sí, señor Prescott? —Asomó la cabeza por la puerta entreabierta.

—Adelante, McAdams —indicó él desde detrás del escritorio, jugueteando con una brillante pluma de plata. Vio a la joven irrumpir en el despacho, deteniéndose delante de la puerta cerrada—. Pasa.

Tess se mordió el interior de la mejilla, avanzando hasta el escritorio y colocándose delante de él mientras los ojos verdes de Andrew se clavaban en su rostro.

—Debo realizar un urgente viaje de dos días a Boston y necesito de mi asistente personal.

Ella se le quedó mirando en completo silencio, sintiendo que estaba a punto de desfallecer debido a la sorpresa que le provocaba.

—Yo…

—Si te rehúsas a cumplir con tu trabajo como mi asistente, considérate despedida desde ya, McAdams —amenazó él, lanzándole una lobuna sonrisa a la vez que se recostaba contra el respaldo de la silla.

—Señor Prescott…

—Trabajas para mí, eres mi empleada y no pienso tolerar que te niegues a acatar mis

órdenes, ¿queda claro? —señaló—. El vuelo sale a las ocho de la noche, retírate ahora mismo y podrás ir a casa y empacar lo que vayas a llevar.

Tess se quedó plantada en el mismo sitio, aferrando con fuerza su libreta de apuntes sin despegar la mirada del rostro impasible y la actitud despreocupada de su jefe. Le estaba dando un ultimátum y de ella dependía cómo actuar.

—Retírate, Tess.

La joven pestañeó varias veces, espabilándose y obligándole a sus pies a movilizarse. Con la espalda derecha y los pasos torpes, fue directo a la gruesa puerta de madera cerrada.

—Nos veremos aquí a las ocho McAdams —oyó que decía a sus espaldas. Ella no se giró —. Si no te presentes a dicha hora, considérate despedida y no vuelvas a poner un pie en el edificio. Seguiré llevando el caso de Violett, sin embargo, no deseo tener una empleada incompetente.

CAPÍTULO 19

Tess se sentía tan desubicada que en el momento que abandonó el edificio no se dio cuenta de la persona que llegaba y chocó contra el delgado hombre que vestía un traje oscuro hecho a medida y sus fríos ojos violáceos la examinaron con repudio.

—Lo sien… —Tess no terminó la disculpa al reparar que el hombre con quien acababa de chocar era Cullan Kendrick, su suegro.

—Mira nada más donde nos venimos a encontrar, nuera. —La última palabra fue pronunciada casi con asco, pero era difícil descifrarlo debido al semblante bien cuidado que mostraba él, de no delatar mucho al respecto—. Supongo que andas en busca de un buen abogado para divorciarte de mi hijo, ¿no? No, no me lo cuentas todo aquí y ahora, ¿qué tal si vamos a comer? Conozco un buen restaurante y me gustaría sentarme un rato a platicar con mi preciosa nuera.

Tess se encogió cuando la fría y pálida mano de Cullan la tomó del codo, dedicándole una helada y furiosa sonrisa que no pretendía disfrazar.

—Señor Kendrick…

—Nada, encanto, llámame Cullan —pidió, tirando de ella, pero Tess se plantó en su sitio. Al darse cuenta que no le sería sencillo llevársela, Cullan se mostró perturbado—. ¿Qué ocurre, Tess?

—No iré a ningún lado con usted, lo siento.

Cullan sonrió ampliamente, mostrándole en todo su esplendor la amarillenta sonrisa que de inmediato, provocó nauseas en la joven. Él la apretó más del codo y tiró de ella con tanta fuerza que la hizo tropezar cuando sus pies la movilizaron del lugar.

—Pequeña zorra, no estás en posición de negarte —masculló, acercándose a ella sin perder la sonrisa que le erizó la piel—. Vas a acompañarme y portarte tan bien como yo lo pida, ¿estamos claros, Tess?

Lo único que ella atinó a hacer en esos instantes fue mirarlo directo a los ojos. Sin esperar respuesta por su parte, Cullan la agarró para que no se le soltase y la llevó directo a su limusina, aparcada a unos metros del edificio. Tess sentía que el aire a su alrededor era demasiado frío, que se colaba por debajo de sus ropas y le llegaba hasta muy dentro del alma, helándola de pies a cabeza. Tragó saliva con fuerza, sintiendo que su propio fluido le sabía a hiel y apenas podía contener las arcadas que involuntariamente la dominaron una vez que Cullan le abrió puerta trasera del coche y la empujó dentro del cálido interior.

Cullan entró detrás de ella, instalándose muy cómodo a su lado y volviendo a mostrarse amistoso. Miró a la preciosa mujer de Cord, la cual fue a parar al otro extremo del asiento, abrazándose a su bolso y mirándolo muy fijo con esos grandes ojos verdes.

—Está bastante claro que Cord es un tipo descuidado con su esposa —comentó, tras acomodarse en su asiento e indicarle a su chófer que se pusieran en marcha. Él ya tenía órdenes de donde ir—. No debería dejarte andar sola y tarde por esta ciudad tan violenta —chasqueó la lengua de modo reprobatorio—, por suerte, nos hemos cruzado y estás a salvo conmigo, tu suegro. ¿Sabes que un suegro es como un segundo padre para la nuera?

Tess temía vomitar ahí mismo si abría la boca, así que, se limitó a mirarlo e implorar al cielo que las ganas de vomitar se esfumaran.

—Veo que no hablas mucho, Tess. —Sacudió la cabeza, sacando un puro de su chaqueta —. Venga, que no te de pena charlar. Cuéntame que te hizo casarte con mi hijo tan precipitadamente, él apenas rompió su compromiso con Ophelia, con quien duró cinco años y de inmediato, nos dio la noticia que tú eres su esposa. —Se llevó el habano a los labios y buscó en sus bolsillos el platino encendedor. Dio un par de caladas y luego arrojó el humo, envolviendo en interior en su olor—. Aunque, para serte sincero, comprendo a Cord. Eres una cosita tan dulce y preciosa que mi hijo no necesita de una mujer tan agobiante como lo es Ophelia e incluso puedo confiarte, que las cosas entre ellos ya se habían enfriado desde hacía demasiado tiempo.

Una vez que Tess pudo controlar sus náuseas, inspiró hondo y habló.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Porque no te conviene ser la mujer de Cord —explicó con sencillez—. Él no necesita de alguien como tú, no me malinterpretes, pero es la verdad. Cord requiere de una mujer que esté de nuestra parte, que lo aconseje respecto a que la familia siempre debe mantenerse unida y un padre jamás lo defraudará.

—Ophelia es amiga de su familia, yo no.

—Exacto, Tess. —Dio otra calada a su puro—. A nosotros no nos convienes como parte de nuestra familia.

—Soy la familia de Cord —replicó, sin permitir que ese hombre la amedrentara. No iba a demostrarle la repulsión que le provocaba encontrarse en el mismo sitio que él—. Señor, Kendrick, me parece que Cord es un adulto que ha elegido lo que quiere.

—Tess, no te equivoques. —Sacudió la cabeza—. Intuyo que a estas alturas ya estarás enterada de la cláusula en el testamento de mi padre.

—Lo estoy.

—Vaya, al menos en eso hay que aplaudirle a ese jodido cobarde. Tuvo los pantalones para confesarte la verdad.

Tess no iba a sacarlo de su deducción, aunque ella se hubiera enterado por terceros y no por el propio Cord.

—Bien, pues no me sorprende que él decidiera casarse contigo para cobrarla, para asegurar el patrimonio de mi padre, que me pertenece y supongo que querrá mantener el matrimonio hasta el final, a fin de cuentas, el capullo se ha enamorado. —Se burló, soltando una estruendosa risotada—. Resulta de lo más cómico escucharle mencionar tales palabras cuando mi hijo no es de quienes se dejen dominar por sus sentimientos, es hermético y con sinceridad, Tess, Cord se muestra bastante vulnerable en últimas fechas y no es conveniente para él. Se trata del senador de Nueva York, no puede permitirse ser débil.

—Sus palabras me suenan bastante ridículas, señor Kendrick —dijo, sacudiendo la cabeza—. Sus hijos son seres humanos, no máquinas que deban esconder sus emociones. Y déjeme decirle algo: estoy muy orgullosa de quién es Cord, al contrario que usted y los suyos.

Cullan la miró con una ceja arqueada, cayendo en la cuenta de lo que él y los demás subestimaron a aquella chica. Se equivocaron con ella, no era ninguna muchachita tonta, sino que era lista, bastante lista para no encogerse de pavor estando ahí con él, dentro del vehículo. Estaba seguro que Tess era una simple arribista, una mujer interesada en el dinero de los Kendrick, sin embargo, aquella preciosidad tenía una lengua viperina, lo cual le disgusta a Cullan demasiado.

—Tess, cuando descubras uno de los secretos mejor guardados por ese mocoso mimado cambies de opinión.

Tess frunció el ceño, mirándolo sin comprender.

—¿A qué se refiere?

Cullan se encogió de hombros, sonriendo satisfecho por haberla desconcertado con sus palabras. Estaba claro que su consentido hijo todavía mantenía en secreto su infidelidad.

—Pregúntaselo a él —respondió—, a mí no me importa andar divulgando las cosas de Cord, aunque, se supone que mi hijo confía en ti. No entiendo por qué no te ha confesado toda la verdad y no me refiero solamente a la cláusula en el testamento, sino a más, Tess.

—Confío en Cord.

—Pero él en ti, no —replicó Cullan, frustrado—. Ya niña, no seas tan ingenua y mira

bien dónde te has metido. Has caído en la boca del lobo y tú te sientes tan cómoda, en tu elemento cuando no es así —le soltó de repente, perdiendo su buen humor—. Ni te creas que voy a permitir que ese matrimonio dure, ¿me has escuchado? Grábatelo bien, Tess, ese hijo de perra no se quedará con lo que por ley me pertenece. La fortuna de Charles Kendrick es mía y si tengo que mancharme las manos, lo haré, tenlo por seguro.

Tess tragó saliva con fuerza sin apartar sus ojos de aquellos grandes e intensos ojos color violeta que volvían a verla con odio.

—Te quiero lejos de mi hijo, Tess —advirtió y volvió a adoptar su imagen amistosa—. No bromeo. No estoy jugando, sé lista y aléjate de mi familia o atente a las consecuencias.

Ella sintió que palidecía y una vez más, volvió a experimentar unos intensos deseos por vomitar. Fue incapaz de abrir la boca y replicar a causa de la bilis que se le subía por la garganta y amenazaba con salir. Se cubrió la boca con la mano, llevándose la otra al vientre porque su estómago empezó a quejarse. Cullan la observó con una expresión pétrea en el rostro.

—Te estoy aconsejando, Tess —Se acercó más a ella—. Confío en que seguirás mis consejos si no deseas que nada malo te suceda a ti. —Hizo una intencional pausa, tomando un oscuro mechón entre sus dedos y contemplándolo con desinterés—. O, a Violett.

Sus palabras causaron en la joven que un estremecimiento la recorriera de pies a cabeza y un sudor helado perlara su frente, ¿cómo estaba enterado ese tipo de su familia?

—Sé más de lo que piensas, preciosa —informó él como si acabara de leerle el pensamiento—. Sé lo suficiente de ti o de tu familia que puede ayudarme a mí en mis propios deseos y como eso me pone de buen humor, te daré una pista: ¿a quién te imaginas tú que ella sacó esos grandes ojos color violeta?

***

Con piernas temblorosas y sintiendo que de un momento a otro terminaría estampada contra el pavimento, Tess descendió de la lujosa limusina de los Kendrick, tragando saliva con fuerza y ordenándole a su rostro mantenerse impávido. Cullan había jugado con ella durante todo el trayecto por carretera, imaginándose que la llevaría lejos y no a casa.

—No te conviene tenerme de enemigo, Tess —le recordó el hombre, asomando la cabeza y sonriéndole una vez que la joven estuvo afuera—. Si continuas con él tras nuestra amena charla, ten en cuenta que soy el peor refractario que tendrás en tu jodida vida.

Tess se limitó a quedarse plantada en la acera, mirándolo fijamente y experimentando un cansancio tremendo. Vio a Cullan subir el oscuro cristal blindado y ponerse en marcha de

inmediato, dejándola ahí sin tener idea de qué hacer. Su charla con él tal y como Cullan señaló, no la puso a un paso del colapso sino lo último, el hecho de que él estaba bastante bien enterado de su familia y sobre todo de Violett.

¿A quién te imaginas tú que ella sacó esos grandes ojos color violeta?, recordó.

Cullan tenía el mismo color de ojos que su sobrina y se dio cuenta que no solo los ojos eran iguales a ella, sino el modo que Violett mostraba cuando algo le disgustaba, los berrinches que hacía si alguien trataba de pasar por encima de ella.

—No —susurró, aterrada y una vez más, quiso vomitar, pero en esa ocasión corrió detrás de uno de los coches aparcados en hilera y se inclinó, expulsándolo todo.

Violett no podía ser hija de Cullan Kendrick, se dijo, llorando mientras vomitaba. Su pequeña niña no podía ser hija de ese monstruo.

***

Cord situó su auto detrás del de uno de sus vecinos y al divisar a su esposa descompuesta, descendió y corrió a ella, alarmado. Tess mantenía las manos apoyadas contra el cristal del carro detrás del que estaba devolviendo el estómago y lucía terriblemente pálida. Se colocó detrás de ella, apartándole los cabellos del rostro, aunque algunos ya los había sucios. Ella permitió que su brazo la rodeara y la mantuviera apoyada justo cuando sus fuerzas ya no le daban para más. Una vez que las arcadas dejaron de sacudir su cuerpo y se sintió exhausta tras haber arrojado todo lo que tenía adentro, apoyó la cabeza contra el pecho de Cord, flácida entre sus brazos.

—¿Qué ha ocurrido? —Quiso saber él, alzándola en vilo y alejándose del desastre.

Tess no quería hablar al respecto, no soportaba contarle nada de lo acontecido hacía instantes con Cullan, recordar aquello la ponía peor. Enterró el rostro en su cuello, abrazándolo y llorando quedito.

—Iremos al hospital —informó él, llevándola hasta su auto—. Necesito comprobar que nada malo ocurre, ¿me oyes?

Tess asintió en silencio, sintiéndose tan débil que era incapaz de replicar. Tampoco quería decirle que su estado no era de salud sino del alma, su alma dolía al comprender que su sobrina compartía la misma sangre que Cord, que quizás él era su medio hermano. Sacar tal conclusión, la hizo experimentar otra nueva arcada justo cuando él la depositaba en el suelo para ayudarla a meterse al automóvil. Se agachó, abrazándose el vientre, pero fue pura saliva lo que escupió, consternando aún más a Cord quien no estaba acostumbrado a verla enferma.

Le preocupaba demasiado imaginarla enferma ante el estrás por el que estaba pasando

gracias a él mismo y su testarudez. La ayudó a ponerse el cinturón de seguridad, rodeó el vehículo a la carrera y se metió al interior, pisando el acelerador a fondo directo al Mount Sinai Hospital que contaba con los mejores doctores del país y quienes le darían una opinión profesional respecto al estado de salud de su esposa. Mientras conducía, lanzaba miradas de reojo a Tess la cual iba demasiado entumecida a causa del dolor y la desesperación, con los ojos cerrados y sus manos entrelazadas en su regazo.

Tess deseaba que los minutos compartidos con Cullan, en el lujoso interior de su limusina, fueran una mera pesadilla y no se sintiera tan destrozada como en esos momentos que su corazón y alma estaban rotos. Lo que más deseaba era dejar de sentir.

***

Cord aparcó el vehículo justo en la entrada del hospital e irrumpieron a prisa sin prestar atención a su alrededor. Ambos estaban demasiado aterrados para mirar a su alrededor, para darse cuenta que llamaban la atención de todos los presentes. Tess fue conducida por una enfermera directo a una habitación donde uno de los médicos generales la examinaría mientras Cord se quedaba a llenar el papeleo.

Tess se recostó en la fría y dura cama y cerró los ojos cuando la brillante luz encima de su cabeza la cegó. Estaba mareada y un tenía un desagradable regusto en la boca, quizás debió pedir unas mentas antes de hablar con el médico. Se llevó una mano a la frente, masajeándola porque estaba bastante claro que no podía enfermarse precisamente ese día que su jefe tenía asuntos importantes fuera de Manhattan y ella debía acompañarlo. Tras su confrontación con Cullan, requería más que nunca de un aliado como Andrew Prescott.

La puerta se abrió de golpe y un pálido y asustado Cord irrumpió en la impoluta habitación. El medico todavía no llegaba, lo cual empeoraba el estado de él mientras su cabeza le jugaba un sinfín de malos momentos y todos relacionados con la salud de Tess.

—¿Te sientes mejor? —Quiso saber, manteniéndose lejos de ella, cerca de la puerta. La vio asentir en silencio—. ¿Qué ocurrió, Tess?

Ella abrió los ojos, mirándolo durante una fracción de segundo antes de desviar su atención al techo y tragar saliva con fuerza. De ninguna manera le revelaría lo acontecido a Cord con Cullan. No quería que su marido estuviera enterado de una conversación que solo le atañía a ella, sobre todo porque estaba implicada Violett.

—Se me descompensó la presión —mintió.

Por alguna extraña razón, Cord no le creyó. Cruzó sus brazos sobre el pecho, manteniendo toda su vigilancia fija en el pálido rostro de su esposa quien evitaba mirarlo. Intuía

que le ocultaba la verdad y estaba dispuesto a obtenerla.

—¿Segura que fue eso? —insistió él.

Tess volvió a mirarlo con los ojos desprovistos de toda emoción, en aquella ocasión no habló, giró el rostro en otra dirección y guardó silencio, manteniéndose renuente a ignorarlo. Necesitaba recomponerse, tratar de volver a tener control sobre sí isma y no una chica débil y enferma para ser coherente.

Cuando la puerta se abrió de nuevo y un hombre mayor vistiendo bata blanca encima de sus arregladas ropas irrumpió, la atención de ambos recayó en esa dirección. El médico se identificó como el doctor Dawson quien mantenía una expresión sosegada en su arrugado rostro de pequeños ojos azules y aires taciturnos.

Cord permaneció de pie en el mismo sitio y con la misma postura, viendo al médico acercarse a su mujer quien se había incorporado sobre los codos, pero volvió a dejarse caer mientras el hombre le hacía algunas preguntas rutinarias. El hombre le informó que tomaría una muestra de sangre y la llevaría al laboratorio. Tess esperaba gozar de buena salud y que le dieran algún medicamente para controlar las náuseas porque estaba decidida a viajar con su jefe a Boston esa misma tarde.

Le lanzó un vistazo a Cord quien no le quitaba el ojo de encima y tuvo que volver a tragar saliva con fuerza, preparándose ante lo que estaba a punto de confesarle a su marido una vez que le doctor abandonó la habitación, pidiendo unos minutos para traerles los resultados y dejándolos totalmente solos.

—Andrew viajará a Boston —le informó tras varios minutos de silencio.

Cord frunció el ceño, cambiando de posición.

—¿Por qué me lo cuentas, Tess? —preguntó, moderando el tono de voz.

—Porque lo acompañaré —admitió con voz firme y segura—. Tienes que saberlo.

Cord arqueó las oscuras cejas y entrecerró los ojos sin despegar su mirada del rostro sereno de su mujer. Ella se notaba muy decidida a viajar con el idiota de Prescott sin tomarlo a él en cuenta, sin consultárselo tal y como debería hacerlo debido a que era un matrimonio y ella no podía hacer lo que le diera la real gana.

—¿Viajarás a Boston con Prescott? —cuestionó. Se restregó el rostro con una mano.

—Soy su asistente personal.

—Y yo soy tu marido —recalcó. Ella hizo una mueca de desagrado ante lo obvio—, ¿no

pensabas informarme al respecto o te irías sin que lo supiera?

—Claro que iba a informarte —respondió de mala gana—, ahora ya lo sabes.

—Has tomado una decisión sin tenerme en cuenta —reprobó. Sacudió la cabeza, disgustado—. Estoy en desacuerdo, Tess. No deseo que viajes con Prescott.

—Es mi jefe y soy su empleada —señaló, incorporándose y sintiendo que todo daba vueltas. Volvió a dejarse caer—. Cord, debo ser profesional. Es mi trabajo y no deseo perderlo por tener que lidiar con tus caprichos.

—Veo que prefieres la profesionalidad a tu matrimonio.

—Por favor, no seas inmaduro.

—Y tú no seas egoísta.

Tess tuvo que apretar los labios con fuerza para no replicar y seguir discutiendo con él cuando el médico volvió a irrumpir en la habitación, mostrando una actitud serena mientras examinaba los resultados de la prueba de laboratorio.

—Aparte de presentar una ligera anemia, señora Kendrick, sus niveles de Beta hCG cuantitativo o de la hormona gonadrotopina coriónica humana se encuentra cinco a cincuenta miliunidades internacionales por mililitro, lo que significa que tiene tres semanas de embarazo —explicó, sonriendo.

La expresión de Tess se tornó más blanca que el papel, ella desde luego que no esperaba que ese malestar resultara en embarazo.

—Doctor, debe ser un error —murmuró—, he tenido mi período hace unos días y no me he sentido diferente. —Sacudió la cabeza—. No puedo estar embarazada.

—Señora Kendrick, los resultados en estos casos cuando se toma una muestra de sangre son correctos. No hay manera de cometer ningún error —explicó con suma paciencia—. Usted está encinta.

Tess se llevó una temblorosa mano a los labios, rehuyendo mirada de Cord.

—Oh.

—Si sus náuseas persisten al igual que los vómitos, le prescribiré que tome dos sobres de *Subsalicilato de bismuto*, así como también algo para la ligera anemia que ha presentado. Usted podrá acudir con su médico y que comience a aconsejarla como llevar su embarazo de manera saludable, por mi parte es todo. —Se giró hacia Cord quien no salía de su pasmo—. Con permiso, senador Kendrick.

Cord se hizo a un lado para permitirle pasar y dejarlos a ellos a solas, cada cual sumido en sus propios pensamientos, aunque de igual manera podían ser los mismos.

—Estás embarazada —repitió Cord, emocionado.

Ella, por alguna ilógica razón no se sentía feliz, sabía que había aceptado tener los hijos de Cord, pero era demasiado pronto para asimilarlo.

—Eso parece —respondió, incorporándose—. Felicidades.

Cord frunció el ceño, yendo a ella y rompiendo la distancia de un par de zancadas.

—¿Qué ocurre? —Ella desvió la mirada y Cord, fastidiado por su absurda actitud la cogió de la barbilla, obligándola a mirarlo—. Por favor, Tess, deja de portarte de esa manera tan distante conmigo.

La joven apartó su mano y descendió de la camilla, aferrándose al borde en el preciso momento que sintió que el piso se movía bajo sus pies. Cord se apresuró a agarrarla de los brazos y mantenerla en pie muy cerca de su cuerpo.

—No deberíamos estar discutiendo —murmuró Cord, envolviéndola con sus brazos—, debemos estar felices porque seremos padres, mi amor.

Tess cerró los ojos durante una fracción de segundo, apoyando la barbilla contra su pecho y buscando su mirada.

—Hoy tu padre me interceptó al salir del trabajo —confesó pese a la renuencia que tuvo hacía momentos de no revelarle la verdad.

Todo el cuerpo de Cord se puso rígido al instante, pero no la soltó ni aflojó su agarre mientras la mantenía contra él.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó, apretando los puños con fuerza contra la espalda de ella—. ¿Ha sido eso lo que te puso tan mal?

—Y también porque estoy preñada —susurró.

—Pero no estás contenta por llevar a mi hijo en tu vientre —musitó él, acariciándole la espalada para reconfortarla.

Tess hizo una mueca dolida por escucharlo mencionar aquello. Una cosa muy distinta a la otra era que no estuviera preparada mentalmente para ser madre y otra muy diferente era que no deseara tener un hijo de Cord. Era una situación difícil a como la planteó en su mente.

—Vamos a casa, Cord —pidió, apartándose unos milímetros de él y volviendo a mirarlo a la cara—. Por favor.

Él inspiró hondo, asintió y le pasó un brazo sobre los hombros mientras la apretaba contra su costado y abandonaban la habitación. Su recorrido por los pasillos que conducían hacia el recibidor, fueron seguidos por atentas miradas que no se despegaron de ellos conforme ambos deseaban volverse invisibles, en especial Tess. Cord tuvo que saludar a varios de los presentes con un asentimiento de cabeza y una amable sonrisa en el rostro, pero reparó en un detalle que quizás, ya debería haber solucionado desde el principio.

—Haremos oficial lo nuestro —comentó una vez que abandonaron el hospital.

Tess se paró en seco en la acera, mirándolo aterrorizada porque si Cord hacía oficial su relación, validando las especulaciones de la prensa cuyo constante acoso y noticias fuera de contexto empezaban a crisparle los nervios, se echarían a sus familias encima.

—Cord, no es un buen momento.

Él se colocó delante de ella, envolvió sus mejillas con sus grandes y cálidas manos inclinándose ligeramente a ella y manteniendo fija su mirada en sus grandes ojos verdes.

—Quiero que el mundo entero sepa que eres la mujer de mi vida y la futura madre de mis hijos —declaró con ferocidad antes de capturar sus labios en un profundo beso.

***

Cord se aseguró de que Tess descansara y se olvidara del mal rato que su padre le había hecho pasar. No podía imaginar lo que Cullan le dijo a su esposa como para haberla puesto tan mal. Estaba harto de que su familia se metiera en su vida y tenía que poner un freno de una buena vez, por eso, llamó a Ophelia, a fin de cuentas, además de su abogada también era su asesora de campaña. Y lo hizo una vez que dejó dormida a Tess en su dormitorio, asegurándole que llamaría a Andrew explicándole los motivos por los cuales no lo acompañaría en su viaje a Boston, podía inventarse una enfermedad en lugar de revelarle la verdad. No deseaba que se enterasen de su embarazo tan pronto, antes quería poner todo en orden con su familia: quería proteger a Tess de ellos.

Ophelia llegó retrasada por cinco minutos, impresionada por recibir la llamada de su exprometido y furiosa por conocer los verdaderos motivos por los cuales deseaba hablar con ella de urgencia. Cuando llamó a la puerta, él abrió de inmediato, haciéndola pasar al estudio y encerrándose ahí.

—¿Por qué tanto misterio, querido? —se burló Ophelia, instalándose en uno de los sillones de cuero color beige cuyas vistas mostraban la ciudad que se teñía por los cálidos colores del atardecer—. Me sorprende la urgencia por verme.

Cord asintió con la cabeza, ignorando el tono ácido en la voz de la mujer y prefirió ir directo al grano.

—Quiero una rueda de prensa mañana mismo.

Ophelia arqueó las cejas de manera interrogativa, por lo general, él no daba ruedas de prensa a menos que fueran exclusivamente para su campaña política o informes importantes para la ciudadanía, así como también los logros que tenía el corporativo. Un escalofrío recorrió su espina dorsal al comprender poco a poco el comportamiento de Cord.

—¿Qué es eso tan importante que deseas comunicarle al mundo? —Quiso saber ella de modo cuidadoso.

El hombre se sentó delante de ella, muy relajado y clavando sus grandes ojos azules en los de la mujer que lo estudiaba detenidamente. Le dedicó una sonrisa tras recrear la situación vivida en el hospital cuando el médico le informó que se convertiría en padre. Estaba eufórico, sin embargo, no deseaba ni que Ophelia ni su familia lo supieran, no aún, aunque quisiera gritarlo a los cuatro vientos, todavía no era el momento. Primero estaba dar a conocer su relación y más tarde, sentiría la confianza de presentar a su primogénito.

—Haré oficial mi matrimonio con Tess.

CAPÍTULO 20

Tess despertó desorientada, se sentó de golpe en la cama y echó un vistazo a su alrededor, dándose cuenta del lugar en el que se encontraba: su dormitorio en el condominio de Cord. Se pasó ambas manos entre los cabellos e hizo una mueca, desagradada por el regusto metálico que saboreaba en la boca y recordó con disgusto que, tras llegar a casa, Cord la obligó a acostarse sin darle tiempo para lavarse la boca. Todavía estaba un poco cansada por lo acontecido, pero debía recomponerse y levantarse a asearse y…

—¡Oh, Dios mío! —exclamó, al recordar que esa misma tarde debía viajar a Boston con su jefe o de lo contrario, sería despedida.

Salió a toda prisa de la cama, ignorando el ligero mareo que la invadió. Y de repente, como iluminación divina, recordó que su marido le había asegurado que pondría al tanto a Andrew de por qué no asistiría con él en su viaje y por mucho que quisiera salir de ahí y correr directo al bufete, ya era bastante tarde y no había modo de enmendar la situación.

Andrew amenazó con que la despediría si no iba con él y automáticamente ya estaba desempleada.

Se sentó en el borde de la cama, con las manos apoyadas en el mullido colchón y contemplando las panorámicas de Manhattan que le ofrecían los ventanales que llegaban hasta el techo y que las blancas cortinas abiertas le permitían ver, cuestionándose por qué aceptó que Cord se comunicara con Andrew y le dijese que no asistiría con él. Tenía un trabajo y debería ser profesional, pero no lo estaba haciendo y permitía que su marido tomara decisiones por ella.

Debía llamar a su jefe y explicarle mejor lo acontecido debido a que no sabía qué le había comentado Cord, sin embargo, estaba nerviosa porque no tenía la menor idea de lo que le diría a Andrew, no podía explicarle que su incumplimiento se debía a que acababa de descubrir que estaba de tres semanas de embarazo. Seguía sin poderse creer que fuera a tener un hijo de Cord si la situación entre ellos no estaban cien por ciento estable, cuando Cullan no se tentaba ni una fibra de consideración con su hijo y estaba empeñado en destruirlo. Descubrir que iba a ser madre, aumentaba y sacaba a la luz sus más recónditos temores porque una vez que toda la familia Kendrick estuviera enterada al respecto, no dudarían en alzar el grito al cielo y eso empeoraría entre Cord y ella, por no mencionar a su propia familia, Devon se pondría furioso porque bien le advirtió lo que podría ocurrirle si se involucraba con un hombre como Cord Kendrick, pero estaba casada con él, eran un matrimonio y ni Devon ni el resto del clan Kendrick arruinarían su felicidad.

Se puso de pie, dirigiendo sus pasos hacia la silla de cuero oscuro que se encontraba en la

esquina del inmenso dormitorio cercana a la puerta, donde su bolso reposaba y buscó dentro su móvil para escribirle un mensaje de texto a Andrew Prescott, disculpándose y aceptando sin más su renuncia, sin embargo, sus intenciones se vieron interrumpidas cuando descubrió a través de la grieta de la puerta entreabierta que había luz afuera. Se enderezó, frunciendo el ceño y reparando en que hasta ese momento había pasado por alto que su marido estuviera presente en el condominio.

¿Cómo no iba a estar presente si era su propiedad, vivía ahí y ella era una torpe al pensar que la dejaría sola tras descubrir que sería padre? Lo vio en sus ojos, en esos hermosos ojos azules que se iluminaron llenos de emoción, amor y orgullo al escuchar al médico darles la noticia que les cambió la vida.

Inhaló hondo y sonrió, desechando cualquier pensamiento negativo que fuera capaz de manchar la emoción que la dominaba en esos momentos, a ella la tomó desprevenida completamente, pero estaba feliz, a fin de cuentas, tendría un hijo del hombre que amaba. Con dicho pensamiento en mente, abrió la puerta, dispuesta a reunirse con su marido fuera de su dormitorio, sin embargo, cuando estuvo expuesta del confort de su habitación, las voces provenientes del despacho de Cord la hicieron fruncir el ceño.

Siguió andando con los pies descalzos y de puntillas, procurando no delatar su presencia y evitando estamparse contra algún objeto que hiciera escándalo y delatarla, ya que tenía que averiguar con quién estaba Cord pues en el fondo de su conciencia le gritaba que, aquella no era una visita agradable para ella y la voz de mujer al alzar el tono, se lo confirmó.

Un helado escalofrío le recorrió la espina dorsal, provocando un doloroso golpe de su corazón contra su pecho y haciendo que se llevara una mano al lado izquierdo con la finalidad de calmarlo, reconoció aquella voz pese a encontrarse amortiguada por las gruesas puertas de madera, ¿qué hacía Ophelia Prescott en su hogar y encerrada en el estudio con su marido? Sacudió la cabeza y aceleró el paso, ignorando que al principio quiso ser cuidadosa y pisando con fuerza el inmaculado piso, acercándose y siendo consciente que ahí dentro, la discusión sin lugar a dudas, tenía que ver con ella.

—No puedes obligarme a apoyarte en tus ridículas decisiones, Cord. —Oyó Tess que decía Ophelia, cuando se hallaba a unos pasos de la habitación—. ¿Te has vuelto loco? Todo el mundo conoce que tu matrimonio no ha sido precisamente por amor sino por cumplir con los mandatos de Charles, así que, no me digas que la amas porque no te creo.

—No me interesa si me crees o no, Ophelia, te estoy diciendo que haré pública mi relación con ella, mi matrimonio con Tess.

—¿Qué crees que hará Cullan? ¿Piensas que se callará tus verdaderos motivos?

—No me interesa lo que mi padre o el resto de mi familia opinen, es mi vida y yo decido cómo manejarla.

—Siempre la has administrado a tu jodido antojo, Cord, no me salgas con que eras una marioneta que la gente manejaba a su antojo, que tu familia movía los hilos de tu vida y tú tenías que acatar sus órdenes porque siempre has sido un hijo obediente y leal.

Tess se mordió los labios, apoyando con demasiado cuidado la oreja contra la puerta y continuar auscultando cuando ellos bajaron el tono.

—¿No lo he sido acaso? Toda la vida he permitido que mi madre me chantaje, que mi padre me restriegue en cara su odio y que mis propios hermanos sean tan cobardes como yo y teman enfrentarse a la cólera de Cullan, pero ya no más. Tess es mi familia y voy a defenderla pese a las consecuencias que con ello traigan mis decisiones.

—Estás arrojándola a la cueva del lobo, Cord y la única persona que saldrá perdiendo es ella, nadie más.

—No si yo estoy ahí para defenderla.

—No basta con resguardarla, Cord, ¿piensas que el resto de su vida Tess siga ignorante a lo acontecido mientras estuvieron separados? Tú no podrás defenderla de eso, del cruel momento cuando ella sepa toda la verdad. Va a odiarte.

La respiración de Tess se detuvo unos segundos y después sintió que empezaría a hiperventilar. Tuvo que taparse la boca por temor a que alguien pudiera escucharla y que la descubrieran espiando, aunque, considerándose que se encontraba en su casa, no podía ser llamado de dicha forma. Permaneció muy atenta al oír el chirrido de una silla al arrastrase por el piso y luego pasos.

—Ella no va a enterarse de nada y más te vale a ti, a mi hermana y a toda mi maldita familia mantener cerrada la boca.

Tess arqueó las cejas, deseando saber qué era eso tan peliagudo que afectaba a Cord.

—No prometo nada, querido. Yo a ti no te debo probidad.

Tess jamás esperó que Ophelia hubiera sido quien arrastró la silla para levantarse y salir de la habitación, hasta que la puerta se abrió y la hermosa y elegante abogada de rubios cabellos estuvo enfrente de ella, mirándola con las cejas arqueadas, evidentemente disgustada por haberla encontrado espiando.

Ophelia se mordió la lengua para no arrojar alguna ofensa a la mujer de Cord, es decir, no podía creerse que en esa casa no existiera la privacidad y menos con esa fulana ahí, pero qué se le iba a hacer. Sacudió la cabeza, lanzándole una envenenada sonrisa.

—Respecto a lo que hablamos, no pienso ayudarte, Cord —expresó, manteniendo su mirada fija en la de Tess y sin que el aludido se diera cuenta de la presencia de su mujercita.

Cord resopló lleno de frustración y cansancio.

—Entonces, no voy a necesitar más de ti, Ophelia —comunicó él, provocando que Ophelia pusiera los ojos en blanco e hiciera una mueca—. Estas despedida.

La mujer asintió en silencio, sonriéndole mordaz a la joven delante de ella.

—Vamos a ver cuánto tiempo te dura el capricho, querido —se burló ella. Salió y cerrando la puerta con cuidado a sus espaldas—. Veremos cuánto les dura.

Tess se hizo a un lado, cediéndole el paso a la abogada y evitando que la empujara a su paso. Ophelia enfiló directo a la salida con la barbilla en alto y la espalda recta porque ya se conocía la salida de memoria para ser escoltada.

Una vez a solas en el pasillo y delante de la gruesa puerta de madera del estudio, Tess decidió empujarla con suavidad e irrumpir adentro. Encontró a Cord sentado en uno de los sillones, inclinado al frente con las manos juntas y la mirada clavado en un del suelo, al sentir la presencia de Tess, elevó sus azules ojos carentes de toda emoción hacia ella.

—¿Estás bien? —preguntó, avanzando hasta él.

Cord le tendió la mano y ella la estrechó con fuerza. Tiró de Tess hacia él y la colocó sobre su regazo, abrazándola y enterrando el rostro en el hueco de su cuello, aspirando hondo la fragancia de sus cabellos y depositando un casto beso en su piel.

—¿Qué haces levantada? —musitó, haciéndole cosquillas a la piel con su cálido aliento —. Deberías reposar tal y como recomendó el médico.

—Me siento maravillosamente bien —admitió, acariciando su rostro—, aunque al parecer, estoy desempleada.

—No necesitas trabajar, Tess. —Colocó su mano sobre su plano vientre, acariciándola por encima de la ropa—. Debes descansar y cuidarte, además, me tienes a mí, tu marido y puedo darte el dinero que pidas.

—Me sentiría inútil sin trabajar, Cord. Estoy acostumbrada a hacerlo.

—Ya te dije que me tienes a mí —insistió bajando su mano hasta uno de sus muslos. Se

enderezó para mirarla a la cara y sonreírle lleno de amor—. Voy a cuidarte siempre.

La joven decidió no seguir con la conversación, estaba cansada y lo único que le apetecía era volver a la cama. Ya tendría tiempo más delante de preguntarle a Cord qué había ido a hacer con exactitud Ophelia a su hogar y por qué tanto secretismo.

—Tienes razón —murmuró. Cogió el rostro masculino entre sus manos y depositó un besito en la punta de la nariz—. Voy a meterme en la cama, pero te quiero conmigo.

Cord no ocupó oír más porque al instante se puso de pie y pasándole un brazo por la espalda y el otro por debajo de las rodillas, la alzó en vilo pese a las risitas sorpresivas que ella dejó escapar.

—Vamos a la cama —declaró, regalándole un apasionado beso en los labios.

***

Por segunda ocasión en la noche Tess despertó inquieta, pero en esa ocasión con el insistente sonido del móvil de Cord inundando el silencio de la habitación. Su marido se removió entre sueños pues escuchar el sonido del aparato cuando debía ser de madrugada no era buena señal. O eso supuso la joven al darse cuenta que Cord se despertó y abandonó la calidez del lecho. Tess se acomodó en su lado de la cama, frunciendo los labios al percibir a su marido perderse en el interior del cuarto de baño para no molestarla.

—De acuerdo, señora Benson —asintió Cord. Salió del baño, dedicándose a buscar sus ropas—. Estaré allá en unos diez minutos. Gracias.

Tess arrugó la frente y se incorporó, encendiendo la luz de la lámpara en la mesita de al lado de la cama, echándole un vistazo a su reloj de pulsera para ver la hora. Era la una de la madrugada, ¿a dónde saldría Cord a aquellas horas?

—¿Qué sucede? —Quiso saber, envolviéndose en las cobijas y abandonando la cama.

Cord sacudió la cabeza, tratando de mantener la compostura, alejando cualquier mal pensamiento que acudiera a su mente y lo hiciera perder los estribos. Tenía que ser fuerte.

—¿Cord? —insistió ella, sin obtener respuesta alguna. Se acercó hasta su marido y lo obligó a mirarla—. ¿Qué ocurre?

El hombre soltó un pesado suspiro antes de hablar.

—Mi abuela está en el hospital —le comunicó, con un inmenso vacío en su expresión.

Ella se llevó una mano al pecho, alarmada y dándole a Cord la oportunidad de alejarse para vestirse y poder estar en el hospital lo más pronto posible. Desconocía si también habían

informado a su familia, no quiso preguntarle a la directora de la residencia, pero estaba casi seguro que iba a tener que encontrarse con Cullan y el resto del clan.

—Iré contigo —comunicó ella. Fue al armario y sacó ropa abrigadora que ponerse.

—No es necesario, Tess —respondió, sentándose en el borde de la cama y atándose las agujetas—. Es probable que mi familia se presente.

Ella sacudió la cabeza, ignorando su comentario y sacando unos vaqueros deslavados, una gruesa sudadera color durazno y deportivas negras. Se puso la ropa interior y terminó de vestirse en tiempo récord una vez que Cord ya la esperaba en el umbral de la puerta, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—No es obligatorio que lo hagas —insistió, cuando ella llegó a su lado.

—Cord, eres mi marido —le recordó con dulzura. Tomó su rostro entre las manos y lo miró directo a los ojos, escrutando el miedo que él se obligaba a contener—. Quiero estar contigo en estos momentos y no insistas en que me quede porque no lo haré.

Los brazos de su marido la envolvieron con fuerza, estrechándola contra su duro cuerpo y aspirando hondo el olor de sus cabellos, sintiéndose con la fortaleza suficiente para enfrentar lo que resultara de aquella noche que presagiaba malos augurios.

—Y yo quiero tenerte conmigo —confesó en un susurró.

Tess se apartó, sonriendo. Se puso de puntillas y acarició sus labios con los suyos en un breve beso, haciéndolo suspirar de emoción por contar con su apoyo.

***

Cullan y el resto de su familia, salieron de la calidez y comodidad del lecho para dirigirse al Mount Sinai Hospital donde habían internado a Madeline de emergencia debido a un severo dolor en el pecho que con el paso del tiempo empeoró. Cullan advirtió al resto de su familia que la noticia de la hospitalización de su madre atraería a los medios de comunicación y tenían que estar presentes y demostrar la solidez de su familia, así que, tanto Rosemarie como Cartier hicieron de lado sus quejumbres y se introdujeron con él en la limusina mientras Casper les aseguró que se verían allá.

—¿Qué hay de Cord? —preguntó Cartier una vez que arribaron al hospital—. ¿Ya está enterado de lo ocurrido?

Cullan puso los ojos en blanco, ofreciéndole el brazo a su mujer y dirigiéndose al rascacielos de ladrillos rojos y entrada de brillante cristal blindado con el emblema impreso y sus letras sobresaliendo de éste. Nada más traspasar la gruesas puertas automáticas, Cullan

experimentó el repudio hacía todo tipo de sitios para atención sanitaria: lo hacía sentir enfermo, viejo y decrepito el olor a antisépticos, medicamentos, los pacientes que se paseaban por ahí y las caras largas de los familiares. No era un sitio que lo hiciera sentirse cómodo, pero tenía que dar la cara y presentarse porque se trataba de su madre quien en esos momentos estaba ahí.

—Por supuesto que ya debe estar al tanto —respondió de mala gana, avanzando hasta el inmenso lobby de lustrosos suelos de granito café y paredes de cantera en los mismos tonos— y aseguro que llegará con la zorra ésa.

—No quiero enfrentamientos —indicó Rosemarie, intuyendo lo que sucedería una vez que padre e hijo volvieran a verse las caras—. Cullan, es enserio, un escándalo en el hospital atraería la atención de la prensa y no preciso para bien.

El aludido se frenó unos pasos antes de que llegaran al largo y blanco mostrador de recepción construido de piedra caliza donde se encontraban tres recepcionistas las cuales no quitaban su atención de ellos.

—Querida, eso díselo a tu consentido hijo —replicó con rabia, finiendo una amable sonrisa al resto de quienes entrababan o salían de ahí cuando se apartaron—. Pero si llega con la puta con quien se ha casado, no prometo que sea una grata reunión familiar.

Rosemarie no respondió, frunció los labios y siguió a su marido en silencio directo al mostrador, con su hija caminando a su costado y echando miradas sobre su hombro, rogando al cielo que Cord no fuera a disgustar a su padre.

Rosemarie por su parte, no estaba tan interesada en una contienda entre su marido e hijo, conocía que cuando aquellos dos se encontraban, todo se convertía en campo naval y cada vez eran más difíciles de frenarlos, había aconsejado a su marido porque otro escándalo como en los que figuraba su familia, sería el colmo. No deseaba de nuevo ponerse en la mira de la prensa, estaba hasta la coronilla que, cada vez que aparecían en los diarios o revistas, fuera con una nota sensacionalista y una discusión en el hospital, sería el colmo de los colmos.

Pero ese no era su mayor desasosiego, definitivamente no. Lo que le preocupaba hasta la médula era lo que Madeline, sintiendo que el Señor se apiadaría pronto de ella llevándola a reunir con su marido, considerara que había llegado el momento de confesar aquél secreto que ambas juraron llevarse a la tumba. Y Rosemarie no permitiría que saliera a la luz ni, aunque ella misma estuviera muriéndose. Nadie debía conocerlo.

—Yo misma me encargaré de que no suceda —admitió la mujer, acomodándole el cuello del abrigo a su marido, fingiendo ser la esposa perfecta—. He jugado nuestra mejor carta con Cord, pero no lo hemos hecho con ella. —Sonrió ampliamente cuando los violáceos ojos del

hombre la miraron con orgullo—. Veamos si la mujer de Cord tiene la misma reacción que nuestro hijo.

Cullan soltó una sonora risotada, tomó su rostro entre las manos y la besó.

—No tienes idea de lo orgulloso que estoy por continuar contigo, Rose —declaró, apartando un rubio mechón de su rostro—. Eres tan inteligente que me provocas miedo.

La mujer arqueó las cejas, retrocedió un paso y ocultó el asco que le producía aquel gesto por parte de su marido, prefería que no la besara con la misma boca que rozaba a la innumerable cantidad de putas con las que se revolcaba. Se forzó a sonreír, fingiendo fascinación ante el gesto que en muy contadas ocasiones Cullan tenía con ella.

—La esposa perfecta siempre debe ser más lista que su propio marido, querido mío —reconoció con aparente dulzura, encogiéndose de hombros—, además, recuerda que por algo congeniamos desde el inicio y por eso mismo seguimos juntos.

Mientras sus padres continuaban charlando en aquel sitio, lo cual normalmente no hacía en casa ni en ningún otro lugar, Cartier se adelantó hasta el mostrador para pedir información respecto a su abuela.

—No deseo a esa mujer al lado de mi hijo ni que forme parte de nuestra familia, Cullan —dijo al observar por el rabillo del ojo a Cartier en el tablero—, por ese motivo estoy dispuesta a ir hasta las últimas consecuencias.

El hombre asintió sin perder el buen humor que su mujer le había provocado esa helada madrugada. Volvió a acercarse a ella, inclinándose y susurrándole al oído:

—¿Estarías dispuesta a mancharte las manos con sangre de ser necesario, querida mía? —Quiso conocer, observando hacia la entrada la llegada de Cord.

—Estoy dispuesta a hacer lo que sea, ya te dije —replicó sin titubear— y eso incluye mancharme con sangre mis manos, mi amor.

Orgulloso ante la lealtad que esa mujer le profesaba sin defraudarlo nunca, Cullan se enderezó, asintió en silencio y se preparó para enfrentarse a su primogénito si éste llegaba con la finalidad de joder.

Una vez que Cartier obtuvo la información requerida para conocer dónde se encontraba con exactitud Madeline y con quién debían hablar para saber sobre su estado de salud, regresó a donde sus padres miraban con atención las gruesas puertas de cristal abrirse automáticamente, revelando a los recién llegados. La joven no dudó en reunirse con sus progenitores y aferrar la mano libre de Cullan con fuerza entre las suyas, comunicando con el sencillo gesto que no

hiciera una escena ante el arribo de su hermano mayor.

—Mira nada más quien acaba de llegar —comentó mordaz Cullan, arqueando las cejas y ladeando la cabeza—: El senador y su bella esposa.

Cord aminoró el paso una vez que fue consciente de la presencia de su padre en aquella amplia estancia, con su madre y hermana custodiándolo. Durante todo el trayecto estuvo tan preocupado por llegar al hospital, por correr al lado de su abuela que no se centró en pensar en ellos y Tess en un mismo lugar. A su lado, Tess se aferró a su brazo, manteniéndose pegada a él en cuando sintió el cambio de actitud en su marido.

—¿Cómo está la abuela? —preguntó Cord, ignorando el comentario de Cullan.

—Su habitación se ubica en el décimo piso y ahí encontraremos a su médico para que sea él quien nos de información sobre su salud —respondió Cartier paseando su atenta mirada por la pareja.

—Gracias —murmuró Cord, caminando directo al elevador e ignorando a su familia.

Tess casi tuvo que correr detrás de él ante la premura que Cord mostraba con cada zancada dada, deseando alejarse de ellos cuanto antes. No toleraba la presencia de Cullan.

—¿Acaso no piensas saludar a tu familia, hijo? —inquirió Cullan, empleando un duro tono de voz y haciéndolo frenarse a mitad de camino—. Al menos merecemos un saludo, ¿no crees? —Le dedicó una helada mirada a Tess quien se giró—. Hace tiempo que no nos vemos.

Cord siseó por lo bajo, furioso. Se dio la vuelta y si no hubiera sido porque su mujer lo aferraba del brazo, habría regresado a encarar a Cullan.

—No pienso discutir, papá —replicó sin girarse.

—No vamos a reñir, Cord sino a hablar como personas civilizadas —se burló Cullan—, te acabo de hacer una pregunta y espero una respuesta, hijo.

—¿Cómo están todos?

Cullan le puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza en rotunda negativa.

—No bueno, incluso ésta arribista vale más que tu carrera política se embarre de lodo porque te recuerdo, que desde que esta mujer apareció en tu vida ha ido de mal en peor.

—Te prohíbo que hables mal de mi esposa, padre —amenazó furioso, girándose en redondo y enfrentado a Cullan.

—Que tú me aboles a mí, muchachito insolente. —Soltó una cruel carcajada—. No seas ridículo, Cord, tú a mí no me vas a intimidar porque ambos tenemos cola que nos pisen, desde

luego que yo si tengo los pantalones bien puestos para aceptar lo mierda que soy, en cambio tú, andas por la vida con tus falsos valores.

Cord dio una larga zancada hacia él, con los puños apretados con fuerza en actitud retadora. A duras penas podía contenerse y si Tess no lo estuviera agarrando con fuerza para mantenerlo a su lado, estaba casi seguro que hubiera procedido a los golpes sin importar que el hombre que tenía delante de él fuera su padre.

—Cullan, por favor —intervino Rosemarie, llamando su atención—. Estamos en un lugar público, la gente se nos queda viendo y me prometiste que ibas a comportarte.

El hombre contempló largo rato a su esposa, tomando hondas inspiraciones para calmarse y no incumplir su palabra, y echarse a la prensa encima con el escándalo montado.

—Tienes razón, querida. Estamos aquí porque el principal motivo es conocer el estado de salud de mi madre —reconoció.

Cullan le dedicó una morbosa mirada a Tess la cual deseó esconderse detrás de Cord, pero se mantuvo al lado de su marido, con la espalda recta y la barbilla alzada, fingiendo seguridad e ignorando las arcadas que la dominaron al recordar los momentos que vivió con él unas horas atrás, lo que le dijo y la manera en que la hizo sentir. No podía demostrarle a ese hombre el horror que sentía por él, porque tenía la plena seguridad que, si lo hacía, él notaría al instante su debilidad y se aprovecharía de ella.

—Precisamente es por ese motivo que estamos aquí, ¿no? —cuestionó Cord. Buscó la mano de Tess y entrelazó los dedos con los suyos, brindándoles un firme apretón.

—Me han brindado el nombre del médico que atiende a la abuela y la habitación donde se encuentra —intervino Cartier, cautelosa, pasándoles la información.

—Bien, entonces, vamos. —Cord arrastró consigo a Tess y ella lo siguió directo al elevador.

—Ni se te ocurra montar una escena —advirtió Rosemarie a su marido al darse cuenta de sus intenciones—. Déjalo ir.

Cullan no se opuso, pero si le lanzó una fúrica mirada a la mujer, a fin de cuentas, ya se cobraría más adelante uno a uno las burlas de ese infeliz.

CAPÍTULO 21

—La señora Kendrick ha sufrido un infarto.

De pie, afuera de la habitación donde se hallaba su abuela, Cord intentó ignorar la farsa que su familia puso en práctica, desde los lloriqueos de Cartier hasta el intento de desvanecimiento por parte de su madre, pero no pudo conseguirlo con facilidad, pues él por su parte no pudo hacer nada más que permanecer de pie y apretando con fuerza los dedos de su esposa aprisionados entre los suyos.

—¿Cómo es posible? —cuestionó Cullan—. Mi madre ha sido una roca su vida entera. Me es inadmisible aceptar que haya tenido un infarto, ¿por qué?

—Existen factores de riego —empezó a explicar el médico, un hombre joven de tez casi traslucida y cabellos tan negros como el carbón—, tales son edad, estrés…

—Mi madre vive bastante tranquila —insistió Cullan.

—¿Por qué no dejas terminar al experto, padre? —intervino Cord, ya harto de que el hombre no cesara de interrumpir.

—¿Perdona? —Cullan se giró en redondo hacia su hijo, ignorando la advertencia en el gesto de Rosemarie—, pero me parece que tengo más derecho que cualquiera de ustedes aquí presentes para abarrotar de preguntas al doctor.

El aludido pareció incómodo por ser testigo de una disputa familiar.

—Y nadie ha dicho lo contrario —masculló Cord, intentando controlar su temperamento —, sin embargo, deberías permitir que el doctor nos explique en lugar de intervenir cada tanto, además, dudo mucho que tú conozcas con exactitud el sentir de la abuela —siguió expresando—. ¿Cuántas veces has ido a verla desde que murió el abuelo?

Cullan abrió los ojos como platos y en un arranque de furia, dio una larga zancada en la dirección de su hijo, el cual se mantuvo impasible, esperando el ataque.

—No metas tus narices donde no debes, Cord —lo señaló con el índice—. Te lo advierto.

—Y si no, ¿qué?

El hombre mayor pareció sorprendido al no obtener el resultado deseado pues por lo general, Cord lo rehuía, se echaba para atrás y mostraba con claridad sus emociones de repudio hacia él, lo cual, siempre le otorgaba a Cullan vanagloriarse porque podía amenazarlo y salir triunfador. Pero en ese momento, experimentó la desagradable sensación de haber dejado de tener control sobre ese enclenque.

—Cullan, por favor. —Rosemarie intentó agarrarlo de la muñeca, mas él se desasió del gesto—. Les recuerdo a ambos que nos encontramos en un hospital y no podemos hacer un escándalo para no altercar contra la estabilidad de los pacientes.

—Cord, por favor…

El suave susurro de Tess atrajo la atención de Cullan, quien le ofreció una sonrisa mordaz a la joven y luego soltó un bufido.

—Ya veo que trajiste a tu puta —soltó rabioso.

Sin medir sus acciones, Cord se abalanzó sobre el hombre; lo cogió del cuello de la camisa y estampó su espalda contra la pared, provocando que Rosemarie y Cartier soltaran un grito espantadas ante su brutal actitud.

—No vuelvas a insultar a mi mujer —gruñó el joven lleno de ira. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para que sus dedos no se cerraran entorno al cuello del hombre y apretarlo para descargar la ira que durante tanto tiempo llevaba acumulada—. No quiero escucharte mencionar ese mote, ¿te ha quedado claro, padre?

Cullan apretó los dientes con fuerza, desvió su atención hacia el redondeado y pálido rostro de la mujer que se hallaba al lado izquierdo de Cord y la sostuvo durante varios segundos. Ella tampoco la apartó, manteniéndose firme para Cord y para sí misma porque ningún integrante de esa poderosa estirpe iba a amedrentarla.

—Él solo juega contigo, tontita —se burló Cullan— y tú de estúpida crees en sus palabras, ¿no es así? No seas ingenua, muchacha, Cord Kendrick sería capaz de vender su alma al mismísimo diablo para salirse con la suya.

—Yo creo y confío en mi marido —recalcó la palabra al oír el bajo siseo de las dos mujeres a sus espaldas— y sí Cord desciende al averno, iré tras su seguimiento, Cullan.

La cruel sonrisa que Cullan le dedicó, heló la sangre de la mujer, pero no lo dio a ver.

—Cord, deja a tu padre en paz —imploró Rosemarie, acercándose a su hijo en un intento por aplacar la situación antes de que enviaran algún guardia de seguridad a separarlos—. Estamos en un lugar donde no se necesitan altercados, hay enfermos y ustedes dos, lo único que ocasionarán será que alguien ponga queja y vengan a echarlos a la calle.

Cord aflojó al agarre sin soltar de todo a Cullan quien ya mostraba una expresión triunfal en el semblante.

—Por favor, Cord —rogó Tess, tocando su espalda y provocando que la furia que él había experimentado antes, descendiera—. No vale la pena.

Tras inhalar hondo el aire aséptico del lugar, poco a poco soltó a Cullan. Bajó sus brazos a los costados del cuerpo y clavó su mirada en los violáceos ojos de su padre. Cullan creyó que hablaría, que volvería a advertirlo para una vez más burlarse en sus narices, pero Cord se limitó a buscar a ciegas la mano de su esposa y cuando Tess la aferró, pasó de largo al lado del hombre directo a la habitación donde se encontraba Madeline.

—Juro que ese hijo de perra me va a pagar cada una de las humillaciones que me ha hecho pasar —escupió rabioso Cullan al quedarse a solas con su mujer e hija.

—Cullan…

—Me las va a pagar —sentenció, ignorando la súplica implícita en la voz de Rosemarie y con la mirada clavada en la espalda de la mujer de Cord.

Cullan estaba decidido a que su retoño se arrepintiera de su aberrante comportamiento y sabía por dónde comenzaría.

***

—Lamento la escena que presenciaste allá afuera —se disculpó Cord con su mujer una vez que ambos irrumpieron en el antiséptico cuarto blanco donde Madeline dormía ajena a lo que acontecía a su alrededor.

A Cord se le encogió al corazón por ver la fragilidad que mostraba su abuela, la vulnerabilidad que la envolvía en esos momentos rodeada de tubos y máquinas que ayudaban a mantenerla estable. Deseó abrazarla y protegerla del dolor y el miedo que quizás hubiera experimentado al hallarse sola y temiendo un desenlace para el que todavía nadie estaba preparado. Quería que Madeline se recuperara pronto y abandonara ese lugar que lo ponía de nervios, que lo hacía sentir impotente porque estaba fuera de sus manos la posibilidad de librarla de la agonía.

Tess siguió a Cord hacia el mullido sofá en tono café instalado junto a la ventana que daba afuera, las cortinas estaban cerradas y no podía apreciarse el exterior.

—Está bien —suspiró ella, sentándose al lado de su marido y apoyando la mejilla sobre su hombro—. Supongo que debe estar así por la situación de su madre… son los nervios.

Cord le pasó un brazo alrededor, apretándola contra su costado.

—Ay, Tess. —Depositó un beso en la coronilla de su cabeza—. Mi padre se comporta de esa manera cada vez que hay la posibilidad de un enfrentamiento entre nosotros y siendo sincero no deja de sorprenderme hasta qué punto puede resultar a ser un verdadero imbécil pues no estamos en un sitio adecuado para alzar la voz o llegar a los golpes.

Tess frunció la nariz, sorprendida por la realidad de ambos hombres.

—Son familia, no deberían discutir —musitó—, sobre todo por el estado de Madeline.

—A Cullan le importa un bledo la estabilidad de los demás siempre y cuando no afecte la suya. —Tess se incorporó para mirarlo directo a los ojos y él le dedicó una minúscula sonrisa que no llegó a iluminar sus ojos azules—. Créeme, mi amor.

—Lo lamento —susurró. Estiró la mano y acarició su mejilla.

—¿Por qué? —Quiso saber Cord, atrapando sus dedos entre los suyos y depositando un suave beso en sus nudillos—. No es tu culpa que mi padre y yo tengamos una relación de mierda. Siempre ha sido así, no debes preocuparte a un suceso al que yo todos nos hemos acostumbrado.

—Pero, no debería ser así —insistió ella, enderezándose—. Eres su hijo, fruto del amor entre él y tu madre. De verdad que no comprendo por qué puede haber tanto odio en él.

Cord se encogió de hombros, soltando un resoplido.

—Tampoco yo y sinceramente ya he dejado de buscar una respuesta a mis preguntas, prefiero aceptar que Cullan y yo jamás nos llevaremos bien, ni siquiera en su lecho de muerte.

Tess hizo una mueca de desagrado e iba a agregar más, sin embargo, alguien llamó con suavidad a la puerta y segundos después ésta se abrió y la hermosa mujer que apareció asomando la cabeza hizo que el estado de ánimo de Tess cambiara de repente.

—Oh, aquí estás.

Cord se enderezó al oír la voz de Ophelia e hizo una mueca de desagrado porque no entendía qué hacía allí ella si no formaba parte de su familia, pero por supuesto que él era la única persona que tenía ese pensamiento pues los demás todavía la veían como la mujer abnegada que estuvo a su lado durante varios años.

—¿Qué necesitas, Ophelia? —interrogó Cord de mala gana.

—Pregunté en recepción y me dijeron que te encontraría aquí. —Hizo una pausa al percatarse de la presencia de Tess—. También me informaron que tu familia había salido.

—¿Con quién viniste?

—Con Casper.

Cord asintió con la cabeza porque no le interesaba en lo absoluto conocer el por qué había asistido con Casper.

—Entiendo —dijo él. Al verla que no se decidía a entrar o irse, tuvo que preguntar—:

¿Puedo ayudarte?

—Sí.

Tess se puso rígida al instante y se apartó un poco de su marido. No quería sentirse celosa, pero tener ahí a la abogada Prescott y rememorar el tiempo que Cord y ella estuvieron juntos, le provocaba un dolor que había creído extinto, es decir, a Ophelia la preferían los Kendrick porque era culta y refinada, todo lo contrario, a ella, que no se habían tomado la molestia de averiguar sobre sus orígenes.

—Ophelia, éste no es el momento preciso para tener una conversación —indicó Cord, pasándose una mano sobre el rostro—. Mi familia no la está pasando bien y yo no poseo la capacidad de tolerancia hacia sandeces.

—Pues debes escuchar lo que vine a decirte —insistió la hermosa rubia—. Estoy enterada de lo que ha ocurrido con Madeline, sin embargo, no puedo esperar a más tarde.

Hastiado porque conocía que, a pesar de que le repitiera las mismas palabras una y otra vez, Ophelia continuaría ahí, exigiendo hablar.

—¿De qué trata? —preguntó, dedicándole una mirada cansina.

La abogada hizo una pausa intencional, dirigiendo su breve atención a la mujer sentada al lado de Cord. Tess captó la indirecta al vuelo y empezó a levantarse, pero la mano de su marido la retuvo.

—Lo que haya venido a comunicar la abogada Prescott, puede escucharlo también mi esposa —sentenció él.

Ophelia puso gesto de fastidio.

—No estoy segura si a tu mujer le agrade enterarse.

Tess le dio la razón a la mujer, pues también ella tenía duda si iban a serle de gracia las palabras de Ophelia.

—Prefiero mantenerme aparte de lo que sea que tenga que decirte —dijo Tess, poniéndose de pie a pesar de la reticencia de Cord—. Saldré por un café, ¿quieres uno?

—Te lo agradezco, pero no —musitó él. Se levantó cuando ella hizo lo mismo y la cogió de las mejillas—. Te amo —declaró antes de rozar sus labios con los suyos.

Tess trató de resistirse al gesto, mas experimentar la intensidad del gesto de su marido provocó en la joven que quisiera profundizar. Sin embargo, el ruido de alguien que se aclaraba la garganta los obligó a romper el hechizo y apartarse con renuencia.

—También yo te amo —respondió, apoyando su frente en su pecho—. Muchísimo.

—Lo sé. —Sonrió Cord, satisfecho—. Lo sé, amor mío.

—Volveré en un rato —prometió Tess.

—De acuerdo.

La joven pasó al lado de la hermosa mujer vestida siempre de manera elegante y delicada, pero ésta ni siquiera le lanzó una ojeada antes de abandonar la habitación. Una vez afuera y sintiéndose libre y segura por no hallarse bajo el escrutinio de la ex de Cord, se permitió respirar profundo. Se apartó de la puerta y antes de que diera un paso por el pasillo, el hombre que la interceptó la hizo quedarse de piedra.

—Tess, no tienes idea de lo bien que me hace verte sola, sin el estorbo del imbécil de mi hijo. —Cullan le regaló una amplia y amarillenta sonrisa, provocándole un estremecimiento de pies a cabeza a la mujer—. ¿Te parece si vamos a dar una vuelta? —ofreció—. En lo personal, los hospitales me ponen enfermo y no aceptaré un no como respuesta.

Tess echó un vistazo hacia la puerta cerrada a sus espaldas, deseando con fervor que se abriera y apareciera su marido para llevarla a su lado, sin embargo, no ocurrió nada de lo esperado y tuvo que hacer de tripas corazón para que Cullan no se diera cuenta del pánico que le provocaba su mera voz; aún no olvidaba los momentos que compartió con él en su limusina y todo lo que indirectamente reveló ese despreciable hombre. Se rehusaba a pasar un segundo a su lado, mas era consciente que si se negaba él la amenazaría.

—Sí —musitó.

—Perfecto, me gusta que la gente acate mis peticiones y de ese modo no tener que repetírselos a cada instante. —Tess no abrió la boca y se limitó a seguir al hombre—. Te noto extrañamente callada, *nuera*.

La forma en la que el mote salió de los labios de Cullan, provocó que la joven sintiera náuseas y por mero instinto se llevó una mano al vientre, gesto que no pasó desapercibido para él.

—Debes preguntarte qué es eso tan importante que debemos hablar tú y yo como para no esperar hallarnos en un lugar más propicio, ¿no es así?

Tess tomó una honda inspiración y asintió con la cabeza.

—Habla —ordenó Cullan con voz dura.

—Sí.

—Perfecto, Tess. —Sonrió—. Tengo la teoría acerca de que, si no fueras la mujer de Cord, tú y yo nos llevaríamos a la perfección, sin embargo, jamás será posible ser amigos por obvias razones.

—Señor Kendrick, no me interesa ser camarada suyo —respondió Tess, manteniendo la serenidad— y siendo sincera con usted, no me quita el sueño llevarme bien con toda su estirpe, excepto con el hombre que amo.

—¿Cord te ama? —inquirió él, lleno de curiosidad.

—Cord me ama —corroboró Tess.

—¿Cómo lo sabes? Te folla y para ti ya significa la mayor prueba de amor existente sobre la faz de la tierra. —Sacudió la cabeza en rotunda negativa—. No seas absurda, muchachita. Mi hijo es la prueba viviente de que no se ama ni a sí mismo; él adora el poder, la gloria, no a una mujer que a la larga lo fastidiará y terminará largándola, ¿comprendes? He ahí a Ophelia Prescott; ella le dedicó los mejores años de su vida, estuvo en todo momento para Cord, apoyando sus sueños, sus aspiraciones, su carrera política y de qué manera le pagó ese malagradecido: cambiándola por ti, una chica tan opuesta a su mundo.

Tess tragó saliva y apretó los puños con fuerza a ambos lados de su cuerpo, deseando que las palabras de ese hombre no la calaran tan hondo como en esos instantes estaban haciendo.

—Me lo ha dicho infinidad de veces —musitó, tratando de justificar el comportamiento de su marido y de sí misma.

Cullan dejó escapar una risa sin ningún tipo de humor y resolló de manera desaprobatoria aún sin poderse creer que esa mujer fuera tan estúpida, tan ciega y sordo ante los encantos de su vástago, sin embargo, tenía que ser comprensivo porque Cord, quisiera o no admitirlo, llevaba su sangre y compartían el mismo patrón de conducta a pesar de que el senador se las diera de venerable. Él no podía escapar de su árbol genealógico ni tampoco de sus actos a cuyas consecuencias tendría que atenerse tarde o temprano.

—Vaya que eres estúpida, jovencita —reprobó, chasqueando la lengua—, pero allá tú si crees que Cord es un mártir y yo soy el villano de la película. Por supuesto que he cometido acciones de las que otros se ridiculizarían, pero a mí no me provocan tal sentimiento, es más, yo me profeso orgulloso de lo que he creado fuera del seno familiar, sin que ellos estén enterados de absolutamente nada porque solo hay un detalle de lo que me siento muy afortunado.

Se detuvieron al final del largo e impoluto pasillo vacío, Tess alzó el rostro hacia el hombre y echó la cabeza atrás, fijando su mirada en los inquisidores y fríos ojos violetas.

—¿De qué no te avergüenzas, Cullan?

El gesto de maldad que el aludido le dedicó, provocó que todos los sentidos de Tess despertaran y se pusieran en tensión, dispuestos a hacerla salir corriendo ante el menor indicio y esconderse de él. Sin embargo, hizo acopio de toda su fuerza de voluntad, plantándole cara porque ya estaba harta de demostrarle que sentía repulsión, que le temía y ahí, frente a frente sin que nadie interviniera entre ellos, Tess estaba dispuesta a descubrir hasta dónde podía llegar la perversidad de Cullan Kendrick.

—De ser el padre de Violett.

CAPÍTULO 22

—¿Cord?

La voz de Ophelia espabiló a Cord, el cual había salido del cuarto de su abuela a tomar un poco de aire. Le lanzó una mirada por encima del hombro y soltó un pesado suspiro.

—¿Qué quieres, Ophelia?

—Hablar, ¿no es obvio? Si no tuviéramos una charla pendiente tú y yo no estaría aquí, en este sitio tan horrendo.

El hombre se giró hacia ella para mirarla de frente e hizo una mueca de desagrado. Dudaba que a ambos aún les quedaran temas diferidos pues desde que Ophelia rompió su compromiso y él tomó la decisión de unir su vida a la Tess, no podían mantenerse en una sola habitación sin discusiones.

—Te escucho —dijo, cruzando sus brazos sobre el amplio pecho.

—¿Cuándo vas a contarle a tu mujer la verdad?

—No comprendo.

—Oh, cariño, por supuesto que lo haces —se burló la mujer—. Sí puedes hacerlo, pero de igual manera yo puedo refrescar tu memoria para que no te esfuerces tanto. Y me refiero a la noche que pasamos juntos.

Al oírla, el semblante de Cord se desmoronó. De una larga zancada rompió la distancia que los separaba y estuvo frente a frente de Ophelia, escrutando su impávido rostro en busca de lo que fuese menos de la franqueza de la mujer.

—No se te acurra contarle nada a Tess.

Las elegantes cejas de Ophelia se alzaron en una muda interrogante.

—¿Por qué? —Quiso saber, dedicándole una sonrisita de suficiencia al comprobar que, en efecto, lo tenía sujeto por los testículos al recurrir a un asunto tan peliagudo como era el de su infidelidad—. ¿No me digas que ella sigue ignorante a tu desliz, querido?

Cord desvió la mirada, afrentado.

—No te metas en lo que no te importa.

—Oh, por supuesto que me incumbe, Cord —expresó ella—. Te acostaste conmigo porque estabas despechado, porque buscabas desesperado un cuerpo donde refugiarte de los dolorosos recuerdos y yo fui tu solución más factible.

—¡Estaba borracho! —casi gritó el hombre. Lanzó inquietos vistazos en todas direcciones, comprobando que nadie estuviese por ahí y atendiera esa discusión—. No…

—Ni se te ocurra mencionar que no supiste lo que hiciste —lo interrumpió Ophelia—. No puedes ser tan cabrón, Cord. Ya deja de ser un maldito imbécil y enfrenta tus fallas, sé un puto adulto y confiésale la verdad a Tess sobre nosotros o lo haré yo y te juro que no va a gustarle en absoluto a tu mujercita el modo en el que yo se lo narre.

—No me amenaces, Ophelia —siseó, furioso.

—Te estoy advirtiendo, Cord —respondió, alzando la barbilla.

Los grandes y azules ojos la estudiaron durante una fracción de segundo, al final apartó su atención de ella.

—¿Qué quieres? ¿Qué buscas, Ophelia? —cuestionó con fingida calma—. Dime, ¿qué demonios pretendes metiéndote en mi matrimonio? Sabes bien que tú y yo no volveremos a estar juntos, y aunque Tess y yo rompamos, nunca regresaría a ti.

Ophlia se encogió de hombros, restándole importancia a sus palabras porque lo cierto era que no estaba interesada en retornar con él, Cord era un completo canalla y ella estaba hasta la coronilla de tener que soportar su actitud de mierda. Tras esos meses de su separación, había hecho un verdadero examen de conciencia y no le interesaba en absoluto retomar su trato desde el punto donde lo habían dejado, sin embargo, se había prometido a sí misma que le jodería la vida a ese hombre cuando lo advirtiera en el mejor momento de su romántica existencia con su esposita.

Así que, si ocasionarle una crisis marital después de que él le viera la cara de tonta, ayudaba a que se sintiera libre de Cord Kendrick de una vez por todas, no iba a tentarse el corazón, a fin de cuentas, Cord Kendrick le debía todos y cada uno de los golpes que le había dado sin merecimiento.

—No quiero tenerte conmigo, Cord. —Bufó—. Lo que menos necesito es tu puto ego de vuelta a mi vida, ¿comprendes? Pero si amas tanto a Tess, así como lo profesas, entonces vas a ser cien por ciento sincero con ella o de lo contrario, ya te dije: yo le cuento todo y tú sabes que yo no me ando con rodeos.

Cord desvió la mirada, Ophelia siempre había sido una mujer sin tapujos y comprendía que no abrir la boca y soltarle el veneno en su cara durante tanto tiempo había estado a punto de ahogarla, por ende, en ese instante que volvían a verse a la cara, ella no estaba teniendo ninguna consideración con sus decisiones y Cord sabía perfectamente que contaba con el apoyo de todo el clan Kendrick para derrocarlo, comenzando desde lo más delicado en su existencia y lo que

para él significaba su mundo entero: Tess.

—¿Y luego qué? —cuestionó—. ¿Qué ganas tú?

Ophelia soltó una ligera risa sin ningún tipo de emoción, acomodó su bolso sobre su hombro e inspiró profundo el antiséptico y desagradable olor de hospital, mezclado con la costosa fragancia de su examante y el miedo que se leía en sus ojos a pesar de sus vanos intentos por ocultarlo.

—La satisfacción de verte devastado, querido. —Hizo un mohín—. También comprobar lo fácil y manejable que eres y siempre serás, Cord. El deleite que obtengo con todo esto y probarme a mí que fui absurda por fijarme en ti, si no puedes resolver un conflicto tan delicado como una posible ruptura amorosa. Dime, ¿cuántas veces has estado enamorado antes de que tú y yo fuéramos pareja?

Cord la miró directo a la cara, imperturbable.

—Ninguna.

Ella asintió en silencio, aparentando los puños con fuerza hasta el punto de clavarse las uñas en la piel de sus palmas antes de formular la pregunta cuya respuesta ya conocía.

—¿Y después de mí?

—Solo una.

—Entonces, Cord, por esa única experiencia verdadera deja de ser un mocoso.

Mencionada semejantes palabras, Ophelia giró sobre sus talones y dando fuertes pisadas sobre el impoluto piso, se alejó del hombre, dejándolo completamente solo con sus pensamientos. Cord casi se había jurado que el tema de su adulterio con Ophelia había quedao en el olvido, que ella no iba a atreverse a sacarlo de nuevo a la luz porque ya no tenía caso revivirlo, mas había cometido un gran error y su examante no lo dejaría pasar con tanta facilidad con él supuso.

Y en esa ocasión, no tenía a dónde ni ir ni tampoco a quién recurrir sino a él mismo.

Se pasó ambas manos entre los cabellos alborotados, disgustado por su desliz y por las consecuencias que acarreaba consigo, era su culpa y debía enmendarla, aunque ello significara volver a perder la confianza de la mujer que amaba.

***

Tess jadeó con fuerza, experimentando la horrible sensación de haber recibido un duro golpe en el estómago tras oír las desdeñosas palabras de Cullan. Se llevó una mano al vientre,

aferrándolo y doblándose con dolor pues la sensación se sentía tan real que apenas y podía llevar aire a sus pulmones.

—No…

Cullan la contempló con los brazos cruzados sobre el pecho y la barbilla alzada, triunfante y orgulloso por revelar finalmente una noticia que había callado durante tantos años a toda su familia porque deseaba mantener oculta a la niña de su perversa estirpe y al desvelarse la verdad, quizás Violett se convirtiese en el blanco de todas las miradas no solo de su familia sino de la prensa en general, pero tenía que arriesgarse y Tess había sido la prueba experimental de su realidad.

—Sí, nuera. Violett es sangre de mi sangre, media hermana de Cord, Casper y Cartier —continuó diciendo el hombre—. ¿Acaso no es bastante obvio el parecido existente entre nosotros? ¿El color de ojos no te dice nada? Incluso mi madre posee el mismo espectro violeta que la niña.

Tess retrocedió un paso, aterrada por la dura realidad que se le presentaba con las palabras de Cullan. Quizás había tenido una ligera sospecha, sin embargo, prefirió descartarla antes de que ésta germinara más profundo en su mente porque no podía ser verdad que Cullan Kendrick fuera el padre biológico de Violett, que su hermana se hubiese acostado con ese tipo sin escrúpulos. Tuvo que pestañear varias veces porque no concebía ese aterrador hecho.

—Y ya que conoces que yo soy el progenitor de una niña tan dulce y encantadora como lo es mi pequeña Violett, he de advertirte que pierdes el tiempo tratando de quitársela a su madre. —Alzó las cejas al contemplar la cenicienta tonalidad que había adquirido el rostro de la muchacha—. Ni Cord, ni el bufete de abogados Prescott podrán ayudarte, Tess: es mi hija y si lo deseo puedo llevármela conmigo sin que tú ni nadie se entere nunca de su paradero.

La joven tuvo que apoyar la espalda contra la pared al sentir que de un momento a otro iba a desmayarse, que poco a poco sus fuerzas le faltaban y las rodillas le fallaban. Trató de enfocar la vista borrosa en el duro rostro del hombre que se hallaba a metros de ella y su desfachatada sonrisa se extendía tan amplia a amarillosa, pero la negrura que comenzaba a envolverla, era lo bastante densa para escapar de ella.

—Si mal no recuerdo, ya habíamos mantenido esta conversación hace un par de días, ¿no? —preguntó, indiscreto. A continuación, volvió a acercarse a ella y con una mano cogió el delicado rostro femenino, presionando sin ninguna sutileza sus mejillas. Se inclinó, echándole encima su rancio aliento—. Da igual, por si ya lo has olvidado estoy aquí para recordarte que soy el hombre que le dio la vida a tu sobrinita, y en el momento que a mí me plazca, me la llevo y no

vuelves a saber de ella.

Tess jadeó, experimentando una penetrante punzada en el vientre que la rodeó hasta la parte baja de su espalda, al ser liberada de la crueldad de Cullan Kendrick y resbaló hasta el suelo intentando por todos los medio mantener la cordura a pesar de la intensidad del dolor que la recorría entera. Oyó las pisadas de él alejarse, pero no se atrevió a alzar la vista del suelo por temor a volver a hallarse con sus violentos ojos y tener que lidiar con el miedo que la consumía.

Violett era hija de Cullan Kendrick, lo que significaba que era media hermana de Cord, la misma sangre corría por sus venas y ya no existía ninguna duda de lo que antes su intuición le había advertido, y no sabía cómo proceder después de su amenaza lacerante.

¿Qué podía hacer?, se cuestionó a punto de echarse a llorar. No podía hacer absolutamente nada, estaba atada de manos y ya el mismo Cullan había mencionada que ni todo el equipo de abogados Prescott podrían hacer nada por ayudarla. Permaneció en el suelo sin tener ni idea del tiempo transcurrido, ignorando lo que acontecía a su alrededor, ajena a su realidad.

—¿Tess?

La aludida alzó la mirada de golpe al descubrir una conocida voz masculina llamándola y vio ahí de pie a Casper. De manera ridícula, experimentó alivio porque fuera él y no su hermano mayor el que la hallara en ese estado deplorable.

—¿Dónde está Cord? —Quiso saber, acercándose al instante a ella e intentar ayudarle a ponerse de pie—. ¿Te sientes bien?

Tess permitió que la ayudara a levantarse, aunque le doliera llevar aire a los pulmones y la sensación de que en cualquier momento se echaría a llorar resultase asfixiante. No podía hacerlo con Casper, necesitaba del consuelo de su marido, el hombre que amaba, pero no soportaba verlo en esos instantes.

—Estoy bien —mintió.

Una vez que se hubo incorporado, Casper la obligó a mirarlo a la cara.

—Puedes confiar en mí, te juro que no estoy en tu contra.

Tess deseaba creerle, pero no sabía a qué atenerse si depositaba su confianza en él y le daba la espalda más adelante. Fijó su vista en los claros ojos del hombre e hizo una mueca de dolor al notar una vez más la horripilante molestia en su vientre.

—Necesito sentarme un momento —pidió.

Casper la condujo a una de las sillas más cercanas, acomodándose a su lado.

—Te ves pálida, Tess —señaló, mortificado—. ¿Quieres que llame a un médico?

Ella negó con la cabeza, doblándose por la mitad del dolor y distinguiendo en esa ocasión la sensación de un cálido líquido escurrir por sus muslos. Cerró los ojos y se mordió los labios con fuerza ya que lo que estaba ocurriéndole, podría ser un aborto.

—Quiero ir a casa —imploró.

Casper no sabía de qué modo actuar porque jamás había mantenido una conversión con la mujer de Cord y estaba nervioso del estado en el que se encontraba Tess, volvió a levantarse de asiento en búsqueda de su hermano, mas no había rastros de él por el pasillo. Sin embargo, su inquietud por ver el semblante descompuesto de su esposa hizo que sacara su móvil del bolsillo de la chaqueta y escudriñara el contacto de Cord. En cuanto oyó el sonido de descuelgue al otro lado de la línea, su atención recayó de nuevo en la mujer y con horror descubrió que un hilo rojo descendía por sus piernas.

—¿Qué ocurre, Casper?

Las palabras le fallaron y al instante estuvo junto a Tess al advertir que iba a desmayarse.

—Tess está sangrando.

***

Una desgarradora noticia

Mis queridos lectores de The Royal Chronicles, me es preciso informales lo que ha acontecido durante las últimas horas bajo el encapotado cielo neoyorkino. El luto engalana a la estirpe más famosa y nuestra favorita de la Gran Manzana y es que, se nos ha informado que ésta tarde la matriarca de los Kendrick, Madeline Kendrick ha fallecido como consecuencia de un infarto fulminante y más complicaciones a su salud. Es una gran pena la que embarga a la familia y cabe señalar que les expresamos nuestras más respetuosas condolencias. Ninguno de los nietos ha dado declaraciones al respecto ni su hijo ni nuera, así que resta esperar a que ellos hablen más adelante sobre dónde será velada Madeline.

En esta ocasión, no tengo información referente al senador y Tess, me concibo triste y desanimada por lo que ha ocurrido, por ello espero ser capaz de expresarme más a fondo y animada en la siguiente ocasión.

Se despide de ustedes con el corazón oprimido, su amiga Jojo Lemar.

Casper apagó el móvil tras leer el artículo del blog de The Royal Chronicles, sorprendido

de la rapidez con la que esa mujer se movía para siempre tener la primera nota de lo que acontecía con su familia. Parecía obsesionada con ellos porque hasta los detalles más escabrosos los conocía a la perfección y los exponía sin ningún reparo. Apenas unas horas atrás los médicos les había comunicado la fatal noticia sobre el deceso de su abuela y ya aparecía de buenas a primeras por doquier.

Se guardó el aparato y esperó un momento antes de echarle una ojeada a Cord, sentado en el extremo del sofá de cuero en color crema sobre el cual ambos llevaban buen rato sin hablar, permitiendo que el silencio se prolongara más y más entre ellos, escuchando el ruido de afuera de la habitación y las máquinas que habían conectado a la mujer.

Soltó un largo suspiro y se puso de pie, dispuesto a ausentarse un rato del cuarto para buscar a los demás integrantes de su familia y ponerse de acuerdo con los preparativos del sepelio poque dudaba mucho que Cord tuviera cabeza para ayudar en la organización o enfrentar a la prensa que seguramente estarían asentados afuera del hospital.

—Voy a salir —anunció en voz baja, llamando la atención de su hermano.

Cord asintió con la cabeza sin mirarlo.

—Gracias por todo, Casper —murmuró.

El hombre colocó una mano sobre su hombro, dándole un apretón como símbolo de su apoyo incondicional.

—Lo lamento mucho, Cord.

—También yo —musitó, con la voz rota por la emoción.

Casper abandonó la pieza y dejó solo a Cord, vigilando los movimientos del pecho que subía y bajaba de su esposa.

Se levantó de su asiento y arrastró sus pies directo a la cama donde ella yacía inconsciente. Tomó la frágil mano de Tess teniendo cuidado de no arrancarle ninguna de las agujas que había insertadas en sus venas y la sintió helada. Se inclinó sobre ella y depositó un beso en su frente, permitiendo que gruesas lágrimas cayeran en su pálida piel.

Ya no había bebé, recordó, acariciando con la otra mano los cabellos castaños.

La buena nueva que se habían llevado el día anterior tras conocer la existencia de una personita que ellos dos, con todo su amor habían creado, ya no existía porque Tess lo había perdido, lo cual, en palabras del médico que la atendió era normal que sucediera en el primer trimestre de gestación.

Ya había amanecido, el sol brillaba en lo alto, radiante y despreocupado, en contraste con su interior sombrío y vacío poque no solo había perdido a su hijo, sino a una de las personas que más lo habían apoyado y amado; su abuela. Estaba roto porque era consciente que algo más se había muerto entre ellos y tal vez lo descubriría en el momento que Tess abriera los ojos y despertara por completo, sin los efectos de los calmante que le habían administrado en la intravenosa. Por la tarde sería dada de alta porque requerían revisar que todo marchara bien con su salud, la llevaría a casa y cuidaría de ella.

—Vete.

La afónica voz de la joven lo espabiló, obligándose a enderezarse y mirarla a la cara. Ella lo observaba con atención y sus ojos parecían una tormenta de dolor, miedo y rabia. Y vacíos. Entonces Cord se dio cuenta de que nunca, absolutamente nunca había mostrado tal expresión y experimentó una desagradable sensación de miedo asentarse en la boca del estómago al tener el presentimiento de que ella era otra persona.

—Tess…

—Vete —repitió.

—¿Te sientes bien? ¿Necesitas algo, amor?

Sus manos se convirtieron en puños, aferrando con fuerza las cobijas en un intento por mantener los estribos.

—He dicho que te vayas —insistió con voz rasposa. Sus ojos llenos de rabia se le clavaron a Cord en el alma—. No te quiero aquí. Vete. Lárgate. Nada te une a mí. Se acabó.

—No me iré, Tess. Voy a llevarte a casa y cuidaré de ti.

Tess sacudió la cabeza con vehemencia.

—No lo has hecho desde que estamos juntos, así que no tienes ninguna obligación de hacerlo. —Inspiró honro, intentando ser valiente en esos crudos momentos de lucidez—. Y no volveré a repetirlo, Cord Kendrick: lárgate.

—No.

La mujer arqueó las cejas y sin pronunciar palabra, se arrancó la intravenosa, salpicando de rojo las cobijas. Quizás de ese modo él por fin la dejara tranquila, en paz y fuese a destruirle la vida a alguien más.

—¡No te acerques! —gritó al advertir que él intentaba frenar sus actos—. ¡Aléjate de mí! ¡No me toques! ¡Tú me haces daño, me hieres, me lastimas! ¡Tú y toda tu maldita familia me han

destrozado! Ya no más…

—Tess, por favor…

La voz se le rompió, impidiéndole seguir hablando y atragantándose con las palabras.

—Te odio —susurró, llorando.

No era cierto, ella era incapaz de odiarlo, pero su corazón estaba tan quebrado, tan dolido por todo lo que su propia familia le había hecho que ella misma debía lastimarlo, aunque en el proceso ella misma también resultara herida y destrozada.

—No lo hagas, por favor —rogó Cord.

Ella sacudió la cabeza con ímpetu. Él no se daba cuenta de que cada palabra que salía de su boca dolía incluso más que el vacío que experimentaba en su cuerpo, en su corazón, en su alma. Pero era necesario hacerlo, ponerle un punto final a tanto dolor o de lo contrario terminaría por asesinarla.

—Te odio —repitió fuerte y claro—. Odio todo lo que me hiciste, lo que te permití hacerme. Odio la persona que gracias a ti soy, en lo que me convertiste. Odio haberme enamorado de ti. Odio haberte creído. Odio lo que me hiciste sentir. —Respiró hondo—. Simplemente, te odio, Cord Kendrick.

Él no podía creerle, se rehusaba a hacer caso de sus palabras porque no podían ser verdad: ella era incapaz de odiarlo.

—Vamos a estar bien. Te lo prometo.

Tess tenía que continuar sin importar los sentimientos de ambos. Acaso él no veía que ella había muerto junto con su bebé, que la Tess que había conocido meses atrás dulce, ingenua y enamorada, se había ido. Y ella no iba a regresarla nunca más, prefería sepultarla.

—No vuelvas a buscarme. Me harté de sentir, me harté de ti —siseó, vacía. Volvió a acomodarse en la cama y cerró los ojos, ocultando el dolor que le producía cada palabra que sabía de su boca—. Para ti estoy muerta.

Durante una fracción de segundo Cord fue incapaz de respirar, creyó que se ahogaría ante la intensidad de su dolor al escucharla mencionar esas frases.

—Te amo y no voy a dejarte ir, ¿me oyes?

—Vete.

Lleno de pánico por imaginar que la había perdido y temblando, Cord se acercó una vez más a su cama, ignorando la punzada de dolor en su pecho al advertir que ella apretaba los

párpados con fuerza al sentirlo tan cerca y sin importar recibir un puñetazo por su parte, se inclinó y depositó un casto beso en su frente. Cord se quedó unos segundos en esa posición, dándose cuenta que ella contenía el aliento. Pestañeó y gruesas gotas saladas cayeron sobre su nívea piel.

—Te amo con toda mi alma, Tess —declaró con gravedad—. Te pertenezco solo a ti. Soy tuyo.

La joven giró sobre su costado para evitar que la viera llorar. Se cubrió hasta la cabeza con las cobijas y mordió el interior de las mejillas con todas sus fuerzas, paladeando el ferroso sabor de la sangre. Y sin agregar una palabra más, Cord se dio la vuelta, abrió la puerta y salió.

EPÍLOGO

El adiós

Han transcurrido tres semanas desde que Madeline Kendrick falleció y durante ese periodo la familia se ha mantenido con el perfil bajo, sin ningún escándalo para convertirlo en memorable. Apenas se les ha visto tras el emotivo sepelio que recibió la matriarca de esta poderosa estirpe y al asistieron todos los miembros del clan Kendrick, amigos y socios a despedir a una mujer tan amada como lo fue Madeline, quien en estos momentos debe hallarse en compañía de Charles, su compañero de vida.

Me imagino que ustedes, queridos lectores al igual que yo deben estar esperando por noticias menos dolientes y siendo sincera, yo detesto acudir a funerales porque no sé lidiar con las emociones de los demás y prefiero quedarme aparte. En realidad, es lo que hicimos.

Así es, mis estimados, les comparto que acudimos al cementerio del cual no hablaré ya que puedo ganarme una sanción millonaria si llegan a leer mi articulo los Kendrick y desde luego que no poseo tremenda cantidad. El caso es que, estando ahí, escondidos para que nadie advirtiera nuestra presencia, hemos visto arribar a nuestro guapísimo y muy querido senador… solo, ¡sí! Tal y como lo leen, Cord Kendrick llegó solo al sacramental sin su Cenicienta.

La pregunta que nos ha quitado el sueño: ¿por qué el hombre del millón de dólares no trajo consigo a Tess? No nos lo explicamos, pues se suponía que en las ocasiones que los vimos juntos ambos se mostraron muy enamorados que incluso, a nosotros nos provocó un deje de envidia porque esa mujer le había echado la soga al cuello al senador de Manhattan.

Y mis fuentes tampoco los han visto juntos estas últimas semanas.

¿Se habrá terminado el cuento de hadas neoyorkino?

No lo sé mis estimados, existen tantas interrogantes al respecto que no me alcanzaría una hoja para escribirlas y tampoco quiero hacer tan aburrida su lectura exponiendo mis cuestionamientos. Tal vez el senador y Tess por el momento no quieran darnos de qué hablar, sin embargo y antes de que se me olvide por un estúpido descuido mío, la hermosa Ophelia Prescott y el encantador Casper Kendrick han sido captados en varias ocasiones del último mes, abandonando el condominio de la abogada.

¿Acaso se esta cosechando una nueva historia de amor en Manhattan?

No lo sé, pero tiene pinta de que será más interesante que la dulzura que Cord y Tess nos han compartido, sobre todo porque se trata de la exprometida del senador y su hermano menor.

¿Ya estará enterado Cord Kendrick al respecto? ¿Cuál es su opinión acerca de que ese

par estén juntos? ¿Y las familias de ambos qué juzgan también?

Yo estoy intrigadísima y no sé ustedes, pero esto traza a que nos mantendrá expectantes a saber más de ellos, conocer todos los pormenores de lo que se cocina bajo los espectaculares rascacielos de la ciudad más cosmopolita del país y obviamente, yo, Jojo Lemar seguiré cada uno de sus pasos.

Me despido, no sin antes recordarle que el amor está en el aire, así que, aspiren hondo y contágiense de la magia y la sensualidad que nos envuelve. Nos leemos pronto.